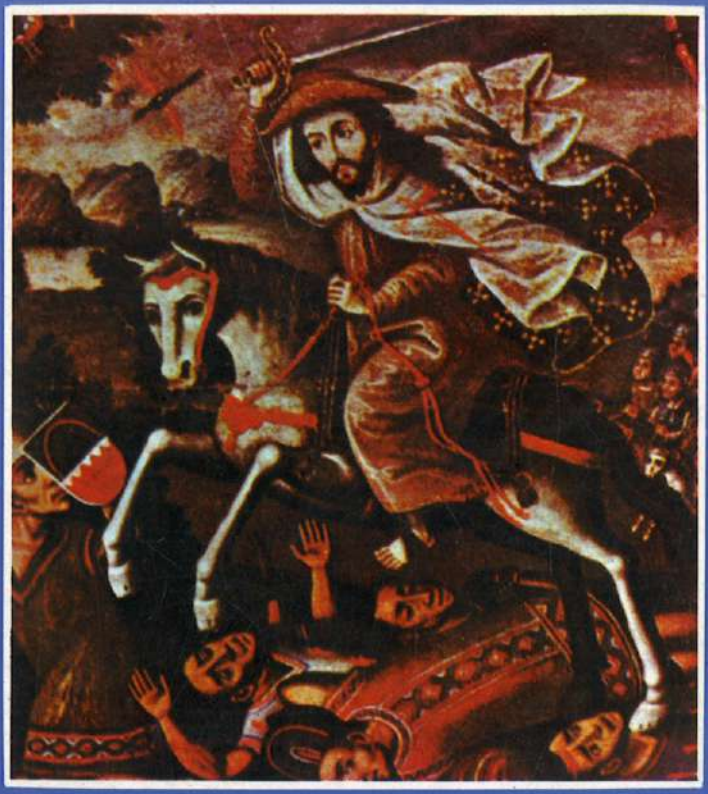
LA DESTRUCCION DEL IMPERIO DE LOS INCAS



WALDEMAR ESPINOZA SORIANO

LA DESTRUCCION DEL IMPERIO DE LOS INCAS
WALDEMAR ESPINOZA SORIANO

WALDEMAR ESPINOZA SORIANO

LA DESTRUCCION DEL IMPERIO DE LOS INCAS

LA RIVALIDAD POLITICA Y SEÑORIAL DE LOS CURACAZGOS ANDINOS

AMARU
Editores

LA DESTRUCCION DEL IMPERIO DE LOS INCAS
de Waldemar Espinoza Soriano

Cuarta edición: Agosto de 1986
© AMARU Editores, Jirón Canta 633-1
La Victoria: Teléfono 314258

Cubierta: Nelson Sánchez

Reservados todos los derechos. Esta obra no puede ser reproducida, en todo o en parte, en forma alguna, sin permiso de los editores.
Impreso en el Perú Printed in Peru.

Primera edición : Lima, 1973
Segunda edición : Lima, 1977
Tercera edición : Lima, 1981
Cuarta edición : Lima, 1986

A la memoria de Raúl Porras Barrenechea, historiador, amigo y maestro insigne.

PROLOGO

¿POR QUE CAYO EL IMPERIO DE LOS INCAS?

Algún día de su vida, todas las personas interesadas en una u otra forma por la historia se han planteado la pregunta ¿Cómo fue posible que un insignificante y reducido grupo de españoles destruyera sin mayores trámites el fuerte y bien organizado imperio incaico? ¿Cómo explicar que 160 españoles derrotaran en unas pocas horas a los veinte mil hombres que rodeaban a Atahuallpa en Cajamarca y que más tarde, con refuerzos no cuantiosos, conquistaran todo el Tawantinsuyo?

La respuesta ha quedado pendiente, porque a nadie convencían las explicaciones provisionales dadas hasta ahora. Giraban éstas alrededor de la superioridad impuesta por la caballería, la valentía temeraria de los españoles, las disenciones políticas que debilitaban al imperio en el momento de la llegada de los europeos, la paralización de los nativos frente a las armas de fuego. Ninguno de esos factores, tomado aisladamente, era suficiente para desvanecer la perplejidad de quien se formulaba aquella interrogación.

Por de pronto, es de buena metodología no atribuir un suceso histórico a una única causa u origen. Un ejemplo clásico: la caída del imperio romano a manos de las tribus bárbaras del este y el norte de Europa en el siglo V de nuestra era.

Los estudiosos de ese acontecimiento descubren cuando menos tres motivos coadyuvantes. El ejército romano había dejado de tener la especialización militar de épocas anteriores y estaba integrado en todos sus niveles por mercenarios dirigidos por generales politiqueros y aventureros que carecían de toda noción acerca de los grandes fines del imperio.

El segundo, la prédica debilitante ejercida por el cristianis-

mo —ultraterreno, ascético y humilde— sobre una sociedad materialista, poderosa y arrogante, y que acabó por socavarla. Finalmente, el aflojamiento del poder central sobre las poblaciones fronterizas, que no pudieron resistir el choque de los bárbaros.

En el caso de los incas, Waldemar Espinoza Soriano, un historiador peruano que tiene dadas excelentes muestras de su sólida formación profesional, acaba de publicar el resultado de sus estudios sobre una de las causas, tal vez la principal, del derrumbe, en un libro titulado "La destrucción del Imperio de los Incas - La rivalidad política y señorial de los curacazgos andinos".

Con un manejo hábil de documentos inéditos y un acabado conocimiento de los cronistas de la conquista, Espinoza Soriano analiza sabre todo la situación política que atravesaba el Estado inca a la llegada de los españoles y señala su fundamental debilidad interna.

Para entonces, los gobernantes y señores del Cuzco no habían llegado a imponer una unidad coherente a las diversas poblaciones y colectividades peruanas, sólo sujetas por un férreo dominio de tipo militar, y una organización totalitaria que controlaba al individuo desde su nacimiento hasta su muerte por medio de sistemas tales como la mita, los mitimaes y el pago de tributos exhorbitantes. Cañares, chancas, caracaras y huancas, para no citar más grupos étnicos, aceptaban contra su voluntad el autoritarismo despótico de los cuzqueños. Los huancas formaban una nación de índole esencialmente guerrera y en su tiempo —segunda mitad del siglo XIV— habían sido sometidos por Tupac Yupanqui después de oponerle una porfiada y desesperada resistencia. Como castigo, vieron entonces asoladas sus tierras, destruídos sus pueblos y moradas y su forma de vida brutalmente aplastada. De su capital, Siquillapuraca no quedó piedra sobre piedra. Sus dioses fueron sustituidos y suplantados; sus reyes, antes poderosos, quedaron supeditados y disminuidos. En los huancas, oculto pero exasperado, existía un rencor acumulado y un odio apenas retenido sólo por el temor a mayores represiones y castigos. Espinoza Soriano dice que en esa situación se encontraban alrededor de doscientos reinos pequeños.

Por eso, cuando las naciones sojuzgadas vieron insólitamente llegar a los españoles, se dieron cuenta de que se acercaba la hora de la liberación, del desquite y la venganza.

Buscaron y promovieron alianzas y entendimientos con los europeos, significativamente les hicieron llegar presentes y pronto

se convirtieron en sus aliados. Vieron que Atahuallpa, el temido mandón del Cuzco, había sido puesto en cautiverio y entonces perdieron el temor que les mantenía inermes. Por su parte, Francisco Pizarro tuvo desde un primer momento la perspicacia de apreciar el enorme valor de esa alianza inesperada y supo manejarla con gran habilidad y astucia.

Los huancas, radicados en el valle del río Mantaro, ocupaban una situación geográfica ideal para combatir y debilitar las fuerzas incas que asumieron la pelea contra los españoles, pues se hallaban en un territorio equidistante entre Lima, el Cuzco y la selva. Proporcionaron a los invasores no sólo combatientes sinó también recursos, y como conocedores de la tierra donde se jugaba el destino del imperio, les sirvieron como correos, espías y guías. Los huancas se convirtieron así en los más porfiados, tenaces y enconados adversarios de los incas, hasta llegar a ser muchas veces el elemento decisivo de la lucha librada en los ámbitos centrales del Tawantinsuyo. Fue una neta traición contra su raza, aunque al final resultaran perdiendo con el cambio de amo.

En cierto momento, la lucha queda protagonizada no por españoles e incas, sino por cuzqueños y huancas y también llega un instante en que los incas se empeñan más en castigar la deslealtad de sus iguales que en oponerse al avance de los conquistadores.

Tal es la tesis central, convincentemente probada por Espinoza Soriano, y para lo cual el autor no sólo ha revisado documentos manuscritos e impresos, sino que ha recorrido, casi punto por punto, los sitios donde se libraron los combates encarnizados, los asedios despiadados, las represiones exterminadoras.

Espinoza Soriano carece afortunadamente de concepciones y sentimientos retrospectivamente nacionalistas y por eso se abstiene de anatematizar contra los "colaboracionistas", con lo cual da una prueba de que para él lo esencial es la comprensión histórica y no el enjuiciamiento. De su libro emerge otra evidencia, casi ignorada hasta ahora: los incas no se sometieron pasivamente a la acción de los conquistadores españoles y sus aliados huancas, sino que durante años les opusieron una fiera aunque inútil resistencia.

Resulta, pues, cierto que uno de los motivos reales que apresuró la caída del imperio fue su estado de descomposición interna, que impidió una lucha cohesionada y compacta de las diferentes parcialidades y naciones que lo formaban y que estaban apenas superficialmente aglutinadas por el poder distante, aristócrata y des-

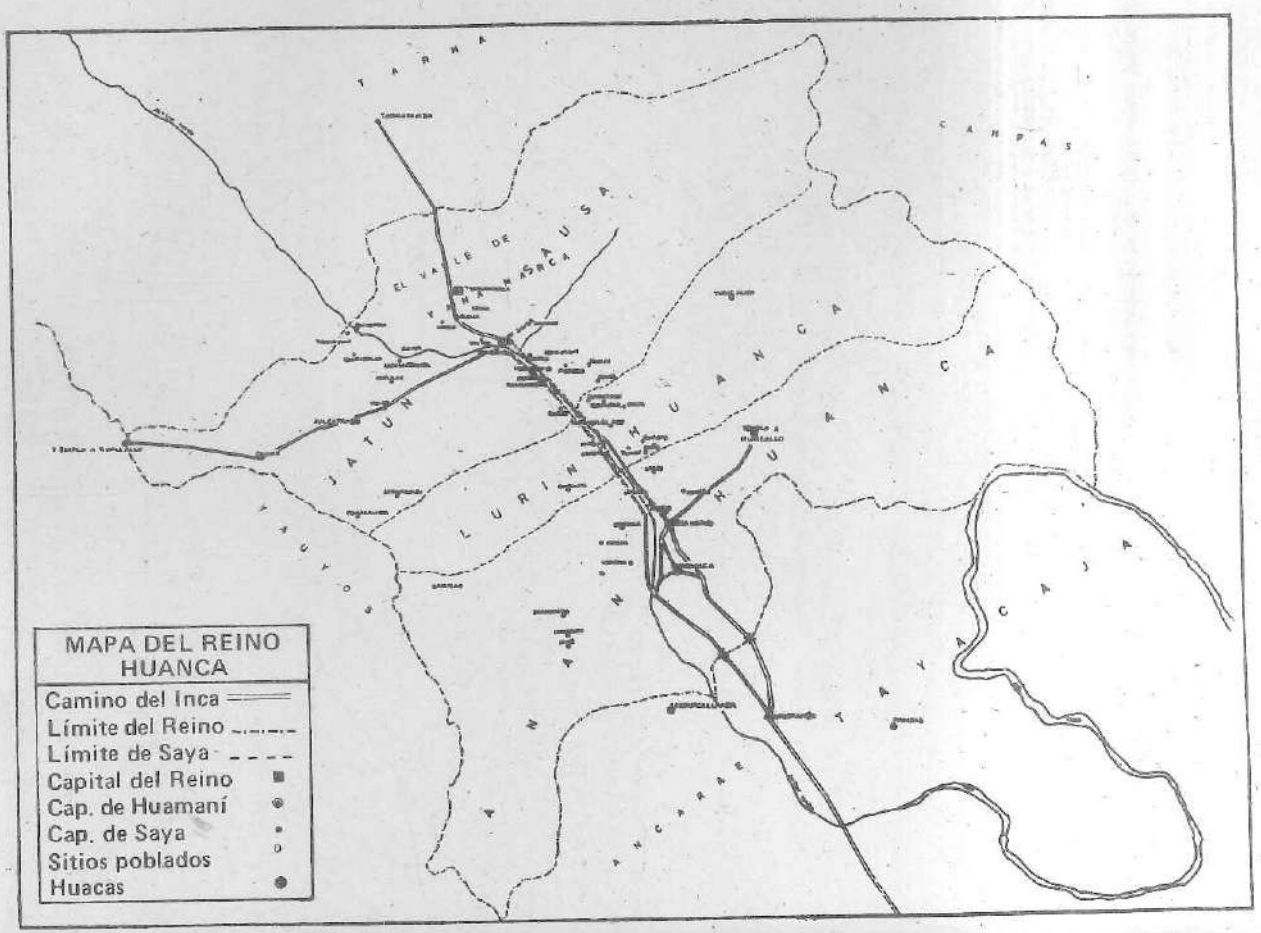
pótico de los incas. Con lo cual tendría razón Toynbee cuando dice que las sociedades no mueren por asesinato sino por suicidio.

No resisto a la tentación de terminar esta reseña con una ajena nota de humor, poco o nada formal. Recuerdo que hace años, conversando en Lima sobre este extraño y fascinante tema, un historiador peruano me dijo que habría que llegar a la paradójica conclusión de que los verdaderos conquistadores del imperio fueron los indios y que los libertadores fueron en realidad, los españoles. Bolívar, San Martín o Sucre, —para no señalar sino a los más destacados, aunque la lista puede ser ampliada sin dificultad—, aclaraba el historiador, tenían más de españoles que de nativos americanos.

Alberto Crespo R.
Del Instituto de Estudios Bolivianos La Paz

Primera Parte

TEORIAS Y OPINIONES SOBRE LA CAIDA DEL IMPERIO. NUEVAS FUENTES DOCUMENTALES


MAPA DEL REINO HUANCA
Camino del Inca
Límite del Reino
Límite de Saya
Capital del Reino
Cap. de Huamaní
Cap. de Saya
Sitios poblados
Huacas
TARMA
CARPAS
EL VALLE DE HUASCA
JATUN HUANCA
LURIN HUANCA
HUANCA
AYACUCHO
ANCARAE
SAYACAJA

EXPLICACIONES SOBRE LA CAIDA DEL IMPERIO INCA

En 1955, cuando el autor era alumno del doctor Raúl Porras Barrenechea, historiador y maestro insigne, entre los trabajos prácticos de interpretación de textos y de investigación histórica que el gran maestro pedía, presentamos uno titulado *Los auxiliares indígenas de Cajamarca en la Conquista española*. Fue un estudio de cuarentidós páginas, escrito a base de unos informes inéditos de los siglos XVI y XVII, que pudimos encontrar en el archivo de Cajamarca. Desde entonces, nos quedó la idea de poder hallar documentos similares en distintos repositorios acerca de otros grupos étnicos del área andina. El mismo doctor Porras, en 1957, nos dio muchas pautas para su ubicación, estudio y publicación. Cuando una vez —antes de viajar a Sevilla— en setiembre de 1958, le manifestamos nuestro deseo de ver y leer las *Informaciones* de los curacas don Felipe Guacrapáucar y don Francisco Cusichaca, que él mencionaba en tres notas a su brillante estudio sobre *Jauja, Capital mítica*, Porras nos dijo. "eso y mucho más hallará usted en Sevilla". Y así fue, porque a fines del mismo año, en noviembre, logramos ubicar las dos *Informaciones* que, en forma patética, demuestran y aclaran cómo y por qué los españoles pudieron apoderarse de un Imperio tan vasto en un tiempo tan breve.

Son, pues, dos documentos de carácter informativo, a los cuales muy bien les podríamos llamar *Las Crónicas de Jauja*, o quizá mejor *Las Crónicas de los Huancas*. Dos *Informaciones* notabilísimas, porque gracias a ellas podemos ahora comprender, con gran facilidad, la compleja problemática de la caída del Imperio de los Incas.

Para el caso concreto de nuestro país, la visión de que 160

españoles y 60 caballos, sin ayuda de nadie, pudieron conquistar el Imperio Andino, compuesto de varios miles de soldados y de millones de pobladores, en un tiempo relativamente muy corto, ha hecho meditar a muchos investigadores. ¿Cómo explicarse que un puñado de invasores españoles hayan derrotado a miles de soldados andinos, y luego subyugar a millones de peruanos? ¿Cómo pudo un grupillo de aventureros aplastar a un Imperio tan poderoso? ¿Cómo explicar el avasallamiento del Tahuantinsuyu en uno o dos años a lo más?

Hasta cuatro han sido las respuestas, pero dos de ellas las más difundidas: 1) La ayuda divina derramada sobre los españoles; 2) La superioridad racial y cultural de los conquistadores, y su secuela de resultados: ventaja armamentista, estratégica, política, etc; 3) El absolutismo exagerado del Estado Inca, que había convertido en autómatas a los tributarios andinos, al extremo de que caída la cabeza dirigente —el inca— se vino todo abajo; y 4) La situación social y política de los reinos señoriales conquistados por los emperadores del Cuzco.

Uno de los historiadores más sagaces que han estudiado este último problema es Alejandro Lipschutz. En su estudio publicado en 1963 da tanta importancia a este asunto que lo analiza casi enteramente en la Tercera Parte de su libro. Así por primera vez, hace resaltar el colaboracionismo de los señores étnicos, quienes lo hicieron para vengarse de antiguas rivalidades interseñoriales y también para salvaguardar el status socio-económico en que se desarrollaron dentro de las estructuras andinas, y asimismo por la oposición que reinaba dentro de las clases sociales dominantes. Dicha colaboración señorial fue muy dura —en Chile y Paraguay por ejemplo—. En éstos, "la resistencia del campesino libre contra el señorialismo intruso, en defensa de su terruño, de sus costumbres, de su lengua y de sus dioses [fue] capaz de desarrollar en esta su lucha, [un] valor grande e inquebrantable" (1).

El providencialismo surgió el año mismo de la muerte de Atahualpa. Los españoles justificaron la *caída del Imperio Inca* con argumentos carismáticos. En tal sentido, no algunos sino todos los conquistadores pensaron que Dios lo había determinado así, para poner fin al despotismo dictatorial de los incas. En todas las crónicas de la conquista, y también en las posteriores, se hallan dichas meditaciones. Tal sucede en las de Jerez, Sancho, Cieza, Pedro Pizarro y hasta en la del culto Acosta. Para los conquistadores, fue la

1 Lipschutz: 1963, III Parte.

ayuda de la Virgen y de Santiago Apóstol la que determinó la caída del Imperio Inca (2). Acosta, por ejemplo, cree que el Imperio se desplomó víctima de sus pecados nefandos, ya que Huáscar fue el fruto del incesto entre dos hermanos, es decir, de una unión ilícita, contra la ley natural. El Imperio acabó, pues, por orden de Dios para terminar con la idolatría e implantar la religión católica (3).

La superioridad racial del europeo, esgrimida como argumento para revitalizar la leyenda de la fácil conquista, brotó también en el siglo XVI. Pero fue en el XVIII y más todavía en el XIX cuando cobró verdadero valor. Morton, por ejemplo, en 1829 publicó un libro titulado *Crania Americana* (Filadelfia), donde sostiene que las cabezas de los indígenas comunes del Perú acusan un claro índice de estupidez, salvo las testas de los incas (!). De éstos dice: "los cráneos de la raza de los incas presentan una decidida superioridad en las facultades intelectuales con otras razas del pueblo común del Perú". Y lo curioso es que su criterio aún regía en 1870 (4). Como consecuencia de esa teoría, otros explicaron el fin del Imperio negando y desvirtuando el valor del indígena. Los imaginaron como a guerreros pusilánimes y acomplejados frente al invasor armado venido de España. Pero el complejo de la superioridad racial quedó desvanecido, más tarde, con las investigaciones serias de la antropología científica. Quedó demostrado que no pasa de ser sino una de las muchas y fútiles vanaglorias de los conquistadores y de los europeos en general. Quedó aclarado, pues, que cualquier razonamiento invocando el fetichismo, la superstición o la inferioridad racial y cultural del peruano es tan falso como las baladronadas de los españoles, quienes creían en la ayuda celestial.

Uno de los abanderados de la tesis de la inferioridad racial y cultural de los peruanos, como factor primordial para la ruina de su Imperio, es el norteamericano Ch. F. Lummis. Para este escritor, el solo hecho de haber estado el Perú poblado por "*indios*" es ya una prueba palmaria de su inferioridad total. Los vio imposibles de crear un reino y peor una república como la actual de Estados Unidos, porque la vida andina —dice— fue sencillamente tribal. No vale la pena seguir comentando las atrabiliarias y prepotentes teorías de Lummis, propias de su mentali-

2 Herrera: 1615; Déc. V. Lib. II. Cap. XII.

3 Acosta: 1590, pp. 199, 246.

4 Lipschutz: 1963, p. 178.

dad segregacionista e imperialista, porque la arqueología y la etnohistoria las han destruido. Sin embargo, hay que anotar que para Lummis la población andina fue de las más inferiores y embrutecidas del mundo, por la sencilla razón –según él– de "*no ser más que indios*". Niega la existencia de incas y de curacas, y despectivamente a todos los habitantes no los vio sino como a "*una tribu de indios*" (5).

Otro de los argumentos, muy mentados y estudiados, para demostrar la fácil destrucción del Imperio, fue la división existente entre el ejército y la clase dirigente en dos bandos: los de Huáscar y los de Atahualpa, que vale decir entre anan y urin cuzcos. Desunión que llevó consigo una cruel y larga guerra civil, de la que se aprovechó Pizarro, ayudando al uno contra el otro, y viceversa, hasta hacer desaparecer a los dos y quedarse él como único gobernador de todo el territorio. No cabe duda que de las teorías hasta ahora en boga, esta ha sido la aceptada como la más lógica y natural de todas.

Pero también hubo hombres que se preguntaron ¿cómo es que los araucanos, los chichimecas y otras tribus de cultura marginal no pudieron ser conquistadas con la misma sencillez que el Perú y México? Esto ya se interrogaron Cieza en 1553 y Acosta en 1590. Y, en realidad, su estudio es fundamental para comprender la caída del Imperio Andino. No hay que olvidar que los araucanos recién fueron vencidos entre 1860 y 1870.

Autores tan antiguos como Cieza y Acosta, y otro tan moderno como es Lipschutz, sostienen que los araucanos no fueron subyugados fácilmente, no fueron conquistados "*nunca*" por los españoles, porque no habían formado señoríos. No habían tenido reyes a quienes obedecer, porque jamás habían estado sometidos a dominio extranjero. Era una gente libre. Su régimen socio-político-económico de nomadismo les incitó a combatir y esto les posibilitó la resistencia (6). Si hubieran estado estructurados en señoríos, como sí lo estuvieron los de México y el Perú, se habrían derrumbado rápidamente; porque entregado el rey absoluto estaba cedido todo. Entre los araucanos no habían maceguales ni mitayos ni yanaconas. Allí, los jefes no eran hereditarios sino elegidos, según la valentía y la fuerza. Allí, el jefe no hablaba en forma personal, sino que su palabra era la expresión del pueblo, y su sentir el sentimiento de la masa.

5 Lummis: 1959, III Parte. Cap. IV.

6 Lipschutz: 1963, pp. 180-181.

Lipschutz sostiene, como lo sostuvo también Cieza en 1553, que para entender y explicar el ocaso de los imperios americanos es imprescindible estudiar el estado social de los diversos señoríos étnicos del mundo andino y el señorialismo feudal traído por los españoles. Porque de las fuerzas que se originan del encuentro de esos dos esquemas mentales, dependió la caída rápida del imperio. Del encuentro antagónico, y hasta cierto punto incomprensible, de esos dos esquemas mentales se origina la Conquista (7).

En tal sentido, nosotros debemos analizar cuál era la situación política de los curacazgos o señoríos étnicos que integraban el Imperio del Tahuantinsuyu. ¿Qué pensaban los jatuncuracas de los incas? ¿Cómo juzgaban la política económica y social impuesta desde el Cuzco? ¿Estaban contentos con la Conquista Incaica? ¿U ocultamente ansiaban su liberación? ¿Qué actitud tomaron los jatuncuracas y señoríos étnicos ante los españoles? ¿Cómo los recibieron? ¿Qué vieron en ellos?

Sólo después de contestar a estas interrogantes, podremos comprender que la leyenda de la fácil conquista es sólo una mera leyenda. La fácil conquista, descubriremos entonces, que se debe a la rivalidad señorial de los curacas andinos y a la oposición de éstas al dominio del Cuzco.

Además, la historia social ha aclarado que las sociedades no señoriales, las organizadas sin estratificación clasista, son las que resisten al señorialismo intruso e invasor. Son las que defienden su cultura, tierras y lengua hasta desarrollar una lucha larga y valiente, a veces hasta morir en aras de la libertad. En cambio, las etnías estructuradas en señoríos, como sucedió en los Andes, se desenvuelven en un ambiente contrario. Pero este movimiento propio de los señoríos hay que descubrirlo en fuentes inéditas; porque los cronistas españoles hasta hoy conocidos sólo lo mencionan muy opacada y ligerísimamente.

Podemos afirmar que los españoles callaron la asistencia y alianza de los señores étnicos, con un fin preconcebido: no perder las encomiendas. Si ellos hubieran manifestado que el Tahuantinsuyu fue conquistado por los mismos peruanos para entregárselo a los españoles, entonces ¿con qué derecho habrían reclamado gratificación de servicios a la Corona? Incluso Cieza de León, el sereno Cieza, disimula mucho el colaboracionismo de los señores étnicos. Para él hay varios factores, pero ninguno tan favorable como la rivalidad política entre Húascar y Atahualpa, y el favor de la Di-

7 Ibid., p. 150.

vina Providencia desde luego (8). En cambio, las alianzas señoriales con las cuales se benefició Hernán Cortés, no fueron calladas. Bernal Díaz del Castillo las menciona varias veces; y Acosta, cronista que publicó su obra en 1590, escribe:

> *Fue... gran providencia del Señor, que cuando fueron los primeros españoles, hallaron ayuda en los mismos indios, por haber parcialidades y grandes divisiones... El ayuda de los de la provincia de Tlascala, por la perpetua enemistad que tenían con los mexicanos, dio al marqués don Fernando Cortés, y a los suyos, la victoria y señorío de México, y sin ellos fuera imposible ganarla ni aún sustentarse en la tierra.*
> *Quien estima en poco a los indios, y juzga que con la ventaja que tienen los españoles de sus personas y caballos y armas ofensivas y defensivas, podrán conquistar cualquier tierra y nación de indios, mucho menos se engaña.*
> *Allí está Chile, o por mejor decir Arauco y Tucapel, que son dos valles que ha más de veinte y cinco años que con pelear cada año y hacer todo su posible, no les han podido ganar nuestros españoles casi un pie de tierra.*
> *Si Moctezuma en México, y el inga en el Perú, se pusieron a resistir a los españoles la entrada, poca parte fuera Cortés ni Pizarro, aunque fueran excelentes capitanes, para hacer pie en la tierra (9).*

OTRAS CAUSAS DE LA CAIDA DEL IMPERIO

Además de la rivalidad señorial, que para nosotros es la principal, hubo también otras de carácter bélico y sicológico que generaron el clima propicio para la fácil conquista. Pero éstas, repetimos, fueron de índole secundaria. Tales como el poder destructivo de las armas de fuego, el cual jugó un papel preponderante frente a

8 "Por los cuales pecados y otros que estos indios cometen ha permitido la Divina Providencia que . . . . solamente diez o quince cristianos que se hallan juntos acometan a mil y a diez mil de ellos; y los vencen y subjetan; lo cual también creo no venir por nuestros merecimientos; pues somos tan pecadores. . sino por querer Dios castigarlos por nuestra mano, pues (El) permite lo que se hace . . . . " Párrafo de Cieza citado por Lipschutz: 1963, p. 176.

9 Acosta: 1590; Lib. VII.

las armas primitivas de los Andes. La pólvora, lanzada hasta diez metros por el mosquete y el arcabuz, representó un elemento mil veces superior y se impuso sobre las lanzas, hondas, mazas y porras de los soldados cuzqueños. No admite comparación.

El caballo fue otro auxiliar poderoso del conquistador. Tribus enteras, en el norte de sudamérica, se sometieron sólo ante la presencia de la bestia, porque la creían fiera que actuaba en connivencia con los españoles. De ahí que solamente al mentar su nombre y ver su figura temblaban de espanto. Así sucedió con Diego de Rojas en su entrada a Chicuana, cerca de Tucumán, en 1542-1543. En el Perú ocurrió lo mismo en los primeros momentos de la invasión europea.

Ya en el siglo XVI hubo un hombre sabio que se preocupó por descubrir las verdaderas causas de la destrucción del fabuloso Imperio del Tahuantinsuyu. Aquel hombre fue Pedro de Cieza de León, quien dejó sentadas las bases casi científicas de esta problemática, en forma tan brillante que todavía siguen en pie. Efectivamente, Cieza es el primer cronista y el primer historiador que meditó sobre las causales de la caída de los incas, las cuales las enumera a través de sus obras, excepto en *La Guerra de Las Salinas.*

Cieza había observado que las tribus de cultura marginal de Popayán y en Cartagena, a pesar de que tenían sus pueblos en comarcas de fácil acceso a la Conquista, tanto geográfica como climáticamente siempre habían permanecido indomables. Y observó también que los peruanos, no obstante ser numerosos y tener sus ciudades en sierras y riscos casi inaccesibles, habían sido domados en brevísimo tiempo. Cieza se propuso buscar las raíces de este hecho sociológico e histórico, que lo apasionaba. Meditando día tras día llegó a descubrir que los pueblos de Cartagena y Popayán, habían sido behetrías, o mejor dicho tribus, sin organización estatal, sin rey, sin emperador. Por lo tanto, según Cieza se habían criado flojos, ociosos, perezosos y sobre todo libres se sujeción y dominio; acostumbrados a la vida nómada detestaban someterse al servicio de gente extraña. Entonces, los pueblos de baja cultura, los no civilizados, concluía Cieza, los no organizados política ni económicamente, adoran la libertad y la defienden hasta morir.

La fertilidad de los campos de Popayán y de Cartagena había obstaculizado, en gran parte, el proceso de la conquista. Esas tribus, vencidas un día, al siguiente huían mucho más lejos, sin preocuparles las subsistencias, ya que en todas partes las podían hallar u obtener. La espesura de la jungla también había contribuido a

mantener ese espíritu indomable y de profundo cariño a la libertad en las tribus no constituidas políticamente en Estados. Cuando a éstas se las desalojaban o se les quemaban sus rústicas chacras y casas de madera y paja, fugaban las leguas que querían, a barbechar y edificar de nuevo, sin ninguna fatiga, porque la ecología les amparaba en todo y porque nada perdían abandonando sus antiguos hogares.

En cambio en el Perú, según sostiene Cieza, las cosas habían ocurrido de diferente manera. Aquí, los incas, conquistando todos los reinos andinos, habían formado un Imperio con una organización estatal, política, religiosa, económica, etc. Existía el tributo o la mita; desde niños todos estaban obligados a trabajar y a servir al Estado y a los curacas. El que no obedecía y no trabajaba, estaba condenado a vivir en la miseria, en el hambre y en la necesidad. Nadie podía escapar de las imposiciones de la maquinaria estatal; el que huía chocaba con desiertos, con nevados o con punas improductivas, crueles para la vida y para la libertad humanas. Entonces—dice Cieza— a los peruanos no les quedó otra alternativa que seguir viviendo en sus valles fértiles y umbrosos, antes que morir en los desiertos y en las punas, prefiriendo someterse al yugo y a la servidumbre antes que sucumbir de frío, de sed y de hambre. El Estado Inca y la geografía hosca, habían convertido al peruano en un ser temeroso de su libertad. Cieza, pues, se había anticipado en cuatro siglos a la teoría del miedo a la libertad, sostenida hoy por Erich Fromm, notable sicoanalista europeo (10).

Cieza siguió analizando y descubrió que la costa peruana, por desolada y plagada de desiertos, es otra de las causas para la fácil conquista del Perú. Los pocos ríos —manifiesta— son los únicos medios de vida. Abandonarlos, significa el frío, el hambre y la muerte. Al habitante de la Costa no le quedó otra cosa que seguir habitando en ellos, a trueque de su libertad. Con suma aflicción exclama Cieza que si los indígenas de Arma, Arcerma y Popayán hubieran tenido una geografía y una organización estatal como la peruana, sin duda alguna habrían aceptado servir y tributar a los nuevos amos. Para Cieza es una verdadera desgracia que Cartagena y Popayán no hubiesen sido conquistadas por los incas. Dice eso porque en la zona mencionada abundaban los lavaderos de oro, ese oro al que tanto buscaban los españoles, y al que no querían beneficiar los nativos.

Otro hecho que coadyuvó, según el mismo Cieza, para la

10 Erich Fromm: 1963.

breve caída del Imperio fue la unidad lingüística del territorio andino. Como el runashimi era hablado en todas las provincias del Perú, los españoles podían penetrar por cualquier parte de ellas, sin mayor estorbo de la que presentaba la geografía.

También halló y reconoció Cieza, como otra causa, a los miles de indígenas *auxiliares* o *amigos* que asistieron a los españoles con víveres, ganado y cargadores, entre los cuales enumera principalmente a los chachapuyas, cañares y huancas, aunque, fatalmente, sin dar detalles de cada uno de ellos. Estos *auxiliares*, según Cieza, no eran otra cosa que naciones descontentas con el dominio del Cuzco, del cual querían liberarse, deseosos de no remitirle tributos. Con ello Cieza reconocía tácitamente que entre los diversos Reinos que integraban el Imperio Incaico, no había conciencia cívica, como resultado de los setenta u ochenta años de la existencia del Imperio. Cieza, a todo esto, lo manifiesta muy oscura y ligerísamente. Pero así y todo, se deja entender que cada Reino seguía, en 1532, abrigando un odio recóndito pero disimulado contra los dominadores del Cuzco. También se deja entender que cada reino continuaba considerándose distinto de los demás que formaban el Imperio. De ahí que a los españoles los recibieron como a libertadores y no como a invasores; aunque después se darían cuenta de que no habían variado nada; únicamente habían cambiado de amo, y no precisamente para mejorar. Además de ello, Cieza sostiene que la misma sicología del hombre andino, permitió y favoreció la entrada de los españoles. Para Cieza, el peruano antiguo fue versátil y variable, porque se mostraba favorable y seguía y servía a quien le obligaba hacerlo. Desgraciadamente, no hizo más explicaciones sobre este asunto tan importante.

Cieza también descubrió causas de carácter sentimental o romántico, que favorecieron la destrucción del Tahuantinsuyu. Le asombraba pensar en las pallas y ñustas del Cuzco que se entregaban sin vacilaciones a la voluptuosidad del español, al extremo de que estas mujeres "*aullaban*" y "*gemían*" cuando los mancebos europeos corrían peligro de muerte en las batallas. Las mujeres —dice el Príncipe de los Cronistas— se habían enamorado de los invasores y, por lo tanto, habían llegado a transformarse en sus más fervorosas y amorosas amigas, encubridoras y favorecedoras. Este hecho, tan real por lo humano, manifiesta nuestro cronista, significa que la mentalidad peruana, en el lapso de la conquista, se desenvolvía en medio de grandes contradicciones que, a la larga, acabarían por implantar el pleno dominio político y económico de España sobre el Perú.

Finalmente, otro factor descubierto por Cieza, y que contribuyó poderosamente a la conquista española, es la división de Imperio entre dos pretendientes al trono: Huáscar y Atahualpa. Luchas intestinas que tenían separadas las opiniones de los orejones y del pueblo, favoreciendo en forma activa el triunfo de los invasores. De modo que cuando Pizarro apresa a Atahualpa, los partidarios de Húascar celebran su cautiverio y miman a los peninsulares; los endiosan y los creen hijos del Apo Con Tisce Huiracocha, y no titubean en llamarles *huiracochacuna*. Para Cieza, lo que sucedió en el Perú, después de la muerte de Huaina Cápac, era lo mismo que experimentó el Imperio de Alejandro seguidamente del deceso de éste: se desintegró(11).

En este estudio no analizaremos todas las causas de la caída del Imperio. No hablaremos ya más de la desunión entre Quito y el Cuzco, ni tampoco de la alianza de Manco Inca con Pizarro en 1533-1534, ni de la de Paulo Inca con Almagro, factores decisivos para la fácil conquista. La amplitud de estos puntos, merece un ensayo especial. Ahora sólo discurriremos sobre la alianza de un señorío étnico, es decir, de la alianza hispano-huanca.

LAS FUENTES

Las fuentes peruanas para el estudio de las alianzas señoriales, parecen ser más abundantes de las que existen para el análisis del mismo tema en México. Y cosa feliz, todos los manuscritos —salvo los informes de Cusichaca y de Guacrapáucar y algún otro— se guardan en diversos archivos de Perú, hecho que facilita la investigación científica por parte del historiador andino. En México se conoce por ejemplo, para la interpretación de este asunto, las crónicas de Chimalpain Cuauhtlehuanetzin, de Fernando de Alva Ixtlilxochitl, ambos del siglo XVII, y el llamado *manuscrito de Tlatelolco* de 1528; una selección antológica de las cuales se halla en *El reverso de la Conquista*, de Miguel León Portilla (12). No son cronistas que se dedican a narrar únicamente el colaboracionismo de los aztecas a favor de los españoles, pero por haber sido escritas por indígenas ofrecen abundantes citas para su comprensión. En el Perú, el número de crónicas, informaciones y memoriales al respecto las superan enormemente.

11 Cieza de León: 1553, cap. XII.— Cieza de León: 1554c, pp. 113, 117.— Espinoza Soriano: 1964, pp. 53-58.

12 León Portilla: 1964.

Para el mundo Maya, en cambio, las fuentes de esta índole casi no existen, salvo algunos párrafos de *Los Libros de Chilam Balam*, de la *Relación de las cosas de Yucatán* de Fray Diego de Landa, y de las llamadas Relaciones de *Yucatán* de 1579-81.

Para el Perú no existen textos en runashimi que nos comuniquen la visión de la conquista, como sí ocurre en México, en cuyo idioma nativo transmitieron el profundo sentir de sus conciencias frente a la invasión española. Todas las *Informaciones* que hasta ahora hemos hallado, fueron escritas en castellano, a pesar de que sus autores no sabían hablar más que el runashimi o algún otro huahuashimi. Pero como ellos no podían escribir, se vieron obligados a solicitar los servicios de algún funcionario español para que las redactara, de conformidad a la versión que les transmitían a través de un intérprete. Precisamente, las *Informaciones* de Guacrapáucar y de Cusichaca, de que ahora tratamos, pertenecen a este género.

Don Felipe Guacrapáucar y don Francisco Cusichaca fueron dos curacas principales de la nación huanca, quienes, en 1558, aunados con don Carlos Apo Alaya, otro señor huanca, dictaron, para que las escribiera un escribano, unas *Memorias* sobre el colaboracionismo de ellos en el apaciguamiento de la sublevación de Francisco Hernández Girón. Querían, entonces, el pago justo de todos los gastos hechos en ella. Pero sus pedimentos fueron remitidos al Consejo de Indias, para su consulta, en cuyas papeleras fueron archivados, sin darles más trámite que el de leerlos. El hecho motivó, años más tarde, un viaje especial de los tres curacas a Lima; pero no solos, sino con testigos y con todas las de la Ley. Viajaron decididos a llevar a cabo una *Información* mucho más detallada que los simples *Memoriales o Memorias* de 1558, para exponer pormenorizadamente todos los servicios y la integridad de la ayuda que los huancas habían brindado a los españoles desde 1532 hasta 1560 y 1561.

Cada uno de los tres curacas principales de la nación huanca, en 1560 y 1561, hicieron una *Información* sobre su alianza con los españoles. Por consiguiente, se escribieron tres *Informaciones:* 1) de Ananhuanca, 2) de Lurinhuanca y 3) de Jatunsausa. La primera se ha extraviado. Se conservan solamente las de Lurinhuanca y Jatunsausa, en las cuales se hace referencia a la colaboración total de las tres sayas o parcialidades en que estaba dividido el grupo étnico de los huancas (13). La perdida *Información* de Ananhuan-

13 Cusichaca: 1561, f. 23v.

ca debió ser tan notable como las de sus colegas coetáneos. Una prueba concluyente de ello puede ser la afirmación que hace Guamán Poma sobre Ananhuanca. Guamán Poma, inclusive, ha dejado un dibujo del Apo Alaya Chuquillanqui, curaca de Ananhuanca, apresando a Francisco Hernández Girón, exhibiéndolo así como a uno de los más decisivos auxiliares en aquella campaña. Del colaracionismo de Ananhuanca, pues, apenas existen dos documentos directos: *La Memoria* de dos páginas de 1558 y el relato de Guamán Poma (1615?). Ambos se refieren a las provisiones dadas por Apo Alaya durante la pacificación de Hernández Girón.

Don Felipe Guacrapáucar llegó a Lima, con un manojo de quipus, en la segunda quincena del mes de junio de 1560. El 23 del mismo dirigió un pedimento a la Audiencia. Solicitó, a nombre de su anciano padre, realizar ante los oidores una *Información* o *Probanza* acerca de la actuación del Apo don Jerónimo Guacrapáucar, y de la saya de Lurinhuanca, desde 1533, año en el que aliaron con Francisco Pizarro. La solicitud fue aceptada; y la *Inforción* fue recibida ante el oidor licenciado Saavedra. Don Felipe Guacrapáucar se presentó con diecisiete testigos, algunos de ellos de gran prestigio en el Perú debido a sus avanzadas edades y porque residían ya muchísimos años en esta tierra. Declararon por ejemplo Pedro de Alconchel, Beatriz de Saucedo, doña Leonor Palla y doña Inés Yupanqui, cuatro testigos de excepción, por cuanto habían actuado desde la llegada de Francisco Pizarro a Cajamarca en 1532.

Otro testigo presentado por don Felipe Guacrapáucar, que merece lo mencionemos, es el capitán Juan de Larrinaga Salazar, el mismo que, en 1565, fundaría las reducciones indígenas de Santa Fe de Jatunjauja, San Jerónimo de Tumán y Santiago de León de Chongos. También hay que destacar a Damián de La Bandera, ex visitador del Valle de Huancamayo y gran conocedor de la etnografía regional.

El 26 de agosto de 1560 se terminó de escribir y recibir la *Información* de don Jerónimo Guacrapáucar y de la saya de Lurinhuanca, a pedido de don Felipe Guacrapáucar. Ese mismo día, solicitó una copia de ella para llevársela a España.

En cambio, la *Información* de Jatunsausa iba a ser realizada por otro curaca y un año después de la de Lurinhuanca. Efectivamente, en 1561, don Francisco Cusichaca, curaca principal y titular de la saya de Jatunsausa, como heredero directo de su padre el Apo Manco Surichaqui, quien se había aliado con Pizarro en 1533,

se puso de acuerdo con dos curacas más de su misma saya: don Diego Ñaupari y don Cristóbal Canchaya. El resultado de sus conversaciones fue un viaje a Lima, para apersonarse en la Audiencia Real y exhibir en ella otro enorme manojo de quipus también, anudados y guardados en Jatunsausa con religioso cuidado desde febrero de 1533, fecha en la cual el Apo Manco Surichaqui envió sus mensajeros a Pizarro hasta Cajamarca. Los curacas huancas, y también los jatunrunas, habían comentado siempre, en conversaciones públicas y privadas, sobre la existencia de esos quipus y, fundamentalmente, de su contenido. Allí figuraban, con la fidelidad asombrosa de las ciencias exactas, toda la ayuda material que sus antepasados y ellos mismos habían dado a los españoles desde 1533 hasta 1554. Para los jatunsausas, era necesario presentarlos a la Audiencia. Deseaban que las autoridades recompensaran de algún modo tanta ayuda brindada por ellos a los conquistadores.

Viajaron, pues, a Lima llevando en sus chuspas los largos y hermosos cordones que contenían la historia de la alianza hispano-huanca. Asimismo, iban avivando la memoria para recordar los sucesos del pasado y poder ampliar las *Informaciones* que meditaban realizar al respecto.

Don Francisco Cusichaca se presentó ante la Real Audiencia el 6 de setiembre de 1561, junto con Ñaupari y Canchaya. Y ahí, en la mesa del escribano Francisco López dejaron un memorial. Manifestaron que no lo presentaban en nombre propio sino de todos los jatunsausas. A su memorial acompañaban unos *capítulos* de setenticinco puntos, donde figuraban todos los sucesos ocurridos en Jatunsausa desde 1533 hasta diciembre de 1554. Era una detallada *Información* , según sus recuerdos, de los auxilios dados por los jatunsausas a lo largo de ese lapso. Todo ello querían los curacas demostrarlo con las declaraciones de testigos andinos y españoles. Por lo tanto, los sesenticinco *capítulos* no eran sino otras tantas preguntas, bien y ampliamente estructuradas. Conjuntamente con los sesenticinco *capítulos* iba una *Memoria* , en la cual, en forma asombrosa se había hecho la transcripción de los quipus. En aquella memoria, se especificaban las más mínimas cosas que los jatunsausas dieron a los españoles, desde 1533. Por entonces, la saya de Jatunsausa era la encomienda de Gómez de Caravantes.

Cusichaca y sus dos paisanos— hemos dicho ya— presentaron su pedimento, sus *capítulos* y su *Memoria* a la Audiencia.

Con ello demostraban que su intención era realizar una *Información* o *Probanza* al respecto, para la cual tenían abundantes testigos. Pedido que la Audiencia lo aceptó, y comisionó para su recepción al licenciado Alvaro Ponce de León. Pero como don Francisco Cusichaca era indígena y, por consiguiente, considerado menor de edad, fue necesario que nombrara apoderados. Estos fueron dos: Francisco de la Torre, procurador de causas en la misma Audiencia, quien se hallaba ausente; y el otro, un tal Alonso Mescua; ambos españoles. Como don Francisco Cusichaca no sabía absolutamente nada de castellano, ni escribir tampoco, se hizo entender por medio del intérprete Pedro de Alvadán, un mestizo.

La presentación y la juramentación de los testigos duró varios días. Empezó el 6 de setiembre de 1561 y acabó el 15 del mismo. Los testimonios comenzaron a recibirse el 19 de aquel mes; ante don Alvaro Ponce de León, oidor de la Audiencia. La última declaración fue recibida el 7 de octubre. Duró pues diecisiete días. Fueron presentados quince españoles y un huanca de Jatunsausa. Pero de todos los españoles, en verdad que dos eran de excepción: Pedro de Alconchel, el trompeta de la conquista, y Diego de Ribera el Viejo, testigos presenciales de los hechos fundamentales de la alianza hispano-huanca. El testigo jatunsausino, monolingüe y analfabeto, también es otro de los testificantes extraordinarios. Se llamaba don Baltazar Canchaya, un noble huanca de la citada saya de Jatunsausa. Había nacido en 1523, de manera que a la llegada de Pizarro tenía ya diez años de edad. Además, había conocido y tratado al Apo Manco Surichaqui, el célebre curaca de Jatunsausa que se alió con los españoles, cuyos actos no sólo había visto sino también oído repetidas veces a sus paisanos y familiares. El fue el único testigo que declaró bien y ampliamente, casi desde el primer al último *capítulo* del interrogatorio(14).

El intérprete que tradujo los quipus y las declaraciones fue el indígena noble don Martín. Y una vez acabada la *Información* , el 13 de Octubre de 1561, don Francisco Cusichaca solicitó una copia de ella. Lo que en efecto se le dio, certificada con la firma y sigla del escribano Francisco López. La deseaba para enviarla también a España, al rey mismo, para que allá la leyeran y se enteraran de las hazañas de los huáncas de Jatunsausa a favor de Pizarro y del monarca.

14 Guacrapáucar: 1560, ff. 1r-1v.— Cusichaca 1561, ff. 42v-43r.

VALIDEZ DE LAS INFORMACIONES

Las *Informaciones* de don Felipe Guacrapáucar y de don Francisco Cusichaca —lo hemos expresado ya— superan a las relaciones indígenas de México en el aspecto colaboracionista. Los curacas huancas dejaron un inventario detalladísimo de su alianza, alianza que se materializó en la dación de guerreros, espías, armas, ropa, ganado, mujeres, etc. Con cifras y con sumas aritméticas, gracias a sus fieles quipus, dejaron perennizada su gran responsabilidad en este accidente histórico que, en realidad, nos sorprende.

Las *Informaciones* de don Felipe y de don Francisco son reales y vividas. No son el resultado de un fingimiento ni de un entreguismo tardío, como sucede con Joan Santa Cruz Pachacutec; no. Don Felipe Guacrapáucar y don Francisco Cusichaca, ni siquiera hablan de haber ido a Cajamarca a recibir el bautismo; ni tampoco recurren a Cristo ni a los santos para ganarse el aprecio de los españoles, como sí aconteció en otros lugares. Ellos sólo invocan su alianza y colaboracionismo a favor de los conquistadores y pacificadores del Perú.

Las *Informaciones* de 1560 y de 1561, la una a los veintiocho y la otra a los veintinueve años de la llegada de los españoles, son la versión huanca de la conquista. Constituyen la visión de uno de los aliados más conspicuos de los invasores. Y su importancia se agranda si tenemos en cuenta que fueron escritas en un tiempo inmediato a la caída del Imperio.

Felipe Guacrapáucar y Francisco Cusichaca sólo son comparables al tezcocano Fernando de Alva Ixtlilxóchilt, por destacar con orgullo y satisfacción la gran ayuda que proporcionaron aquí a Pizarro y allá a Cortés. Ninguno lamenta aquella alianza colaboracionista. Al contrario, la exhiben como la más plausible de las lealtades para con sus caudillos españoles. Orgullosamente manifiestan que gracias al auxilio dado por ellos, ambos imperios —el azteca y el peruano— pasaron a formar parte de la *amiga y heroica España.*

Como sucede con todos los documentos de esta índole, en las *Informaciones* sólo se habla de las victorias en que participaron los huancas. Cuando se hallaron en derrotas o desastres, lo callan maliciosamente. En tales casos se limitan a decir el número de guerreros huancas que cooperaron, pero no dicen si triunfaron o si fueron vencidos. Tal es el caso de la batalla de Yuracmayo, cerca de Comas, de la cual se habla oscuramente en el párrafo 31 de la *Ex-*

pedición de Alonso de Alvarado. Lo hacen así, porque en esa contienda murieron casi todos los huancas y casi todos los españoles. Fue una victoria magnífica de las tropas de Manco Inca. Por este estilo, hay otros puntos silenciados, notoriamente perceptibles en las *Informaciones* de 1560 y de 1561. Por ejemplo, Guacrapáucar y Cusichaca nada anotan sobre la expedición de tres españoles y un negro, a quienes Pizarro envió desde Cajamarca al Cuzco para activar el transporte del oro y de la plata, y cuyo tránsito lo hicieron por Jatunsausa y Lurinhuanca. Quizá porque esa vez fue Chalcochimac quien les proveyó de todo. Tampoco hablan de la llegada de Hernando Pizarro la tarde del 16 de marzo de 1533, cuando éste regresaba de Pachacamac a Cajamarca. Quizá también por las mismas razones; pero acerca del cual sí hay datos en las crónicas de Estete y en la carta de Hernando Pizarro. Igual sucede con el recorrido que hizo por el Valle del Huancamayo Diego de Almagro el Viejo, en 1534, rumbo a Quito para detener a Pedro de Alvarado(15). Lo mismo con la expedición hecha por Vela Núñez, por orden de su hermano el virrey Blasco Núñez, al valle de Jatunsausa, con cuarenta jinetes para cortar el avance de Pedro de Puelles y sus treinta arcabuceros comandados por Gonzalo Díaz. Igualmente, no hay noticias sobre la estancia de Luis García Sanmamés, quien estuvo en la llacta de Jatunsausa como corredor y espía de Blasco Núñez Vela(16).

En cambio, en la relación de los hechos, ambas *Informaciones* ofrecen una magnífica concatenación cronológica de ellos, aunque sin proporcionar fechas precisas. Lo que prueba, una vez más, que los quipus no servían para el calendario ni para conservar las edades de nadie. La cronología, cuando era narrada por los pobladores del mundo andino, fallaba mucho. Dicen, vg., que Pizarro sólo estuvo "dos o tres meses" en Jauja, cuando regresó del Cuzco. Pero la verdad es que permaneció más de ocho. En cambio, cuando se trata de cantidades aritméticas son infalibles. Sucede así porque los quipus fueron instrumentos contables y no históricos. Estos, con sus cifras estadísticas, con toda la seguridad de los quipus en cuanto a contabilidad, aclaran y rectifican a todas las crónicas de la conquista. En este aspecto, cuando Cusichaca dice, confiando en su memoria, que enviaron trescientos jatunsausinos a Cajamarca los quipus señalaron solamente doscientos setenticinco. Hay que creer a los quipus y no a la memoria de Cusichaca, porque éste lo

15 Fernández de Oviedo: 1557. Lib. V, III Parte. Cap. XIX-XX.

16 Zárate: 1555, cap. X.— Fernández de Palencia. 1571, cap. XVI.— Garcilaso de la Vega: 1616.III Parte, pp. 244 - 255 - 247.

manifestó a base de su recuerdo, mientras que los quipus contenían el registro que los quipucamayoc habían hecho minuto a minuto de los hombres que salían de sus ayllus y caían en los campos de combate. En el párrafo 55 del *Memorial de los Capítulos*, Cusichaca declara que fueron ciento setentiséis cargueros y ciento veinte guerreros lo que Jatunsausa dio a Lope Martín, en 1554. Sacados los quipus resultaron ciento setentitrés y ciento veintiuno, respectivamente. En el párrafo 57 del mismo *memorial de los capítulos* dice el curaca que de Jatunsausa salieron doscientos cuarentitrés cargueros llevando unas picas a Lima; pero el quipu lo rectificó en doscientos cincuenta y tres.

En la *Información* de Cusichaca hay otro error. Se confunde al conquistador Pedro de Vergara, el segundo descubridor de Jaén de Bracamoros, con el capitán Mercadillo. Seguramente se debe a una falla de la memoria de los curacas de Jatunsausa, en 1561. Aunque puede ser también que se deba a una mala traducción del intérprete.

En lo contable, pues, todas las referencias son absolutamente exactas en las *Informaciones* de 1560 y 1561, y también en las *Memorias* de 1558.

Fuera de los abundantes datos sobre la alianza hispano-huanca, las *Informaciones* proporcionan, asimismo, muchas noticias que interesan al etnohistoriador. Unas veces aparecen ellas expresamente, pero la mayoría en forma tácita. Tal como esa de que la carne del cuello de la llama era la mejor saboreada de todo el rumiante; o sea otra sobre el cuero del venado, que se usaba adobado, seguramente para cajas de madera; la de los platos y escudillas de palo, los cuales no deben ser otras cosas que los mates. Varias clases de medidas se especifican, y lo interesante es que aparecen funcionando: el *putre*, para pacaes secos y maní; la *isanca* para las frutas, etc. Sobre el número de guerreros de la saya de Jatunsausa, también aparece un dato: siempre tenía en pie a ochocientos sesentitrés soldados. Este —dice Cusichaca— era el número de "indios soldados que ellos tenían señalados para la guerra"(17). En el folio 21v de la *Información* de Cusichaca hay un dato novedoso y sensacional. Se refiere a la cantidad de maíz que albergaba una colca de los huancas: En cien depósitos cabían tres mil noventitrés fanegadas, mejor dicho seis mil ciento noventa y seis pocchas indígenas. En otras palabras, en cada colca estaban treintiún fanegas y media.

17 Cusichaca: 1561, ff. 23r, 14v.

NOTICIAS BIBLIOGRAFICAS

Esta no es la primera oportunidad en que se habla de la alianza hispano-huanca para destruir el Imperio de los Incas. Tampoco es la primere vez que aparecen en letras de imprenta los nombres de don Felipe Guacrapáucar y de don Francisco Cusichaca. Las referencias ya se vienen dando desde mediados del siglo XVI.

Cieza de León, por ejemplo, cuando trataba de los quipus, cuya exactitud en lo contable puso en duda, quedó convencido, en una ocasión en que don Jerónimo Guacrapáucar le mostró, en el tambo de Maravilca, los cordeles anudados en que constaba la relación completa de los productos que habían dado a Pizarro desde 1532. El Príncipe de los Cronistas se expresa así:

> *Yo estaba incrédulo de esta cuenta, y aunque lo oía afirmar y tratar, tenía lo más dello por fábula; y estando en la provincia de Xauxa, en lo que llaman Marcavillca, rogué al señor* Guacarapora *(sic) que me hiciese entender la cuenta dicha de tal manera que yo me satisficiese a mí mismo, para estar cierto que era fiel y verdadera. Y luego mandó a sus criados que fuesen por los quipus, y como este señor sea de buen entendimiento y razón para ser indio, con mucho reposo satisfizo a mi demanda. Y me dijo, que para que mejor lo entendiese, que notase que todo lo que por su parte había dado a los españoles desde que entró el gobernador don Francisco Pizarro en el valle,estaba allí sin faltar nada. Y así ví la cuenta del oro, plata, ropa que habían dado, con todo el maíz, ganado y otras cosas, que en verdad yo quedé espantado dello(18).*

Guamán Poma es otro de los cronistas que revela, en forma clara, la alianza de los españoles con los cañares, chachas y huancas. Pero lo interesante es que Guamán Poma no juzga a los huancas como a aliados que hubieran podido tratarse de igual a igual con sus confederados. El, en la práctica los imagina andando y sirviendo cual si habrían sido los más perfectos yanaconas de los invasores, participando en las guerras con toda la secuela de resultados que siempre ellas provocan ante el vencido: robo, saqueo, etc. He aquí cómo se expresa Guamán Poma, en su pésimo castellano,

18 Cieza de León: 1554a, Cap. XII, p. 82.

que lo trascribimos en ortografía moderna para su mejor comprensión:

> *De cómo los indios andauan perdidos de sus dioses y uacos y de sus reyes y de sus señores grandes y capitanes en este tiempo de la Conquista ni hauía Dios de los cristianos ni rey de España ni hauía justicia. Así dieron a hurtar y robar los españoles como Challcochima, Quisquis, Auapanti, Rumiñaui y otros muchos capitanes y los indios cañaris y chachapoyas* uancas *andaban robando y salteando y perdidos hechos yanaconas. Y desde allí comenzaron los yanaconas a ser bellacos y ladrones. Ansí hubo muy mucha hambre y alboroto y se murió mucha gente y revuelta en todo el Reino, daca oro y toma oro(19).*

Casi tres siglos después, en 1892, un investigador español, dón A. Paz y Melia, publicó un documento muy importante sobre este asunto, que él halló en el Archivo de Indias. Se trata de la real cédula dada por Felipe II en Barcelona, el 18 de marzo de 1564, concediendo un escudo de armas a don Felipe Guacrapáucar, precisamente en mérito a la alianza que pactaron sus antepasados con Francisco Pizarro. Paz y Melia la editó en su libro *Nobiliario de Conquistadores de Indias*, impreso en Madrid por la Sociedad de Bilbiófilos Españoles. Asimismo, tuvo también el merecimiento de haber dibujado y coloreado ese Escudo —de conformidad con las instrucciones dadas en la cédula— y publicarlo en la lámina IV, dibujo No.6(20).

Treintitrés años después, el tacneño Rómulo Cúneo-Vidal, quien no conoció por lo menos hasta 1925 la publicación de Paz y Melia, volvió a encontrar en el Archivo de Indias la *Cédula de las Armas* del 18 de marzo de 1564. La dio a luz como inédita, cometiendo el error de llamar *guacrapucaras* a los lurinhuancas. La alianza de los *guacrapucaras* con los españoles, fue considerada por Cúneo-Vidal como uno de los actos más hirientes del actual patriotismo peruano. Pero se tranquilizó un poco cuando pensó que Manco Inca se encargaría de castigarlos(21).

García Garrafa también analizó esta real cédula, e hizo y publicó en 1931 un dibujo del escudo mucho más fidedigno que el de Paz y Melia. El escudo de don Felipe Guacrapáucar lo estampó en

19 Guamán Poma: 1615, f. 389.

20 Paz y Melia: 1892, pp 272-273.

21 Cúneo-Vidal: 1925, pp. 139-140.

la octava lámina, No. 959 del Tomo 39. Dibujo en el cual los colores, metales y figuras están bien hechos y representados(22). El Escudo que se concedió a Guacrapáucar tuvo un fin: premiar la amistad y la alianza que el curaca don Jerónimo Guacrapáucar y sus lurinhuancas habían brindado a Francisco Pizarro y a los demás españoles, desde 1533 a 1554.

Raúl Porras Barrenechea, en cambio, tuvo más suerte que Cúneo-Vidal: halló y utilizó ambas *Informaciones* para escribir tres notas de pie de página en su *Jauja, capital Mítica, 1534.* Estudio minucioso y elegante difícil de superar donde analiza los sucesos acaecidos en Jauja en aquel año. Porras sólo se equivoca en una cosa: cree que ambos curacas fueron los jefes étnicos de Jatunsausa. Además, al Apo Manco Surichaqui le llama Cusichaca(23). Precisamente, es en el magnífico estudio de Porras en el cual se han basado todos los historadores, folkloristas y arqueólogos que, con posteridad a 1950, han escrito algo sobre la alianza hispano-huanca, tales como José María Arguedas(24) y Juan José Vega(25).

Además de las *Informaciones* de don Felipe Guacrapáucar y de don Francisco Cusichaca, existen otros documentos que contribuyen a comprender la situación de Jatunsausa en la guerra de la conquista. De Pizarro se conservan varias cartas firmadas en *Jauja:* 1) Una dictada por él y por los oficiales reales al Cabildo de Panamá el 25 de mayo de 1534, dándole noticias de los sucesos. 2) Otra del mismo Pizarro fechada el 13 de julio del mismo año, recomendando a su soldado Ruy Hernando Briceño. 3) También la de Rodrigo Orgóñez al prior y padres del monasterio de Las Cuevas de Sevilla, del 15 de julio de 1534. 4) Otra, del Cabildo de *Jauja* al rey, del 20 de julio de 1534 asimismo. La cual, en realidad, es una verdadera crónica por la calidad de los relatos que en ella se hacen desde la salida de Hernando Pizarro de Cajamarca a España, hasta la fecha en que fue escrita esta carta; y 5) Otra de Rodrigo Orgóñez a su padre Juan de Orgóñez, del 20 de julio de aquel mismo año de 1534 (26).

22 García Garrafa: 1931. T. 39, lám. 8º Nº 959.

23 Porras Barrenechea: 1950, pp. 123, 128, 129.

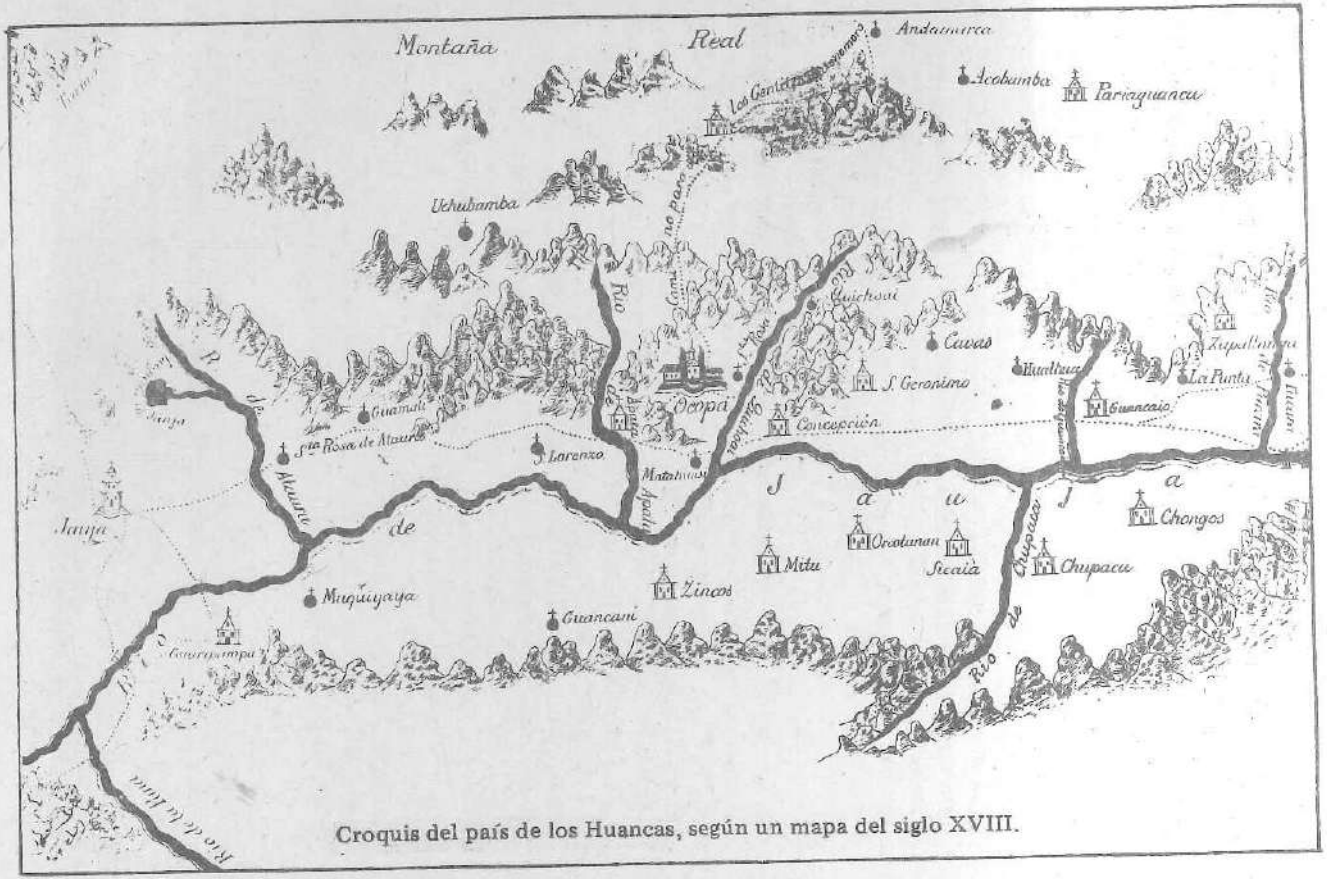
24 Argüedas: 1957.

25 Vega Bello: 1963, p. 67.

26 Porras Barrenechea: 1959, pp. 112-117; 121; 121-123; 124-131; 131-133.

Segunda Parte

LOS HUANCAS. LA ALIANZA. LAS PRIMERAS BATALLAS



Croquis del país de los Huancas, según un mapa del siglo XVIII.

¿QUIENES FUERON LOS HUANCAS?

Con el nombre de *huancas* fue conocido desde el período de los "*Estados Regionales y Organizaciones Tribales*" (1000-1460 d. C.) un numeroso grupo étnico que tenía su habitat en los territorios de las actuales provincias de Jauja, La Concepción y Huancayo. Había surgido al declinar el apogeo expansionista del Horizonte Huari. Fue entonces cuando más de setenta ayllus unidos por la creencia de un origen común en la pacarina de Huarihuillca, lograron ser unificados políticamente por un caudillo cuyo nombre se ignora. Primero fue convertida en una gran nación y luego en uno de los más poderosos reinos de los andes centrales, igual que el de Los Chanca, Los Lupaca, etc. Era un pueblo guerrero, cuya economía estaba apoyada en dos sectores: la agricultura en los valles y quebradas, y la ganadería en las tierras altas de la puna. La mayoría de su población estaba radicada entre Yanamarca y Tunanmarca y en el Valle mismo del *Jatunmayo* o *Huancamayo* —llamado desde 1782 *Valle del Mantaro*—, lugar donde todos se dedicaban a la siembra y a la cosecha de maíz, papas y otros productos agrícolas de la Sierra. Sólo una minoría permanecía en las punas, cuidando centenares de rebaños de llamas.

Era un pueblo guerrero, cuyas ciudades casi siempre estaban fortificadas y edificadas en las cimas de los cerros. Las casas eran de gran perfección geométrica, con plano en forma circular y de 1.50 a 2 metros de altura.

Las paredes estaban construidas con piedras irregulares, poligonales, labradas por las caras exteriores. La argamasa que la unía era de arcilla, cal y arena molida. En cambio, las paredes interiores estaban sin pulimentar. Los muros los preferían de doble pared: uno, externo, de piedras pequeñas, poligonales y pulimentadas; y el interno, más grueso y menos labrado. El objeto del emimuro era dar solidez a los edificios y proporcionar belleza al exterior de ellos. Las puertas fueron casi siempre trapezoidales y muy pocas las rectangulares, pero todas mejor labradas que las paredes. El dintel, invariablemente, era un bloque rectangular. Las casas, constantemente, fueron cilíndricas, en forma de cono truncado, anchas en la base y un poco angostas en lo alto; muy raras eran las ovaladas y cuadradas. Esa fue la razón para que las casas de los huancas estuvieran aisladas unas de otras, dando la apariencia de torres o de chulpas. En la parte superior de las paredes había una o dos venta-

nitas, seguramente para la aireación y quizá también para la observación; las ventanas grandes no fueron usadas. Los techos eran de madera de jenñual, quishuar y aliso cubierto con paja, pero no escaseaban los de bóveda falsa, hechas con losas de piedra, unidas con el citado mortero. Muchas de esta calidad todavía subsisten en Tunanmarca. Las casas fueron de una sola habitación y por lo común de un solo piso, cuyo diámetro fluctuaba entre 1.50 y 2 metros: ambiente demasiado estrecho para la residencia de una familia nuclear. De ahí que las casas huancas, más que viviendas o residencias eran alcobas o refugios. Sus dueños, en el día, preferían estar en el campo y no dentro de ellas, salvo durante las lluvias. Los huancas, pues, edificaron casas para dormir y refugiarse y no para vivir. Las casas presentaban el mismo estilo y las mismas proporciones; a todas las levantaban empleando la técnica de la pirca, pero la del jatuncuraca era más grande y refinada que las demás. También construyeron algunas casas de dos pisos, como las de Shutuy y Pachaayllu en Jatunsausa. Asimismo, según Cieza y Cobo, estas habitaciones circulares servían de tumbas a sus moradores. Fuera de esa calidad de viviendas también utilizaban chozas y cuevas.

Como las casas o habitaciones circulares eran independientes unas de otras, su aglomeración dio como resultado un pueblo amorfo. Los espacios que separaban las viviendas unas de otras eran estrechos pasadizos; no había calles. Pero cada llacta o pueblo huanca sí tenía un templo y una plaza para sus danzas y fiestas. Preferían levantar sus ciudades y casas en las cumbres y laderas de los cerros, pero también hubo algunas edificadas en el valle, tal como sucedió con Patancoto y Cotocoto, cuyas ruinas pueden verse ahora.

Por otra parte, sus graneros, a veces circulares y los demás de ellos cuadrados, en columna de a uno, siempre los edificaron en las faldas y cimas de los cerros, semejando a la distancia ser chulpas o torres funerarias. Los construían en esos sitios para aprovechar el viento y el aire helado para la conservación de sus granos y tubérculos almacenados en ellos. Algunos cronistas, como Cieza por ejemplo, confunden con pueblos y casas a estas colcas.

En suma, podemos afirmar que la arquitectura doméstica y religiosa de los huancas no llegó al grado refinado de Chimor, ni de Chincha. Todo fue sencillez entre los pobladores del hoy llamado Valle del Mantaro.

Pero no vaya a creerse que estas peculiaridades constructivas de casas y pueblos, fueron propias de los huancas. También las usaron los ayllus libres de la región de los chachapoyas y en los reinos de Chinchaicocha, Parisa y otros del sur del Perú, aunque con método un poco diferente. Así lo afirmaba ya Antonio Vásquez de Espinoza, en la primera mitad del siglo XVII(27).

La capital del reino Huanca fue la gran ciudad de *Siquillapucara*, actualmente conocida con el nombre de Tunanmarca. Está edificada en la cima de un cerro de cantería o roca traquítica. Nadie todavía ha metido su área ni su altitud, ni se ha levantado ningún plano. Pero debe tener dos kilómetros de largo por medio de ancho. Por el oeste y el sur la circundan tres murallas concéntricas de piedra; mientras que por el oeste y el norte, unas laderas muy empinadas le sirven de garantía y defensa natural. *Siquillapucara* era, pues, una ciudad fortificada. Todo su extensión estuvo, y aún está, cubierta de casas, de esas típicas casas huancas: circulares y de un solo piso, de piedra y barro, con cobertizos de jenñual y paja. Se calcula que hay más de tres mil habitaciones. Casi todas están derruidas ahora, salvo seis que quedan con las paredes intactas, pero sin cobertizos. Además quedan aún dos con techos abovedados con lajas de piedra. Cada habitación constituía una vivienda para una familia nuclear. No hay calles, sino pasadizos en laberinto. Cada casa es independiente de otra.

En el centro de la vieja capital huanca, todavía quedan la plaza y el templo dedicado a Huallallo Carguancho, el dios nacional del reino Huanca. Y a una cuadra más o menos, hacia el norte, se halla el palacio del rey Huanca o jatuncuraca. Este tenía, y aún pueden verse siete habitaciones grandes y redondas. Están encerradas por una cerca. Tiene un gran patio, donde jugaban los numerosos hijos del rey, y donde conversaban las siete esposas del mismo. Se afirma que vivían en gran armonía. Ahora mismo, también se puede contemplar la larga y ancha avenida que conectaba la Plaza del templo con la parte baja del cerro.

Siquillapucara fue la capital de reino Huanca por espacio de casi medio milenio. Allí debieron vivir más de quince mil habitantes. Fue la residencia de los más altos dignatarios y funcionarios del reino. Cuando, en 1460, Túpac Inca invadió el valle del Huancamayo, en plan de Conquista, *Siquillapucara* fue la última ciudad en rendirse al militarismo cuzqueño. Viejos documentos, todavía inéditos, cuentan que los huancas de la capital del reino, fueron

27 Espinoza Soriano: 1964a. pp. 8-80.

vencidos por hambre y sed, ya que sus provisiones se agotaron. Pero una vez derrotados, sus heroicos defensores fueron deportados en masa a la región septentrional de Chachapoyas. Hombres y mujeres salieron abandonando sus tierras y moradas, lanzando agudos alaridos de dolor y desesperación. Pero la orden fue cumplida, y la vieja y monumental capital huanca quedó despoblada para siempre. Desde entonces, sólo hierbas y sabandijas conocen de su desgracia y abandono. Sin embargo, la ira del vencedor no quedó allí. Túpac Yupanqui ordenó derribar casas, palacios y templos. Todo fue echado por los suelos, salvo seis u ocho habitaciones que las dejaron intactas para eterna memoria de la gloriosa ciudad huanca (28).

Todo el reino estaba gobernado por un rey o jatuncuraca, de carácter hereditario y con poderes casi omnímodos. Eran muy acatados por sus vasallos, quienes, como tributo, le sembraban y cosechaban sus sementeras de maíz, papas, ají y otras ubicadas tanto en el valle como en la selva alta.

En lo tocante a la cerámica huanca se sabe que tuvo sus raíces en la correspondiente a la Huari, del Horizonte Medio. La loza huanca tenía formas y decorados particulares. Las más comunes fueron las vasijas en forma de cántaros, con gollete cara. Su decoración única fueron dos bandas cruzadas, anchas y negras. También usaron el rojo y el blanco. Frecuentemente tuvieron las asas verticales. En general, era una cerámica antiestética, ordinaria, sumamente descuidada y de técnica defectuosa. La arqueología ha señalado dos estilos en esta cerámica: la de base clara y la de base roja. La primera con bastante cuarzo bien molido, y con arena, de acabado tosco y con decoración rústica en colores. La segunda, un poco más acabada, decorada hasta con tres matices.

El traje de los huancas era casi el mismo que se usó en el área andina. Se componía de una manta con su camiseta en el hombre, y de una lliclla con su anaco en las mujeres. La camiseta era un poco más larga de la que usaban en el siglo XVI colonial. En la cabeza llevaban, como distintivo una huincha de cuatro dedos de ancho. Las huinchas de los jatunsausas eran de color rojo y las de los lurinhuancas, negras. También acostumbraban deformarse el cráneo alargándolo; pero esta práctica fue restrictiva sólo a la clase noble. Los vestidos fueron muy pocos de algodón y la mayoría de lana de camélidos.

28 Espinoza Soriano: 1966a, p. 3.

En cuanto a la vida mágico-religiosa, los huancas reconocían como lugar de su origen o pacarina al puquio de Huarihuillca, a seis kilómetros hacia el sur de la capital del actual departamento de Junín. Como supremo creador admitían al Apo con Ticse Huiracocha, a quien le construyeron un templo en los alrededores de su pacarina. Allí le ofrecían sacrificios de niños, de ganado, de cuyes, de mullo, de coca y de estatuillas de oro, plata y terracota. El culto y el templo al Apo Con Ticse Huiracocha, entre los huancas, debe datar del Horizonte Expansionista, porque tanto los muros de Huarihuillca como algunos tiestos encontrados allí proceden de aquella época. Pero la adoración a Huiracocha no fue particular de los huancas; Huiracocha era un dios universal del mundo andino. Los huancas, en cambio, tenían un dios nacional, propio, según asevera Guamán Poma: era el dios Huallallo Carguancho, cuyas huacas, en cierta época, estuvieron esparcidas por todo el reino. A Huallallo Carguancho también le dedicaban sacrificios humanos, de perros y de coca. Su culto se extendió a Yauyos y a Huarochirí, aunque con poco éxito.

También creían en la inmortalidad del alma, y con ese objeto momificaban a sus muertos. A sus cadáveres los envolvían —según Cieza y Cobo— en pellejos frescos de llama. Después los cosían, dándoles la forma de grandes bultos humanos, con rostro y todo. Los enterraron en sus casas, junto con los perros del difunto. Las momias de los curacas recibían un culto especial por parte de sus hijos y súbditos: anualmente eran sacadas en procesión en medio de sacrificios de llamas, de perros y de niños.

Desde que fueron conquistados por los incas, comenzaron a rendir adoración al Sol y a la Luna.

Según Cieza y Garcilaso, los huancas adoraban al perro, como a dios nacional. Pero esta historia ridícula debió nacer en el Cuzco, con el objeto de desacreditar a las culturas locales con el fin de justificar el imperialismo de los orejones. Guamán Poma, mucho más veraz a este respecto y mejor conocedor de la zona, afirma que el perro no era tenido como dios, sino que exclusivamente lo utilizaban para sus sacrificios, tan igual que a la coca, al mullu y a los niños. La ceremonia consistía en rociar el rostro del ídolo de Huallallo Carguancho con la sangre del perro sacrificado. Después los ofrendantes comían su carne. Este sacrificio, según el mismo Guamán Poma y el folklore local, lo realizaban solamente en las huacas de Huallallo Carguancho, dios nacional del reino. En la época en la cual este cronista escribió, aún persistía dicha práctica entre los huancas. Por eso les llama *idólatras*.

Los ayllus huancas también practicaban el comercio con los reinos vecinos, aunque no con el mismo ímpetu y desarrollo que lo habían hecho en el Horizonte Medio. El principal intercambio que realizaron fue con Tarama y Chinchaycocha, para proveerse de sal. Los productos que empleaban para su comercio de trueque fueron el maíz, el charqui, la lana y la coca. Posiblemente comerciaron asimismo con la selva, para proveerse de más ají y algodón.

Los ayllus de la nación huanca, según Cieza y Andrés de Vega, vivían en contínuas rivalidades por la posesión de tierras fértiles, de pastos y de ganados. Unas veces, esas luchas eran provocadas por la necesidad, y otras por la ambición de ciertos líderes que ansiaban el poder y el mando dentro de sus ayllus mismos. Sus armas eran palos en forma de lanzas, hondas, escudos de madera, lihuis de plomo, dardos, estólicas, porras y macanas. Como señal de triunfo, el vencedor mataba a algunos de los vencidos; y después hacían las paces dando besos volados o mochando al triunfante. Las mujeres de los derrotados participaban dando y sirviendo cántaros de chicha a los victoriosos.

Los ayllus tenían sus tierras perfectamente alinderadas, y en defensa de ellas no vacilaban en protagonizar verdaderas batallas. Las principales luchas por la posesión de tierras, no eran de nación a nación.— dice Andrés de Vega— sino de ayllu a ayllu. Las guerras más encarnizadas de que se tiene noticia, fueron entre los ayllus de la margen derecha del río Jatunmayo con los de la izquierda. Parece que cada uno de ellos constituían un bando.

Otra de las principales ocupaciones de los huancas era la agricultura del maíz y de las papas, ejercitada desde setiembre hasta abril, que son los meses del invierno. No utilizaron el regadío, sino que todo dependía de las lluvias. Los abundantes arroyos y quebradas no los aprovechaban casi para nada. Tanto el visitador Jerónimo de Silva como Andrés de Vega están de acuerdo en manifestar que la agicultura fue la principal ocupación de los huancas. En cuanto a la arboricultura, los únicos árboles conocidos y utilizados fueron el aliso, el quishuar, el molle y el jenñual. De todos modos no tuvieron bosques de árboles. El único frutal cultivado en el Valle fue la lúcuma. Sembraban también ají, coca y algodón en la Selva Alta de Comas, Monopampa, Antamarca, Pariahuanca y Páucarpampa.

La carne de su dieta se la procuraban cazando venados, zorros, vizcachas, perdices y engordando perros. Su ganadería no era muy rica; las llamas eran pocas en comparación con las que te-

nían los del Reino de Chinchaicocha. Las aprovechaban como bestias de carga. La lana y carne de ellas también las utilizaban para el comercio y para su uso personal. Por haber sido unos empedernidos saboreadores de la carne canina se hicieron acreedores al apodo despectivo de *Allcomicoc:* come perros.

Poseían algunos instrumentos musicales, pero el peculiar de la nación era una especie de corneta, hecha del cráneo de los perros, animal al que le guardaban mucho aprecio para su dieta y para sus ritos. La tañían en sus fiestas y danzas; era tenida como la música más melodiosa a sus oídos. En las guerras la tocaban con gran estruendo, con el objeto de producir ruído y terror a sus enemigos (29a).

SITUACION POLITICA, SOCIAL Y ECONOMICA DE LOS HUANCAS A LA LLEGADA DE LOS ESPAÑOLES

Para poder comprender la actitud que tomaron los huancas favoreciendo a los españoles, para atacar y destruir el imperio de los incas, es preciso que examinemos primero la realidad social y política de este grupo étnico conquistado y avasallado por el Tahuantinsuyo, en el momento de la invasión europea.

En primer lugar, el mapa etnopolítico de Los Andes, a mediados del siglo XV era un verdadero mosaico. Habían más de doscientos divisiones y subdivisiones, desde Pasto hasta Diaguita y Maule, correspondientes a otros Reinos o Señoríos, políticamente autónomos. Ellos no serían conquistados para formar un Estado Imperial unificado, sino el advenimiento de Pachacútec y Túpac Yupanqui, los creadores del Imperio Inca, hacia 1438 según Cabello Balboa. En cada *Estado Regional* gobernaba un rey, llamado en runashimi *jatuncuraca*, o sea, el primero, el más grande de los mayores: el jefe de todos. Vivía en un palacio, rodeado de su corte, en ciudades edificadas, por lo general, en las cimas de los cerros prominentes y de carácter defensivo. El poderío de los *Estados Regionales* se medía por la cantidad de tierras cultivables, de cosechas, de ganado y de material humano, que se obtenían y vivían dentro de sus linderos. Estos eran los vasallos políticos y los guerreros que luchaban bajo el mando de su rey en situaciones especiales. Era, pues, una organización política muy similar a los señoríos medievales de Europa. Muchos de ellos sólo eran "behetrías", como ocurría en las regiones de los Chachapuyas y de Los Chil-

29a Espinoza Soriano: 1963, pp. 13-17.

chos; pero también habían reinos poderosos que abrigaban ansias imperialistas en potencia, como sucedía con los reinos de Lupaca, Jatuncolla, Chanca, Huanca, Cañar, Chimor, Chincha, Cajamarca, etc.

Los Estados Etnicos o Regionales no eran unas simples tribus marginales, sino reinos que antes del Tahuantinsuyu habían tenido una intensa vida internacional. Estaban armados de una admirable concepción del mundo y de la espiritualidad, y con una organización política, económica y social venida casi a menos con la dominación incaica, pero que deseaban revivirla derribando la estructura y superestructura política, económica y religiosa procedente del Cuzco. Llegada la oportunidad no vacilarían en entrar en acuerdos y alianzas con cualquier invasor.

Los reyes antiguos de los Estados Regionales habían gozado de todo el poder en lo político, judicial y económico. Sus tierras les habían sido trabajadas en gran extensión; habían disfrutado de yanaconas a su arbitrio, a los cuales los heredaban sus hijos. Los productos de las cosechas habían sido para ellos solamente; con ellas se habían sustentado y prodigado regalos para mantener el prestigio de jatuncuracas.

Los reyes huancas, como otros del área cultural andina, se vieron obligados de rendirse al Cuzco involuntariamente; les dieron la obediencia por miedo. Pero una vez vencidos, gracias a la astucia política de los incas, los reyes huancas siguieron inamovibles en sus puestos, aunque con la jurisdicción muy mermada. Dejándolos en sus rangos de señores, por lo menos lograron la obediencia exterior de ellos y, por consiguiente la de los runas o pueblo. Pero la verdad es que ningún rey huanca aceptó por convicción el dominio del Cuzco. Si es que se mantuvieron callados fue por temor. No fue, por lo tanto, afecto sino pavor al Cuzco; y no hay que olvidar que a quien se teme se obedece (29b).

Es cierto que los incas respetaron a los señores huancas. Les permitieron sus tierras y sus yanaconas; no quitaron el señorío ni a los curacas principales ni a los inferiores. Los dejaron con sus usos y costumbres y manera de gobierno. Pero ahora, los jatuncuracas ya no eran los reyes del reino. Los reyes huancas pasaron a ser vasallos del emperador inca. Reyes-vasallos con el poder político, económico y judicial muy disminuido.

29b Gutiérrez Flores: 1571, pp. 447, 448, 450, 453, 454, 455.

La planificación de los incas era esencialmente de privilegios señoriales. El inca instauró un gobierno absoluto, con cierta tolerancia política, social y religiosa para los pueblos subyugados. Pero, en general, el régimen impuesto por el Cuzco fue imperialista y duro. Entre las muchas limitaciones de poder que los incas aplicaron a los jatuncuracas vencidos, figura el de no matar por mano propia ni ajena a ningún hombre. En tales casos se les castigaba con una terrible pena de afrenta: se les golpeaba con una piedra en las espaldas, pero en la plaza pública. Al curaca reincidente lo eliminaban con la muerte. Sin embargo, cuando alcanzaba su perdón, se le desposeía del señorío, el cual se lo adjudicaban al hijo más hábil del penado. El castigo funcionaba hasta en el caso de que la víctima hubiera sido el verdadero culpable(30). También al curaca negligente en el cumplimiento de las leyes consuetudinarias del Imperio, se le privaba del señorío, y en algunos casos hasta era convertido en tributario, sobre todo cuando la sentencia era aplicada en situaciones en que el inca había hecho ya una primera reprensión. Además de todo ello, los curacas vivían bajo una continua vigilancia de gobernadores y de visitadores, listos para descubrirles y denunciarles el más mínimo error y para aplicarles la sentencia merecida: la privación del señorío total(31). Visitadores secretos o incógnitos, incluso espías disfrazados de mercaderes, recorrían las llactas y ayllus cerciorándose del cumplimiento de las mitas estatales y eclesiásticas; indagando quiénes se manifestaban descontentos con la política del Cuzco; quiénes evadían los servicios solicitados por el inca; averiguando qué curacas omitían las leyes emanadas de la capital del Imperio.

Los jatuncuracas no pagaban tributo personal en mitas. No trabajaban, pero sí controlaban el trabajo de sus vasallos en beneficio del Estado. También tenían que concurrir a las campañas bélicas, en forma ineludible. Muchos curacas fallecían en los combates; no regresando jamás a sus tierras. Todos los curacas iban a las conquistas y pacificaciones; absolutamente todos, superiores e inferiores. En sus curacazgos y ayllus quedaban sus *segundas-personas*, o sea el hermano de su padre. Otras veces los curacas presenciaban la muerte masiva de sus súbditos, como sucedió una vez en la conquista de Cayampi por Huayna Cápac. De allí no regresaron miles de huancas.

30 Herrera: 1615. Déc. V. Lib. IV. Cap. III.

31 Loc. cit.

Los jatuncuracas huancas habían perdido, pues, con el advenimiento del Estado Inca su poderío absoluto, porque por encima de ellos pusieron a los totricos y a los tucuyricos. Suplantación que engendró en ellos un profundo complejo de dependencia y de inferioridad. Estos hechos acarrearon un odio intenso a los dominadores incaicos, rencor que, al momento de la llegada del invasor español, minó por completo el poderío del Cuzco y vulneró la esencia más íntima de la política imperial.

La decepción más grande de los reyes huancas destronados por Túpac Yupanqui, debió ser la pérdida del señorío administrativo, político, económico y judicial sobre todo el reino. Pues, al antiguo rey se le quitó su mando, dividiendo a su territorio en tres sayas, en cada una de las cuales pusieron un curaca independiente, nombrando luego como autoridad máxima, de la Huamani de Los Huancas, a un totrico, quien no era otro que un auqui del Cuzco. El totrico gobernaba en nombre del inca en toda la provincia. Tenía jurisdicción en toda clase de asuntos suscitados en su Huamani. Le custodiaba, día y noche, una guardia especial. Esa guarnición era siempre un pelotón de mitmas incas. Centenares y hasta miles de huancas fueron desterrados por no conformistas. En su lugar trasladaron a decenas de ayllus de los reinos vecinos, los cuales habían sido enemigos tradicionales de los huancas, para así vigilarse celosamente los unos a los otros. Pero lo que más indignaba a los huancas, frente a esos mitmas, era verlos posesionados de gran parte de sus propias tierras (32).

Se puede decir que los jatuncuracas huancas siguieron conservando algo de su antigua posición señorial, administrativa y militar, pero la política la perdieron íntegramente. El curaca continuó respetado y querido por sus súbditos, pero, en cambio, adulado y amenazado por el Estado Imperial. El hijo heredero del Curaca se educaba en el Cuzco, pero con fines políticos, de interés estatal. Si llegaban a realizar algún mérito, podían ser ascendidos a la categoría de incas de privilegio, pero sin poder ocupar puestos de incas de sangre, ni menos casarse con una ñusta. En general, las prerrogativas y méritos de los curacas fueron restringidos cada vez más. La educación no la recibían sino uno o dos de los hijos del curaca. El primogénito o heredero era llevado al Cuzco. Los demás quedaban en el valle del Huancamayo, profundamente resentidos.

Esos viejos reyes huancas, desposeídos de su poder y atribuciones en forma casi excesiva, acosados por espías y funcionarios

32 Títulos de las tierras comunales de los ayllus de mitimaes y de los guancas. Archivo Flores. Jauja. Año de 1600.

del Cuzco, ardían de rencor contra sus opresores los orejones que habían absorbido a todos los reinos andinos. Los incas, desde luego, siempre vivían temerosos del estallido de aquella terrible ira acumulada desde 1460, año en el que aproximadamente fueron conquistados por el príncipe Túpac Yupanqui, hijo de Pachacútec. Por eso, para evitar sublevaciones, todas sus armas fueron confiscadas a favor del Estado. Desde entonces, no se les consintió tener ninguna; fueron almacenadas en su totalidad, bajo el cuidado de orejones y de mitmas espías(33).

Con tal régimen político, el Estado andino, en 1532, no estaba lo suficientemente amalgamado por la política cuzqueña, debido a lo reciente de sus conquistas. Todo el Imperio estaba, por el contrario, integrado por una cantidad de Estados señoriales de orígenes diversos, a veces con costumbres diferentes, lenguas y dialectos distintos, leyes y clases divergentes y caracteres opuestos, pero todos sometidos artificialmente a un régimen social, político y económico de la misma naturaleza. Así caminaba el Imperio, agrupando a todos estos reinos, los cuales, en 1532 aún no habían logrado confundirse unos con otros. En 1532 mantenían sus diferencias y rivalidades seculares, sobre todo desde el punto de vista político. El runashimi, los caminos, la religión solar, el capacocha y los mitmas no habían logrado crearles conciencia de una sola patria, de una sola nación. En 1532, en el Perú habían tantas patrias y naciones como Estados habían sido conquistados por los incas. A esto hay que agregar que los herederos de los grandes curacazgos de Lupaca, Chincha, Charca, Huanca, etc., y los pobladores mismos, pensaban y sentían de un modo muy diferente a sus dominadores del Cuzco(34).

Ahora, gracias a los estudios etnológicos, sicológicos e históricos —principalmente el de la sicología de las profundidades y el de la historia de las religiones— nos es dable comprender sobre el gran arraigo con que quedan impresos los elementos culturales en un grupo humano, por centenares de años y hasta milenios. Gracias a ellas también, hoy sabemos sobre el enorme tiempo que se necesita para inculcar ideas nuevas, vivencias espirituales y religiosas que penetren a lo más hondo de las conciencias y del núcleo de las ideas (35).

33 Enríquez: 1582. T. IX, p. 286.

34 Vid. nota 32.

35 Heer: 1965, p. 41.

Todos los reyes de los reinos andinos —costeños, serranos y montañeses de la selva alta—, se sentían completamente disgustados ante la humillación a que los había sometido el Estado Incaico. Por eso no veían la hora oportuna de sublevarse, nada más que con el objeto de sacudirse de la hegemonía del Cuzco. Pero se veían imposibilitados de hacerlo debido a la presencia preponderante y agobiante de las guarniciones militares, las cuales, en sus represalias, eran crueles y hasta inhumanas.

Es evidente, pues, que ningún fruto había dado la ceremonia mágica de la Alianza y de la confederación, que se realizaba en el mes de diciembre en el Cuzco, durante el Cápac Raimi. Allí, todos los curacas visitantes y mitmas residentes, comían un *bollo de maíz* empapado en la sangre de las llamas sacrificadas. Lo hacían en señal de "*eterna*" confederación con el Cuzco (36). Rito que volvían a repetir en la fiesta mágico-religiosa del Situa, celebrada en setiembre, con el objeto de purificar los cuerpos y celebrar los cultos de *confederación, lealtad y obediencia hacia el Cuzco, el inca y el Sol.* Ninguna había logrado formar conciencia de patria imperial en los pueblos sometidos. Los orejones fracasaron en su intento. La ceremonia de la Confederación se realizaba el cuarto día de la fiesta, después del Lavatorio u Opacuna general. Entonces salían a la plaza del Cuzco las mamacunas, llevando bollos o panecillos hechos con harina de maíz. Luego eran rociados con la sangre de los animales sacrificados e inmediatamente repartidos para que los comieran los mitmas y forasteros que se hallaban en el Cuzco en aquel momento. Otra gran cantidad del pan sagrado era enviada a los curacas de las más lejanas provincias que no habían podido viajar a la capital del Imperio. Así todos participaban de los ritos "de confederación y lealtad al Sol y al Inga" (37).

Esa era la situación del Tahuantinsuyu: un imperio integrado por innumerables reinos, principados y ayllus antagónicos e irreconciliables, cuyo odio lo mantenían oculto por temor al Cuzco. Pero que hizo acto de presencia durante el accidente político y cultural de la conquista hispana. E hizo su aparición en forma tan inmensa, tan violenta, que los antiguos reyes competían entre sí para prestar su mejor apoyo a Pizarro, porque creían que les había llegado la hora decisiva de clamar libertad, de acabar con el silenciamiento, el sojuzgamiento, la dominación y la persecusión a que ha-

36 Herrera: 1615. Déc. V. Lib. IV. Cap. V.

37 Calancha: 1639; I. p. 376.

bían estado sometidos. Miles de profundos y mortales enemigos del Cuzco, pudieron entonces manifestar libremente su rencor.

Ese mundo señorial de los reinos étnicos en el Perú, que mantenía al Imperio en una continua e imperceptible lucha intestina, acabó con un desenlace fatal a la llegada de los conquistadores. Lo mismo había ocurrido en México al arribo de Cortés. La infinidad de pretensiones ocultas, de protestas en silencio de los reyes destronados, mantenían al Imperio en un gran caos de política minada. En realidad, no existía una monarquía con conciencia cívica, de patria ni de Imperio. El Imperio del Tahuantinsuyu tenía que estar en una permanente y larga lucha contra los reyes y vasallos destronados y casi feudales de los Andes. Era una cruenta y continua pugna interna del conglomerado de pequeños Estados incorporados al Imperio, por conquista. Rivalidad mantenida como resultado de los intereses creados de los señores étnicos, quienes lloraban la pérdida de sus poderes políticos, sociales y económicos en beneficio de los incas del Cuzco. La estructura mental de los señores étnicos, que acabamos de enunciar, determinaría el triunfo de Pizarro y de su puñado de aventureros e invasores, quienes llegaron cabalgando en caballos y portando armas de fuego y de hierro; porque cada rey quería recobrar su independencia y continuar con su personalidad propia. Para alcanzarla, se mantenían alertas a toda situación contraria a los incas del Cuzco. En forma consciente, o tal vez inconsciente, consideraban al Cuzco como a un enemigo exterior mucho más ofensivo que a los europeos. Ocurrió que en los españoles vieron a los dioses enviados por Huiracocha para libertarlos. Pensaron que una vez cumplida su misión, se retirarían a sus tierras.

El hecho de que el Incario se componía de cerca o más de doscientos reinos pequeños, y que cada uno de ellos guardaba un odio profundo al Imperio conquistador, es una verdad comprobada. La fácil entrada y expansión de los españoles en el Perú se debió precisamnete a esa realidad. Actuaba dentro del Imperio un numeroso y peligroso número de curacas, descendientes de los antiguos reyes locales conquistados por los incas. Ellos socavaban la religión y todos los fundamentos del Estado. Querían extinguir la voluntad del Zapa Inca o rey de reyes, cuya sola palabra les resultaba odiosa. Desde Tumbes y Quito hasta Charcas y Chile, el ambiente era igual. Todos abrigaban desde hacía muchos años ya un profundo y vehemente encono subterráneo. Pero hacía tiempo que lo llevaban madurando que a la entrada de los cristianos, no hizo

otra cosa que explosionar. Y entre ellos estaban los herederos del antiguo huanca, destronado en 1460.

No olvidemos: en 1532 no había conciencia de patria, no había responsabilidad de una comunidad total desde el punto de vista imperial. Por lo tanto, no les preocupaba conservar ni proteger la estructura creada por los incas. Por eso desplegaron sus fuerzas de un modo que a todos los llevaría al suicidio, porque salieron de un amo para caer en otro. En 1532, pues, el Imperio estaba formado por una multitud de Estados adversarios y antagónicos que, muchas veces, habían manifestado ya su descontento contra la opresión del Cuzco, mediante rebeliones que habían sido debeladas cruelmente. No eran sino movimientos de pronunciamiento nacionalista, los cuales parecían haber muerto, pero que sin embargo resurgían en forma violenta. Por eso creyeron que el rayo divino de la independencia les llegaba con la venida de Pizarro. Ahí fue cuando brotó abiertamente la ira contra los dominadores del Cuzco.

Pizarro se dio cuenta de que el Imperio estaba integrado por una comunidad de muchos adversarios políticos, que se debatían en una maraña de enemistades. De ellos tenían que aprovecharse para hacer sucumbir a tan inmenso y, aparentemente, poderoso Estado Imperial. Para Francisco Pizarro, los curacas no conformistas surgieron casi en forma inesperada. Brotaron en los valles costeños, en las mesetas andinas e incluso en la Selva Alta. Atahualpa estaba seguro de la alianza de los chachapoyas con Pizarro, más no de la de los huancas ni de otros grupos étnicos, porque los creía muertos y liquidados ya por las fuerzas militares de sus generales Chalcochimac y Quisquis. Pero no sucedía como él lo estaba pensando y ordenando.

Así, huancas y españoles pactaron la alianza porque en ese momento a los dos les convenía. Ante aquella realidad amarga, el Tahuantinsuyu no estuvo en condiciones de desplegar toda su capacidad militar, política, económica y espiritual para hacer la guerra al invasor, porque el afán de independencia no había sido sepultado en los reinos. Esa fue la razón, por la cual la mayoría de los señoríos se plegaron a los españoles. Todavía no podemos señalar con cifras el número exacto de reinos que auxiliaron a los invasores y lucharon contra el Cuzco, porque aún faltan estudios heurísticos. Sólo hemos podido, hasta ahora, enumerar a diecinueve, entre ellos a los huancas, como uno de los más conspicuos. Sin embargo, sabemos fehacientemente que el único señorío que luchó contra los españoles fue el del Cuzco, compuesto por orejones in-

cas. Pero aún aquí, no todos los orejones estuvieron contra los europeos, sino apenas una de las sayas o parcialidades, y ésta, mucho después de la muerte de Atahualpa. Pero ¿qué pensaban los orejones del Cuzco frente a la inmensidad de señoríos que recibían con los brazos abiertos a Pizarro?

Desde luego que hubo algunos reinos neutrales, pero en ínfimo número. Y los únicos que en verdad hicieron bastante contra el invasor fueron los incas del Cuzco, sobre todo cuando se refugiaron en Vilcabamba, acaudillados por Manco Inca.

Pizarro, como hábil político, trabajó con los sentimientos y resentimientos de los pequeños reinos. Y así y todo, los escritores coloniales de ayer y de hoy califican al indígena peruano de brutal y de estúpido, de autómata y de siervo, víctima del despotismo de los incas. Fueron, pues estos pactos, que no emanaron del amor al arte, sino de los intereses particulares de ambas partes, los que determinaron la caída del Imperio. En primer lugar, los curacas huancas pensaban obtener así la ayuda del español para desgajarse de la monarquía cuzqueña y proclamar nuevamente su gloriosa independencia. Por su parte, los españoles meditaban lograr el auxilio de los huancas en víveres, cargueros, guerreros y mujeres para marchar contra la clase dirigente del Tahuantinsuyu. Desde luego que lo hacían prometiéndoles libertad. Fue una maniobra maestra de la estrategia política de Pizarro, que echaría muy pronto por los suelos al Imperio aparentemente más poderoso de Sudamérica. Pizarro no erró en sus cálculos. Todo salió como él lo imaginó y lo quiso en Cajamarca. Mientras que los huancas, inexpertos políticos, salían de un amo para caer en otro.

Así fue cómo Pizarro se apoderó de la voluntad de las masas, para convertirlas en su instrumento de conquista. Porque Pizarro comprendía muy bien la importancia que juegan, en la caída de un Imperio, las dinastías rivales y las provincias ávidas de liberación. Por eso no desperdició nada en este aspecto. Todo fue calculado muy fría y finamente por Pizarro, desde el ángulo político. Y tenía que ser así, ya que poseía las dotes sicológicas del caudillo y del conquistador.

Frente a esta realidad política y social de los reinos andinos, con la llegada del invasor los acontecimientos se desarrollaron tal como tenían que suceder, porque el desequilibrio y la inestabilidad íntima de las fuerzas que operaban en el Tahuantinsuyu, así lo determinaron. La presencia del invasor significaba un peligro gigantesco para la libertad de todos: del Imperio y de los reinos, princi-

pados, ayllus y Estados que lo conformaban. Pero éstos no calaban la magnitud de la invasión armada y colonialista. Por consiguiente, los españoles se aprovecharon de la coyuntura para atizar la efervescencia libertaria y la vieja obstinación contra el Cuzco.

Fue aquella situación reinante, creada por el régimen señorial andino, la causa del desastre. Ahora sí nos es fácil comprender la caída del Imperio en forma tan cómoda y en tiempo tan breve. Los españoles se dieron cuenta; pero casi siempre callaron para no desvanecer el mito de su superioridad, de su valor y el de la ayuda divina. Los invasores se valieron de aquella realidad, y muy pronto implantaron su teoría de que la conquista española quedaba justificada, porque gracias a ella habían quedado liberados —teóricamente por cierto— los antiguos reinos oprimidos por el totalitarismo de los incas (38).

Lo que pasó entre los españoles y el Imperio de los Incas, es muy similar a lo que ocurrió a los españoles y a los aztecas en México. En ambos lugares, los invasores europeos desde un comienzo se identificaron con uno o más de los numerosos bandos señoriales en oposición; de manera que hábilmente llegaron y tomaron parte activa en los odios y luchas intestinas. En México lo hicieron aliándose con Tlaxcala, Texcoco y otros señoríos; y en el Perú, con los Chimor, los Chachapoyas, los Cajamarcas, los Cañares, los Huancas, etc. (39).

Así se explica porqué la caída del Imperio Inca fue relativamente sencilla, como la de México. En este último país, donde en la investigación histórica no campea la imaginación ni el romanticismo, se ha valorado ampliamente la participación étnica y señorial como decisiva en la conquista de este territorio por los españoles. Sobre el asunto existe en el país del Norte una abundante bibliografía, sobre todo acerca del apoyo de Tlaxcala a Hernán Cortés.

Para terminar este punto, creemos oportuno manifestar que pasada la Conquista, los reyes huancas no lograron su libertad. Unicamente cambiaron de amo. Pero como sucede en todas las sociedades clasistas, privilegiadas y señoriales, con grandes diferencias sociales y de casta, los curacas y señores autónomos no estuvieron dispuestos para seguir la pelea por su libertad. Buscaron el avenimiento o la alianza definitiva con Pizarro y sus sucesores,

38 Gutiérrez Flores: 1571, p. 457.

39 Lipschutz: 1963, p. 161.

quienes comenzaron a regir en nombre del rey de Castilla al Estado invadido. Los curacas y el pueblo vencido tuvieron que sacrificar gran parte de su cultura en servicio del invasor. Estos empezaron a meter cosas que para ellos eran legítimas y verdaderas, con el fin de reemplazar a los *dioses falsos*, a las *creencias endemoniadas* de los rendidos, todo con el objeto de implantarles tributos y servicios en favor de los conquistadores.

Así acabaron los huancas, como todos los reinos aliados del mundo andino.

Los únicos y auténticos héroes de la resistencia imperial fueron Chalcochimac y Quisquis primero y después, tardíamente, Manco Inca y un gran sector de los anan y urincuzco (40).

Lo expuesto hasta ahora destruye las habladurías sobre la decadencia del Imperio a la llegada de los españoles, las teorías de la inferioridad racial del hombre andino y también la del totalitarismo de los incas que, se dice, convirtieron en autómatas a sus súbditos. Ni lo uno ni lo otro. Todo fue al revés.

Las dos *Informaciones* de Guacrapáucar y Cusichaca manifiestan en forma tangible y superabundante que el Imperio de los Incas fue conquistado por este señorío étnico, para entregárselo a los españoles. Las causas de la caída no hay que buscarlas en la supuesta y atrabiliaria inferioridad racial y cultural de los peruanos de la antigüedad; menos aún en el imaginario automatismo que, creen algunos, impuso el Cuzco a sus vasallos. Tampoco en que los españoles fueron acatados por creerlos hijos y enviados del Apo Con Ticse Huiracocha. El peruano del siglo XVI fue de recia personalidad; y si su territorio fue destruido y avasallado se debió a los esquemas mentales y superstructuras políticas reinantes en aquel momento. No hubo debilidad material, mental ni anímica. La fácil conquista se debió a que los reinos étnicos recibieron al puñado de invasores españoles como a libertadores. Por eso les proveyeron de todo para arruinar a los incas.

LA ALIANZA Y LOS PRIMEROS AUXILIOS

El Apo Manco Surichaqui —el de los Pies de Avestruz— era el curaca de la saya de Jatunsausa en 1532. Por entonces, muy joven todavía estaba su hijo Cusichaca o Cusichaqui, quien, al bautizarse en 1534, tomaría el nombre de Don Francisco. El mismo que

40 Ibid., pp. 182-183.

también fue conocido con el apelativo de don Francisco Xauxa Cusichac. Otro hijo del Apo Manco Surichaqui fue un adolescente que al ser cristianado recibió por nombre don Cristóbal Xauxa Cusichac. Otros curacas de Jatunsausa, notables por entonces, eran Ñaupari y Canchaya, quienes, al momento de ser bautizados poco después, tomaron los nombres de Don Diego y Don Francisco. Pero ellos eran líderes de huaranca solamente, supeditados al jatuncuraca de la saya.

El Apo Manco Surichaqui fue llamado y conocido más tarde con el mote de *el cacique viejo*, y también como *Surichac el Viejo* (41).

En cambio, el jatuncuraca de la saya de Lurinhuanca era el Apo Manco Guacrapáucar y el de la de Ananhuanca el Apo Alaya Chuquillanqui. El primero tenía un hijo, muy niño en 1533, el mismo que fue llamado después don Felipe Guacrapáucar; y el segundo, otro de igual edad: don Carlos Alaya. El Apo Manco Guacrapáucar fue bautizado y nombrado don Jerónimo Guacrapáucar.

Surichaqui vivía en la llacta de Jatunsausa; Guacrapáucar, en Tuna, y Alaya Chuquillanqui, en Sicaya. Es decir, cada cual en la cabecera o capital de su respectiva saya o repartición.

Producida la prisión de Atahualpa, la noticia se propagó por todo el Perú. La admiración de los *runas* era grande y hasta indescriptible. ¿Cómo pensar que había caído preso el guerrero más valiente del Tahuantinsuyu? Sus partidarios lloraban y se consternaban, pero sus enemigos celebraban estruenduosamente su derrota. Pero de todos, el que más lo sentía era Chalcochimac, quien estaba en el Valle de Los Huancas, con el deseo de castigar ejemplarmente a sus habitantes nada más porque habían sido los criados más solicitados por la corte de Huáscar (42).

De cada provincia salieron en dirección a Cajamarca los curacas principales y también los secundarios. Iban a visitar al inca prisionero, pero más con el deseo de ver a Pizarro y a los otros españoles. Cada curaca llevaba presentes, de lo que había en sus tierras: unos oro, otros plata, y así sucesivamente (43). El Apo Manco Surichaqui, curaca principal de Jatunsausa, en cuanto supo la caída de Atahualpa, envió a Cajamarca un rico regalo a Pizarro. Lo hacía

41 Cusichaca: 1561, Cf. número 1 de los Capítulos del Memorial y los ff. 9r, 59v y 72r.

42 Cieza de León: 1554b; 45.— Murúa: 1616

43 Cieza de León: 1554b; 45.— Estete: 1535, p.34

como muestra de lo que sentía él y su pueblo frente a los acontecimientos. Pero pasó algo más que eso: también llevaron sus chasquis el mensaje de alianza y obediencia a que se comprometían los jatunsausas con los españoles. El Apo Manco Surichaqui no fue quien viajó a Cajamarca.

El remitió sus obsequios con Ñaupari —el futuro don Diego Ñaupari—, quien salió a la cabeza de doscientos setentiún cargueros, por la vía de Pumpo-Huánuco-Andamarca. El regalo especial que Ñaupari conducía para Francisco Pizarro eran dos frazadas nuevas de cumpi; cuarenta piezas de ropa fina del mismo tejido; setentisiete fanegas y media de maíz, del mejor que pudieron hallar para la dieta del caudillo; veinte fanegas de papas; veinte pares de elegantes ojotas y cierta cantidad de buena quinua. En cuanto a los metales preciosos, le llevaron trescientos y un pesos de oro en estatuas y adornos (chipanas, collares, etc.); y otra cantidad igual de plata —trescientos y un pesos—, asimismo en chipanas, en platos, topos, etc. Además, y fuera de los doscientos setentiún cargueros, fueron enviados por Surichaqui sesenta huancas de Jatunsausa para donarlos a Pizarro, en calidad de yanaconas para su servicio doméstico. Aunque lo cierto es que, a última hora, los doscientos setentiún cargueros también quedaron en Cajamarca convertidos en yanaconas de los soldados españoles. También le llevaron llamas, cuyo número superaba las cien cabezas (44) y otras estatuas de oro y de plata, cuyo valor sobrepasó los veinte mil pesos.

En el párrafo 2 de los *Capítulos del Memorial* de 1561, se dice que fueron trescientos los jatunsausinos los que acompañaron a Ñaupari desde Jatunsausa a Cajamarca. Pero ese fue el número que declaró don Francisco Cusichaca. En cambio, cuando se sacaron los quipus para comprobar la cifra, se halló que no fueron trescientos sino doscientos setentiún, o sea veintinueve manos.

En los *Capítulos del Memorial* de Francisco Cusichaca no está especificado cuándo fueron los jatunsausas a Cajamarca a ofrecer su más amplio apoyo a Pizarro. Confusamente dice que fue *luego que el marqués don Francisco Pizarro entró en Caxamalca y prendió y mató a Atabalipa (45).*

Parece que Cusichaca quería expresar que fue en dos oportunidades: 1) inmediatamente después de la captura del inca, y

44 Cusichaca: 1561, ff. 1v, 9r, 43r.
45 Ibid. ff. 1v, 9r.

2) seguidamente de su muerte. Pero en otra parte, el mismo Cusichaca manifiesta que el viaje de los jatunsausas fue después de la muerte de Atahualpa (46). Sin embargo, uno de los testigos excepcionales, don Baltazar Canchaya, asegura que fue enseguida de la prisión del Inca, cuando los caciques del valle se pusieron a juntar ganado y a empacar maíz, papas y quinua, y también oro y plata, para mandarlos como regalo a Pizarro. Rivera el Viejo, otro de los testigos, afirma que fue asimismo "luego después de la prisión de Atahualpa" cuando vio y oyó que los embajadores jatunsausinos llegaron a Cajamarca. Pero la verdadera fecha en que el Apo Manco Surichaqui nombró y despachó sus embajadores y sus presentes a Cajamarca, la descubrimos en el párrafo 2 de la declaración de Canchaya. Manifiesta, que cuando los embajadores caminaban hacia el norte, se encontraron en Huánuco el Viejo con unos españoles que iban a Jatunsausa y al Cuzco. Pues bien, aquellos españoles eran Pedro Martín Bueno, Pedro de Zárate y Martín de Moguer, los cuales habían salido de Cajamarca a mediados del mes de febrero de 1533. El viaje debió ser entonces entre fines de febrero y comienzos de marzo de aquel año. Fueron precisamente esos españoles quienes les "ranchearon" el hato de llamas que llevaban para Pizarro, no dejándoles sino cien cabezas. Si nosotros tenemos en cuenta, según afirma Murúa, que el inca Huáscar topó con esos mismos españoles en el tambo de Taparaco, cerca de Pachas, en los Huamalíes, podemos deducir dos cosas: 1) que los jatunsausas marcharon a Cajamarca al mismo tiempo que Huáscar; y 2) que si no partieron juntos, debieron ir con muy poca diferencia de itinerario (47).

Un conquistador que presenció en Cajamarca la llegada de muchos curacas para aliarse con Pizarro, fue un soldado español de cuyo relato se valió el autor de la llamada *Relación Francesa de la Conquista del Perú* (1534). Refiriéndose a jauja y a Chincha, manifiesta que apenas tuvieron sus habitantes noticia de la muerte de Atahualpa en Cajamarca, fueron los primeros en viajar para dar sus parabienes a Francisco Pizarro. Viajaron llevándoles "gran cantidad" de oro y plata para hacer un "gran presente". Así exteriorizaban el gran gozo que sentían por la muerte de Atahualpa, muerte que habían deseado desde hacía largo tiempo, debido al gran daño que les habían causado sus ejércitos.

46 Ibid. f. 9r.

47 Ibid. ff. 43r-43v, 63v.

Pizarro, en Cajamarca, agradeció muy entusiastamente a los huancas, pero rehusó recibir en esa ocasión los áureos y plateados regalos que le habían llevado. Les pidió amablemente que los regresaran a Jatunsausa, ya que tenía decidido viajar a conocer esa gran ciudad. Exteriorizó sus deseos de recibirlos en Jatunsausa misma; cosa que los embajadores aceptaron hacerlo.

Entre las joyas de oro que Surichaqui ordenó llevar de Jatunsausa a Cajamarca, habían cuatro llamas de oro, hechas al tamaño natural de las que pastaban en las punas de la región. Y las cuatro acompañadas por dos pastores, también de oro, de la estatura de dos muchachos adolescentes. Asimismo, una hermosa fuente de oro; una bella obra de arte andino; pesaba dieciocho mil pesos de oro. Le afirmaron a Pizarro que ella había sido el lavatorio de los incas (48).

Otro curaca huanca que se precipitó en homenajear a Pizarro, por la prisión que había hecho de Atahualpa, fue el Apo Manco Guacrapáucar, el jefe étnico de Lurinhuanca. El voló a Cajamarca a darle la obediencia y para poner bajo la disposición de Pizarro toda la vitalidad de Lurinhuanca, para traer abajo el Imperio de los Incas. Pero no sólo fueron palabras y promesas las que ofreció Guacrapáucar; también le llevó ricos presentes a Pizarro. Setecientos quince cargueros, entre hombres y mujeres, le condujeron quinientos noventiseis pesos de oro y otros tantos de plata; ochenta piezas de ropa de cumpi, la mitad de hombre y la otra de mujer; cuatro mantas para caballo; cuarenta llamas y ciento cuarentinueve fanegas de maíz. Todo lo cual, por cierto, fue bien recibido por Pizarro. De los lurinhuancas que llevó Guacrapáucar a Cajamarca, se le perdieron quinientos noventiseis hombres y ciento diecinueve mujeres. Es decir, todos los que condujo. ¿Qué fue lo que pasó? Seguramente se quedaron convertidos en yanaconas, junto con los jatunsausas (49).

Lo mismo sucedió con el Apo Alaya Chuquillanqui, señor de Ananhuanca, de quien, fatalmente, se ha perdido su *Información*.

Los presentes que los huancas de Jatunsausa, Lurinhuanca y Ananhuanca llevaron a Cajamarca no eran un mero regalo. El ganado, los comestibles y los metales preciosos le fueron entrega-

48 Anónimo: 1534, p. 75.

49 Guacrapáucar: 1558, ff. 9r. 2r.— Guacrapáucar: 1560, ff. 2r, 37r.

dos al mismo Pizarro en calidad de *tributo*. Don Baltasar Canchaya dice que fue "como lo solían dar e tributar a los ingas, señores de la tierra" (50). Luego, al mismo tiempo de darle el camarico a Pizarro

> *Le dieron la obidencia en nombre de Su Majestad (51) [y] lo recibieron por amigo (52).*

Con lo cual, en buen romance y en buena política, quedó pactada la alianza, o mejor dicho la *confederación* —como la llama Tito Cusi Yupanqui— entre huancas y españoles. Sin firmas ni documentos, porque los huancas nunca los tuvieron ni les importaba hacerlo, quedaron comprometidos a brindarles el máximo de ayuda para arruinar el Imperio de los Incas. Guacrapáucar se vio con Pizarro en el mismo aposento de éste. Allí fue donde le tributó el oro, las llamas, la ropa y las otras cosas que le llevó. La conversación que tuvieron fue muy amable, y no era para menos ya que con ella quedaba pactada una alianza. Todo el acto fue presenciado por doña Inés Yupanqui, una hija de Huayna Cápac, quien fue tomada por los soldados de Pizarro en Pultamarca, para luego quedar como concubina del gobernador.

Pizarro, después de recibir el "tributo" y acabada la entrevista con Ñaupari, Guacrapáucar y Alaya Chuquillanqui, les pidió regresar a sus tierras de Jatunsausa, Tuna y Sicaya, para que sus jatunsausas, lurinhuancas y ananhuancas refaccionaran los caminos hasta el valle del Jatunmayo. También lo hacía con el fin de que prepararan el aviamiento para los españoles que pronto pensaban ir al Cuzco. Pero Cuacrapáucar se excusaba de obedecerle; porque su intención era esperar y viajar junto con Pizarro. Sin embargo, el líder de Lurinhuanca tuvo que ceder cuando intervino Atahualpa. Este le conminó para que obedeciera la disposición de Pizarro. Así fue cómo el gobernador, después de departir muy astuta y cariñosamente con los curacas y embajadores huancas, los despidió gentilmente. Les volvió a pedir para que una vez llegados a sus tierras, prepararan allí víveres y cargueros, ya que los iba a necesitar en su expedición al Cuzco. Y así sucedió, porque los curacas regresaron a poner en obra tan cordial orden (53).

50 Cusichaca: 1561, f. 43r.
51 Ibid. f. 63v.
52 Loc. cit.
53 Guacrapáucar: 1560, ff. 1r, 21r, 37v, 38r.— Cusichaca: 1561, f. 9r.

Lo curioso es que de Cajamarca los curacas y embajadores volvieron al Huancamayo casi solos. Ñaupari, por ejemplo, de los doscientos setentiún cargueros que llevó, no retornó con ninguno. Lo mismo pasó con Guacrapáucar, e igual debió ocurrir con Alaya. Sólo regresaron con los cargueros de sus respectivas hamacas. Los demás quedaron allá, como yanaconas y cargueros del invasor. Así comenzaron los huancas a sentir las consecuencias de la *confederación*, de la alianza hecha por sus curacas (54a).

La embajada y la alianza de los huancas debió ser acogida por Pizarro como un milagro del cielo, milagro que debía aprovecharlo desde el punto de vista político; pues la confianza y la amabilidad afectada con que trató a los curacas así lo permite traslucir.

Otro cronista que nos ha dejado informes sobre la presencia, en Cajamarca, de muchos curacas descendientes de reyes conquistados y disminuídos por los incas, es Gonzalo Fernández de Oviedo. El es uno de los que afirman que una vez preso Atahualpa, muchos curacas de diversas provincias acudieron a Cajamarca a celebrar alianzas de paz y a tributar a Pizarro por lo que había hecho. Muchos de los curacas procedían de los lugares más lejanos, y algunos de ellos eran señores de veinte y de treinta mil vasallos. Sin embargo, esos reyes destronados, ante la presencia del inca preso, se portaban aún con gran acatamiento, besándoles pies y manos frente a la indiferencia del monarca andino. No cabe duda ya, que entre esos grandes curacas y embajadores que acudían a Cajamarca a ver a Pizarro y a ofrecerle sus servicios, estuvieron los huancas (54b).

¿Qué pensaría Atahualpa ante la actitud de los antiguos reyes destronados que acudían a Pizarro a ofrecer su ayuda contra el imperialismo de los incas? No quedan rastros de ello en las crónicas ni en otros documentos. Pero debió repetirse, para sí mismo, lo que dijo la noche de su captura: "que era uso de la guerra, vencer y ser vencidos" (55).

Cuando Pizarro estaba todavía en Cajamarca, luego de la muerte de Huáscar en Andamarca, en los primeros meses de 1533, Atahualpa ordenó que su ejército, que maniobraba en el Cuzco, se

54a Cusichaca: 1561, f. 43v.— Guacrapáucar: 1560, ff. 1r, 21r, 37r, 37v.
54b Fernández de Oviedo: 1557; III Parte. Lib. V. Cap. X.— Cusichaca: 1561, f. 1r.
55 Herrera: 1615, Déc. V. Lib. III Cap. XII.

dividiera en dos Escuadrones. Uno debía situarse en Jatunsausa, bajo las órdenes de Chalcochimac, y el otro seguir en el Cuzco bajo el comando de Quisquis. ¿Por qué Atahualpa lo dispuso así? (56). Ahora sí podemos comprender mucho más al respecto: era por que los huancas fueran perseguidos por Chalcochimac y vengar la ayuda que ellos estaban dando a Pizarro después de la captura del guerrero quiteño. Además, lo haría también con el objeto de tener bajo su dominio al territorio huanca, rico y bien poblado. Pero el astuto Hernando Pizarro trató luego de esparcirlos, lográndolo muy bien.

Sobre la presencia y la actividad antiatahualpista de los huancas en Cajamarca, de esos huancas que quedaron allá como yanaconas, nos ofrece un dato muy importante y revelador el cronista Diego de Trujillo. Afirma que fueron precisamente los indígenas de esta nación —no indica la saya— los que propalaron el rumor falso de que el ejército de Atahualpa se había rebelado en el río de Llehuantu (el Utcubamba), al este de Cajamarca. Con eso, los huancas no hacían otra cosa que exteriorizar su odio profundo hacia el inca, con el fin de apresurar su muerte. Cuando Hernando de Soto volvió de la expedición, aclaró que todo había sido una calumnia. Y tenía que ser así, porque los chachapoyas, en cuyos territorios estaba el ayllu y la ciudad fortificada de Llehuantu, eran otros de los más fieles aliados de los españoles. Trujillo dice tajantemente: "los indios [de] Xauxa [que] eran enemigos de Atabalipa le levantaban esto" (57). Otro punto denunciado por los yanaconas huancas en Cajamarca, es uno referido por Borregán. Afirma que Pizarro tuvo ya noticias del "adoratorio de los indios" de Jatunsausa. No sabemos si Borregán se refiere al templo del Sol de Jatunsausa o al santuario de Huarihuilca en Ananhuanca. Agrega Borregán que al llegar Pizarro a Jatunsausa, saqueó esos tesoros y los repartió entre sus soldados. Sin embargo, las conjeturas nuestras se inclinan por el templo del Sol (58).

Todo nos indica, pues, que los españoles fueron recibidos por los huancas como libertadores, motivo por el cual les brindaron su inmenso afán de colaboracionismo. Los invasores y aventureros advenidizos, debieron recibirlo como un don del cielo. ¡Otro milagro más de Santiago Apóstol a favor de sus conquistas!

56 Pizarro: 1571, p. 46.— De La Barra: 1948, pp. 75-76.

57 Trujillo: 1571, p. 59.

58 Borregán: 1565, p. 33.

Los señores étnicos de la nación huanca no resistieron al invasor. Se entregaron a colaborar con el intruso, para recobrar la libertad de su nación y para conservar y adquirir nuevos privilegios curacazgales. Así acaba el primer acto de la alianza hispano-huanca.

CHALCOCHIMAC EN JATUNSAUSA. LA ENTREVISTA CON ANCAMARCA MAITA

Huari Titu era un sobreviviente de la cruel batalla de Yanamarca, entre las tropas de Quisquis y Huanca Auqui. Refugiado como pudo en una casa de Jatunsausa, permaneció allí durante seis meses. Allí se enteró de la captura de Atahualpa y de la toma del Cuzco por Quisquis, cosas que sucedieron casi en la misma fecha. También se informó de la masacre de Andamarca y de otros sucesos de aquellos tiempos. Cuando un día Huari Tito salió a la plaza de Jatunsausa, al pasar por el palacio de los incas que allí se levantaba, se puso curioso al ver el gran campo lleno de soldados. Al preguntar y luego saber que era el ejército de Chalcochimac, quien pensaba ir en dirección a Cajamarca para libertar a Atahualpa, se puso nervioso. Chalcochimac se había detenido en Jatunsausa para castigar a los huancas y dilucidar un diferendo sobre quién debía comandar el ejército: si él o un orejón que acababa de llegar del Cuzco (59).

Pensó entonces viajar a Cajamarca, para comunicárselo a Pizarro; pues Huari Tito era huascarista. Llegó cuando Pedro Martín Bueno, Pedro de Zárate y Martín de Moguer habían ya salido de Cajamarca rumbo a Jauja y al Cuzco, pero por otro camino. Así fue cómo Pizarro tuvo noticias de que Chalcochimac, a la cabeza de un ejército compuesto por treinticinco mil hombres, avanzaba hacía Cajamarca. Desde luego que todo era una denuncia falsa, pero se decía que Atahualpa le había ordenado. Por eso Pizarro, con el objeto de atajarlo envió un soldado español acompañado de un orejón partidario de Huáscar: el gran Ancamarca Maita. La misión que traían era la de alcanzar a los tres españoles, para darles la orden de contramarcha, en cualquier lugar donde los hallaran. Pero eso sí, deberían hacer todo lo posible, si posible fuera para capturar a Chalcochimac y deshacer su ejército. Pizarro quería que el general quiteño fuera conducido a Cajamarca, para allá carearlo con Atahualpa.

59 Cabello Balboa: 1586. pp. 476-477.

Los dos mensajeros se dieron tanta prisa que alcanzaron a los tres soldados hacia la altura de Pumpu. Pero de allí no regresaron a Cajamarca, sino que se propusieron dar cumplimiento a la otra orden del gobernador: prender a Chalcochimac. Por eso continuaron su marcha y arribaron a Jatunsausa; porque les avisaron que el objeto de la presa estaba aquí.

Una vez llegados a Jatunsausa, los españoles y Ancamarca Maita pudieron comprobar que los soldados quiteños, por disposición de Chalcochimac, estaban capturando a todos los huancas que podían, e igualmente a los mitmas yauyos residentes en el Huancamayo. Chalcochimac deseaba, con los huancas, repetir la masacre sangrienta que realizaron en el Cuzco contra la panaca de Túpac Inca y contra Huáscar y su familia. Ahora quería reproducir la escena macabra contra los huancas y los mitmas de Yauyos. ¿Y por qué? Sencillamente porque se habían aliado con los españoles y porque en épocas anteriores todos ellos habían sido los ayllus mejor mirados y queridos por Huáscar: los había señalado como a criados exclusivos de su palacio.

El encuentro de Chalcochimac, general quiteño, y de Ancamarca Maita, general cuzqueño, fue de los más violentos. Ni el uno ni el otro pudieron esconder el odio profundo que se tenían los atahualpistas con los huascaristas. Los secretos recónditos de los entretelones señoriales y políticos de los urin y los anancuzcos, brotaron con toda la acritud que caracteriza a los enemigos trabados en una guerra civil.

A pesar de todo, los españoles le transmitieron la misión por la que habían venido a Jatunsausa; llevarlo a Cajamarca, para allá ser entrevistado por Pizarro y por Atahualpa. Pero Chalcochimac, con la adustez propia de un viejo general y estratega por añadidura, desdeñosamente les respondió:

> — *¿De dónde me conoce a mi el Apu [Pizarro] para que me envíe a llamar de tan lejos? (60).*

Pero al igual que Chalcochimac mostraba arrogancia, Ancamarca Maita también manifiesta iguales humos y, aún más: una furia tremenda contra el que había asolado a la familia de Huáscar. El desdén que se mostraban el uno al otro, fue notorio. Pero Ancamarca Maita fue quien exhibió más desprecio por su enemigo. Los resentimientos eran inmensos entre los dos bandos imperiales; nin-

60 Murúa: 1616, I, p. 184.

guno de ellos pensaba ni proponía unirse para arrojar al enemigo común: el invasor español. La réplica amarga de Ancamarca Maita a Chalcochimac fue:

— *¡Qué estáis parlando, no vasta que hayas muerto a todos nuestros hermanos y parientes en el Cuzco, sino que agora quieres matar a estos pobres y hartarte en ver derramar su sangre. No se han acabado tus crueldades, no has de acabar de matar tanta gente inocente! (61).*

— *¿Hasta cuándo Challcochima han de tener fin tus crueldades? ¿Cuándo será el día que tú, y aquella bestia fiera de tu capitán Quisquis, os habéis de ver hartos de humana sangre? Dime rabioso tigre ¿vienes a derramar la de estas gentes viles, ahora que no hay vena de inga, que no la tengas desangrada? Pues de una cosa me huelgo, y lo mismo creo que hacen tus mismos soldados, qué ha enviado el Hacedor del mundo, los ejecutores de su justicia para castigo tuyo y de aquél de quien aprendiste a ser cruel. Por tanto pon fin a tu brío, y aderézate y vente luego con nosotros, que el gobernador de estos españoles y Señor de este Imperio te llama y quiere verte (62).*

A lo que el atento y vivaz Chalcochimac le respondió, lleno de ira:

— *Mayor novedad me parece hablar tú con tanta libertad, que no lo es el llamarme a mí quien no me conoce, anda vé y dile a ese hombre cualquiera que sea, que venga él a mi llamado, y luego suelte de la prisión a Atahualpa mi Señor, si no quiere que todos estos barbudos, advenidizos, mueran quemados, sin quedar de ellos quien lleve la nueva a su tierra (63).*

Su dura imprecación, Ancamarca Maita la selló levantando su diestra para dejarla caer con brío y furia en la mejilla izquierda de Chalcochimac, quien se hallaba sentado, diciéndole:

— *¡Ya se pasó el tiempo de tu soberbia! (64).*

61 Loc. cit.
62 Cabello Balboa: 1586, p. 477.
63 Loc. cit.
64 Loc. cit.

La bofetada, por cierto, se la dio porque Maita se sentía asegurado con la presencia de los españoles. La situación se había tornado crítica para los orejones.

Uno de los españoles quizo terminar la entrevista, y gritó:

— *¡Vamos luego. No hay qye detenernos más, que Atao Hualpa, tu señor, está preso en poder del marqués! (65)*.

Por primera vez Chalcochimac había sido sopapeado y humillado por un cuzqueño huascarista. Por eso, con indignación y dolor contenido se levantó de su tiana, para avalanzarse sobre su enemigo. La trompeadura que se trabó entre ambos fue brusca, tenaz. Se derribaron y rodaron por el suelo. Y lo curioso es que ningún soldado de Chalcochimac acudió a defender a su jefe, a pesar de que presenciaron la riña un gran número de ellos aglomerados en la Plaza de Jatunsausa. No salieron en su amparo, temerosos del ataque de los españoles, a cuyos caballos y armas de fuego y cortantes temían a carta cabal. Fueron precisamente éstos quienes tuvieron que intervenir para separarlos.

En esta forma, Ancamarca Maita fue el vencedor. Por eso, a grandes voces, en la que denotaba, mando y señorío, dirigiéndose a la multitud de huancas y de yauyos presos, vociferó:

— *¡Levantáos, hermanos, y aderezáos de lo necesario para ir a ver al marqués don Francisco Pizarro, que ya no hay otro inga ni señor, sino él, que tiene preso a Atao Hualpa; y a él [a Pizarro] le avemos todos de obedecer! (66)*.

Cuando Ancamarca Maita declaró no haber más jefe que Pizarro en el Perú.

con tales nuevas se alegraron todas aquellas naciones [huancas y mitmas yauyos], por que entendían haber llegado el tiempo de su deseada libertad. Y así, cada uno se salió del yugo pesado en que aquél capitán los traía (67).

65 Murúa: 1616; I. p. 154.

66 Loc. cit.

67 Cabello Balboa: 1586, p. 478.

El acontecimiento había sido como un milagro para los huancas y para los mitmas yauyos. La felicidad que mostraban por haber salvado la vida de una masacre inminente, era indescriptible. Hubo danzas, gritos de alegría, mucha bebida y

> *un grandísimo contento como aquellos que se escapan de dura muerte a vida, y de las manos de su capital (68).*

Repuestos los huancas y yauyos, pegando un hondo suspiro se incorporaron, levantándose del suelo donde habían estado apiñados, esperando la muerte. Despreciaron a Chalcochimac y a su ejército, quienes habían quedado espantados de oír y ver tantos hechos. Pero la admiración más grande fue por las cosas que dijo e hizo Ancamarca Maita. Nunca se habían imaginado que un orejón cuzqueño y huascarista se hubiera atrevido a humillar a un famoso general quiteño; mas aún cuando la guerra ya la tenían ganada éstos!. Les parecía un sueño, una mentira. Pero no era ni lo uno ni lo otro; simplemente era la verdad, la amarga verdad.

Desde entonces, Chalcochimac comenzó a perder autoridad. Desde entonces, el que hablaba y mandaba, con toda la desenvoltura propia del vencido de repente encumbrado, fue Ancamarca Maita. Y lo hacía muy bién, porque tenía el favor de los españoles. Chalcochimac, pues, no tuvo más remedio que callar y callar. Su angustia y su rabia la ocultó para sí. Disimuló muy bien las humillaciones de que era víctima, humillaciones a las cuales nunca había estado acostumbrado.

Refieren Cabello Balboa y Martín de Murúa, que al día siguiente de ese accidente, Chalcochimac, muy entristecido, salió de la llacta de Jatunsausa a la llanura, posiblemente a la de Maquinhuayo; pero no solo sino con todo un ejército. ¿Qué pensaría el otrora victorioso general? No lo sabemos. Lo único que conocemos es que estaba muy triste y caminaba con la cabeza baja.

Martín Bueno, Zárate, Moguer y otro español más se le acercaron. Le querían persuadir para que fuese a Cajamarca, porque allá lo esperaba ansiosamente Pizarro. Pero Chalcochimac diferió la fecha. Prometió hacerlo con calma y en días posteriores. Mientras tanto, los tres españoles continuaron rumbo al Cuzco, y poco des-

68 Murúa: 1616; I, p. 184.

pués, llegaría a Jatunsausa Hernando Pizarro (69). Con la salida de Ancamarca Maita, Chalcochimac pudo recobrar su serenidad y autoridad, perdida por algunos días.

CHALCOCHIMAC Y HERNANDO PIZARRO

Pizarro en Cajamarca, gracias a un hermano de Atahualpa, tuvo noticia de que en Jatunsausa quedaba una cantidad mucho mayor de oro de la que antes ya le habían llevado. Supo también que Chalcochimac lo transportaba a Cajamarca. Hernando Pizarro, en su trayecto a Pachacamac igualmente se informó de que, en realidad, sucedía así. El mismo hermano del inca preso asimismo les avisó de que en Jatunsausa aún quedaba una mayor cantidad de oro, y Hernando en Pachacamac volvió a enterarse de esta novedad. Escribió a su hermano al respecto, y le pidió órdenes para actuar, porque Pizarro le había comisionado solamente el saqueo de los tesoros de Pachacamac (70).

Efectivamente, en el templo y en el palacio de Jatunsausa había mucho oro. Así lo había declarado Atahualpa a Pizarro mucho antes. Por eso el gobernador había enviado una comisión para llevárselo a Cajamarca. Los tres hombres habían llegado ya al pueblo de Jatunsausa con Ancamarca Maita, y habían visto que el general Chalcochimac tenía en su poder todo el oro. A los cristianos les había dado solamente treinta cargas de este metal cantidad que fue recibida con desagrado, porque apetecían más. A exigencias le sacaron otras cinco cargas. Y mientras los españoles continuaban su ruta al sur, encargaron que un negro, criado suyo, regresara a Cajamarca conduciendo aquellas treintiséis cargas del dorado metal (71).

En Pachacamac mismo (1533), Hernando Pizarro supo con seguridad que Chalcochimac estaba en Jatunsausa. Lo hizo llamar, pero el general quiteño le respondió que iría a encontrarlo en el camino, cuando los españoles retornaran a Cajamarca. Al saber Pizarro estos sucesos, decidió que Hernando pasara por Jatunsausa en el periplo de su regreso. Este, por lo tanto, después del saqueo del templo de Pachacamac, dio la orden de volver a Cajamarca. Subieron por las sierras de Cajatampu y Pumpo; mas como su intento era el de llevar consigo a Chalcochimac, tuvieron que bajar a Ja-

69 Ibid. p. 183-185.
70 Estete: 1533, p. 337.
71 Mena: 1534, pp. 91-92.

tunsausa, para obligarlo a ir junto con ellos. Así fue cómo Hernando llegó a Pumpo. Orillando los bordes accidentales del lago de Chinchaycocha, continuó al sur, siempre por el *Jatunñam*. Fue precisamente en Pumpo, donde Hernando supo que Chalcochimac no quería salir de Jatunsausa para darle el encuentro y marchar juntos a Cajamarca. Sólo halló a unos cargueros que conducían a esta llacta ciento cincuenta arrobas de oro, enviadas por Chalcochimac. Era el 12 de marzo de 1533. El general quiteño adujo que no viajaba por temor a los cristianos, y por estar esperando otras remesas de oro desde el Cuzco. Hernando creyó conveniente enviarle un mensajero hasta Jatunsausa, instándole a que fuese a darle el encuentro sin ningún temor.

El 15 de marzo por la noche, Hernando arribó a Tarama. Y el domingo 16 reemprendió su viaje a Jatunsausa. Lo hacía con gran cuidado, ya que Chalcochimac no había dado respuesta a su mensaje. Así fue cómo a las seis de la tarde, más que menos, entró al valle de Yanamarca, a cinco kilómetros de la llacta. Los huancas residentes en el hermoso valle salieron a recibirle en medio de un brillante son de fiesta, con música y canciones. Pero a Hernando se le agrió la alegría, cuando supo que Chalcochimac había evacuado la llacta de Jatunsausa. Allí su preocupación aumentó, por cuanto Chalcochimac no aparecía por ningún lado a recepcionarlo. Un orejón, hermano de Atahualpa, que Hernando traía consigo, le aconsejó marchar con cautela, porque todo parecía demostrar que el general quiteño estaba preparado para un ataque. La sospecha que venía madurando desde Cajatampu, entonces recrudeció. La situación era de emergencia. No hizo sino apenas mirar y responder los halagos que le hacían los huancas de Yanamarca; comió un bocado de algo y reinició su camino. De Yanamarca a Jatunsausa, por el *Jatunñan*, no había sino menos de cinco kilómetros de distancia.

Pero los huancas de Jatunsausa, al saber la llegada del hermano del gobernador don Francisco Pizarro, congregados todos en la plaza de la gran llacta, no hicieron sino aguardarlo para brindarle la recepción más brillante que habían imaginado. La fiesta iba a ser total: música, baile, canto y bebida. La plaza parecía un hormiguero de gente. Cuando Hernando alcanzó la cumbre del cerro que separa Yanamarca de Jatunsausa, y desde la cual se vislumbra la integridad del valle de los Huancas, muy poco interés tuvo en ver el paisaje verde de sus campiñas y chacras en aquel mes de marzo. Lo que a él le preocupaba era ver en la plaza de Jatunsausa, una man-

cha negra que le parecía ser los escombros de un pueblo quemado. Pero luego se enteró que se trataba de una multitud de gente. Sin embargo, no sabía aún si era un poderoso ejército que lo amenazaba, o si eran los huancas que lo esperaban. Pero al llegar a la gran llacta desvaneció sus dudas y pudo respirar a gusto. El taqui que los huancas de Jatunsausa ofrecieron en su honor fue deslumbrante.

Al instante mismo de llegar a la gran plaza, salieron a recibirlo unos curacas. Le brindaron hospedaje y le reiteraron sus deseos de paz. Sin apearse ningún español de su respectivo caballo, Hernando preguntó por Chalcochimac. Le informaron que el temible quiteño había cruzado el puente colgante de Huaripampa la noche anterior, en dirección de la margen derecha del Jatunmayo, para destruir una rebelión de los huancas. Otros le dijeron que había huido de miedo. Pero la verdad es que Chalcochimac no estaba en misión ninguna. Sólo se había ocultado muy cerca para observar las maniobras de los españoles contra él. Temía ser muerto o apresado debido a su desobediencia frente a la orden de Hernando. Este lo mandó llamar a buenas, amenazándolo con destruírlo en caso contrario. Por su parte, los españoles también lo pasaron temblando de miedo. Toda la noche estuvieron en vela y guardia, con los caballos ensillados y enfrenados. Para mayor seguridad, ordenaron a los curacas de Jatunsausa no consentir la presencia de ningún huanca en la plaza de su gran llacta. Se les hizo creer que los caballos estaban enojados y deseosos de matarlos.

Por fin, el lunes 17 de marzo de 1533, Chalcochimac hizo su aparición en la plaza de Jatunsausa. Fue un capitán suyo, hijo de Huayna Cápac, que siempre llevaba consigo, quien prometió traerlo ante la presencia de Hernando. Y así fue en efecto, porque Chalcochimac llegó en compañía de su capitán, ambos en andas y en unión de mucha gente. Chalcochimac, en cuanto se acercó se apeó de su anda y fue a ver a Hernando. Lo halló en su posada y ante él se disculpó de su tardanza y por no haber ido ha encontrarlo en el camino de Cajatampu y de Pumpo, como le había prometido, y también por no haber salido a recepcionarlo en Jatunsausa. Aunque al final declaró que su incumplimiento había obedecido a un mandato de Atahualpa. Muchas cosas se dijeron el uno al otro, y una vez acabada la primera entrevista, los huancas se concentraron en la amplia plaza de Jatunsausa, cuyo número casi superó las cien mil almas. No hicieron sino bailar, cantar y beber en un taqui desenfrenado, celebrando la entrada de los españoles (72).

72 Estete: 1533; V, pp. 75-76.— Estete: 1535?: p. 40.— Hernando Pizarro: 1533; V, pp. 89-90.

Cuando Hernando Pizarro llegó de Pumpc a Jatunsausa, sus caballos, además de cansados, arribaron sin herrajes. Pero muy pronto, los indígenas plateros se encargaron de ponerlos en buena forma, porque a falta de hierro las hicieron de plata y de cobre. Así retornaron poco después a Cajamarca (73). Halló y comprobó que la ciudad y el valle habían sufrido mucho daño por obra de los quiteños; pero todavía quedaba bien poblado. Encontró también que Chalcochimac estaba al mando de un gran ejército. Ante los requerimientos de Hernando para salir juntos a Cajamarca, el guerrero quiteño se resistió hacerlo. Declaró que Atahualpa le había prohibido. Pero Hernando insistió, incluso amenazó con atacarlo y hasta formó a su pequeño pelotón en la plaza de Jatunsausa (74). Pero al final, Hernando le convenció para salir juntos a ver a Pizarro y al inca preso. Además, le conminó para que sacara el oro y también lo condujera a Cajamarca. Chalcochimac, esta vez nuevamente le contradijo, protestando no haber recibido órdenes de Atahualpa en tal sentido. Fue motivo para que el general quiteño se negara otra vez para caminar hacia el Norte; alegando no salir de Jatunsausa sin antes recibir una disposición de su inca. Le era penoso abandonar la tierra de los huancas, sin masacrarlos totalmente por la alianza que habían celebrado con los españoles. Sin embargo, Hernando porfió con audacia y finura pues no quería formar un escándalo apresándolo a la fuerza. Y logró su intento; porque el mismo Chalcochimac, muy de mañana el día 18 de marzo buscó a Hernando y le manifestó sus deseos de hacer lo que le mandara. Pero eso sí, Chalcochimac, en su reemplazo dejó en Jatunsausa a un capitán para que comandara a su ejército aquí acantonado. De lo contrario, decía, los huancas se rebelarían. Luego arregló su bagaje para la marcha a Cajamarca. Recogió hasta treinta arrobas de oro viejo y otras treinta o cuarenta de plata. Mientras tanto, los españoles no abandonaban su miedo ni su desconfianza. Ni de día ni de noche desensillaban sus caballos, temerosos de ser atacados por el poderoso ejército de Chalcochimac, Temían, sobre todo, un ataque nocturno. Pero no sucedió nada de aquello; y por fin, el viernes 20 de marzo de 1533 partieron de Jatunsausa rumbo a Cajamarca (75).

Chalcochimac entonces, cuando fue visto por Hernando en Jatunsausa, se encontraba ya bastante repuésto de la humillación que le había infligido Ancamarca Maita. Por esa misma fecha, la

73 Estete: 1535?: p. 95.— Cieza de León: 1554b. Cap. 49.
74 Mena: 1534. p. 95.— Cieza de León: 1554b, Cap. 49.
75 Estete: 1533; V. p. 75-76.

ciudad o llacta de Jatunsausa ofrecía un macabro espectáculo castrense: en la plaza estaban centenares de lanzas clavadas en el suelo, en cuyas puntas se exhibían docenas de cabezas de cuzqueños muertos y decapitados en diversas batallas de la Guerra Civil. En las de otras, pendían lenguas, manos y orejas. Eran los trofeos de la victoria guerrera. Pero así y todo, Hernando habló y honró al famoso general de Atahualpa, al mismo tiempo que a los curacas huancas les pedía mantenerse siempre en esa continua paz y amistad contraída ya en días inmediatos a la captura del inca (76).

Hernando permaneció cinco días en Jatunsausa, durante los cuales los huancas de esa saya cantaron y bailaron acaloradamente en su honor. Cuando ordenó el retorno a Cajamarca, fueron a despedirlo hasta las punas de Incapatacuna, mientras los treinticinco mil soldados quiteños quedaban en el valle comandados por un orejón, hermano de Atahualpa, quien, hasta entonces había acompañado a Hernando. Ejército que, en verdad ante la idea del viejo y fogueado general, comenzó a decrecer y a debilitarse. Pedro de Cieza de León, acerca de las actividades de Hernando en Jatunsausa, escribe:

> *Habló Hernando Pizarro a los señores principales naturales del valle, confirmándoles... en la amistad de los españoles, certificándoles que serían dellos bien tratados y favorecidos. Ellos respondieron que no tomarían armas contra ellos (77).*

Ratificada una vez mas la alianza, Hernando salió para Cajamarca. Y no hay que olvidar que en los cinco días que permaneció en Jatunsausa, en marzo de 1533, pudo observar que era el mejor sitio para fundar una ciudad de españoles. Su paisaje de lo más pintoresco, sus amplias salidas llanas y su cercanía a un río caudaloso de aguas frescas así le recomendaron. Hernando siempre pensó que Francisco, su hermano, debía fundar una ciudad en este lugar, no obstante de algunas opiniones contrarias que clamaban hacerla en la costa (78).

Hernando retornó a Cajamarca el 25 de marzo de 1533. Con él también viajó el general Chalcochimac. Llegó con veintisiete cargas de oro, o sea 90.000 pesos, y también con dos mil marcos de plata, saqueados de Pachacamac (79).

76 Pizarro: 1571, p. 56.— Herrera: 1615. Déc. V. Lib. III. Cap. III.
77 Cieza de León: 1154b, Cap. 49.
78 Hernando Pizarro: 1533; V, p. 90.
79 Fernández de Oviedo: 1557. III Parte. Lib. V. Cap. X.

En su primera fase lo que los huancas prestaron fue su gran cooperación. Ella debía durar hasta arruinar totalmente el Imperio del Cuzco. Una vez lograda debía comenzar una etapa de co-existencia pacífica, en la cual debía restablecerse el autónomo reino Huanca. Y éste debía desenvolverse sincrónicamente con el Imperio español y colonial representado en el Perú por Pizarro. Pero al caudillo de los conquistadores le interesaba un bledo la restauración de los reinos. Lo que a él le convenía era debilitarlos y luego repartir su material humano en forma de encomiendas.

¿Qué hubiera pasado si Pizarro declaraba la libertad de los reinos? Sin duda que se habría retornado a la rivalidad cruel y continua que había imperado entre ellos antes de Pachacútec y de Túpac Yupanqui, para nuevamente usurparse tierras, ganados, mujeres, etc. Aunque en verdad, en tales circunstancias, la conquista hubiera sido mucho más fácil todavía, como lo fue en Yucatán, territorio dividido en diversos señoríos (Canul, Cocom y Xivete).

¿Pero es que los huancas no se daban cuenta que su colaboracionismo entrañaba grandes peligros futuros? ¿No veían el juego político y económico de los españoles? ¿No se daban cuenta que iban a salir de un amo para pasar al yugo de sus libertadores? Seguramente sí se percataron. Pero las dos generaciones huancas que habían vivido bajo el régimen del Cuzco, lo soslayaron, víctimas de la sangría de su resentimiento y odio al Cuzco. Ellos habían esperado un momento oportuno para sublevarse, para libertarse. Y ese momento, creían que había llegado con Pizarro. Desde luego que en la historia andina no había precedentes que les hubiera podido servir de experiencia y previsión. Además los huancas, como los otros señoríos debieron ver a los españoles como los vieron los tlaxcaltecas de México: un pequeño manojo de soldados que no traslucían peligro de largo plazo. Pero todos sus cálculos fueron erróneos; porque los invasores no eran nada menos que los herederos de una audaz política feudal entrenada a la perfección a través de siglos para formar y romper alianzas, engañar y adular cuando y a quien favoreciera los intentos que ellos abrigaban. Por otro lado, el armamento bélico llegado de Europa, era imposible de ser suplantado por las minúsculas armas andinas (80).

Sobre la alianza de los españoles con los chachas, cañares y huancas, Guamán Poma halló una sola razón fundamental por cierto: los señores étnicos lo hiceron con el fin de robar y de saquear todo lo posible, bajo el amparo de los españoles. Aquí, no

80 Lipschutz: 1963, p. 161.

cabe sospechas, que las rivalidades señoriales y regionales empujaron a Guamán Poma a recoger y a escribir tal versión. Asegura que los huancas, cañares y chachas jamás auxiliaron a los españoles por servir al rey de España. Desde luego que, en este aspecto sí que se equivocó. Pero no yerra en afirmar que el ejército conquistador tuvo muy pocas bajas y un ínfimo trabajo en la conquista, gracias a la asistencia de esas tres grandes y poderosas naciones andinas (81).

Muerto Atahualpa en Cajamarca, y publicado por el Imperio su trágico fin, ya no solamente fueron los curacas, sino también la gente común, los que marchaban multitudinariamente en dirección al antiguo reino de Cuismancu. Iban a ofrecer sus servicios al caudillo español, y a través de éste, prestar juramento al rey de España (82). Mientras Atahualpa era velado en la iglesia de Cajamarca, Pizarro no descansaba recibiendo a las diferentes delegaciones que arribaban para rendirse ante su persona. A los huancas les importaba un bledo que los españoles hubieran muerto al inca. Tampoco les interesaba que lo hubieran hecho por vengar a Huáscar, como decían los cuzqueños. Para los huancas, sencillamente significaba la hora de su liberación. Por lo tanto, la alegría de éstos fue inmensa. Ante la noticia del agarrotamiento de Atahualpa, docenas de reinos señoriales creyeron recobrar su independencia. Por lo menos así lo imaginaron en un principio. Muchos reyes destronados por los incas volvieron a recuperar sus poderes perdidos en el Incario. Casi todos pretendían volver al señorío preinca y, de hecho, la mayoría de ellos readquirieron el dominio absoluto como señores de vasallos. Muerto el inca, se perdió el miedo a los totricos y a las guarniciones de mitimaes, muchos de los cuales fueron perseguidos, obligados a regresar huyendo a sus tierras de origen, y a veces hasta eran masacrados. Creían que había llegado el día de restaurar la independencia. Inclusive, muchas acllas salieron de sus acllahuasis para regresar a sus casas. Pero tampoco faltaron Curacazgos en los cuales comenzaron a suscitarse rivalidades por el poder, usurpándolo casi siempre el líder más poderoso. El trastorno político daría lugar, más tarde, a largos litigios entre los curacas principales, expedientes que felizmente se guardan en diversos archivos. Ejemplo típico de ese caos fue

81 Guamán Poma: 1615?. f. 397.
82 Estete: 1535?: p. 42.

el que provocaron los curacas Chuyllacsa y Guamán en Chachapoyas (83).

Mientras los curacas y los pobladores de los diferentes grupos étnicos iban a Cajamarca a brindar su apoyo a Pizarro, el ejército quiteño que había derrotado a Huáscar se concentró y se reorganizó en el valle del Jatunmayo o Huancamayo, Aquí querían permanecer impasibles y reacios, antes que seguir el ejemplo servil y oportunista de otros señores y curacazgos andinos. En definitiva, no querían ir a rendirse al asesino del Atahualpa.

Ahora, gracias a las *Informaciones* de Guacrapáucar y de Cusichaca podemos comprender mucho mejor que antes, que las palabras de Cristóbal de Mena retratando el ambiente con que fue recibida la novedad de la muerte de Atahualpa, son auténticamente verdad. Dice:

> *de la muerte deste cacique se alegró toda aquella tierra y no podían creer que era muerto. Luego fue la nueva a la gente de guerra; y luego se fue cada uno a su tierra, qué por fuerza eran venidos allí los más (84).*

Sin embargo, de la gran concurrencia de naciones andinas en Cajamarca, en la pálida coronación del inca Túpac Huallpa no se halló ningún curaca huanca. Sancho dice que cincuenta curacas del Imperio se encontraron presentes en el acto pero según las *Informaciones* de 1560 y 1561, de la nación huanca no estuvo ninguno (85).

Pizarro, en Cajamarca, alistó su ejército, y se encaminó en los primeros días de agosto de 1533, rumbo a la ciudad de Jatunsausa. Salió con la idea de erigir en esta una villa o una ciudad de españoles; pues las noticias que había adquirido sobre la comarca, de los muchos pueblos que había a su alrededor, de su riqueza y abundantes víveres, lo tenían subyugado. Jatunsausa, por entonces, quedaba a ciento cincuenta leguas de distancia de Cajamarca —unos setecientos cincuenta kilómetros—. En fin, conocía que era la región en la que concurrían todos los requisitos necesarios para la fundación de una ciudad española en Los Andes. Justamente, la persona quien le había dado esos informes había sido su propio hermano: Hernando Pizarro. Quería, pues, venir al valle de Los

83 Herrera: 1615. Déc. V. Lib. III. Cap. V. Lib. VI. Cap. II. Lib. II. Cap. XII.

84 Mena: 1534, p. 100.

85 Sancho: 1534, p. 131.

Huancas y permanecer aquí algún tiempo ya que a un grupo de españoles que despachó de Cajamarca a Piura, les ordenó volver a Jatunsausa, lugar donde lo encontrarían. También traía mucho oro con la ayuda de los cargueros huancas, para hacerlo fundir en la ciudad que metidaba fundar aquí (86).

AUXILIOS EN PUMPO

Llegados al valle del Jatunmayo los curacas y los embajadores huancas, después de su entrevista y sumisión a Pizarro, encontraron que dos viejos y aguerridos capitanes quiteños, Yurac Huallpa y Huaipal, seguramente por disposición de Atahualpa, habían hecho destrozos en los pueblos y en las chacras, principalmente en Lurinhuanca. Y así continuó pasando el tiempo en medio de la más espantosa persecución y amenaza maquinada por el mismo Chalcochimac. El arribo de Ancamarca Maita y de Hernando Pizarro, habían suavizado las cosas, pero los curacas se guardaban la intención de realizar una de las más crudas represalias. La oportunidad se les presentó ulteriormente de la muerte de Atahualpa, y cuando los españoles se hallaban en camino hacia Jatunsausa.

En efecto, una noche, con el fin de vengar el daño sufrido por los lurinhuancas y también para preparar el terreno a los españoles que venían, el curaca de esta saya salió a pedir ayuda a Pizarro. El Apo Manco Guacrapáucar marchó a la cabeza de mil quinientos guerreros lurinhuancas. Apo Alaya Chuquillanqui, curaca de Ananhuanca, también hizo lo mismo, pero con comitiva propia, o sea, separada. Todos fueron al norte una noche de octubre de 1533, rumbo a Pumpo. Salieron a esas horas para evitar ser vistos por los soldados de la guarnición quiteña. Lo mismo hizo el Apo Manco Surichaqui. Este, al tener noticias de que Pizarro se hallaba cerca de Pumpo salió en persona para darle el alcance en las pampas de Chinchaycocha. Es posible que Manco Surichaqui haya ido en compañía de su pequeño hijo Cusichaca —el futuro don Francisco—, pero no estamos seguros. Lo que sí sabemos es que Manco Surichaqui salió con doscientos cincuentitrés jatunsausinos, con los cuales encontró al marqués en Pumpo. El objeto de tal auxilio humano era proveer al ejército conquistador con más cargueros, en número suficiente para transportar las cargas de oro, plata, víveres y armamento que traía el invasor (87).

Pizarro, antes de entrar en Pumpo, gracias a una yanacona de

86 Espinoza: 1533, p. 67.— Sancho: 1534, pp. 123, 133.
87 Guacrapáucar: 1560, f. 2r.— Cusichaca: 1561, f. 9v.

la expedición, también se informó a tiempo del suceso. El yanacona le previno de que en el valle de Huancamayo se hallaba congregado un ejército de guerra para matar a los cristianos. El ejército no era otro que el mismo que había causado tanto daño a Guacrapáucar y a los demás curacas huancas. Le dijo además, que una parte de aquellos soldados había avanzado hasta Tarmatambo, donde —afirmó— estaban posesionados de un paso que existía en un monte, con el objeto de romper y obstruir el camino. Pizarro, al recibir la denuncia, puso en prisiones a Chalcochimac. Sospechó que él podía ser el autor intelectual de las maniobras bélicas del ejército quiteño. Pero lo interesante es que el monarca títere, Túpac Huallpa, de nada podía enterarse, porque los quiteños se preocupaban, y lo consiguieron, para que ninguna persona llegara a él a comunicarle lo que ocurría. Los quiteños querían atacar a los cristianos, para evitar que continuaran tomando posesión del territorio.

Pizarro, luego despachó algunos soldados para que tomaran posesión de un puerto, lo que en efecto se llevó a cabo sin más estorbo del que ofrecía la nieve. Así fue cómo Pizarro pudo llegar a Pumpo, donde fue recibido por los curacas huancas.

Cuando los españoles arribaron a la ciudad de Pumpo, hallaron que los chinchaicochas, habitantes oriundos de esa provincia, habían fugado, víctimas del miedo que tenían al ejército de Chalcochimac, el que estaba concentrado en Jatunsausa, esperando en pie de guerra a los españoles (88).

Entró Pizarro a la llacta de Pumpo, donde los rumores de un ataque procedente de los quiteños guarnecidos en Jatunsausa, fueron cada vez mayores. Temían los españoles ser acometidos en esa ciudad. Las rondas aumentaron y la preocupación también. Túpac Huallpa despachó un espía indígena para que observara los movimientos de Quisquis en el Huancamayo, el cual se regresó pronto. Les informó que los guerreros quiteños maniobraron a veinticinco kilómetros al sur de Jatunsausa, es decir, en el tambo de Maravilca, jurisdicción de Lurinhuanca, de donde salían para incendiar la ciudad de Jatunsausa. Los quiteños querían destruirla, derribar sus edificios y todo el tambo, para que los invasores no encontraran donde alojarse. Realizado su asalto y destrucción pensaban regresar al Cuzco, para reunirse con su capitán Quisquis.

Pero a pesar de noticias tan alarmantes, en Pumpo mismo Pizarro se vio alentado con la visita y recibimiento de los curacas y

88 Aliaga: 1534, p. 125.

mensajeros huancas. Allí estaban Alaya Chuquillanqui, Manco Surichaqui y Manco Guacrapáucar. Este último con mil quinientos guerreros y ochocientos veintiséis cargueros, para reforzar al ejército español. Guacrapáucar entregó al gobernador toda su gente, y a cambio de esa colaboración increíble, pidió al caudillo de los españoles arrojar y masacrar a la guarnición quiteña que con Yurac Huallpa y Hualpal estaban ocupando y asolando el Huancamayo. Pizarro en Pumpo, escuchó atentamente las solicitudes de los señores huancas, especialmente de Guacrapáucar. Pues no le convenía hallar destruído el valle de Jatunmayo, poblado por gente tan amiga de los españoles, tan colmado de recursos naturales y, además, porque aquí pensaba fundar otra ciudad. Por consiguiente, con la presteza del caso, ordenó que cincuenta jinetes al mando del capitán Hernando de Soto, avanzaran en dirección a Jatunsausa. Debían observar los caminos y los pueblos.

Los conquistadores hacían su viaje de Chinchaycocha a Jatunsausa con gran cuidado. Con el fin de guardar la más absoluta vigilancia, Almagro marchaba en la vanguardia. Mientras tanto, Pizarro, conocedor de tales noticias, sólo descansó ocho días en Pumpo.

Los huancas eran sus aliados ya, pero Pizarro ansiaba llegar a sus tierras para evitar que los quiteños les hicieran más daño del ya hecho. Las tropas de Chalcochimac, en Jatunsausa, ante el avance de Pizarro, pegaron fuego a un enorme galpón y a unas colcas repletas de víveres. El galpón fue quemado con la finalidad de esconder un tesoro que dejaron allí, debido a la imposibilidad que tenían para llevarlo consigo. Pensaron que las cenizas y los escombros iban a encubrirlos. Otra parte del tesoro fue remitido a la Costa, al valle de Lunahuaná. El fuego del galpón y de las colcas se propagó por más de la mitad de la ciudad de Jatunsausa, consumiendo casas y más depósitos de maíz y ropa. Todo lo que fue devorado por las llamas motivó la alegría de los quiteños; ya que así, se imaginaron, los españoles no encontrarían provisiones con tanta facilidad (89).

El incendio de la mitad de la ciudad de Jatunsausa sucedió siete u ocho días antes de que los invasores de Castilla entraran a ella. Todo lo habían hecho ante la vista y la ira de sus pobladores nativos: los huancas de Jatunsausa. Docenas de colcas de maíz tostado y de ropa fueron carbonizadas por el fuego. Los habitantes de la llacta quedaron tan indignados con aquella masacre urbana y

89 Pizarro: 1571, p. 67.— Aliaga: 1534, p. 125.

económica, que no hubo un solo jatunsausino que no hubiera dejado de mostrar un rencor profundo hacía los quiteños. De manera que a partir de entonces, a cualquier hombre de éstos que lograba meterse dentro de la ciudad o en una casa, lo denunciaban inmediatamente a los conquistadores, quienes los mataban en el acto con la ayuda misma de los huancas de Jatunsausa, "y aún los hubieran matado con sus propias manos, si los cristianos se lo permitieran" (90).

Una noticia, aunque falsa, de que los guerreros quiteños marchaban en pos de los españoles, fue tan alarmante que el mismo Pizarro acudió con gran prontitud a la campaña en una noche lluviosa y fría. Pronto se reintegraron a sus filas muy desengañados y mojados, porque con el apuro ni siquiera habían podido llevar sus toldos. Dejó en ella la rezaga, con el fardaje, y partió con sesenticinco jinetes y veinte peones, también en dirección al sur (91). Emprendió la marcha velozmente para ver lo que pasaba. En Pumpo dejó a Riquelme con lo restante del ejército y el oro que traían. Pizarro salió sin bagajes, para accionar con más actividad. Pasó por el pueblo del ayllu de Cacamarca y también por el Tarmatambo, en cuyo trayecto no topó con ningún quiteño, de los que decían lo iban a atacar. Después de descansar y dormir en Tarmatambo, salió de esta llacta un día —el 11 de octubre de 1533— muy de mañana rumbo a Jauja. Quería llegar temprano, siempre llevando a Chalcochimac custodiado por veinte peones. Los veinticinco Kilómetros que la separaban por el camino de los incas, los venció muy pronto.

En Inacapatacuna, lugar que separaba Tarama de los Huancas, dividió su ejército en tres secciones, cada una con quince hombres al mando de un capitán respectivo. Pizarro, por su parte, se puso al mando de veinte jinetes y de algunos infantes o peones. Los capitanes eran Hernando de Soto, Juan Pizarro y Diego de Almagro, quienes, con sus escuderos avanzaron en la delantera para llegar a Jauja. Mientras tanto los quiteños estaban en el valle comandados por el capitán Yucunampayo. La avanzada se adelantó para recorrer y observar el territorio de los huancas, situado hacia el sur y muy cerca, a menos de tres horas a paso de caballo. Así caminaron por el jatunñam, pasando por Acolla y Pachascucho, para llegar a las laderas del gran cerro de Axiuvilca, en cuyas faldas está la llacta

90 Sancho: 1534, p. 141.
91 Loc. cit.— Guacrapáucar: 1560, ff. 2v, 26v, 27v, 38r.

de Jatunsausa. Los españoles de esta vanguardia quedaron impresionados al ver el hermoso y dilatado valle, colmado de habitantes y de bastimentos. Diego de Agüero, Juan de Quincoses y Pedro de Candia fueron los primeros en ingresar a la llacta incaica, después de correr a caballo un buen rato.

Según Cusichaca, la vanguardia de Hernando de Soto, despachada desde Pumpo, no se detuvo en Jatunsausa. Apenas se quedó lo suficiente para tomar y pedir a los señores étnicos veinte yanaconas del sexo femenino, con las cuales y sus veinte soldados continuaron su avance hasta Ancoyaco, paraje ubicado en el territorio del antiguo reino de Los Ancaraes. Sostiene Cusichaca que de allí volvieron a Yanamarca, donde Soto halló a Pizarro, acabado de llegar de Tarma. Aquí, parece que hay un error cronológico, pues la marcha de Soto al sur, en persecución de las tropas quiteñas y atahualpistas, vencidas en la batalla de Huaripampa, fue el día siguiente del arribo de Pizarro a Jatunsausa (92).

La verdad es que de las veinte mujeres jatunsausinas, capturadas o donadas para su servicio doméstico y satisfacción sexual, ya no se desprenderían hasta que el ejército saldría rumbo al Cuzco, pocos días después (93). Pero también es cierto, que gracias a la benevolencia de Guacrapáucar recibieron cuarenticinco mujeres más, de Lurinhuanca, y treintisiete hombres de la misma saya, todos para yanaconas de los futuros vencedores de Huaripampa. Por lo demás, en esta batalla iban a morir la integridad de los mencionados yanaconas cedidos por Guacrapáucar a la avanzada de Hernando de Soto (94).

Pizarro y sus veinte soldados, por su parte, avanzaron más y más, y por fin ingresaron a los territorios del antiguo reino Huanca. Siguiendo el ancho y derecho camino que cruza por las punas de Lomolargo y las laderas rojizas de El Tingo, penetratron al valle de Yanamarca, amplio, hermoso y siempre verde, pero que en aquellos tiempos ofrecía un espectáculo macabro, porque por sus faldas aún quedaban cuatro mil cadáveres de guerreros huascaristas y atahualpistas, victimados mutuamente en la batalla de Yanamarca (95).

Poco después, Francisco Pizarro y sus acompañantes dieron vista a la gran ciudad de Jatunsausa. En la cumbre del cerro de Axiuvilca quisieron esperar para que amaneciera bien el día, pero

92 Cusichaca: 1561, f. 9v.
93 Guacrapáucar: 1558, f. 2r.
94 Cusichaca: 1561, f. 9v.
95 Herrera: 1615. Déc. V. Lib. IV. cap. X.

viendo que no aparecían los guerreros de Quito, continuaron su caminata a la llacta (96).

El ejército quiteño, en efecto había premeditado atacar a los españoles en Pumpo y también en Tarma, pero temerosos de los caballos habían preferido retraerse al valle del Huancamayo. En las inmensas llanuras de éste pensaron que les sería más fácil el maniobrar. Pizarro, mientras tanto, hora a hora, minuto a minuto, recibía más y más informes de tales actividades. Pero ¿quiénes eran esos que le contaban todo? Pues, sencillamente sus auxiliares y alíados huancas, con quienes había venido desde Pumpo (97).

Los huancas de Jatunsausa, al tener noticias de la llegada de Pizarro a su llacta y valle, corrieron todos a su encuentro y recibimiento. Querían ver a los huiracochas y celebrar la venida de sus libertadores. Pensaban que con la presencia de Pizarro y de sus soldados se les iba a acabar la esclavitud en que los habían tenido los quiteños aquí acantonados. Los conquistadores descendieron por las faldas del cerro de Auxiuvilca, bajando en dirección de Jatunsausa. Cuando estaban haciéndolo les llegó a toda prisa un huanca. Se acercó con una lanza enhiesta, llevándoles una noticia enviada por uno de los españoles de la avanzada. Les dijo que los guerreros quiteños estaban en la ciudad o llacta; porque dos jinetes que se habían adelantado y entrado en ella habían descubierto —gracias a una denuncia de los jatunsausinos— a veinte quiteños armados con lanzas y otras armas.

Estos habían sido atacados por los españoles y puestos en fuga, después de haber muerto a algunos. Aunque los huídos lograron formar un pelotón de hasta doscientos guerreros, fueron nuevamente acometidos en una calle angosta, dónde los derrotaron e hicieron huir hasta la orilla izquierda del Jatunmayo. Como era de esperar, uno de los soldados españoles envió su yanacona a Pizarro, con una lanza erguida y a toda carrera. Era la señal evidente de que en Jatunsausa los esperaban los guerreros quiteños, y bien armados (98).

De Cajatampu los españoles habían caminado treinticinco leguas hasta Jatunsausa. Había sido una expedicón difícil para los castellanos y para los aliados huancas, debido al riguroso frío y a las calzadas peligrosas por cerros y punas. Habían tenido que dor-

96 Sancho: 1534, pp. 136-139.

97 Cieza de León: 1554b, Cap. 54.

98 Sancho: 1534, p. 141.

mir y andar por despoblados, siempre alertas, cuidando sus vidas, sus tesoros y los quintos reales (99). Y para Guacrapáucar, la gravedad aún era mayor, por cuanto, de los ochocientos veintiséis auxiliares que había dado Pizarro en Pumpo, ninguno le fue devuelto. Todos habían sido convertidos en yanaconas de los invasores (100).

Desde entonces, a partir de 1532, a la provincia de los Huancas se le comenzó a llamar *provincia de Jauja*. Este fue un nombre impuesto por los españoles tomado de la ciudad que servía de capital a la zona: Sausatambo. Lo mismo iba a pasar con Chinchaycocha, a la cual la principiaron a designar *provincia de Bombón*, derivado de Pumpo, que era la ciudad incaica y principal en ella.

BATALLA DE HUARIPAMPA

Ante la novedad, los españoles apresuraron el galope de sus caballos. Sin detenerse un instante llegaron a la llacta y se introdujeron en ella. Allí se informaron de todo por boca de sus colegas. Los capitanes corrieron hacia el Jatunmayo, para sorprender y atacar a los quiteños; pero al arribar a la orilla izquierda, vieron que en la margen opuesta estaban los escuadrones atahualpistas. Allí, parte del ejército quiteño, unos seiscientos hombres, amenazantes aguardaban a los españoles. Estaban comandados por el gran capitán Curampayo, quien, con sus soldados, se había trasladado a la margen derecha del Jatunmayo. Desde allí insultaban a los españoles, les increpaban su conducta por la muerte que habían dado a Atahualpa, y por fin les arrojaban a gritos del valle, pidiéndoles retornasen a sus tierras. Como medida estratégica, el capitán Curampayo había hecho cortar el hermoso y largo puente colgante de Huaripampa. Así pensaba estar a salvo de la avanzada española, ya que el Jatunmayo es muy homdo por ese lugar. De tal manera, ambos ejércitos estaban inmediatos, sólo los separaba el caudaloso y profundo río de Los Huancas. Almagro meditó en un ataque al ejército de Curampayo, pues estaba tan cerca y era preciso eliminarlo para aniquilar aquella amenaza.

Los jinetes de la avanzada —Almagro, Juan Pizarro y Soto— de acuerdo determinaron, pues, marchar contra los quiteños. Y así partieron, encomendándose primero a Dios. Tuvieron que cruzar a nado el profundo y furioso Jatunmayo, porque el puente, dijimos ya, estaba deshecho. Pero pasaron decididos a atacar y destruir. Las tropas de Curampayo se desorientaron al comienzo. Unos querían fugar a la ladera inmediata, temerosos de la furia de los caballos; desde allí esperaban resistir heroicamente. Pero otros, los más animosos, los esperaron en el campo llano, para combatir

99 Aliaga: 1534, p. 125.
100 Guacrapáucar: 1560, f. 2r.

y morir valientemente. Los españoles, por su parte, continuaron avanzando. Soto, a la cabeza de algunos jinetes y de un gran número de aliados huancas, atacó con tal brío que los quiteños no pudieron escapar por el lugar que premeditaban hacerlo, cayendo muertos muchos de ellos. Mientras tanto, Juan Pizarro caminaba por las orillas del río y Almagro iba por el mismo camino que seguían los quiteños. Los tres jefes españoles marchaban, pues sincrónicamente. Lo hacían tan bien que lograron dividir al escuadrón de Curampayo en dos mitades. Formando una impetuosa avalancha, los jinetes y sus caballos pasaron por encima de los quiteños, mientras las lanzas cristianas, sin misericordia alguna atravezaban y dividían los cuerpos. La espantosa carga de la caballería no pudo ser resistida por los soldados de Curampayo. He ahí porqué una mitad del escuadrón huyó al cerro de Huancascancha, que está al noroeste del valle y de Huaripampa, mientras la otra se replegó al río con el intento de vadearlo a la orilla izquierda. Pero ni los unos ni los otros pudieron salvarse en la retirada. Los españoles atacaron por ambas partes, y con tan buena fortuna para ellos, que los cuerpos quiteños caían unos en pos de otros, vertiendo chorros de sangre. Un capitán con quince jinetes avanzó por la cuesta del cerro de Huancascancha, para evitar que los quiteños la ganaran. Los otros dos capitanes atacaron directamente contra los atahualpistas. El encuentro decisivo fue a orillas mismas del río Jatunmayo, en unas chacras de maíz. Allí los españoles les dieron alcance, los atacaron y los derrotaron.

La batalla de Huaripampa fue una verdadera masacre de quiteños. La mortandad acabó sólo cuando los españoles ya no podían levantar las manos ni las armas de puro cansancio. Murieron quinientos setenta quiteños. Sólo treinta se salvaron, quienes corrieron a la guarnición acantonada en Maravilca, llevando la nueva del desastre. Y se libraron porque mucho antes de que llegara el capitán con sus quince jinetes, habían escalado las faldas del cerro. Los españoles, en cambio, no perdieron ningún hombre.

Triunfantes los castellanos inspeccionaron la margen derecha, hasta una legua más al sur. Pero no hallaron ningún quiteño a quien matar, aunque sí se informaron de la guarnición encantonada en Maravilca. Sin nada más que hacer, después de haber observado dos leguas y vencido a un poderoso ejército de quiteños, Almagro agotado de sólo matar, a sus cincuenta combatientes dio la

orden de regresar a Jatunsausa. Aquí encontró a Francisco Pizarro, quien había llegado ya con lo restante del ejército. Harto estropeados y jadeantes, retornaron a Jatunsausa los vencedores de Huaripampa. Aquí tuvieron un merecido reposo.

Pero los seiscientos soldados derrotados en Huaripampa, no eran todos los guerreros quiteños acuartelados en el valle del Huancamayo. Seis leguas más abajo estaba el grueso de la guarnición —quince mil hombres—. Los seiscientos vencidos no constituían sino una pequeña avanzada que había sido enviada para quemar la llacta de Jatunsausa y evitar así que los invasores tuvieran un cómo alojamiento (101).

Huaripampa es actualmente un distrito de la provincia de Jauja. De la antigua jatunsausa la separa una legua de distancia. Queda en la margen derecha. La batalla se llevó a cabo el sábado 11 de octubre de 1533. En ese mes de octubre, en el cual ni nieva ni llueve en el valle del Huancamayo. Lo único que se siente son heladas en los amaneceres. Y la helada es muy diferente a la nevada. Octubre no es el mes de tormentas ni de los ríos crecidos en el valle de Los Huancas. Sin embargo algunos historiadores afirman que en esos días "no cesó de llover ni de nevar" (?).

Seguidamente de la batalla de Huaripampa, los españoles removieron el gran galpón incendiado por los quiteños en la plaza de Jatunsausa. Hallaron cántaros de oro y de plata. También encontraron vasos fundidos con el mismo metal, pero muy bien labrados. Un español asegura que Pizarro y sus compañeros de Jatunsausa, encontraron trescientos mil pesos de oro y veinte mil marcos de plata, todo quemado desde luego (102).

Los vencedores de Huaripampa, regresaron pues, muy cansados. Caballos y hombres volvieron a Jatunsausa sudorosos. Reposaron la tarde y gran parte de la noche; sin embargo, a la mitad de ésta, Pizarro dispuso que salieran cincuenta jinetes con su capitán, para atacar a la guarnición de Maravilca. Pero los quiteños, avisados del avance, fugaron al sur. Se metieron por cerros ásperos, por donde pudieran defenderse, mientras sus perseguidores hacían lo imposible para darles alcance (103).

101 Loc. cit.- Barrionuevo: 1534, p. 106.— Cieza de León: 1554b, Cap. 54.- Herrera: Déc. V. Lib. IV. Cap. X.

102 Montañés. 1534, p. 105.— Paredes: 1534, p. 99.— Cieza de León: 1554b, p. 84.— Pizarro: 1571, p. 67.

103 Aliaga: 1534, p. 125.

HONORES A PIZARRO

Pizarro ingresó a Jatunsausa después de haber caminado dos meses desde Cajamarca. Al hermoso valle Huanca lo avistó por primera vez el día 11 de octubre de 1533. Arribó antes del medio día. Entró en compañía de Túpac Huallpa, a quien lo acompañaban muchos criados y familiares suyos, entre ellos la ñusta Azarpay, su hermana, y por lo tanto, también hermana de Atahualpa. Tanto Túpac Huallpa como Chalcochimac llegaron en andas, sostenido por un grupo de cargueros especiales. El valle, en octubre de 1533, aún estaba muy poblado de gente y de ganado y lleno de chacras verdes, que daban una hermosura singular a su paisaje (104).

Encontró, asimismo, que la guarnición quiteña, compuesta de quince mil hombres, estaba acampada a seis leguas —unos treinta kilómetros— al sur de Jatunsausa. Supo cómo los atahualpistas, al no logar antes lo que habían querido: incendiar la llacta para impedir el alojamiento de los conquistadores, habían despachado al capitán Curampayo para hostilizar a los españoles, cosa que no habían conseguido gracias a la masacre de Huaripampa. Recorrió y observó la llacta, pudiendo comprobar que la mitad de ella había sido incinerada por los quiteños. Pero, por lo que no pudo ocultar su sentimiento era por el gran aposento o galpón, donde se quemaron muchas joyas de oro y plata de altos quilates. Con gran cuidado mandó remover los escombros y también ordenó reponer algunas colcas, donde salvaron más de cien mil fanegas de maíz y más de quinientos cargas de ropa de cumpi y de ahuasca. Luego invadieron el templo del Sol para saquearlo de su oro y plata. Y muy pronto también violaron la clausura del acllahuasi. Por cierto que los invasores no hallaron grandes riquezas en Jatunsausa, porque casi todas ellas las habían ya usurpado y escondido los de Quito. Inspeccionaron todo lo posible. En los depósitos o colcas encontraron mucha cantidad de provisiones almacenadas, y también otra tanta cantidad de ropa de cumbi, tanto de hombre como de mujer. En el templo del Sol hallaron una buena cantidad de oro, la cual más bien les originaba estorbos por no tener donde guardarlo, por cuanto habían llegado repletos con dicho metal desde Cajamarca. En el acllahuasi, las acllas, aturdidas y silenciosas, apenas si se dedicaban a tejer en medio de un curioso comentario sobre los barbudos.

Pizarro se dio cuenta que los únicos productos verdaderamente cuantiosos en el valle eran el maíz y el ganado auquénido. Ninguna otra cosa se criaba ni se producía en él en tanta cantidad como los anteriores.

El gobernador y su gente fueron colmados de honores por los jatunsausinos, lurinhuancas y ananhuancas. Les dieron alimentos, frutas, cargueros, soldados y hasta mujeres también, sin que a los españoles les costara un solo maravedí. Recibieron en abundancia la mejor y más sabrosa comida: carne de llama, maíz, chuño, frutas, etc. Tampoco les faltó, ni a Pizarro ni a sus soldados, buena ropa para abrigar sus cuerpos, ni huancas para el servicio, ni mujeres para la cocina y satisfacción sexual. En cuanto Pizarro tomó posesión de Jatunsausa, el Apo Manco Surichaqui puso bajo su disposición a quinientos ochentinueve hombres y a cuatrocientas treintisiete mujeres. Todos, única y exclusivamente para servir a los conquistadores y auxiliarlos en la empresa guerrera. El curaca Manco Guacrapáucar, de Lurinhuanca, como cosa aparte y distinta de lo que le había dado en Pumpo le brindó novecientos veintisiete hombres y ciento catorce mujeres, dos cuentos y quinientas cuarentidós fanegas de maíz, quinua, papas, llamas, etc (105).

He aqui la razón del porqué Pizarro en la llacta de Jatunsausa, entre una de sus principales preocupaciones, estuvo la de mantener latente su amistad y alianza con los huancas, quienes, tanto en Cajamarca como en Pumpo, ya le habían manifestado y reiterado su confederación. Pero el vivaz y político Pizarro quería también ganarse las simpatías de los pobladores del curacazgo de Los Yauyos, que respondieron negativamente a sus propuestas. Para rendirlos y humillarlos despachó un pelotón de jinetes al mando de Almagro y de Soto; quienes, aunque con miedo pero siempre "confiando en Dios", marcharon a su objetivo. En las fronteras con Yauyos, la diminuta caballería española chocó con un ejército de yauyinos. Sin embargo, la velocidad de los caballos y la superioridad de las armas de fuego y cortantes hicieron fugar a los de Yauyos, descalzos, a pie, sin corazas y con armas más rudimentarias. Los castellanos hicieron muchas capturas, entre ellas varias mujeres de gran hermosura, dos de las cuales eran princesas, hijas de Huayna Cápac. Así fueron pacificados los yauyos, aunque Pizarro los recibió después amablemente, con fines políticos por cierto (106).

105 Guacrapaucar: 1558, ff. 2r-2v.— Cusichaca: 1561. f. 9v.
106 Herrera: 1615. Déc. V. Lib. Cap. II

La crónica de Antonio de Herrera nos puede poner en una gran confusión. Afirma que cuando Pizarro llegó a Jatunsausa, los huancas y los yauyos se opusieron a los españoles. Sin embargo, el análisis del expediente de la Comunidad de los Mitma Yauyo de la provincia de Jauja, nos aclara el problema. Sucedía de que en el valle del Jatunmayo habían diversas colonias de mitmas yauyos, por ejemplo en Muquiyauyo y en Jatunsausa misma. Ellos eran enclaves socio-políticos que continuaban bajo la jurisdicción de los jatuncuracas de Yauyos. Se trata, pues, de un error cometido por algunos cronistas, entre ellos Herrera, que confundieron con huancas a los ayllus de mitmas yauyos residentes en el Huancamayo. Los ayllus de mitmas yauyos estaban solidarizados con sus connacionales del antiguo reino de Yauyos (107).

Sarmiento de Gamboa insinúa que los campas salieron también a dar la obediencia a los soldados y autoridades españolas. De ser cierto, debieron salir de las montañas de Satipo en dirección a Jatunsausa; pero es un problema que merece mayor investigación (108).

BATALLA DE HUAYUCACHI

Informados los españoles de la existencia de la gran guarnición quiteña a treinta kilómetros al sur de Jatunsausa, no se cruzaron de brazos. Decidieron avanzar y atacar a ese grueso ejército. Lo determinaron el mismo día de la batalla de Huaripampa. Querían sorprenderlos antes de que tuvieran aviso de su llegada a Jatunsausa. Con esa finalidad, Pizarro dio orden para que los soldados se alistaran, pero no se pudo poner en efecto porque los caballos habían regresado muy cansados de Huaripampa.

Pero no por eso se iba a abandonar la persecusión. Por el contrario, Pizarro, de todas maneras, dispuso la acometida al campo de Maravilca. Estaba convencido que éstos, a pesar de su derrota debían estar esperando los resultados decisivos. Como primera medida, Pizarro dispuso que su maese de campo alojara e hiciera descansar a los soldados, hasta que acabara el día y llegara la noche. Por eso, al salir de luna e iluminar el valle, todos se rearmaron y se pusieron en orden, listos para ir contra el ejército quiteño. Se pu-

107 Memorial de los mitimaes de Yauyos en Xauxa. 1570. Archivo Flores de Jauja.— Herrera: 1615. Déc. V. Lib. V. Cap. II.

108 Sarmiento: 1572, p. 198.

sieron en movimiento cincuenta jinetes sobre cincuenta caballos ágiles según Sancho y ochenta según Ruiz de Arce. Todos ellos, al escuchar el toque de la trompeta soplada por Pedro de Alconchel, se presentaron armados frente al cuarto que servía de alojamiento al gobernador. El los despachó muy pronto. Todos caminaron por el jatunñam, rumbo a Maravilca, lugar y tambo ubicado a treinta kilómetros al sur de Jatunsausa. Con Pizarro quedaron quince jinetes y veinte peones para hacerle guardia, motivo por el que sus caballos nunca eran desensillados, ni de día ni de noche.

La misma noche —11 de octubre— que avanzaba el pelotón de jinetes, caminaron veinte kilómetros de los treinta que pensaban recorrer. Marchaban con tanta diligencia que antes del amanecer estuvieron casi a la vista del ejército quiteño. Los españoles querían sorprenderlos, antes de que se dieran cuenta de su avance. Pero amaneció, y estaban ya muy cerca de sus enemigos, a unos diez kilómetros de distancia. Fue el instante preciso en que, del campamento de los quiteños, se elevaba una inmensa humareda.

Localizado el objetivo de su marcha, aguijaron a sus caballos. Caminaban a todo galope. Creían que los quiteños, avisados de lo que pasaba, huían desesperadamente después de haber quemado los tambos de Maravilca, el cual era un pueblo pequeño y de apariencia miserable. Y así sucedía efectivamente; porque mientras Marcavilca ardía en llamas, los quiteños fugaban a marchas forzadas, dejando a las mujeres y a los muchachos en la retaguardia por caminar muy despacio. A las diez de la mañana llegaron los españoles al campamento de Maravilca, lugar en donde no hallaron a ningún quiteño, pues media hora hacía ya que se habían escapado. Pero decidieron seguir las huellas dejadas por los huidos. Siempre lo hacían por el camino real de los incas, muy recto y llano. Habían fugado al sur al saber el avance de los españoles de Jatunsausa. Temían a los caballos, y deseaban juntarse con otros guerreros de Quito que estaban entre Huancayo y Acos. Pero los invasores los persiguieron muy a prisa. Y pronto, a las diez y media, alcanzaron a la retaguardia quiteña, compuesta por mujeres y muchachos, a quienes los españoles aparentaron no darles importancia. Los sobrepasaron velozmente, porque el intento que llevaban era el de atrapar a los soldados que corrían por delante. Así avanzaron cuatro leguas más, es decir hasta Huancayo, donde alcanzaron a algunos escuadrones quiteños. Los otros, que habían podido divisar a los españoles desde lejos, preventivamente se desbandaron del Jatunñam y escalaron las colinas de Huamanmarca y de

Huayucachi, incendiando al pueblo del mismo nombre. Pero los que no podían escabullirse fueron atrapados por los conquistadores: unos fueron muertos en una espantosa carnicería y otros hechos prisioneros de guerra. Los vencedores también se apropiaron de las vituallas, ropas, ganados, armas, oro y plata que los vencidos dejaron en su escapatoria, o se les quitó después de masacrarlos. Las mujeres y los muchachos, que sumaban varios centenares, y que iban a la retaguardia, también fueron totalmente presos y llevados a Jatunsausa como trofeos de la victoria. Era, por lo tanto, un cuantioso trofeo. La caballería española no persiguió a los huidos a las colinas de Huamanmarca y de Huayucachi, por estar los caballos muy sudorosos. La batalla fue el domingo 12 de octubre de 1533. También cayeron en poder de los españoles dos o tres princesas quiteñas, hijas de Huayna Cápac, muy hermosas por cierto. Fueron traídas presas a Jatunsausa, junto con otras hembras pertenecientes a diversos grupos étnicos del norte "Con este robo hicieron la vuelta, teniendo por gran hazaña las muertes que habían hecho en los desarmados y temidos indios" (109).

Pero si Soto no continuó la persecusión más allá de Huayucachi, en cambio, despachó un corredor a Francisco Pizarro, demandándole el envío de Túpac Huallpa para que inspeccionara el sur de Huayucachi. Pensaba que la presencia del inca títere contribuiría a la rendición de los quiteños. Llegada la tarde y entrada la noche, los triunfadores acordaron regresar a Huancayo, en busca de alojamiento. Aquella noche fueron a dormir a una aldea cercana. Pero mientras Soto hacía su mensaje y mientras Huayucachi se extinguía en medio de las llamas, Túpac Huallpa fallecía en Jatunsausa, víctima de un envenenamiento. Soto, entonces, se vio obligado a proseguir en la persecusión. Quería continuar hasta Ancoyaco, en Los Ancaraes. En toda la campaña le ayudaban muy efizcazmente los guerreros de Jatunsausa, de Lurinhuanca y de Ananhuanca, los mismos cuyos curacas los habían puesto bajo la disposición de Pizarro en la llacta de Pumpo y en las pampas de Chinchaycocha. El que comandaba las tropas quiteñas, en esta ocasión, era el orejón e inca Yurac Huallpa.

Amaneció el nuevo día y Soto dispuso continuar el camino hacia el sur. Decidió seguir persiguiendo a los quiteños. Fueron en dirección a Acostampu. Los españoles querían llegar de prisa para capturar y destruir unos puentes colgantes y cortar así el avance

109 Cieza de León: 1554b, cap. 59.

de los quiteños al Cuzco. Temían que éstos, como forasteros en la región, hicieran el máximo de daños. Después de cinco días de campaña retornaron a Jatunsausa. Soto y sus soldados entraron en la llacta el martes 14 de octubre de 1533, día en el cual dieron cuenta de su misión.

Después de la batalla de Huayucachi, las tropas quiteñas, que habían estado acantonadas en Jatunsausa, se retiraron al sur. Pensaban unirse a la guarnición de Quisquis, replegada en la capital del Imperio. Mientras tanto, los huancas de las tres parcialidades, libres ya de la amenaza quiteña comenzaron a llegar en gran cantidad y con abundantes regalos ante la presencia de Pizarro. Le ofrecían sus servicios y le daban gracias por haber arrojado a sus enemigos (110).

Antonio Herrera, aludiendo a la llegada de Pizarro a Jatunsausa y a las batallas de Huaripampa y de Huayucachi, se limita a escribir:

> *el que lo pacificó fue el marqués don Francisco Pizarro (111).*

LA FUNDACION FRUSTRADA

Al mismo tiempo que los españoles regresaron de Huayucachi a Jauja, también arribó la rezaga que había quedado en Pumpo. Era el 19 de octubre de 1533. Estos, con mucho oro, el que les había llegado de diversas provincias después del reparto del rescate. Por ejemplo, entre ellas traían más de doscientas cargas del dorado metal, transportadas por ochenta cargueros huancas, quienes apenas podían conducirlas. Pero, a pesar de estar todos juntos en Jatunsausa, Pizarro no dispuso la marcha al sur. El y sus soldados se quedaron algunos días más. Lo hizo para que su ejército se sosegara y para observar el paraje, porque quería fundar aquí una ciudad. Pizarro, entonces, deseaba hacer realidad su anhelo: erigir una ciudad para españoles en sitio tan apropiado para ello (112).

El gobernador se dio cuenta que se había alejado mucho de la ciudad de Piura, la única fundada hasta ese momento en el

110 Sancho: 1534. pp. 142-143.— Pizarro y Oficiales Reales: 1534, p. 115.— Ruíz de Arce: 1543?, pp. 102-103.— Cieza de León: 1554 b, cap. 59.— Cusichaca: 1561, f. 9r.

111 Herrera: 1615. Déc. VII. Lib. III. Cap. VI.

112 Espinoza: 1533, p. 67.— Pizarro: 1571, p. 68.

Un enfrentamiento de cuzqueños y de españoles (Guamán Poma de Ayala. 1615).

Perú. En tan enorme extensión de tierra no quedaba, pues, ni una guarnición de españoles para conservar las provincias conquistadas. Teniendo en cuenta todo eso, y porque Jatunsausa le atraía por su comodidad y llanura de su suelo, por su amplitud y amenidad, abundoso de comidas y muy poblado de habitantes, decidió establecer aquí la segunda población de españoles. Además, la estrategia le aconsejaba dejar un centro de aprovisionamiento en su marcha conquistadora. Le era necesario que quedara en la ciudad una guarnición para que cuidara sus espaldas.

Pizarro mismo se percató de las excelencias del valle de Jatunsausa. Lo halló, pues, grande y bien poblado, en sitio cómodo y rodeado de amplias comarcas, sanas y fértiles. Por eso se propuso trazar aquí una ciudad para españoles. Para hacerlo se puso de acuerdo con fray Vicente de Valverde y con los oficiales reales. Luego hizo pregonar un bando, por el cual los soldados quedaron enterados de la resolución del caudillo. Les ofreció la oportunidad de dejar avecinados en ella a todo español que lo deseara. Hizo las diligencias para la fundación legal; nombró Cabildo y hasta dio el nombre de *Ciudad de Xauxa* al naciente vecindario. Pero a la hora decisiva, ningún conquistador quería quedarse y residir en ella en calidad de vecino. Lógicamente, Pizarro tampoco pudo hacer el *depósito* de encomiendas. Alegaban que mientras el ejército quiteño continuara amenazando al valle, era imposible. También sacaron el pretexto fútil de que los huancas, azuzados o amenazados por los atahualpistas, rehuían el servicio a los españoles. Pero, en realidad, lo que hacía desistir a los invasores para quedarse y fundar una ciudad en Jatunsausa, era el deseo y avaricia que sentían para tomar parte en el reparto de los tesoros del Cuzco. Como Pizarro se percató de ello, no quiso perder tiempo. Preparó su expedición a la capital del Imperio, para tomar posesión de ella y arrojar del territorio a los soldados quiteños. Pizarro, por consiguiente decidió, diferir la fundación oficial y solemne para otra ocasión; pero sí dejó en la abortada *ciudad* un presidio o guarnición de ochenta soldados: cuarenta jinetes y cuarenta peones, para que cuidaran el oro de los españoles y el perteneciente al Quinto Real, que debían quedar aquí y no ser llevados al Cuzco. La guarnición, además, serviría para asegurar la comarca a favor de los conquistadores. Alonso Riquelme quedó como jefe o lugarteniente de Pizarro, y éste partió vía al Cuzco con cien jinetes y treinta peones. Fue llevando consigo a Chalcochimac. Ante su avance, las tropas

quiteñas que fueron arrojadas del valle de los huancas, por Soto, se replegaron al Cuzco para reunirse con Quisquis (113a).

En octubre de 1533, Pizarro solamente dejó fundada provisionalmente la *Ciudad de Jauja*. No pudo establecerla en forma definitiva debido a la oposición de sus soldados. Pero antes de marchar al Cuzco, le nombró justicia para los españoles que quedaban en la guarnición comandada por Riquelme. Fue, por consiguiente, una fundación a medias, incompleta, aunque ya se le puso y se quedó con el nombre de *la muy noble ciudad de Jauja*. En octubre de 1533 eligió como primer alcalde a Arias de Villalobos; los primeros regidores fueron Hernán Gonzáles y Crisóstomo de Ontiveros. El primer escribano del Cabildo fue Juan Alonso. Entre sus primeros vecinos inscritos figuran Diego de Trujillo y Gregorio de Sotelo (113b).

ROBOS DURANTE LA PERMANENCIA DE PIZARRO

Durante el tiempo que Pizarro estuvo en Jatunsausa, recibió de los huancas todo lo que estos pudieron darle: llamas, machos y hembras; ropa de cumpi para hombres y para mujeres; frazadas; maíz; chuño, ojotas de cabuya, ollas de barro; chamelicos y porongos; chicha; pescado; perdices; leña rajada y menuda; hierba para los caballos; paja para colchones y para la caballeriza; etc. De los hatos de ganado, lo que más consumieron fue la carne de los machos. Por ejemplo, durante esta primera estancia de Pizarro en Jatunsausa, le dieron doce mil cuarenticinco llamas del sexo masculino y apenas mil doscientas setenticinco hembras. Todo, pues, se le brindó: hombres, víveres y hasta informes sobre el enemigo común, obtenidos por espías huancas. Por eso las palabras de Alconchel, sobre la conducta del Apo Manco Surichaqui, merecen que las transcribamos:

> *El dicho cacique Sulichac [sic] se mostraba ser muy buen indio e muy amigo del dicho marqués e de los españoles e siempre avisaua al dicho marqués de todas la novedades e rebeliones e alzamientos que los indios ingas hacían o querían hacer contra los españoles (114).*

113a Sancho: 1534, pp. 143-144.— Aliaga: 1534, pp. 125-126.— Herrera: 1615 Déc. V. Lib. V. Cap. II.— Cobo: 1639, pp. 282-283.

113b Porras Barrenechea: 1950, pp. 121-122.

114 Cusichaca: 1561, f. 56.

De todas maneras, no sabemos a ciencia cierta qué otras cosas pensaría el curaca Manco Surichaqui en los días de la conquista; porque al mismo tiempo que honraba en su llacta a Pizarro, enviaba a un grupo de parientes suyos al Cuzco, entre los cuales iba el niño Canchaya —el futuro don Baltazar Canchaya—, quien declararía en la información de 1561. Parece que Cusichaca jugaba a dos ases, con Pizarro y con los cuzqueños.

Sin embargo, a pesar de tantas cosas que los huancas daban a los españoles, los soldados de Pizarro no pudieron contener las características inclinaciones de la soldadesca en plan de conquista. Pues, los robos, en el mes de octubre de 1533, de llamas, ropa y productos alimenticios fueron cuantiosos. El párrafo 2 de los *Capítulos del Momorial* dice que

> *los dichos soldados les ranchearon mucha cantidad de ovejas e cosas (115).*

Ovejas y cosas que fueron anotadas cuidadosamente en sus quipus. Pero ¿por qué robaron los soldados en Jatunsausa, si los curacas les daban de todo? Quizá porque no podían contener sus apetitos de rapiña y de glotonería. Mientras los huancas cuidaban celosamente las llamas hembras de sus hatos para favorecer la proliferación del ganado, los españoles, debido a que la carne de la hembra es más sabrosa que la del macho, se dieron la propia autorización para cazarlas y descuartizarlas. Así fue como "ranchearon" hatos enteros, cuyo número de cabezas alcanzó la astronómica cifra de veintinueve mil doscientos treintiún llamas hembras incluyendo algunos machos y pacos también. La mayoría de ellas sólo con el objeto de obtener el seso y la carne del pescuezo, tenidos como las partes más sabrosas del animal. Asimismo los soldados saquearon dos mil doscientos dieciséis vestidos de hombre y de mujer; veintiún mil quinientos sesentitrés fanegas de maíz, dos mil trescientas treintiseis de quinua, dos mil cuatrocientas catorce de papas; trece mil seiscientas cincuentinueve ojotas de cabuya; mil doscientas treintiún puños, cántaros y tinajas; once mil doscientos ochenticinco chamelicos y porongos, y hasta secuestraron a ciento diez jatunsausinos para hacerlos sus yanaconas y concubinas (116).

Hubo un historiador, peruano y moderno, quien afirma, basándose en Pedro Pizarro, que el *rancheamiento* fue desconocido

115 Ibid. f. 4r.

116 Ibid. ff. 9v, 10r-10v.

por los soldados de Pizarro hasta 1534, año en el que llegaron los soldados de Pedro de Alvarado. Sin embargo, los datos que fueron consignados en los quipus de los huancas son infalibles.

La prueba más indiscutible, sobre los robos o *rancheamientos* de los españoles en Jatunsausa en octubre de 1533 y también en 1534, nos la da un testigo presencial de los hechos, Pedro de Alconchel. Dice:

> *Saue que los españoles que con el dicho marqués entraron en el dicho Valle de Xauxa demás de lo que los dichos indios dieron como dicho es tomaron y rouaron a los dichos indios del dicho valle mucha cantidad de ovejas e carneros e maíz e papas e quinua e ropa de cumbi e otras cosas e gran cantidad de indios e indias para su servicio que llevaron consigo. E que lo saue como persona que entró con el dicho marqués en el dicho valle y lo vido ver y pasar como lo tiene declarado (117).*

Pero Rivera el Viejo quiso salvar la honorabilidad de los veteranos de la conquista. Afirma, por el mismo tiempo que Alconchel, que no fueron los españoles quienes ranchearon sino los yanaconas y los auxiliares traídos desde Cajamarca y de otros puntos de la ruta caminada:

> *Saue que los yanaconas e indios de servicio que los dichos don Francisco Pizarro e su gente traían consigo en su servicio ranchearon e tomaron a los dichos caciques del dicho Valle de Xauxa mucha cantidad de carneros e ovejas e maíz e papas e ropa e otras cosas (118).*

¿Qué pensarían los curacas huancas, Guacrapáucar sobre todo, ante los robos y los transtornos sociales creados por los españoles en el valle? seguramente que no los verían con agrado. Pero ¿qué hacer a esas alturas? Ellos habían ofrecido su ayuda, y tenían que cumplirla. Además, si resistían ahora, resultaba ya demasiado tarde, porque a la fuerza les hubieran arrebatado. Era pues, necesario hacerse de la vista gorda para conservar los privilegios señoriales de los curacazgos (119).

117 Ibid. f. 56v.

118 Ibid. f. 67r.

119 Ibid. ff. 9v-10r, 43 v.

EL SUCESOR Y LA MUERTE DE TUPAC HUALLPA

Muchas cosas más ocurrieron en Jatunsausa durante la permanencia de Pizarro, en octubre de 1533. Recibió, por ejemplo, la visita del curaca de Paucaray, quien le ofreció su amistad y servicios, y estuvo aquí hasta que el gobernador emprendió su marcha al sur, en la cual se halló presente. Pero en medio camino pidió permiso para llegar antes a su tierra y perparar vituallas a los Españoles (120). Fue también en Jatunsausa, desde donde Pizarro, en octubre de 1533, envió a Nicolás de Ribera el Viejo a las costas de Pachacamac, para buscar un lugar apropiado para fundar otra ciudad. Asimismo, para que colocara cruces en los puertos, como puntos de referencia para los navíos que llegaran a reconocer los territorios de su Gobernación (121). Pero de todos los acontecimientos parece que el más notable es la muerte de Túpac Huallpa.

Cuando Pizarro había ya nombrado a la guarnición de Riquelme sucedió aquel hecho inesperado: la muerte repentina del inca títere que tanto estaba sirviendo a los españoles y que apenas había gobernado tres meses. Su fallecimiento fue recibido con gran pesar por parte de Pizarro y de los soldados, porque habían perdido un gran amigo y un gran aliado. Todos los indicios señalaban a Chalcochimac como el autor de la muerte a través de un veneno que debió propinarle, ya que este caudillo deseaba que la tierra quedara en poder de los quiteños y no de los cuzqueños ni de los españoles. Creía que de vivir Túpac Huallpa, nunca podría lograr lo que ansiaba y premeditaba.

Muerto y enterrado ya, Pizarro convocó a los grandes orejones que lo habían acompañado desde Cajamarca: Chalcochimac, Ticzoc y otros incas y auquis quiteños, entre los cuales se encontraban un hermano de Atahualpa. Les dio la oportunidad de señalar otro príncipe a quien poder coronar inca en lugar de Túpac Huallpa. Las discusiones y diversidad de pareceres que se suscitaron entre los auquis fueron enormes. Cada cual quería hacer prevalecer su opinión. Chalcochimac propuso a Aticoc, príncipe nacido en Quito e hijo de Atahualpa. En cambio, los defensores del bando huascarista propusieron a uno natural del Cuzco. Pizarro zanjó la discusión ordenando la venida del hijo de Atahualpa, el

120 Sancho: 1534, p. 150.

121 Ibid. pp. 146-147.— Cusichaca: 1561, f. 64r.

niño Aticoc. Después de entrevistarlo personalmente decidiría la procedencia o improcedencia de la elección. Pizarro, como audaz medida política, deseaba que el nuevo inca fuera un hijo de Atahualpa, nacido en Quito, para ganarse la simpatía de Chalcochimac. Incluso llegó a ofrecerle la regencia del Imperio mientras durara la minoría de Aticoc. Por eso el gobernador hizo llamar a Aticoc para que llegara prontamente a Jatunsausa. Pero eso sí, a cambio, le solicitó que hiciera valer sus influencias sobre el ejército quiteño que merodeaba y amenazaba el camino al Cuzco. Le pidió que les enviara mensajeros para que se rindieran y se acercaran pacíficamente a Pizarro. De lo contrario, prometio continuar presiguiéndolos hasta matarlos cruelmente.

Chalcochimac tenía gran deseo de que el hijo de Atahualpa fuera elegido inca, intenciones de las que se dio cuenta Pizarro, y se propuso explotarlas hábilmente: le prometió realizarlo así, aunque en verdad, no tenía el animo de hacerlo. El engaño de Pizarro abrigaba un fin: lograr que, mientras llegara Aticoc, Chalcochimac hiciera que su ejército se rindiera y pidiera paz. El astuto Pizarro, por separado, mandó decir a los orejones del Cuzco para que designaran una persona de su agrado para inca. De ese modo quería Pizarro quedar bien con todos, principalmente con el bando que en aquellos momentos le era más útil: el del Cuzco. Pizarro estaba jugando a dos ases, porque así le convenía. Zalameramente, a Chalcochimac trataba de convencerlo para que sacara del Cuzco en dirección a Jatunsausa a su ejército, incluso con sus armas, para entregarse pacíficamente a los españoles. Mientras tanto, a los del Cuzco les hacían iguales fiestas y halagos. Los atraía y hablaba para que fueran "amigos verdaderos de los cristianos", los incitaba para enviarle avisos de las maniobras de los *enemigos quiteños*. Pizarro, pues, estaba preparando su entrada al Cuzco, y también meditaba sobre una posible sumisión pacífica de los quiteños. Por su parte, Chalcochimac se sentía alegre y hasta halagado por Pizarro: se sentía ya el *inca-ranti* del moribundo Imperio. En señal de agradecimiento prometió a Pizarro hacer todo lo que éste le mandara. Estaba decidido para llamar al ejército quiteño y rendirlo ante Pizarro. A Quito despachó veloces chasquis para traer al niño Aticoc, a pesar de las dificultades que se presentarían ya que los generales y los ayos suyos —estaba seguro Chalcochimac— lo iban a impedir. Para Pizarro, su plan de audaz maquiavelismo, estaba a punto de cumplirse: iba a estar bien con quiteños y con cuzqueños, con los dos partidos irreconciliables.

Seguidamente Chalcochimac, para dar la orden de capitulación a los capitanes de su ejército, pidió y exigió a Pizarro la liberación de las cadenas con las cuales lo tenían atado. Alegó que en tales condiciones no podría ser obedecido por ningún hombre. Pizarro tuvo que acceder. Oponerse hubiera significado un demasiado descaro; se habría descubierto su plan fingido y maquiavélico. Pero, para desencadenarlo, puso una condición: andaría siempre bajo la custodia de guardias españoles. Debería permanecer en tal situación hasta que el ejército quiteño en el Cuzco se rindiera pacíficamente y hasta que arribara de Quito el príncipe Aticoc.

Así lo hizo en efecto. Chalcochimac fue desencadenado. Mostró gran satisfacción, sin dar mucha importancia a la buena guardia española que se le allegó para vigilarlo constantemente. Pizarro no se desamparaba de Chalcochimac; lo vigilaba en todo acto y lo conducía consigo a todas partes. Lo trataba así, porque al general quiteño lo consideraba la llave mágica del momento, sobre todo para pacificar a los atahualpistas (122).

Después del fallecimiento de Túpac Huallpa en Jatunsausa, su hermosa hermana, la princesa Azarpay, quedó desamparada. Al instante quiso aprovecharse de ella el contador Pedro Navarro, quien la solicitó a Pizarro. Pero Navarro lo hacía por interés: pensaba que teniendo como concubina a una de las princesas de mayor rango y de las más estimadas en el Perú, iba a obtener noticia de muchos y grandes tesoros secretos. Por eso la princesa, conocedora del negocio de que iba a ser objeto, una noche se escapó y llegó nuevamente a Cajamarca. Allí sería apresada tres años después por Melchor Verdugo, quien la envió a Lima, donde Pizarro la hizo matar por consejos de su querida doña Inés Huaylas, mujer de menos linaje que Azarpay (123).

MARCHA AL CUZCO

Cuando Pizarro liquidó sus arreglos con Chalcochimac, preparó su viaje de Jatunsausa al Cuzco. Ordenó su ejército de cien jinetes y treinta peones. Luego, el 23 de octubre de 1533, dispuso que sesenta de a caballo y algunos infantes, al mando de Soto, marcharan adelante, en la vanguardia, para recorrer el camino y reparar los puentes destruídos por los quiteños. El se quedó en Jatunsausa,

122 Sancho: 1534, pp. 144-146.

123 Pizarro: 1571, p. 110.

para impartir las últimas disposiciones bajo las cuales debía actuar la guarnición que dejaba aquí. En realidad, dichas órdenes eran de tal carácter que *Jauja* daba el aspecto de haber sido fundada como ciudad de españoles. La guarnición también se quedó para recibir la respuesta de aquellos españoles a quienes había enviado a la costa con el objeto de colocar cruces en los puertos. Para salir de Jatunsausa rumbo al Cuzco, Pizarro se preparó lo mejor que pudo. Fue necesario que lo hiciera, porque les esperaba un camino muy largo. Por eso las cargas de oro quedaron en Jatunsausa; no era imprescindible llevarlas al Cuzco (124).

Cuando llegó el día de la marcha, los quinientos ochentinueve varones y las doscientas treintisiete mujeres de Jatunsausa fueron avisados y preparados para acompañar a los españoles. Los hombres debían ir con las cargas de víveres y armas, mientras que las hembras debían acarrear las ollas y cucharas para la preparación del alimento de españoles y de aliados, además de llevar cargados sobre sus espaldas a sus pequeños hijos. Ninguno de ellos ni de ellas volverían jamás a su tierra de origen; todos iban a quedarse en el Cuzco como yanaconas de los conquistadores y para servir de auxiliares en otras empresas sureñas (125). Pizarro también alistó a ochocientos treintisiete auxiliares de Lurinhuanca. De estos no volverían ciento veintidós: ciento dos varones y veinte mujeres. Desconocemos el número de los auxiliares de Ananhuanca que Pizarro debió llevar en esta oportunidad.

Pero al instante de salir Pizarro, para poder conducir cuatro mil setecientos cincuenticinco fanegas de maíz, setentidos de quinua y otras tantas de papas, no fueron suficientes los auxiliares proporcionados por los curacas huancas. Pizarro nuevamente se vio precisado a pedir más cargueros; y le dieron otros trescientos once hombres de Jatunsausa. Pero no contentos con ellos, los soldados secuestraron a ciento diez jatunsausinos más para convertirlos en yanaconas. Todos fueron llevados vía al Cuzco. Con tantos auxiliares huancas, conocedores de la tierra y de los caminos, a Pizarro no le fue necesario llevar consigo a otros que le habían llegado de Nicaragua y de Guatemala. En esta forma, los negros, los auxiliares nicaraguas y guatemalas quedaron, en su mayoría en Jatunsausa. Casi ninguno fue al Cuzco (126).

124 Sancho: 1534, pp. 164-147.

125 Cusichaca: 1561, f. 9v.

126 Ibid. f. 10v.

Seguidamente después de haber descansado en forma muy holgada y de haberse preveído muy bien, los españoles continuaron al sur. Pizarro dejó Jatunsausa el 27 de octubre de 1533, después de catorce días de estancia. Salió dejando a su querida, la palla de nobleza secundaria doña Inés Huayllas, llamada también doña Inés Yupanqui, a quien había traído desde Cajamarca, donde le regaló Atahualpa (127).

Pizarro salió de Jatunsausa con su ejército y también con Chalcochimac. El ejército siguió por el jatunñan o capacñan, hermosa ruta que corría paralela y siempre a la izquierda del fresco y caudaloso Jatunmayo o Huancamayo. Muchos pueblos habitados por numerosos ayllus fueron divisados en ambas márgenes. El mismo día debieron llegar, por la tarde, al tambo de Maravilca, ubicado en la orilla izquierda del gran río, ya que la distancia que separaba a los dos tambos, era cubierta en una jornada, o sea, en un día, tal como se lo hace todavía hoy cuando se sigue el antiguo camino de los incas. De Maravilca debieron partir en la madrugada del día 28, para continuar al sur al tambo de Huancayo. En dos días fue atravesado todo el valle, desde Jatunsausa hasta Llaxapa-llanca. Al tercero, llegaron al puente de Huarichaca. Era entonces el límite sur de la nación Huanca. En la otra orilla empezaba la de los Ancaraes. La tarde del día 29 la pasaron ya en la tierra de esta etnía (128).

Pizarro, en su viaje de Jatunsausa-Huancayo-Acos, siempre siguió la ruta de jatunñam, la gran vía incaica que se extendía a lo largo de la margen izquierda del río Jatunmayo. En ningún instante, mientras duró su recorrido por los territorios de la nación huanca, cruzó por ningún puente. El primero que atravezaron fue el de Huarichaca, ubicado en el mismo lindero que separaba a los huancas de los ancaraes (129).

127 Guacrapáucar: 1560, f. 38v.

128 Sancho: 1534, p. 147.— Pizarro: 1571, p. 68.

129 En el trabajo de José Antonio del Busto (1964), que por lo demás es brillante , hay en este asunto un error de geografía histórica, y como consecuencia de ello, también de cronología. Seguramente se debe a que el citado historiador desconoce la región central del Perú. Dice por ejemplo que Pizarro atravesó el día 29 el río Mantaro (sic) a la altura de los pueblos de Concepción o de San Jerónimo (?). Nunca hubo ningún puente a esa altura, ni el camino incaico cruzaba el río Jatunmayo de una orilla a otra mientras duraba su curso por el valle. Además Pizarro, la noche del 28 había salido ya de los territorios huancas, pasando el Huarichaca.

Durante la marcha al Cuzco, el arduo problema de los abastecimientos y del transporte, tan difícil en toda empresa conquistadora de la Europa medieval, fue aquí resuelto con los aliados y auxiliares huancas. Centenares de ellos caminaban tras el minúsculo grupo de invasores. Llevaban el avituallamiento y los pertrechos bélicos que satisfacían las necesidades de la ruta. Todos los auxiliares servían gratis; lo cual se hacía violando una real cédula dada en Pamplona el 9 de noviembre de 1526. Ella prohibía a los descubridores y pobladores conducir para sus conquistas a los indígenas naturales en calidad de auxiliares. Pero evidentemente, ésta había quedado en desuso el mismo día que llegó a Las Indias, como otras muchas (130).

¿Con qué otro objeto los españoles llevaban tantas mujeres huancas en calidad de auxiliares? ¿Qué otra clase de ayuda les prestaban éstas? Las *Informaciones* no las aclaran; pero es seguro que también las conducían para los mismos fines con que Hernando de Bachicao las trasladó del Perú a Panamá, durante la rebelión de Almagro el Mozo. Un autor anónimo de 1545 afirma que Bachicao llevó no sólo hombres sino también mujeres andinas, las cuales fueron enroladas y trasladadas a la fuerza, para satisfacer los instintos sexuales de los soldados de la expedición. Pero lo peor de todo es que ellas ya no fueron regresadas jamás de Panamá al Perú. Quedaron allá de criadas y de prostitutas de la plebe, hasta que por fin el clima malsano las transportó a mejor vida (131).

Desde luego que ese gran mundo de los auxiliares andinos no era desconocido por los huancas. En las campañas y guerras incaicas habían cumplido las mismas tareas de carguío de armas, víveres, aguas, de acopio de piedras para los honderos, conducción de los jefes en literas y en andas; otros habían servido de guías cuando el ejército andaba por caminos no reales, etc. La única diferencia era que en la época de los incas lo habían hecho cumpliendo sus mitas; y con los españoles lo realizaban acatando los pactos de una alianza. En los ejércitos incaicos también iban trás de éstos un gran número de mujeres; porque fue costumbre que ellas sirvieran a sus maridos y las madres a sus hijos todavía no casados. Eran, pues, las *rabonas* de los siglos XV y XVI. Las mujeres durante el Imperio habían jugado un papel fundamental como auxiliares de la guerra: lavaban, cosían, cargaban, etc.

130 Herrera: 1615. Déc. III. Lib. VIII; p. 464.
131 Anónimo: 1545, p. 131.— Bachicao fue a Panamá en persecusión de Vaca de Castro.

La asistencia de ellas era tan decisiva en los batallones, que el enemigo procuraba, como medida estratégica, capturarlas o matarlas (132).

Los huancas que fueron llevados por Pizarro y sus soldados al Cuzco, prestaron grandes servicios como cargueros. En Antahuaylas, fue un auxiliar de éstos quien dio aviso sobre la venida de una multitud armada contra los españoles. Después se supo que sólo eran chancas que huían de los quiteños (133). Los auxiliares huancas, conduciendo el fardaje de los conquistadores, muchos ríos tenían que cruzar con el agua hasta el cuello, por falta de puentes. Hubo una oportunidad en la cual Pizarro y sus soldados, al ser atacados por un pelotón de quiteños, vadearon un río sin esperar que sus amigos huancas lo hicieran. Fue antes de Jaquijahuana, precisamente en los días en que Pizarro recibía a los embajadores del jatuncuraca de los Taramas, quien le ofrecía su alianza para tomar el Cuzco. En Jaquijahuana también, fue donde los huancas denunciaron a Chalcochimac. Dijeron que por intermedio de sus generales y capitanes, trataba de unirse con la guarnición quiteña del Cuzco para atacar a los españoles. Denuncia que acabó, como es sabido, con la muerte del militar Atahualpista (134).

Los huancas no querían que Pizarro anduviera nombrando incas. Ellos le pidieron que el mismo caudillo de los conquistadores fuera el único apo del Perú. Así lo manifestaron sobre todo en Jaquijahuana, cuando Pizarro averiguaba sobre Manco Inca para coronarlo como emperador. Pedro Pizarro, de quien tomamos el dato, no dice que hayan sido los huancas, pero deducimos que lo fueron porque ellos formaban el gran escuadrón de aliados de Jatunsausa al Cuzco (135).

Los aliados huancas ingresaron al Cuzco en la cola de la retaguardia española, la cual iba al mando de Almagro. Y una vez en la ciudad imperial, participaron activamente en el saqueo de ella. Mucho de lo que robaron dieron a sus confederados, pero también de algo se apropiaron para sí, principalmente de plata, metal que llegó a ser subestimado por los castellanos y sus aliados, debido a su abundancia (136).

132 De La Barra: 1948, pp. 33, 98.

133 Sancho: 1534, p. 156.

134 Ibid. pp. 162, 174.— Trujillo: 1571. pp. 61-62.

135 Pizarro: 1571, p. 74.

136 Herrera: 1615. Déc. V. Lib. VI. Cap. III.

Tercera Parte

BATALLAS DECISIVAS

Encuentro bélico entre españoles y tropas incaicas. Dibujo romántico de mediados del siglo XIX.

LA GUARNICION DE RIQUELME

La llacta de Jatunsausa, dijimos ya, no quedó abandonada por los españoles, como quedaron Cajamarca, Jatunhuaylas, Pumpo y otras notables ciudades imperiales. Jatunsausa era demasiado, importante, como punto estratégico y ecológico para entrar y salir de ella como si no significara nada. Por eso, aunque no se realizó la fundación de la ciudad española como Pizarro lo había deseado, dejó en ella una guarnición compuesta por ochenta hombres de los cuales aproximadamente cuarenta eran expertos jinetes. Quedaban bajo el mando del tesorero Alonso Riquelme, quien fue nombrado lugarteniente de Pizarro en Jatunsausa, con jurisdicción política, militar y judicial. En Jatunsausa fue dejado asimismo el oro perteneciente a particulares y a los quintos reales, que habían conseguido y traído desde Cajamarca. Otra vecina que quedó fue doña Inés Yupanqui, la querida del jefe de los españoles. Un soldado español, Montañes, afirma que Pizarro salió de Jatunsausa dejando ochenta jinetes y cien peones. En el párrafo 4 de los *Capítulos del Memorial* se asegura que quedaron solamente treinta soldados en la guarnición de Riquelme. Pero la cifra aceptada como la verdadera es la consignada por Sancho (137).

La Guarnición de Riquelme fue, asimismo, bien servida y proveída por los jatunsausinos, los lurinhuancas y los ananhuancas. De todos les dieron y en gran cantidad. Por ejemplo, sólo de maíz les proporcionaron siete mil quinientas ochentidós fanegas, y de papas trescientas setentiuna. Pero esa vez, el trabajo de los huancas superó un poco, porque también tuvieron que fabricar sobrecargas para los caballos. En aquella oportunidad les dieron solamente cuatro. Después iría en aumento. En cuanto a los demás productos, los

137 Sancho: 1534, p. 106.— Montañés: 1534, p. 105.— Barrionuevo: 1534, p. 106.—Cusichaca: 1561, ff. 56r-56v.

recibieron casi en igual calidad de lo que acopió Pizarro, pero, desde luego, en cantidad mayor, porque fue desde octubre de 1533 hasta abril de 1534 (138). Desde el 27 de octubre de 1533 hasta el 20 de abril de 1534, los españoles hicieron tanto derroche de víveres que los depósitos quedaron prácticamente vacíos. El niño Canchaya, quien regresó con Pizarro del Cuzco a Jatunsausa, puso comprobar:

> *como los depósito que tenían los caciques del dicho Valle de Xauxa de maíz e otros mantenimientos que los había él dejado llenos estaban vacíos e supo él de los indios del dicho Valle como los soldados de el dicho marqués lo habían todo rancheado con otra mucha cantidad de ovejas e carneros de la tierra.* (139).

Los españoles de la guarnición de Riquelme, aunque permanecieron en Jatunsausa, también tuvieron su parte en la distribución de los tesoros del Cuzco. Cada cual recibió oro y plata, buena y mala, siempre en más cantidad los de la Caballería que los peones (140).

EL FRUSTADO ASALTO A JAUJA

Posesionado Pizarro del Cuzco y coronado también Manco Inca, ambos decidieron atacar y derrotar al ejército quiteño comandado por Quisquis, quien maniobraba en aquella región. Para arrojarlo fue necesario que Pizarro despachara a Diego de Almagro, al mando de un pequeño grupo de españoles, pero auxiliado por miles de soldados cuzqueños, quienes querían vengarse crudamente de sus antiguos perseguidores y detractores durante la guerra civil entre Cuzco y Quito. Quisquis, en forma amenazante, se concentró en el valle del Apurímac, pero no logró derrotar a ningún español. Quisquis y su ejército, al verse prácticamente perdido, se propusieron regresar al norte. Con tal objeto tomaron y siguieron el camino a Jatunsausa, y de paso atacar a la guarnición de Riquelme. Primeron llegaron a Vilcashuamán, y de allí siguieron al Huancamayo. Parte del ejército español los acosó hasta el puente de Vilcas, sin ningún buen resultado, pero al saber que iba a ser atacado Riquelme, partieron en su auxilio. Venían trayendo a un hermano de Manco Inca y a cuatro mil cuzqueños, todos guerre-

138 Cusichaca: 1561, ff. 10v-11r.
139 Ibid. f. 13v.
140 Sancho: 1534, p. 181.

ros, sacados de la capital imperial y de sus alrededores. Mientras tanto, Pizarro quedaba en el Cuzco allegando oro y plata para después fundirlo y repartirlo entre los españoles, incluso entre los que habían salido con Soto y con Almagro (141).

Las tropas quiteñas avanzaban por los caminos y pueblos, destruyendo lo que hallaban a su paso. Justo, para evitar esos desgastes, principalmente la muerte de sus aliados huancas y de la guarnición de Riquelme, es que Pizarro envío un pelotón de cincuenta jinetes al mando de Almagro y de Soto y a un curaca con cuatro mil auxiliares cuzqueños. Debían llegar hasta Jatunsausa, y después *visitar* a los grupos étnicos colindantes a esta provincia. Pero poco fue el papel que éstos cumplieron; porque en su hostigamiento a Quisquis no pudieron avanzar hasta darle alcance. Las causas fueron los puentes quemados y destruidos por los quiteños, y también el cruel invierno serrano, el cual cargó tanto a los ríos del tránsito que hacía muy difícil su cruce (142).

El ejército de Quisquis avanzaba furioso y temible. Por todas las comarcas por donde caminaban, sacaban gente para incrementar sus efectivos, servicio y carguío de víveres y ropas. Pero al enterarse Riquelme, gracias a los avisos de sus espías huancas, del avance temible de Quisquis sobre Jatunsausa, despachó cuatro jinetes ligeros y gran número de guerreros huancas, quienes llegaron hasta el puente de Rumichaca, el que distaba cien kilómetros de Jatunsausa. De allí avistaron a los quiteños en la otra orilla. De aquel modo, los españoles estaban en la provincia de Los Huanca y los quiteños en la de Ancaraes, ya que la quebrada y el puente marcaban el límite entre ambas.

No hubo ningún choque bélico en esa ocasión. Los cuatro jinetes con sus aliados huancas retornaron a Jatunsausa. No había nada que dilatar. Riquelme puso en pie de guerra a sus soldados y a sus aliados; a éstos los aduló para que le continuaran sirviendo bien. Despacho más espías huancas para que observaran los movimientos de los quiteños. El temor y la preocupación fueron tan grandes para Riquelme y su guarnición que hasta llegaron a desconfiar de sus propios confederados huancas, quienes, en gran número habitaban en la llacta de Jatunsausa y en los pueblos de Jutunmayo. A alguien se le había ocurrido decir que casi todos

141 Estete: 1535?; p. 54.— Pizarro: 1571, pp. 91-92.— De La Barra: 1548, p. 78.

142 Aliaga: 1534, p. 127.

ellos estaban de acuerdo con Quisquis, para atacar a la guarnición por cuatro partes. Pero todo sólo era un mero rumor. El tiempo y los hechos se encargaron de desmentirlo.

Cuando Quisquis asomó al valle de Huancamayo, a los huancas les pareció que se venía el fin del mundo. Astuta y mañosamente congregó a una gran cantidad de anan y lurinhuancas, a los cuales, teniéndolos juntos, los hizo asesinar en una verdadera carnicería. La masacre que ordenó Quisquis era, según él, un ejemplar castigo para estos que se habían aliado con los españoles. Quisquis dirigió el asesinato de novecientos setentinueve habitantes de la saya de Lurinhuanca, entre varones y mujeres; y, además de eso, llevó prisioneras a mil ciento treintaiuna más. Fue la matanza más despiadada y espantosa que experimentaban los lurin y ananhuancas en toda su historia (143).

El horrendo acontecimiento no pudo pasar desapercibido. Por eso Guacrapáucar, y seguramente también el Apo Alaya Chuquillanqui, se hicieron conducir en sendas hamacas a la llacta de Jatunsausa. Allí contaron sus desgracias, lo que fue motivo para que Riquelme se preparara para el ataque. Guacrapáucar colaboró con un reducido número de guerreros, apenas setecientos setentiuno; pues mil quinientos habían sido llevados y convertidos en yanaconas por los españoles y los restantes habían sido totalmente muertos y capturados por Quisquis (144).

El ejército de diez mil quiteños continúo su avance, por la margen izquierda del río. Entraron y pasaron por el Valle comandados por tres célebres auquis del partido atahualpista: Quisquis, Incura Huallpa y Chaicari, de los cuales, en verdad, el jefe de todos era el primero (145). Los quiteños llegaron completamente rehechos y bien organizados, resueltos para embestir a la guarnición española de Jatunsausa. Inclusive las mujeres de su servicio venían bien equipadas y formadas. Así avanzaron triunfalmente y asentaron su campamento cerca de la llacta de Tuna, a unos tres kilómetros. Quisquis dispuso que el capitán Chaicari se adelantara por las laderas del cerro de Huancascancha. De ellas debían bajar para cruzar el Jatunmayo, por el puente de Huaripampa. Luego colocarse a la distancia de un kilómetro, más que menos, de la llacta de

143 Guacrapáucar: 1558, f. 2r.

144 Guacrapáucar: 1560, ff. 3r, 28v, 38v.

145 Cusichaca: 1561. f. 10v

Jatunsausa y parapetarse en lo más alto del Cerro de las Colcas o de Axiuvilca. Desde allí, en un día y a una hora que tenían concertada debían penetrar en la llacta. Mientra tanto, Quisquis e Incura Huallpa, con el grueso de la masa castrense, compuesto por unos nueve mil soldados, prosiguieron por el camino llano. Ambos escuadrones, pues habían acordado hacer el asalto en un mismo día y a una misma hora, ya señalados.

Pero sucedió que los españoles, o quizá sus auxiliares huancas, capturaron a un quiteño. Con tormentos lo hicieron declarar. Y para desgracia de los quiteños, el capitán Chaicari, que conducía mil hombres, caminó tan velozmente que llegaron con un día de anticipación al puente de Huaripampa, el cual pronto lo cruzaron. La presencia de los mil quiteños fue conocida un día muy de mañana en Jutunsausa. Los Huancas de esta llacta se espantaron y se preocuparon enormemente. Pensaron que había llegado el día de su masacre total, ya que Quisquis venía furioso para vengar la "*traición*" que habían hecho aliándose con los españoles. Los llantos de las mujeres, los diálogos nerviosos de los hombres, en fin, la confusión máxima que reinaba entre los huancas en Jatunsausa, sirvió de termómetro para que Riquelme calara la magnitud del accidente. Fue, por lo tanto, necesario y urgente organizar la defensa de Jatunsausa.

El escuadrón de Chaicari, después de bajar la cuesta del Huancascancha y atravezar el puente de Huaripampa, pasó muy cerca de la ciudad de Jatunsausa. Su intento era incendiar la otra parte de la llacta, lo que no pudo hacerlo anteriormente. Pero se vieron repelidos por un grupo de jinetes y otro de peones que con sus ballestas los hicieron huir. Los quiteños de Chaicari se vieron obligados a retroceder. Cruzaron nuevamente el Jatunmayo, en cuya huida recibieron algunos daños por parte de los españoles.

Lo primero que hizo Riquelme fue el aseguramiento de las cuentas reales y del oro de los particulares. Lo mandó encerrar en una casa. Allí mismo alojó a los diez o doce españoles más débiles y enfermos para que custodiaran el tesoro y también para que no acabaran sus energías. Los demás soldados se previnieron para la batalla. Luego mandó que diez jinetes recorrieran el campo hasta el puente de Huaripampa; debían observar la cantidad de quiteños que habían cruzado el Jatunmayo para tomar el cerro de las Colcas. Riquelme, por su parte, se quedó en la plaza de Jatunsausa, bien preparado para hacer frente, en caso necesario, al grueso del ejército que se venía por el Jatunñam, es decir, por la margen izquierda.

Los diez corredores y sus auxiliares huancas hallaron que el escuadrón de Chaicari había ya pasado el puente. Pero los guerreros quiteños, ante la presencia de los caballos, a los cuales tanto temían, y de los auxiliares, retrocedieron más. Los españoles cruzaron el puente y galoparon tras ellos reforzados por unos peones ballesteros, quienes llegaron oportunamente por orden de Riquelme. El incidente acabó con la huida completa de Chaicari, en la cual sus soldados experimentaron un gran daño, porque abandonaron armas y fardaje. Mientras tanto, Quisquis e Incura Huallpa, no arribaron en el tiempo y ni en la hora que habían prometido, seguramente porque tuvieron noticia del adelanto y de la fuga de Chaicari.

BATALLA DEL YACUSMAYO

Así pasó aquella noche y despuntó el otro día. Los españoles no durmieron vigilando a la llacta, a sus vidas y a sus tesoros. Toda la noche la pasaron armados con los caballos ensillados, juntos, en la Plaza. Así volvieron a pasar un día y noche más. Pensaron que por entonces recibirían el ataque de Quisquis, se imaginaron que la llacta sería incendiada. Pero volvió a pasar el día y a llegar la noche. Eran ya las doce pasado meridiano, y nada sucedía. Ni siquiera sabían dónde estaba acampado Quisquis. Los espías huancas hasta los habían perdido de vista, porque los quiteños habían capturado los caminos, de manera que no podían dar razón de ellos. Era necesario, pues, averiguar lo que pasaba.

Riquelme, jinete en un ágil caballo, guiado por un grupo de huancas salió a recorrer el campo. Quería conocer el sitio y la distancia del lugar que servía de campamento a los quiteños. Así caminó unos veinte kilómetros, distancia en la cual amaneció el día; pero había logrado descubrir su objetivo. Observó la calidad del terreno y regresó a Jatunsausa, a la cual entró al medio día.

Quisquis y dos capitanes, conocedores del peligro en que se hallaban, por haber sido descubiertos, decidieron avanzar sobre Jatunsausa. Al caer la noche, alcanzaron el sur de la pampa de Manquinhuayo y acamparon en la orilla izquierda del río Yacus, a un cuarto de legua de la llacta, es decir, a un kilómetro y medio. Fue otra noche de gran preocupación para los españoles de la guarnición Riquelme. La pasaron en vela y con gran inquietud. Amaneció el día y los castellanos todavía tuvieron serenidad para poder oír una misa. Acabado el rito cristiano, Ri-

quelme y el capitán Gabriel de Rojas se pusieron a la cabeza de dieciocho jinetes, de diez o doce peones y de dos mil guerreros huancas aliados suyos. Estos estaban dirigidos por cuatro nobles: dos pertenecientes a Jatunsausa y los otros a Lurinhuanca y a Ananhuanca. Eran don Cristóbal Canchaya y don Francisco Cusichaca —hijo del Apo Manco Surichaca, el curaca reinante— don Jerónimo Guacrapáucar y el Apo Alaya Chuquillanqui. Ambos curacas salieron a la cabeza de sus escuadrones respectivos (146). En la llactá de Jatunsausa quedaron también un número igual de jinetes y otro tanto de infantes, para rechazar cualquier asalto que los quiteños podrían hacer por las espaldas de la ciudad. De suscitarse tal cosa quedarían prevenidos para hacer las consabidas señales militares para que pudieran ser socorridos a tiempo. Para la resistencia se aprovecharon de la estrategia y experiencia del famoso capitán Gabriel de Rojas, quien, afortunadamente, había llegado a Jatunsausa. El se ofreció, después de un Consejo de Guerra, a salir como capitán de todos para esperar a los patriotas quiteños comandados por Quisquis. Rojas determinó que los jinetes y los peones salieran al campo llano y extenso, ubicado al sur de Jatunsausa, para aprovecharse mejor de los caballos y, por consiguiente, acometer con más brío. Meditó y aconsejó que sólo así pondrían en fuga a los quiteños, debido al miedo que éstos tenían a los corceles.

Mientras eso ocurría en Jatunsausa, los quiteños vadeaban el río Yacus, que en aquellos días estaba crecido, y pasaban a la orilla derecha. Cuando Riquelme y su ejército hispano-huanca llegaron a Maquinhuayo, hallaron que el ejército de Quisquis había cruzado el Yacus: estaban en la margen derecha de éste. Sus escuadrones sumaban hasta diez mil soldados, quienes al ver a los hispanos-huancas retrocedieron; volvieron a vadear el río y se situaron en la margen izquierda. Lo hicieron, seguramente, porque se llevarían una gran sorpresa al ver un ejército de huancas bien armados contra ellos. Pensaron allí parapetarse, por creer que los españoles no iban a cruzar el Yacus. Sin embargo, Riquelme y sus hispanos-huancas no quisieron abandonar la campaña. Ello hubiera significado abrir las puertas de Jatunsausa al saqueo y al fuego y, por lo tanto a un mayor esfuerzo por parte de los españoles para repelerlos. Decidieron, pues, atacar ese mismo día. Cruzaron el río, y al hacerlo recibieron una furiosa descarga de tiraderas y de piedras

146 Ibid. No 5 del Memorial de los Capítulos, y f. 10v.

lanzadas con hondas; ante lo cual, los españoles se sintieron humillados. En grandes aprietos se veían los aliados. Docenas de golpes caían sobre sus cabezas, hombros, espaldas y piernas. Pero al fin, lograron todos pasar el río. La caballería rompió furiosamente en los pelotones quiteños (147).

Ambos bandos chocaron en una espantosa pelea. Los tiros de ballesta traspasaban el aire y los cuerpos de los soldados quiteños. También las piedras disparadas con las hondas se cruzaban formando espesas nubes, mientras que miles de lanzas se entrecruzaban de campo a campo arrojadas por los lanceros indígenas de ambos ejércitos. Cuando Riquelme corría río abajo una pedrada le hirió en la cabeza. A consecuencia de ella se desplomó del caballo en medio del río, un tanto turbado del fuerte golpe, y tanto, que su cuerpo fue arrastrado por el agua algo así como veinte metros. Se hubiera ahogado, si un ballestero no lo saca en peso y con mucho trabajo. En cambio su caballo, si murió muy pronto, porque una pedrada caída en una de sus patas le fracturó los huesos; imposibilitado de tenerse en pie, cayó en el agua y allí expirô ahogado.

El accidente sufrido por Riquelme animó a los quiteños para embestir con más brío, pero también incitó al ejército hispanohuanca para arremeter con decisión definitiva. El ataque lo hicieron los quiteños con tanto empuje y valentía que muy pronto consiguieron matar a muchos de los auxiliares huancas y capturar a otros sesenta. Pero la situación se tornó crítica para los quiteños cuando la caballería castellana comenzó a actuar en el segundo tiempo, en forma tan imprevista que no pudieron reparar en su avance. Todos los aliados invadieron el río, y en carga cerrada se lanzaron contra los quiteños. Los jinetes acudieron caminando con gran presteza de un lado a otro, blandiendo sus espadas y lanzas a diestra y siniestra, matando a todos los que podían. A veces los jinetes avanzaban en forma cerrada, para irrumpir bruscamente sobre los apelotonados quiteños. Sólo así pudieron frenar la furia violenta de los guerreros atahualpistas, quienes querían vengar la muerte de su inca asesinado en Cajamarca, derrotar a los españoles y restaurar el Imperio. Pero éstos no podían resistir la avalancha de los caballos ni el empuje de los huancas. No tuvieron más remedio que replegarse a las laderas del cerro de Cuntursenca, en cuya retirada murieron aproximadamente cien. Los caballos los siguieron

147 Aliaga: 1534; pp. 127-128.

más de legua y media por las faldas del citado cerro —unos siete kilómetros y medio—. La persecusión acabó cuando a la caballería le era imposible avanzar por la espesura de las espinas y tallos de las cantutas que, abundantemente, crecen en el Cuntursenca.

Finalmente, cuando Quisquis se dio cuenta que la batalla la había perdido, dio la orden de emprender la fuga hacia la tierra de su origen: Quito. Pero antes de dejar el valle de Huancamayo hizo matar a los sesenta huancas auxiliares capturados por sus soldados, auxiliares a los cuales Quisquis, muy despectivamente, les llamaba *yanaconas*. Entre tanto, los soldados de la guarnición Riquelme, se esforzaban y se distinguían en asesinar a una gran multitud de quiteños, quienes, mutilados y sangrantes, apenas se arrastraban por los suelos y campos del Yacus y del Cuntursenca.

La ferocidad de la batalla se puede calibrar, si tenemos en cuenta que ningún español quedó sano. Todos resultaron heridos, y uno de ellos muerto, cuyo cadáver fue hallado debajo de su caballo. También fueron muertos tres equinos, lo que les causó más dolor y preocupación que los sesenta *yanaconas* y los centenares de huancas masacrados por los quiteños. Y sucedía así, porque el precio de un caballo en aquellos días había alcanzado la astronómica suma de cuatro mil a cinco mil pesos por unidad. Además, porque era el único medio de movilidad sobre el cual los españoles se trasladaban y peleaban mejor contra los indígenas.

Españoles, huancas y quiteños lucieron valentía, honor, heroicidad y gallardía en la batalla del río Yacus; se lucieron como héroes de gesta. Quisquis, Incura Huallpa y Chaicari en el campo andino, mientras que en el español se portaron maravillosamente el burgalés Pedro de Torres y Alonso de Meza, "mozo robusto y buen jinete". Y mientras Quisquis marchaba derrotado al norte, a Quito, Gabriel de Rojas, muy campante por su triunfo, emprendía su rumbo al cuzco, pasando por Vilcas. Por entonces los conquistadores estaban preocupados por varios motivos: tales como por ejemplo, las noticias de la llegada de Pedro de Alvarado para conquistar Quito y las incursiones bélicas del héroe cuzqueño Inca Curampayo, quien mortificaba a los españoles en la provincia de Vilcashuamán (148).

Habían triunfado, pues, los hispano-huancas, quienes, orgullosamente, se recogieron a la llacta de Jatunsausa. Pero como gran cantidad de quiteños no salían aún de los escondrijos montuosos

148 Herrera: 1615. Déc. V. Lib. VI Cap. VII.

del Cuntursenca, temían una invasión nocturna. Creyeron necesario, entonces, volver de nuevo al cerro y esta vez acabarlos de destruir. Salieron solamente veinte españoles, pero con más de tres mil guerreros huancas. El asalto y el ataque que hicieron en el cerro de Cuntursenca fue otra vez cruel y sangriento. Mataron a muchos y los sobrevivientes huían despavoridos, a los cuales los persiguieron más de quince kilómetros, en dirección a Tarama. También fallecieron muchos huancas, entre ellos algunos curacas de gran prestigio, aunque no de los principales sino de los de huaranca y pachaca. La victoria dio motivo a escenas de gran alegría por parde los huancas, ya que el triunfo, en verdad, se debía a ellos.

Los quiteños, desbandados, huyeron con Quisquis hasta Tarama, a veinticinco kilómetros de Jatunsausa. Allí se reorganizaron, pero también de allí serían echados muy pronto (149). Quisquis, al huir, quemó el puente de Jatunsausa (150).

En aquella guerra del río Yacus, a Riquelme lo auxiliaron quinientos quince guerreros de Jatunsausa, comandados por don Cristóbal Canchaya y por don Francisco Xauxa Cusichaca, hijo éste, del Apo Manco Surichaqui. Lurinhuanca dio setecientos setenticuatro soldados y Ananhuanca setecientos once. Todos ellos reforzaron a Riquelme en el Yacus, efectivos que aumentaron para la segunda embestida en el Cuntursenca. Gracias a esa ayuda fue posible la derrota total de Quisquis en el río Yacus y en las faldas del Cuntursenca (151).

Ante las noticias del ataque de Quisquis, Riquelme había escrito a Ribera el Viejo, previniéndole de cualquier percance. Después de su triunfo en el Yacus, le avisó de la victoria. En ambas ocasiones le escribió con chasquis huancas de Jatunsausa (152). Los auxilios enviados del Cuzco a Jatunsausa llegaron veinte días después que los quiteños habían sido derrotados en la batalla del Yacus. Hernando de Soto, Pascual de Andagoya y Diego de Almagro arribaron con aquel refuerzo (153). Llegaron precisamente cuando se recibieron noticias que los derrotados en el Yacus se habían parapetado en Tarama y Pumpo. Para echarlos de esos lugares salieron Soto y Almagro llevando cuarenta españoles y cuatro mil auxilia-

149 Sancho: 1534, pp. 175-179.
150 Cusichaca: 1561, f. 57r.
151 Guacrapáucar: 1558, f. 3r.— Cusichaca: 1561, f. 10v.
152 Cusichaca: 1561. f. 64r.
153 Montañés. 1534, p. 105.— Aliaga: 1534, p. 127.— Cusichaca: 1561, f. 64r.

res cuzco-huancas. Estos marchaban hacia el norte en persecusión de los quiteños. Llegados a la vista de ellos, descansaron algunos días, después de los cuales se encaminaron al ataque. En la batalla perdieron otra vez los quiteños, quienes huyeron más al norte. Vueltos a Jatunsausa, Diego de Almagro partió a la costa de Pachacamac para *visitar* los curacazgos indígenas y para luego dirigirse a Piura para saber lo que sucedía con la expedición de Pedro de Alvarado.

Al conocer Pizarro, en el Cuzco, estos triunfos, los hizo publicar inmediatamente en la capital del arruinado imperio. Las noticias fueron recibidas con gran alborozo; todos dieron gracias a Dios, cuando en realidad debieron agradecer a los huancas. Pizarro luego escribió a Jatunsausa, dando una serie de parabienes y de congratulaciones a los soldados de la guarnición, especialmente a Riquelme. De los huancas, verdaderos héroes del Yacus, ni siquiera se acordó. Además, anunció su retorno a Jatunsausa (154).

En la batalla del Yacus, según Cusichaca, fue muerto Quisquis. Pero esta afirmación es un error. El verdadero finado debió ser uno de sus dos capitanes:o Incura Huallpa o Chaicari (155).

Riquelme, por lo tanto, triunfante, continuó en Jatunsausa esperando la vuelta del gobernador. Personalmente la pasó muy bien. Con abundantes comidas y criados, y además con una yanacona y concubina muy bella, doña Leonor Palla. Ella, en Cajamarca, había desempeñado ya igual papel para Rodrigo Núñez. Después de Riquelme, el que reemplazaría su puesto frente a doña Leonor fue el pregonero Enrique Hernández. Ella había sido pariente de Atahualpa (156).

EL RETORNO DEL MARQUES

Francisco Pizarro regresó del Cuzco a Jatunsausa el 20 de abril de 1534. Aquí iba a permanecer prácticamente hasta diciembre del mismo año, con ligeros intervalos cuando decidió viajar él mismo a la costa. Muchos sucesos de importancia ocurrieron en aquel año de 1534 en Jatunsausa. Vamos a enumerar algunos: 1) La celebración de un chacu o cacería real para conmemorar la victoria del Yacus. Fue dispuesta y dirigida por Manco Inca, quien

154 Aliaga: 1534, p. 128.—Sancho: 1534, pp. 180, 184.
155 Cusichaca: 1561, f. 10v.
156 Guacrapáucar: 1560, f. 21r.

había llegado del Cuzco junto con Pizarro y con cuatro mil auxiliares. 2) El nombramiento de teniente gobernador de Quito para Diego de Almagro. 3) La fundación de la ciudad española de Jauja, el 25 de abril de 1534. 4) La llegada del correo de Su Majestad, trayendo diversas cédulas reales sobre la Gobernación de Pizarro y otra que prohibía el reparto de encomiendas. 5) Otros poderes más amplios para que Almagro detuviera el avance de Alvarado. 6) Una expedición de Hernando de Soto a Huánuco, para arrojar definitivamente a Quisquis y a los quiteños. 7) El despacho de órdenes muy serias para detener la avaricia de los pobladores españoles del Cuzco. 8) El reparto de las primeras encomiendas en vía de *depósito* 9) El nombramiento de Hernando de Soto como teniente del Cuzco. 10) La redacción de la crónica oficial de Pedro Sancho. 11) La conclusión de la crónica de Estete. 12) El envío de cartas y de tesoros a España. 13) El nacimiento de la primera hija de Pizarro: doña Francisca; y14) El traslado de la ciudad de Jauja al valle de Lima (157).

Pizarro, a su retorno del Cuzco, en la *ciudad de Jauja* permaneció él y su gente el tiempo de ocho meses. En tan enorme lapso, los huancas tuvieron prácticamente que vaciar sus colcas para mantener a una gran número de soldados y de auxiliares cuzqueños llegados con Manco Inca y el gobernador. He aquí otra de las causas del porqué Pizarro en Jatunsausa siempre procuraba mantener viva la amistad de los españoles con los huancas. Los egresos de los jatunsausinos, por ejemplo, para mantenerlos fueron sencillamente enormes. Solamente en leña rajada les dieron treinta mil ciento diez cargas; de hierbas, nueve mil cuatrocientos ochenticinco; de papas, diez mil ciento once, y así sucesivamente. Las cantidades y las especies, es mejor apreciarlas en los documentos mismos que han dejado los huancas (158).

La cooperación de los lurinhuancas fue igual. En cambio, la de Ananhuanca no la conocemos por haberse perdido su *Información*. Pero en la de Cusichaca (1561) hay datos que se refieren a todo el valle de los Huancas. El testigo de excepción, don Baltazar Canchaya, asegura que cuando Pizarro salió del Cuzco y llegó a Jatunsausa,todos "los caciques del dicho valle",y entre ellos el de

157 Ninguno de estos puntos es analizado por nosotros en el presente trabajo. El hacerlo sería inútil, por cuanto Raúl Porras Barrenechea lo hizo en un estudio minucioso y elegante en 1950.

158 Guacrapáucar: 1558.— Guacrapáucar: 1560.

Jatunsausa: el Apo Manco Surichaqui, le dieron ganado, maíz, papa, quinua, ropa de cumpi, ollas, tinajas, lana, hierba, etc. (159).

Cuando Pizarro ordenó cambiar, o mejor dicho trasladar la *ciudad de Jauja* al valle de Lima, los jatunsausinos volvieron a proporcionarle víveres y mil dos cargueros para el viaje. Pero esta vez tampoco salieron solamente varones detrás del ejército y vecinos españoles que se marchaban a Pachacamac. Ahora también se pusieron en movimiento una buena cantidad de mujeres jatunsausinas. Llegaron hasta Pachacamac y luego hasta Lima, sirviendo leal y maravillosamente en todo. Lurinhuanca, asimismo, le dio por medio de don Jerónimo Guacrapáucar otra gran cantidad de cargueros para la mudanza de la *ciudad de Jauja* a Lima. Salieron en total dos mil novecientos treinta varones de carga y doscientas treintitrés mujeres lurinhuancas para el servicio. Los proveimientos que regalaron a los españoles fueron sacados de las colcas que antes habían pertenecido al Estado Inca, ya que cada saya tenía sus tierras especiales para sembrar y cosechar los productos del tributo (160).

La mudanza a Lima, por haber sido en el mes de diciembre de 1534, mes de plenas lluvias en la Sierra y de plena sequía en la Costa, causó en los aliados huancas graves enfermedades respiratorias, debido al cambio brusco de temperatura y a la falta de conocimientos para adaptarse en otro clima. De Lurinhuanca solamente, murieron doscientos quince varones de los que fueron a Los Llanos. En Lima ya, después de la distribución de solares a los vecinos fundadores, Pizarro comenzó a erigir su casa-palacio. Para construirlo no llamó a los *ishmas* limeños, sinó a los huancas de Lurinhuanca. El curaca don Jerónimo Guacrapáucar quedó encargado de congregar y vigilar a los peones. Fue otro de los factores que apuraron la mortalidad de los aliados de Lurinhuanca en Lima. Pues, por haber sido la faena en los meses de enero a marzo, estación de pleno calor, trabajaban casi desnudos, y sofocados tomaban grandes cantidades de agua fría de pozos. Los resultados fueron resfríos y fallecimientos. (161).

159 Guacrapáucar: 1560, ff. 3r-3v.— Cusichaca: 1561, f. 47r.

160 Cusichaca: 1561, f. 58v.— Guacrapáucar: 1558, f. 3v.— Guacrapáucar: 1560, f. 27r.

161 Guacrapáucar: 1558, ff. 3r-3v.— Guacrapáucar: 1560, ff. 22r. 39r.

BATALLA DE MARICALLA

Mientras Francisco Pizarro, desde la *ciudad de Jauja* enviaba al norte unos mensajeros con las cédulas reales que prohibían las expediciones conquistadoras de Pedro de Alvarado por territorios suyos, Quisquis permanecía acampado en las punas de Maricalla, un poco más allá de Pumpo. Allí estaba con sus capitanes Titu Yupanqui, Ucroraguarca y Chaicari. Allí estaban después de la fuga a que los había obligado Soto. Sin embargo, desde allá constituían una constante y peligrosa amenaza para la *ciudad de Jauja*.

Para acabar con ellos, de una vez por todas, Pizarro envió al valiente joven Hernando de Soto. Salió con cincuenta hombres de a caballo y con treinta peones. Le acompañaban cuatro mil cuzqueños y huancas como auxiliares. La expedición salió el 13 o 14 de mayo —o quizá el 17— y regresó en los primeros días de junio de 1534. Dos de los jinetes de la expedición fueron Gonzalo de Los Nidos y Pedro de Alconchel. El veedor de la expedición fue Jerónimo de Aliaga (162).

Marcharon para echarlos del lugar y poder tranquilizar a los vecinos de la *ciudad de Jauja* y sus aliados huancas. Los auxiliares de Jatunsausa fueron en número de doscientos tres, entre guerreros y cargueros. Estaban comandados por Sipusique Achaca, hermano del Apo Manco Surichaqui y tío de don Francisco Cusichaca. Los huancas marcharon cargando los víveres, armamento y conduciendo el hato de llamas. De Lurinhuanca también fueron muchos auxiliares, por orden de Guacrapáucar: cuatrocientos diecisiete guerreros y cuatrocientos cargueros. El que los comandaba era el capitán Guano. Por su lado, los auxiliares cuzqueños estaban dirigidos por Manco Inca y su medio hermano Paulo. Seguramente que también irían los ananhuancas (163).

El encuentro bélico fue en Maricalla, un lugar entre Pumpo y Los Yachas. El resultado fue una completa derrota para Quisquis, quien continuó su fuga hacia el norte. Sin embargo, en la batalla de Maricalla murieron trescientos guerreros de Lurinhuanca y cinco jatunsausinos. De los muertos en el bando de Quito, se contó a Tito Yupanqui. Según Cusichaca, en esta batalla también expiró Quisquis, pero es otro de sus errores (164).

162 Porras Barrenechea: 1950, pp. 111, 128-129.

163 Guacrapáucar: 1558, f. 3v.— Guacrapáucar: 1560, ff. 21v, 22r. 38v.— Cusichaca: 1561, ff. 44r. 57v. 64v.

164 Guacrapáucar: 1558, f. 3v.— Guacrapáucar: 1560, ff. 21v- 22r, 38.— Cusichaca: 1561, f. 11v.

Fuera de los doscientos tres guerreros, los jatunsausinos proporcionaron todos los víveres para la campaña. Ellos consistieron en noventiséis llamas, quinientas fanegas de maíz y trescientas cuarentinueve de papas. Así, con la alianza de los jatunsausinos, de los lurinhuancas, de los ananhuancas y de los cuzqueños, Pizarro estaba poniendo bajo su yugo al Imperio del Tahuantinsuyo (165).

Se debe, pues, a la alianza con estos señores étnicos, para que la resistencia presentada primero por Chalcochimac y por Quisquis después —y por Manco Inca al final— no rindiera ningún fruto. Los héroes de la resistencia, todos del linaje de los incas —incluso Quisquis y Chalcochimac—, aunque actuaban en forma agresiva y feroz, lo hacían en forma aislada y desconectada. No tenían el apoyo de los antiguos reinos serranos ni costeños, ni de los de la selva alta. Como vemos, los únicos que se oponían a los invasores eran los incas de sangre y de privilegio de Quito y de otras colonias de mitmas incas ubicadas en los más apartados y diferentes rincones del Estado Incaico. Después ya, casi al final se les enfrentarían los incas del Cuzco, encabezados por Manco.

BATALLA DE CHULCUMAYO

Según Pedro de Alconchel, Pizarro, al abandonar la *ciudad de Jauja* para fundar la de Lima, dejó una guarnición en la primera al mando de Francisco de Godoy, con treinta españoles. Pero esta afirmación no es verdad. Murúa asevera, asimismo, que Pizarro no despobló Jauja del todo, sino que dejó una guarnición con algunos españoles, en posesión del *Ushno* de dicha llacta. Dice que la dejó para seguridad de esta tierra tan poblada y tan fértil. Agrega, además, que ellos fueron asesinados por Quizo Yupanqui. Pero esto también es falso; porque la guarnición de Gaete, que fue la masacrada, vino de Lima enviada por Pizarro para ir al Cuzco en defensa de Hernando (166).

Lo auténticamente cierto y, por lo tanto histórico, es que por el año de 1536 la situación de los españoles se había tornado desesperante. Sus abusos y sus desmedidas ambiciones por los metales preciosos los habían convertido en los seres más indeseables por los cuzqueños. Esa era la razón para que Manco Inca acaudillara una rebelión contra ellos, rebelión que no sólo se desarrolló en el Cuzco sino casi en todo el territorio.

165 Almagro: 1540, p. 108.— Cusichaca: 1561, f. 11v.
166 Cusichaca: 1561, f. 58r.— Murúa: 1615, I, p. 194.

Cuando Pizarro recibió en Lima las cartas desesperadas de su hermano Hernando, quien estaba sitiado en el Cuzco por las tropas cuzqueñas de Manco Inca, envío dos pelotones de Caballería. Uno, al mando del capitán Gonzalo de Tapia, fue por Chucurpos, vía de Guaytará. El otro, al mando de Francisco Mogrovejo de Quiñones, con menos gente fue a acampar al Valle de Jatunsausa, de donde, dejando a Diego Pizarro, siguió a Vilcas, punto en el cual quería permanecer de guarnición, vigilando el camino, para el viaje sin riesgo de los españoles. Pero en Parcos fue asaltado por los patriotas cuzqueños. Mogrovejo de Quiñones, en un acto de consternación despachó sus mensajeros a Jatunsausa pidiendo ayuda al capitán Diego Pizarro, quien había quedado aquí con sesenta soldados para descubrir la tierra adentro. Pero no recibió ningún auxilio, porque también Diego Pizarro había sido derrotado en la batalla de Chulcumayo. De manera que Mogrovejo, en Parcos, tuvo un desastre completo (167).

Para defender a Diego Pizarro y a sus soldados españoles del cerco que les habían puesto los cuzqueños en Jatunsausa, el Apo Manco Surichaqui les había dado doscientos cincuenta guerreros. Estos tuvieron que enfrentarse con Capicapita Yupanqui, capitán de Quizo Yupanqui. El desastre fue en Chulcomayo. Uno de los muertos fue el soldado Puertoviejo (168).

PRIMERA BATALLA DEL USHNU

Como los reveses sufridos por los españoles desde el Cuzco hasta Jatunsausa, eran verdaderamente dramáticos, ya que la avanzada de Gonzalo de Tapia había sido asesinada, Pizarro envió a Jatunsausa al capitán Alonso de Gaete con veinte jinetes y un hermano de Manco Inca. A éste, el gobernador lo había coronado emperador, y pensaba que su hermano, juntamente con Gaete, iban apaciguar la tierra. Pero Gaete, en Jatunsausa, debido a su poca guarnición desde un comienzo corrió gran riesgo, angustias y temores que se acrecentaron cuando recordaron el desastre de Tapia, aunque ellos no trataban de exteriorizarlo. Mientras tanto, Manco Inca, fortalecido en Tampu, determinó atacar y sitiar Lima. Como primera medida estratégica para tan heroica empresa despachó a tres célebres capitanes del linaje imperial:

167 Anónimo: 1539, pp. 39, 41, 42.
168 Cusichaca: 1561, f. 12r.

Quizo Yupanqui, Illa Túpac y Puyo Vilca. Quizo Yupanqui venía con el rango de capitán general. Tal como le había ordenado Manco, salió con todo el ejército compuesto por cuzqueños de la saya de Chinchaysuyo. Con ellos pensaba masacrar a Pizarro y a los españoles que estaban con él en Lima.

Así salieron de Tampu los tres jefes cuzqueños. Siguieron el capacñam, en cuya ruta, en Chulcumayo o Churcumayo habían antes obtenido una victoria contra los españoles. En su marcha enrolaron, por grado o por fuerza, a todo indígena que podían para incrementar sus efectivos. Continuaron su marcha y llegaron al valle de Huancamayo, donde en el llacta de Jatunsausa, permanecía la guarnición de Gaete. Y aunque éstos estaban avisados por sus espías huancas, siguieron cometiendo el error de no aparentar preocupación ante los soldados de Quizo Yupanqui. El aparente complejo de superioridad manifestado por la guarnición de Gaete fue hiperbólico. Llegaron a decir a sus espías huancas: "*¡vengan esos perros que aquí estamos aguardándolos y los hemos de hacer pedazos a todos, aunque vinieran doblados de los que son, que por su mal salieron del Cuzco!*"(169).

Gaete y sus soldados se sentían fuertes y seguros. No prepararon su defensa ni fortalecieron el Ushno de la plaza de Jatunsausa. No les dio la gana de poner centinelas ni vigías. Tampoco enviaron espías ni corredores por los caminos para inquirir los movimientos de Quizo Yupanqui. El menosprecio que manifestaban hacia los cuzqueños fue rotundo. Estaban convencidos de que los cuzqueños no eran lo suficientemente hombres como para atacarlos.

Así fue como Quizo Yupanqui arribó en la madrugada de un día a Jatunsausa. Rodeó la llacta por todas partes en medio de un silencio profundo y tan profundo que ningún español pudo sentirlos, quienes todavía, plácidamente, se arrellanaban en sus camas de paja. Pero luego los españoles pudieron darse cuenta y lamentar su desidia. Lanzando una furiosa gritería los castellanos tomaron el Ushnu, edificio que parecía una pequeña fortaleza. Allí, con las armas que pudieron coger en la confusión, se defendieron como más podían. Se batían en ropa de cama, porque la ocasión no les había dado tiempo para vestirse. Doscientos cincuenta guerreros de Jatunsausa salieron para ayudarles leal y valientemente; y otros muchos también llegaron de Lurin y Ananhuanca. La refriega duró

169 Murúa: 1616; I, pp. 204-205.

desde el amanecer hasta el anochecer. El resultado fue un completo desastre para la guarnición de Gaete. Casi todos fueron muertos por los cuzqueños, inclusive casi todos sus caballos y sus negros de servicio. De la furia cuzqueña escaparon solamente el hermano de Gaete y otro español apellidado Cervantes, quienes huyeron locamente en dirección al tambo de Julca y a Lima. El hermano de Gaete escapó en un caballo herido y cojo, que pudo conseguir quién sabe cómo. Pero los cuzqueños también persiguieron a éstos. Sin descansar los siguieron hasta Anchacocha, de donde regresaron a Jatunsausa sin las presas que ansiaban; porque al galope del caballo, aunque rengo, el hermano de Gaete y su compañero pudieron correr más que los cuzqueños, quienes lo hacían a pie.

En la batalla murieron setecientos sesentiún hombres y ciento diecinueve mujeres de Lurinhuanca (170).

Mientra tanto, Pizarro desde Lima, para que a Gaete no le sucediera lo mismo que a Tapia, enviaba a Jatunsausa al capitán Francisco de Godoy, vecino de Lima, quien salió con treinta jinetes y algunos peones. Se pusieron en marcha; y cuando estaban entre Pariacaca y Julca, en un anochecer se encontraron con el hermano del capitán Gaete y con el soldado Cervantes, que iban sobre un caballo enfermo y cojo. Estos les informaron de la cruel batalla que habían tenido en la plaza de Jatunsausa, ese mismo día, por la mañana. Godoy, al escuchar los relatos del asalto en el cual habían perdido los españoles, consideró improcedente su avance. Muy pocos soldados llevaba para poder enfrentarse contra cuarenta mil guerreros del Cuzco. Además, sus reducidos soldados eran aún bisoños en el Perú; hacía poco que habían llegado. No era conveniente arriesgarlos contra los guerreros cuzqueños, quienes estaban muy enaltecidos después de la victoria pasada. Determinó, pues, con el acuerdo unánime de sus subalternos, regresar a Lima, para retornar de allá con un escuadrón más poderoso, y tan poderoso que fuera capaz de derrotar a los orejones del Cuzco que tenían asediado al valle de Huancamayo.

Los cuzqueños en Jatunsausa gozaron placenteramente de los despojos de sus enemigos muertos. Despedazaron los cadáveres de los españoles. Quizo Yupanqui hizo recoger la ropa rica y de lujo de los castellanos vencidos; también las armas, cascos, corseletes, etc. Todo lo encaminó a Manco Inca como trofeos de la victoria que habían alcanzado. El premio que Manco envió a Quizo fue una hermosa y joven ñusta mujer de linaje real. Ella llegó a

170 Guacrapáucar: 1558, f. 4r.

El Ushno de Jauja, casa tal como todavía quedaba en la segunda mitad del siglo XIX. Era un edificio piramidal levantado en la plaza mayor, con fines ceremoniales y políticos. Desde allí las autoridades presenciaban las ceremonias civiles y guerreras, y desde allí se pregonaban las leyes.

Jatunsausa en un anda, para convertirse en la mujer principal del guerrero victorioso. Quizo también recibió unas andas regaladas y enviadas por Manco, para que en ellas anduviera con toda la majestad y autoridad que merecía su hazaña. Asimismo, recibió una orden decidida y decisiva: atacar Lima, matar a los españoles y apresar a Pizarro, a quien debía remitirlo ante el mismo Manco Inca.

Con sus grandes regalos, con su ñusta y sus andas, Quizo las pasó divinamente en Jatunsausa. Pues, de conformidad con los patrones culturales del mundo andino, no cabían mejores premios para un guerrero victorioso. Un mes se pasó holgando en Jatunsausa, durante los cuales obligó a los huancas de las tres sayas y también a los mitmas yauyos a enrolarse en su ejército. Con ellos salió un buen día, rumbo a Vilcahuamán (171).

Parece que Guacrapáucar y otros curacas huancas escaparon a Lima a raíz de la masacre que Quizo Yupanqui ejecutó en la guarnición de Gaete. Mientra tanto en el Cuzco, el bando de Paulo Inca se aliaba con los españoles. Al ver menoscabado el Imperio, con el deseo de no perder sus privilegios señoriales ofreció su colaboración. En 1536 fue elegido Inca por Almagro, a su regreso de Chile, y lo enfrentó contra Manco, quien luchaba por la liberación en Vilcapampa (172).

SEGUNDA BATALLA DE USHNU

En Lima, Pizarro se enteró del desastre de Gaete y volvió a despachar a Jatunsausa al mismo pelotón de españoles al mando del capitán Godoy. Este llegó con sus treinta castellanos, y también con la misión de defender el valle y con ello las espaldas de los españoles de Lima. Debía cumplir su comisión a toda costa. Godoy parece que vino acompañado con Guacrapáucar.

La guarnición de Godoy permanecía en Jatunsausa siempre alerta a un ataque. Y éste se presentó muy pronto, a los treinta o cuarenta días después del arribo de Godoy. Quizo Yupanqui invadió el valle de Huancamayo, comandando otro gran ejército de guerreros cuzqueños. Ante la temible avalancha, Godoy y sus soldados pidieron ayuda al Apo Manco Surichaqui, quien acudió personalmente dirigiendo una compañía de setecientos treinticinco guerreros játunsausinos. Los españoles se parapetaron en el Ushnu,

171 Anónimo: 1539, pp. 51-52.— Guacrapáucar: 1560, ff. 4r-4v.— Murúa: 1616; I, pp. 204-206.

172 Guacrapáucar: 1560, f. 14v.

hermoso edificio de estilo incaico que estaba ubicado en la gran plaza de la llacta. Allí fueron atacados por los cuzqueños.

En el cruento choque, los cuzqueños hicieron nuevamente una verdadera carnicería en el campo hispano-huanca. Casi todos los castellanos fueron muertos. Apenas Godoy y algún otro pudieron escapar gracias a la ayuda de los jatunsausinos. De éstos, treintiséis cadáveres quedaron regados en el escenario de la batalla.

El vencedor, con tremenda ira porque los huancas se habían aliado con los conquistadores, saquearon todo lo que pudieron, capturaron grandes hatos de ganado y también sesenta mujeres, a quienes se las llevaron en calidad de prisioneras y de botín de guerra. Los quipucamayos del Apo Manco Surichaqui las anotaron como objetos saqueados. Saquearon cuatrocientas cincuentiún llamas, sesenta corderos, cincuentiocho trajes de cumpi, trescientas trece fanegas de maíz, doce fanegas de quinua, ciento diez de papas, setenticinco pares de ojotas, doscientas cincuentiocho ollas grandes y mil trescientos cuarentiséis chamelicos. Si a éstos agregamos la apreciable cantidad de productos alimenticios consumida por la guarnición de Godoy, sacamos como conclusión que los huancas de Jatunsausa fueron los más agraviados.

Quizo Yupanqui era un auqui u orejón tío de Manco, quien en nombre de su sobrino tenía el gobierno militar del centro del Perú. Era hijo de Túpac Yupanqui (173).

EL SITIO DE LIMA

Después del desastre de Godoy y del saqueo de Jatunsausa, Quizo Yupanqui se encaminó a Lima. Pero allá estaban en defensa del marqués ciento noventitrés jatunsausinos comandados por Paulo Luna, un noble de esta saya. Quizo Yupanqui llevaba preso a Guacrapáucar y a trescientos ochentitrés lurinhuancas para el asedio; pero en Lima se le escaparon y se fueron a defender a Pizarro (174).

Quizo atacó Lima con doce capitanes y mil cuzqueños. En la batalla de Ate o Late, el caudillo cuzqueño fue derrotado a lanzadas por el capitán Luis de Avalos de Ayala (175). Durante

173 Cusichaca: 1561, ff. 44v, 58r, 64v, 65r.— Tito Cusi Yupanqui: 1570, p. 62.

174 Cuacrapáucar: 1558, f. 4r.— Cusichaca: 1561, f. 12v.

175 Guamán Poma: 1615, f. 292.

el sitio, los ciento noventitrés jatunsausinos comandados por Paulo Luna y los trescientos ochentitrés lurinhuancas capitaneados por Guacrapáucar ayudaron a Pizarro a descercar la ciudad. En ningún instante desampararon al márqués durante el asedio. En general, los huancas de las tres sayas o parcialidades en aquellos meses, sirvieron tan leal y cumplidamente como en las oportunidades anteriores. Inclusive, en varias ocasiones salieron a pelear al campo de batalla contra los cuzqueños que atacaban Lima. Sobre todo, tuvieron una actuación descollante en la batalla de San Cristóbal. Cuando el sitio terminó y los cuzqueños se replegaron a sus bastiones de Vilcapampa, los jatunsausinos contaron sus pérdidas humanas; habían muerto once de Jatunsausa y dos de Lurinhuanca solamente. Paulo Luna era uno de los tíos de don Francisco Cusichaca. Fuera de los ciento noventitrés jatunsausinos y de los trescientos ochentitrés lurinhuancas, no sabemos el número de los auxiliares de Ananhuanca (176). La ayuda de Guacrapáucar fue tan decisiva que, acabado el asedio, el mismo Pizarro se encargó de honrar al viejo curaca de Lurinhuanca: le agradeció por su colaboración, incluso le llamó "buen indio" por el gran servicio que le había hecho en la defensa de la ciudad de Lima y en arrojar a Quizo Yupanqui (177).

Como ya hemos dicho, se ha perdido la *Información* de Ananhuanca. Pero en la defensa de Lima estamos seguros que se halló también el Apo Alaya Chuquillanqui, curaca principal de esta saya. Seguramente que estaría a la cabeza de un gran ejército de ananhuancas. Así por ejemplo, Beatriz de Saucedo, una española que llegó al Perú con Francisco Pizarro, dice que no fue una saya, sino toda la nación huanca la que ayudó en la defensa de Lima (178).

Pero no sólo fue en Lima donde los españoles se vieron rodeados de centenares de aliados y de auxiliares procedentes de diversos grupos étnicos para defenderlos del ataque de Quizo Yupanqui. En el Cuzco, Hernando Pizarro también gozaba de la misma suerte. Allá eran principalmente los mitmas chachas, cañares y gran número de auquis contrarios a Manco. En resumen, durante el sitio del Cuzco llegó un momento que sólo setenta jinetes y algunos peones se vieron auxiliados por treinta mil "*indios amigos*" ¡Cifra verdaderamente asombrosa! Los más dis-

176 Cusichaca: 1561, Cf. No 11 de los Capítulos del Memorial y los ff. 58r, 59v. 65r.

177 Guacrapáucar: 1560, ff. 4r, 4v, 14v, 29v.

178 Cusichaca: 1561, ff. 29v. 72r.

tinguidos de aquel inmenso mar humano eran —repetimos— los chachas y los cañares. Con ellos fueron venciendo e introduciéndose hasta *Ollantaitampo*. No debe alarmarnos absolutamente nada la afirmación del Anónimo de 1548 respecto a los treinta mil auxiliares indígenas que tenían los españoles del Cuzco en 1536, porque en 1539 aún quedaban más de veinte mil aliados de esta calidad —entre auxiliares, esclavos negros y yanaconas— solamente en el Cuzco. Miles de ellos acompañaron al capitán Pedro Anzures en una entrada que hizo al Antisuyo. Casi todos murieron allá (179).

Fue en 1535, cuando en Lima se fundían gran cantidad de ricos metales y cuando Francisco Pizarro se preparaba para visitar las ciudades de Piura y de Trujillo, que le llegaron noticias sobre Quizo Yupanqui. Este, después de su derrota en Ate, había ascendido a la sierra y estaba atacando a los huancas, a los taramas y los chinchaycochas. En las tres provincias había hecho gran estrago; pero los daños causados en Tarama eran vehementemente denunciados por su encomendero Alonso Riquelme. Pizarro, presionado por los pedidos del tesorero despachó a una compañía de jinetes al mando de Cervantes. Pero Ticzoc o Quizo Yupanqui antes de ser asaltado por los españoles, pudo escaparse en dirección a Pumpo, donde murió a consecuencia de las heridas recibidas en Ate. Le sucedieron en el mando Yllac Túpac y Puyo Vilca. Estos se replegaron nuevamente a Jatunsausa con el poco ejército que les quedaba. Desde aquí comunicaron a Manco los desgraciados sucesos. Ambos capitanes, situados en Jatunsausa, recibieron la orden de tomar los caminos que comunicaban con Lima. Manco quería, de ese modo, evitar el avance de Pizarro a la sierra, especialmente al Cuzco, donde podía juntarse con sus hermanos (180).

EXPEDICION DE ALONSO DE ALVARADO

En la *Información* de Cusichaca, en el punto referente a la expedición de Alonso de Alvarado a Jatunsausa y al Cuzco, en 1537, hay datos confusos. Las referencias están mezcladas, no sabemos si porque la memoria les fallaba o porque el intérprete traducía mal. Para entenderlo es necesario analizar al Anónimo

179 Almagro el Mozo: 1540, p. 440.— Anónimo: 1548, t. II. 396.— Guacrapáucar: 1560, f. 29v.

180 Herrera: 1615. Déc. V. Lib. VII Cap. III.— Murúa 1616; I, p. 207.

de 1539, a Zárate (1552), y a Garcilaso (1616). Cusichaca habla en su *Información* de la batalla de Cochacajas entre Alvarado y Almagro el Viejo, pero ella no es otra que la batalla de Abancay. En cambio, no dice casi nada de la batalla de Huarichaca, de la cual sí hablan los cronistas anteriormente citados.

Destruido el cerco de Lima, más de la mitad de los aliados huancas regresaron a la sierra, huyendo del clima cálido que tanto mal les hacía y también de los españoles que tanto trabajo les causaban en la servidumbre. Asimisno se vieron obligados a retornar a la sierra porque empezaba la época de las cosechas. Salidos ya de Lima los auxiliares a sus respectivas tierras de la cordillera, Pizarro determinó enviar un ejército en auxilio de los españoles sitiados en el Cuzco. Era una cosa muy urgente para restablecer las comunicaciones de ida y vuelta, porque hasta ese entonces las avanzadas cuzqueñas habían capturado y asesinado a todo chasqui que caminaba por esa ruta. Unos cuatrocientos soldados, entre peones y jinetes, fueron los señalados para salir bajo el mando del burgalés Pedro de Lerma, quien muy pronto fue reemplazado por el capitán Alonso de Alvarado, el conquistador de los chachapoyanos. El nombramiento lo despachó el secretario Antonio Picado.

Justamente, Picado consiguió el puesto a Alvarado a cambio de una promesa : no salir de Jatunsausa sin antes dejar bien pacificada y asegurada esta zona para evitar menoscabos en agravio de los huancas, quienes proporcionaban muy buenos tributos a sus encomenderos. ¡Es que Picado era, por entonces, el encomendero de Jatunsausa! ¡Mala estrategia la de ambos sujetos! Nada lograrían con tener resguardados a los huancas, si la cabeza del movimiento, Manco Inca, continuaba viva (181).

El 8 de noviembre de 1536 salió de Lima el capitán Alonso de Alvarado. Partió con cuatrocientos hombres bien armados, de los cuales doscientos cuarenta eran diestros en la guerra. Los demás eran jinetes y peones un poco bisoños. El 10 de noviembre, y cuando estaban a cinco leguas de Lima, tuvieron un choque bélico con los cuzqueños. La batalla fue recia; y al final de ella se dieron cuenta que habían capturado a cien prisioneros entre hombres y mujeres, y habían muerto a treinta. A los prisioneros les aplicaron diversas penas: a unos les cortaron los brazos

181 Pizarro: 1571, p. 127.— Herrera: 1615. Déc. V. Lib. VII, Cap. VIII.

y a otros las narices. A las mujeres les mutilaron lo pezones de sus pechos. Asi, en esa forma los devolvieron al campo del ejército cuzqueño. Con eso les querían significar que la misma suerte habían de correr los que persistían en el ataque a los españoles. En aquella batalla, Alvarado combatió asistido por un escuadrón de aliados huancas, quienes estaban al mando de dos curacas. Los huancas, en el combate, se ensañaron contra los orejones del Cuzco. A todo cuzqueño que pudieron capturar lo quemaron vivo en el mismo teatro de la batalla (182). Alvarado, en aquella ocasión también traía consigo a muchos negros; y en el escuadrón de auxiliares huancas había ciento ochenta jatunsausinos (183).

El 15 de noviembre de 1536, Alvarado tuvo otro encuentro bélico en el paso de Los Olleros. Allì muriron mil orejones del Cuzco, de quienes los huancas tomaron mucho de los despojos. Después de la victoria continuaron su marcha a Jatunsausa, a donde llegaron sin que nadie les impidiese la entrada, porque una pequeña guarnición cuzqueña que estaba aquí, huyó ante la presencia de los españoles. Lo único que hicieron contra Alvarado fue quemar el puente colgante de Huaripampa para evitar el cruce fácil de las tropas castellanas (184).

En Jatunsausa, Alvarado tuvo nuevas mucho más amplias del alzamiento general de los cuzqueños, quienes también habían atacado y tomado los caminos accesibles al Cuzco, al extremo de que Pizarro no podía tener noticias del propio Alvarado, y viceversa. Alvarado entró a Jatunsausa en la primera semana del mes de diciembre de 1536. Acampó en la llacta, y a los pocos días comenzó a hacer entradas bélicas en varias direcciones, para asaltar y derrotar algunos puntos donde se habían fortificado los cuzqueños. Después regresaba a Jatunsausa para esperar mensajes de Pizarro, con órdenes de lo que tendría que hacer (185).

Alvarado, en 1537, permaneció cuatro o cinco meses en Jatunsausa. Tenía que cumplir la promesa hecha a Picado; pero, para poderlo hacer, tuvo que sacar el pretexto de estar esperando más refuerzos militares que Pizarro debía enviarle desde Lima. Los esperaba, desde luego, con ansia, manifestó una vez, para po-

182 Anónimo: 1539, p. 272.
183 Cusichaca: 1561. No 12 de los Capítulos del Memorial y los ff. 12v, 59v.
184 Anónimo: 1539, pp. 58, 272.
185 Ibid. p. 58.— Fernández de Oviedo: 1557; V, p. 166.

nerse en marcha en dirección al Cuzco en auxilio de sus compañeros sitiados por Manco Inca. Alvarado no quería ir al Cuzco sino reforzado con un gran ejército. Sus sospechas sobre el exterminio de los españoles en la capital del arruinado imperio le obligaban a pensar en esa forma. Así transcurrieron los días y muchas semanas, durante los cuales no dejaba de escribir a Lima, enviando sus cartas con chasquis huancas; los cuales a veces llegaban a su destino sólo después de barajar todo lo posible los caminos, controlados por muchos corredores del ejército cuzqueño. Estos, no permitían el paso de los chasquis huancas ni de españoles de una parte a la otra.

Más, como Alvarado había recibido la orden de no salir de Jatunsausa sin previo aviso de Pizarro, estuvo en un gran dilema. Dilema porque su promesa a Picado ya no le atraía y porque se imaginaba que las cartas de Pizarro, comunicándole órdenes, habían caído en poder de algún espía o corredor cuzqueño. También porque muchos soldados de su Cuerpo —quienes eran amigos de Hernando Pizarro— le instaban para que fueran muy de prisa al Cuzco. Le querían persuadir para que llegaran a aquella ciudad a tiempo, para poder salvar a los españoles sitiados en ella. Querían ir para evitar la masacre de todos sus compatriotas. Querían marchar de prisa sin esperar órdenes de Pizarro al respecto. Inclusive le hicieron un requerimiento para partir con la prontitud del caso en defensa de los españoles del Cuzco. Pero la respuesta de Alvarado fue una rotunda negativa y un furioso enojo. Calificó de escandalosa la actitud de sus soldados. A Pedro de Lerma —con quien se veía un poco mal— lo hizo apresar. La misma actitud tomó con otros complicados en el requerimiento. A Lerma le quiso instaurar un proceso criminal, cuyo expediente pensaba enviarlo a Lima. Sin embargo, todo quedó en intenciones, porque Lerma le dio las satisfacciones necesarias y se retractó. Al fin se disculpó, alegando haber cometido ese delito arrastrado por la gran amistad que lo unía a Hernando, y también por sus buenos propósitos para salvar a los del Cuzco (186).

La verdad es que Alvarado vino a Jatunsausa, y aquí estuvo cuatro o cinco meses. Con su dilación dio motivo para que Almagro el Viejo entrara primero al Cuzco, y se lanzara después al ataque del mismo Alvarado, hasta derrotarlo y apresarlo en Abancay. Por eso la conducta del conquistador de los Chachapoyas fue

186 Anónimo: 1539, pp. 55, 272.

duramente criticada por Hernado Pizarro, ya que nada conseguía con espantar a los capitanes subalternos del inca. La estrategia aconsejaba perseguir al inca mismo. Por este motivo, a Alonso de Alvarado también se le acusó de haber sido el causante de la larga duración del sitio del Cuzco, porque no llegó a ella prontamente con sus soldados.

BATALLA DE AYAVIRI

Después del asedio de Lima, parte del ejército cuzqueño se replegó en las provincias de Huarochirí y de Yauyos. Se posesionaron de las principales vías de tránsito para no dejar pasar a ningún cristiano de Lima al Cuzco. Así lo hicieron, porque la experiencia les había dado muy buena lección con las expediciones de Gaete, Pedro de Tapia, Diego Pizarro y Mogrovejo de Quiñones.

Por eso la primera expedión guerrera de Alonso de Alvarado, desde la llacta de Jatunsausa fue dirigida a la provincia de Los Yauyos. Fue con el fin de derrotar al ejército de cuzqueños que se afanaban en tener capturados los caminos. Alvarado hizo la campaña solicitando el auxilio de los huancas. De los jatunsausinos, por disposición del Apo Manco Surichaqui, salieron doscientos sesentiséis guerreros al mando de don Cristóbal Canchaya. De los lurinhuancas fueron ochocientos veintiséis, y de los Ananhuanca otro número casi igual.

El ejército hispano-huanca chocó con los cuzqueños en el lugar llamado Ayavire, en cuya batalla ganaron los aliados. El ejército cuzqueño en Ayavire estaba comandado por el auqui Arimpunco. Las bajas que sufrieron los jatunsausinos fueron apenas de once muertos. En la batalla actuó el joven Baltasar Canchaya, jatunsausino de quince años de edad, quien declararía más tarde sobre este punto. El mismo don Jerónimo Guacrapáucar también colaboró y actuó en esta campaña (187).

Ayavire, lugar ubicado entre Omas y el pueblo de Yauyos —del cual dista siete kilómetros— en un sitio muy frío en las faldas muy extendidas de un pequeño cerro (188).

Seguidamente de la derrota de Arimpunco, Alvarado envió otra expedición al sur, al río Ancoyaco, lugar que quedaba en la parte meridional del Curacazgo de Los Ancaraes. Como capitán de

187 Guacrapáucar: 1558, f. 4r.— Guacrapáucar: 1560, ff. 4v, 5r, 22v, 23r.— Cusichaca: 1561, ff. 13r, 13v. 14r, 59v. 60r

188 Stiglich: 1922, p. 131.

ella iba Garcilaso de la Vega, quien salió acompañado de un nutrido grupo de auxiliares lurinhuancas. Parece que también fue Guacrapáucar. Tanto en estas batallas como en otras que tuvo Alonso de Alvarado en las diversas campañas que hizo desde Jatunsausa, puso un especial cuidado en capturar cuzqueños, para hacerlos declarar sobre la situación en que estaban los españoles del Cuzco. Para ello los hacía atormentar cruelmente. Los infelices cuzqueños, frente al dolor inmenso producido por los hierros candentes y por los apretones con duras cuerdas, declaraban hasta lo que no sabían. Unos decían que el Cuzco estaba ya perdido, otros manifestaban que los españoles sitiados en ella estaban aún vivos; otros, que habían escapado a unos llanos; y, por fin, hubo quienes declararon que allá estaban defendiéndose como leones. En resumen, Alvarado no supo qué hacer ni a quién creer (189).

Un mes se demoró en la Campaña de Yauyos, no por las dificultades bélicas de ella, sino porque quiso quedarse por allí. Desde Ayavire escribió a Pizarro, dándole a saber sus preocupaciones y pesadumbres.

Pero el tiempo transcurría, y con él aumentaba la intranquilidad en la guarnición de Alvarado. No sabían qué hacer, sin órdenes de Lima y con la gran angustia de lo que hubiera podido sucederles a los españoles del cuzco. Alvarado entonces, meditó marchar a Lima con algunos jinetes y peones; no pensaba llegar hasta la misma capital, sino quedarse a una distancia prudencial.

Pero Pizarro recibió sus cartas y lo atendió en todo. Decidió enviarle como refuerzo un pelotón de sesenta hombres de a caballo y de ciento cuarenta peones, al mando de Gómez de Tordoya. Todos eran soldados nuevos en el Perú, recién venidos de Castilla y de México. Alvarado, al conocer la resolución del marqués, avanzó hasta el pueblo de Huarochirí, para allí esperarlos y proporcionarles una segura defensa. Lo que quería, en realidad, era tomar un mal paso para evitar que fueran atacados por los cuzqueños, quienes tenían por allí una guarnición al mando de un orejón inca, para cortar los auxilios de Lima al Cuzco. Y la medida surtió efecto, porque los cuzqueños, al verse en medio de dos ejércitos españoles, el uno que venía del este y el otro del oeste, optaron por retirarse. Tordoya, por lo tanto, pudo caminar sin peligro en todo su trayecto. Se encontró con Alvarado y juntos continuaron su marcha a Jatunsausa. Con ellos, Alvarado llegó a tener setecientos soldados. Según el Anónimo de 1539, gracias

189 Anónimo: 1539, p. 59.— Guacrapáucar: 1560, f. 5r.

a la llegada de Tordoya, Alvarado pudo enterarse de las preocupaciones de Pizarro, quien hubiera venido a Jatunsausa con aquel refuerzo, sino habría sido por la oposición del Cabildo de Lima. Pero el gobernador le había enviado una orden: marchar inmediatamente al Cuzco en auxilio de Hernando y su gente (190).

EXPEDICION A TARAMA Y A CHINCHAYCOCHA

Cuando Garcilaso de la Vega todavía incursionaba en el río Ancoyaco, en Los Ancaraes, Alvarado organizó otra expedición al norte. El capitán español que la comandó fue Diego de Los Ríos, el Tuerto, quien salió llevando un nutrido número de auxiliares de Lurinhuanca , Ananhuanca y Jatunsausa, como cargueros y guerreros. Aquella segunda campaña ordenada por Alvarado fue hacia los curacazgos de Tarama y de Chinchaycocha, para atacar otra avanzada cuzqueña que maniobraba por esos lugares, seguramente con el objeto de dar por las espaldas a los españoles acantonados en el Huancamayo. Pero también fueron derrotados los cuzqueños esta vez, debido a que De Los Ríos fue con los mismos doscientos sesentiséis veteranos huancas, cebados ya en Ayavire.

Para esta campaña, aparte de los doscientos sesentiséis auxiliares dados de Jatunsausa, Lurinhuanca proporcionó dos escuadrones: uno de ochocientos dieciséis guerreros, dirigidos por el capitán Guacrapáucar; el otro de cuatrocientos trece. En total, mil doscientos veintinueve lirinhuancas. El que comandaba a los jatunsausinos era el Apo Manco Surichaqui, padre de don Francisco Cusichaca.

Igual que en la campaña de Yauyos, también en ésta segunda, el comportamiento de los huancas fue de lo más brillante. Regresaron triunfantes a Jatunsausa, porque habían logrado su objetivo: pacificar dos provincias.

En Tarama y Pumpo también volvió a encontrarse el joven Baltazar Canchaya, el mismo que declararía en 1561, sobre esta expedición. Justo, Canchaya dice que en Tarama y en Pumpo, "los indios de aquella [s] provincia [s]. . . estaban alzados e no querían seruir". O sea que los cuzqueños habían hallado apoyo en esas tierras (191).

190 Anónimo: 1539, pp. 79-81.
191 Guacrapáucar: 1558, f. 4r.- Guacrapáucar: 1560, f. 4r.- Cusichaca: 1561, ff. 3r, 45v.

BATALLA DE YURACMAYO Y DE COMAS

Los cuzqueños derrotados en Chinchaycocha y en Tarama se replegaron a Comas, pueblo perteneciente a la saya de Jatunsausa. Desde allí emergían para asaltar sorpresivamente a los huancas ubicado en la Ceja de la Selva. Por su lado, rebelado ya Manco Inca en Vitcos, no hacía más que lamentar la pérdida de sus dominios. Sin embargo, al tener noticia de que el ejército de Alvarado continuaba en el Jatunmayo, decidió acometerlo. Estratégicamente, pensaba que un ataque dirigido desde la selva alta le resultaría mejor que los hechos por los puntos anteriores de la sierra y de la costa. Con tal finalidad despachó a dos capitanes suyos: Páucar Huamán y Yuncallo, a la cabeza de un gran ejército. Traían la misión de tomar los pasos más difíciles de los caminos por donde iban los españoles.

Alvarado, informado de todo gracias a sus espías huancas, se propuso arrojarlos de esa posición. Envió dos ejércitos: uno de ciento setenta españoles y otro de cerca o más de dos mil huancas, entre los cuales solamente el escuadrón de Jatunsausa tenía doscientos sesentiséis guerreros capitaneados por don Francisco Cusichaca. Lurinhuanca dio ochocientos veintiséis hombres, entre soldados y cargueros. No sabemos el número de los guerreros de Ananhuanca (192).

Como vemos, para repeler las incursiones cuzqueñas, Alvarado no tenía más salida que apelar a sus aliados huancas. Precisamente, fue en esa oportunidad cuando Alvarado se dirigió a Guacrapáucar y en forma muy particular le pidió juntarse a sus valerosos guerreros lurinhuancas, para marchar en dirección a Los Antis. Incluso, él mismo fue capitaneando a sus soldados.

El encuentro bélico fue en Yuracmayo, un paso dificultoso cerca de Comas, en las selvas orientales del antiguo reino huanca. Aquel día, los españoles estaban cansados, después de tanto caminar por senderos pantanosos y tortuosos de la selva alta. En cambio los cuzqueños estaban descansados, con abundancia de alimentos y llenos de ilusión por pelear bien.

Allí chocaron y se trabaron en una porfiada y heroica batalla. Pero los cuzqueños arremetieron tan valiente y decididamente que los españoles y los huancas fueron completamente derrotados. Casi todos los castellanos y los huancas fueron muertos. Los aliados jus-

192 Guacrapáucar: 1558, f. 4r.— Cusichaca: 1561, ff. 3r, 13r.

tificaron su derrota, alegando que a Yuracmayo habían llegado cansados de tanto transitar por rutas tan fragosas, por donde también se les acabaron las provisiones y se les mojó la pólvora con las muchas lluvias de la selva alta. Jadeantes, hambrientos y sin municiones, tuvieron que ser vencidos y perseguidos como cobardes. Sólo dieciocho españoles, aunque si muchos huancas, se salvaron refugiados en un cerrillo no muy lejos del campo de batalla e inmediato al pueblo de Comas.

En el combate, los vencedores fueron los cuzqueños, quienes obtuvieron la victoria con gran facilidad. Ningún cuzqueño pudo ser muerto; y mientras los aliados se batían en retirada, Páucar Huamán recogía los despojos de la victoria con el deseo de enviarlos a Vitcos, como señal de su triunfo (193).

A los cuzqueños, después de la victoria de Yuracmayo, se les acrecentó el complejo de superioridad bélica. Despacharon un chasqui a Manco Inca, haciéndole saber el triunfo y manifestándole sus vivas intenciones de avanzar sobre Jatunsausa y luego sobre Lima, para apresar a Pizarro y llevarlo a Vilcapampa.

Tan decididos estaban en su propósito que el ejército cuzqueño avanzó algunas jornadas fuera de la selva, en dirección a Jatunsausa. Hasta que una noche llegaron al cerrillo de Comas donde se habían refugiado los aliados sobrevivientes de la batalla de Yuracmayo. Los cuzqueños, animados por su triunfo pasado, embistieron con el brío propio de los guerreros del Cuzco; pero los españoles y los huancas, al verse acorralados por un gran ejército, pudieron reanimarse de su fracaso y emergieron con gran ánimo para defenderse. Sacaron todo el esfuerzo que les quedaba para salir del trance tan difícil que ponía en peligro sus vidas. Rompieron sobre los cuzqueños, logrando matar a muchos con sus picas y lanzas. Los huancas también hicieron lo mismo y con tan buen acierto y esfuerzo que consiguieron matar al capitán Yuncallo.

Ante la muerte de aquel valeroso y estimado héroe de la resistencia, el ejército cuzqueño se batió en retirada. La victoria esta vez sonreía, pues, a los españoles y a los huancas.

La muerte de Yuncallo fue tan sentida como la de Quizo Yupanqui, por haber sido uno de los guerreros más famosos de su tiempo. Al enterarse Manco del desastre y de la muerte de uno de sus más queridos capitanes, mandó hacerle grandes honras fúne-

193 Guacrapáucar: 1558, f. 4r.— Murúa 1616; I, p. 219.

bres, incluso con derramamiento de muchas lágrimas por lloronas profesionales, lo que era un enorme honor, dispensado solamente a incas y a célebres héroes imperiales.

Luego de la batalla de Comas, Guacrapáucar incursionó hasta Andamarca, persiguiendo a los cuzqueños. Marchó con algunos centenares de guerreros, y fue en esa ocasión cuando logró matar a otro capitán: Yami Yupanqui. Según Guacrapáucar, los lurinhuancas también capturaron, al capitán Páucar Poma y a otros cuzqueños, a los cuales trajeron prisioneros para presentarlos ante Alvarado (194).

El acontecimiento fue terrible para los auquis del Cuzco. Manco Inca quedó triste y confuso . La derrota de Comas, le enseñó a ser un poco más cauto. Se propuso no atacar más a los españoles, sino cuando éstos fueran a buscarlo. Pero su cambio de táctica le duró muy poco, porque pronto sus soldados volvieron a invadir los caminos de la sierra. Cuadrillas de ellos salían por Rimactampu y Antahuaila.

Yuracmayo quedó cerca de Comas, y Comas queda a veinticuatro leguas de Jatúnsausa, en plena región de los bosques. Fue el último pueblo de Jatunsausa hacia el Oriente, donde sus habitantes se dedicaban a sembrar coca solamente. Pocas leguas hacia el este, se hallaban los dominios de los campas o antirrunas. Comas sigue existiendo en el mismo lugar que en la época del reino huanca y del Imperio Inca. Está en una extendida loma, que es el término de varias quebradas por cuyos cauces corren riachuelos que después forman el río Comas. Es un pueblo de neblina eterna, pero de temperatura soportable. Unicamente produce frutos de clima tropical. Yuracmayo, en cambio, como lugar enclavado en la jurisdicción de Comas, no figura en ningún Diccionario Geográfico del Perú. No obstante, el río Comas, en la parte baja, se le llama Tulumayo. ¿Yuracmayo y Tulumayo, no serían la misma cosa? (195).

El Camino del Cuzco a Jatunsausa, a través de Los Antis es de los más ásperos y dificultosos del Perú. Para cubrir su distancia se necesitaban cuatro meses de tiempo. A caballo era imposible cruzarlo. Los ríos, los pantanos y sobre todo la espesa jungla hasta impide verse el uno al otro a un metro de distancia (196).

194 Guacrapáucar: 1558, f. 4r. Guacrapáucar: 1560, f. 4r.
195 Stiglich: 1918, pp. 119-120.— Stiglich: 1922, p. 272.
196 Calvete de Estrella: 1567, V, p. 10.— Cobo: 1653; 2, p. 101.

LA IDA DE ALVARADO

Alvarado decidió marchar al sur cuando don Francisco Cusichaca y don Jerónimo Guacrapáucar regresaron después de las batallas de Yuracmayo y de Comas. En Jatunsausa el conquistador de los chachapoyanos hizo formar toda su gente. Sólo una dificultad se le presentó entonces: la falta de un suficiente número de cargueros para el transporte de los bastimentos. Parece que los huancas no querían, en esa ocasión, prestarse para tan rudo trabajo. Muchos soldados fueron de opinión para realizar una *Entrada*, con el objeto de capturar indígenas, quienes debían conducir las cargas. Pero hubo otros que pensaban lo contrario. Estos querían marchar al Cuzco tal como Dios lo estaba disponiendo, es decir, ¡sin auxiliares ni cargueros!

Después de mucha discusión, triunfó el primer parecer. En tal sentido acordaron que un pelotón de soldados de la Caballería recorriera la provincia apresando a los huancas. Todo un mes se tardaron en aquella labor inhumana, pero necesaria en esos momentos. Los huancas así cogidos, traídos y concentrados en Jatunsausa, eran amarrados y encerrados para que no escaparan. ¿Por qué esta vez no hubo voluntarios? Por qué los huancas no quisieron servir de cargueros a Alonso de Alvarado? En realidad, no sabemos lo que pudo pasar.

En fin, conseguido el número de auxiliares requeridos, se propusieron marchar al Cuzco. Antes hicieron un alarde militar, y en él halló Alvarado doscientos jinetes y a trescientos peones que tenían picas, ballestas y arcabuses. Seguidamente se pusieron en camino, por la ruta a Vilcas. Alonso de Alvarado iba como capitán general. Llevaba más de tres mil auxiliares. Solamente de la saya de Jatunsausa sacaron quinientos treintidós cargueros y guerreros, quienes salieron bajo el mando del Apo Manco Surichaqui. A todos ellos los hizo atar y encadenar , para que no escaparan durante la marcha (197).

Alonso de Alvarado se portó, pues, en forma muy cruel con sus auxiliares huancas. A éstos, en realidad, los esclavizó, porque antes de salir del valle de Jatunsausa los mandó herrar a todos, a los tres mil, y también a muchísimas mujeres y niños. ¿Por qué cometería crueldad tan espantable? Cuando Almagro el Viejo lo

197 Anónimo: 1539, p. 81.— Cusichaca: 1561, ff. 3r-3v, 13v, 6r, 73r.

apresó, le requirió para que no destruyera la tierra y para que no convirtiera en esclavos a los indígenas (198).

Este acontecimiento advierte, una vez más, que quienes decidieron la alianza y colaboracionismo fueron los curacas y no los jatunrunas. A éstos, para que concurrieran, como acabamos de ver, les obligaban hasta cruelmente. Los jatunrunas sólo cumplían las órdenes de sus señores, los despóticos curacas huancas, a los cuales, a lo que parece, les temían.

LOS ROBOS DE LA SOLDADESCA DE ALVARADO

La guarnición española de Alvarado, compuesta de más de quinientos soldados, estuvo en Jatunsausa cuatro o más de cinco meses. En todo ese tiempo, las tres parcialidades le proveyeron de ganado para carne, de maíz, de papa, etc. Le dieron tanto durante su estancia como para el viaje a Jatunsausa al Cuzco. Por entonces, el curaca-principal de Jatunsausa seguía siendo el Apo Manco Surichaqui; el de Lurinhuanca, el Apo Manco Guacrapáucar; y el de Ananhuanca, Apo Alaya Chuquillanqui. Ellos fueron justamente quienes les proveyeron de comidas y criados mientras estuvieron acantonados en sus territorios y también cuando emprendieron su ruta al sur. Les sirvieron en todo estupendamente. Les proporcionaron gran cantidad de llamas, sirvientes, papas, maíz, etc. En 1537 los huancas también comenzaron a dar sal blanca a los españoles. A Alvarado, precisamente le dieron ciento veinte libras. Es necesario recalcar que en este auxilio, los aliados se veían verdaderamente agraviados, porque en sus territorios no había minas de sal. Ella era necesario traerla de Tarama, de Chinchaycocha y Ancaraes, en donde la adquirían a cambio de maíz.

Sin embargo, los desagradecidos soldados españoles, no contentos con esto, incursionaron por sus colcas y hatos de llamas, *rancheándoles* mucha ropa, comidas y ganados. Fuera de lo bien que fueron atendidos con abundancia de víveres, vestidos, lana, paja y hierba, la soldadesca robó ciento veintiocho trajes de cumpi; noventitrés pares de alpargatas; doscientos veintiún pares de ojotas de cabuya; ciento veintiocho ollas y cántaros; mil ciento cuarentiséis chamelicos y porongos, etc. (199).

198 Fernández de Oviedo: 1557; V, p. 168.
199 Guacrapáucar: 1558, ff. 4v, 5v.— Cusichaca: 1561, ff. 3r, 13v, 16r, 17r, 45r.

Sobre el rancheamiento de los soldados de Alonso de Alvarado, Francisco de Illescas ha dejado este dato:

> *vido este testigo que algunas veces salían algunos de los soldados del dicho Alonso de Alvarado a buscar ovejas fuera del dicho Valle e a causa saue este testigo que no podían dejar los dichos soldados de traer ganado de los dichos indios de Xauxa* (200).

El testigo Cansino, tampoco oculta el robo:

> *que le parece e tiene por cierto a este testigo que la gente que con el dicho mariscal iba les ranchearían algunas cosas de las que les fueron tomadas, porque en aquel tiempo lo tenían por costumbre los soldados e gente de guerra* (201).

Es del mismo el siguiente párrafo:

> *saue que en aquel tiempo no se pagaba a los indios en este Reino ninguna cosa de lo que daban a los españoles y les era por ellos tomado (202).*

Por otro lado, diversos españoles se preocuparon en buscar tesoros en el Valle del Huancamayo. En 1537, Pizarro dio licencia a un Gonzalo Gumiel para que se dedicara a esa actividad. Gumiel, gracias a los informes que le dio una huanca que la tenía en el Cuzco, se enteró de un fabuloso tesoro que Quisquis había enterrado en Jatunsausa. Gumiel era, por entonces, criado de Pizarro y, por lo tanto, envalentonado frente a todos, inclusive contra las autoridades del Cuzco. Para trasladarse a Jatunsausa tuvo que escaparse de la cárcel, donde estaba preso y penado con diez mil pesos, no sólo por haber desacatado a las autoridades sino también por haber quemado a algunos indígenas. Gumiel logró rescatar del tesoro de Quisquis más de tres mil pesos, todo a escondidas de los oficiales reales, de manera que no pagó los quintos. Y lo peor fue que su favorecedora, la mujer huanca, desapareció como por encanto; no pudo ser hallada en ningún lugar para que declarara (203).

200 Cusichaca: 1561, f. 72r.
201 Ibid. f. 37v.
202 Loc. cit.
203 Almagro el Mozo: 1540, p. 353.

BATALLA DE HUARICHACA

Alonso de Alvarado marchaba al sur. Con sus soldados españoles y con sus aliados huancas llegó al puente de Huarichaca. Allí, un ejército de cuzqueños lo estaba esperando y lo atacaron. Querían aprovecharse de lo escabroso del paso, y por eso hicieron una "última prueba de su esfuerzo". El escuadrón estaba dirigido por los capitanes Páucar Huamán y Cusi Yupanqui. Fue recién en aquella oportunidad que Alvarado ordenó desencadenar a sus auxiliares huancas. Lo hacía con el objeto de que se hallaran libres para lanzarlos a la batalla. Y así fue efectivamente, porque los huancas de las tres sayas dejaron las cadenas y las sogas a un lado y se enfrentaron al ataque. Los patriotas cuzqueños tomaron los mejores pasos para detener el avance de los cristianos; pero éstos se adelantaron y enviaron a cuarenta o a cincuenta soldados auxiliados por "una gran banda de indios" huancas. Estos guiaron a los españoles para que tomaran los cerros que quedaban a espaldas de los cuzqueños. El objetivo era desviarles la atención por ese lado, hasta que el grueso del ejército cruzara el puente. Pero al momento de pasarlo, una multitud de patriotas cuzqueños cargaron sobre los españoles y sobre los huancas. Alvarado se lanzó contra ellos. Era la hora del cuarto del alba, es decir, en el amanecer. Los españoles vadearon el río y se posesionaron de la orilla opuesta. La batalla que se trabó fue heroica por ambos bandos: aliados y cuzqueños. Muchas horas duró el combate, pero los vencedores fueron los hispano-huancas, quienes con su arcabuses se batieron en mejores condiciones que sus opositores. En verdad, sino hubiera sido por la superioridad de las armas, quizá hubieran perdido los aliados, porque la fragosidad del terreno no permitía el desenvolvimiento de la caballería. El terreno más favorecía a los Cuzqueños que a los hispano-huancas, pero fueron los arcabuses los que decidieron la victoria. Los huancas se batieron valientemente. Los curacas Manco Surichaqui, Manco Guacrapáucar y el Apo Alaya Chuquillanqui dieron el ejemplo con la palabra y con la obra. Lo hicieron en forma tan heroica que ayudaron de la manera más eficaz para la derrota desastrosa de los orejones del Cuzco. La mortandad que hicieron en el ejército de los cuzqueños fue muy grande, e igual también fue el número de prisioneros. Estos fueron torturados para que declararan acerca de lo que estaba sucediendo en el Cuzco, pero las versiones que proporcionaron fueron dispares (204).

204 Garcilaso de la Vega: 1616; III, pp. 147-148.— Anónimo: 1539, p. 81.— Cusichaca: 1561, ff. 3v, 46r.

Al final, el campo de batalla quedó cubierto con centenares de cadáveres de patriotas cuzqueños. De los españoles sólo fallecieron veintiocho soldados. Los cronistas no dicen cuántos murieron de los aliados huancas. Gómara se limita a decir:

> *costaron esta batallas hartos españoles y muchos indios amigos que los servían y ayudaban* (205).

Pero según la *Información* de Cusichaca, de los jatunsausinos solamente cuatrocientos treintiuno continuaron en calidad de sobrevivientes. Murieron, pues, cientoún jatunsausinos. Más, no sabemos las bajas que sufrirían los lurinhuancas y los ananhuancas.

Después continuaron su ruta. Pero ¿siguieron los huancas encadenados? Parece que sí, porque Almagro para apresar y encarcelar a Alvarado en Abancay tomó como argumento también este hecho. En Huarichaca se halló al lado del Manco Surichaqui el joven Baltasar Canchaya, el mismo que en 1561 proporcionaría magníficas declaraciones sobre estos sucesos (206).

Sobre el nombre del lugar de la batalla hay más de una versión. El testigo Illescas dice que fue en Lumachaca, o sea Rumichaca. Alconchel afirma lo mismo. Pero nosotros damos más crédito a don Baltasar Canchaya y a don Francisco Cusichaca, mejores conocedores de la región. Ambos dicen que el encuentro de Alvarado con Páucar Huamán y Cusi Yupanqui fue en el *Gualichaca*, el cual no es otra cosa que Huarichaca (207).

En la batalla de Huarichaca, sostiene Guacrapáucar, que la peor parte de la contienda la soportaron los guerreros de Lurinhuanca. Estos, comandados por su curaca— principal pelearon valientemente en una cuesta que tiene legua y media de largo, en la cual habían —y aún puede verse ahora— quebradas, montículos y fortalezas. La batalla acabó un poco después del cuarto del alba, hora en la cual los cuzqueños huyeron completamente derrotados por la decisión de los huancas (208).

Victoriosos continuaron los cuatrocientos treintiún jatunsausinos y demás sobrevivientes huancas con sus aliados españoles. Cruzaron el río Parcos y llegaron al Curacazgo de Quinua. Allí nuevamente tuvieron noticia de que un ejército de cuzqueños merodeaba en pos de ellos. Más como la misión de Alvarado era pacificar toda la tierra desde Lima al Cuzco para restablecer las comu-

205 López de Gómara: 1552, Cap. XXXVIII.
206 Cusichaca. 1561, ff. 3r, 46r.
207 Ibid. ff. 13v, 14r, 60r, 73r.
208 Guacrapáucar: 1560, f. 5v.

nicaciones, despachó una pequeña tropa de caballería y otra de infantería al mando de Pedro Alvarez Holguín, para develarlos y vencerlos. Pero Alvarez volvió sin haber hecho ni lo uno ni lo otro, porque no pudo chocar con ellos. Sin embargo, Alvarado mandó quemar a un capitán orejón que llevaba preso, por considerarlo el factor de esos falsos rumores. Luego avanzaron y llegaron a Antahuaila, donde se enteró del regreso de Almagro al Cuzco, cuya ciudad había sido ya tomada y apresados los dos hermanos de Pizarro. Así y todo, avanzó por su camino, y arribó al tambo de Cochacajas (209).

BATALLA DE ABANCAY

Seguidamente del triunfo de Huarichaca, Alvarado y sus aliados huancas, hemos dicho ya, continuaron su avance hasta llegar al tambo de Cochacajas. Allí toparon con Diego de Almagro el Viejo, quien también traía consigo un gran escuadrón de auxiliares cuzqueños al mando del inca Paulo. En la batalla de Abancay, que se trabó entre ambos españoles, igualmente los huancas y cuzqueños tuvieron que pelear defendiendo a sus respectivos aliados. En tal sentido, Surichaqui, Guacrapáucar y Alaya Chuquillanqui se batieron contra Paulo y sus soldados. El resultado de la contienda fue un completo desastre para Alvarado y para sus aliados huancas, sobre todo para los jatunsausinos y para los lurinhuancas, porque fueron muertos seiscientos cuarentiún y sesentinueve respectivamente, y porque fueron apresados inmediatamente los cuatrocientos cuarentiún jatunsausinos y los novecientos setentidós lurinhuancas, los cuales fueron convertidos en yanaconas de los vencedores; y yanaconas perpetuos, no eventuales, sin esperanzas de liberación (210).

En Abancay, Alvarado fue preso y llevado al Cuzco. Igual suerte corrieron los curacas don Jerónimo Guacrapáucar y el Apo Manco Surichaqui. Todos los huancas que auxiliaron a Alvarado, como cargueros, sirvientes y guerreros, fueron convertidos en yanaconas después de la batalla. Inclusive trescientos lurinhuancas fueron apresados en el camino, cuando cumplían una misión de corredores o avanzada como espías para allanar los caminos y des-

209 Garcilaso de la Vega: 1616, III, pp. 177-178.- Herrera: 1615. Déc. VI. Lib. II. Cap. VI.

210 Guacrapáucar: 1560, f. 5v.— Cusichaca: 1561, ff. 3v. 60v, 73r.

cubrir a los enemigos. Por eso, cuando Guacrapáucar regresó a Jatunsausa lo hizo prácticamente solo (211).

Los huancas, pues fueron unos auxiliares con suerte desgraciada mientras sirvieron a don Alonso de Alvarado. Soportaron servidumbre y cargas económicas; fueron encadenados y convertidos en yanaconas. Caro, muy caro les estaba costando la alianza pactada por sus curacas.

Alvarado pudo soltarse de la prisión en la que Almagro lo tenía en el Cuzco. Y mientras este jefe bajaba a la Costa, en dirección a Nazca, Gonzalo Pizarro, el mismo Alvarado y dieciocho soldados más fueron a Huamanga. De aquí pasaron a Jatunsausa y de Jatunsausa a Lima, donde hallaron a Pizarro. Todo lo hicieron a marchas forzadas. Había pasado ya el tiempo, y el desastre y la masacre de Abancay —a lo cual los curacas huancas la llamaban de Cochacajas— fue olvidada. Por eso, cuando Alvarado pasó por el Huancamayo, los jatunsausinos y los curacas lo recibieron sin venganza, y volvieron a darle lo que necesitaba para su viaje a Lima: cuarentidós cargueros; cincuenta pares de alpargatas y otras de ojotas de cabuya. Para su comida le dieron veintidós fanegas de maíz y dos llamas. Los españoles llegaron solos, no retornaron con ninguno de los auxiliares que habían llevado. No trajeron consigo a Manco Surichaqui ni a ninguno de sus quinientos treintidós súbditos que salieron con él. Surichaqui no había podido fugar del Cuzco. Lo mismo sucedía con Guacrapáucar (212).

(En 1539, Alvarado otra vez emprendió una expedición a Chachapoyas. En su ruta llegó a Jatunsausa, y aquí recogió un gran socorro con autorización de Francisco Pizarro. Así lo asegura Herrera en el Cap. VI, Lib. VI de su Sexta Década).

De todas maneras y a pesar de todo, los huancas se habían convertido en los más mimados de Pizarro. La lealtad y la valentía de los habitantes del Valle de Jatunmayo, había emocionado mucho al marqués. Este no mostraba más confianza que sólo a ellos, mucho más que a los chachas y a los cañares, otros dos poderosos aliados suyos. Para cualquier empresa difícil los hacía llamar, aún de lugares lejanos, para que lo asesoraran como auxiliares. Tal situación se presentó, por ejemplo, cuando Pizarro decidió trasladarse a Mala para entrevistarse con Almagro. Para dicha jornada el marqués pidió ayuda al curaca de Jatunsausa. Y éste no sólo

211 Guacrapáucar: 1558, f. 4v.— Guacrapáucar: 1560, f, 5v.— Cusichaca: 1561, f. 14v.

212 Cusichaca: 1561, ff. 3v, 14r.— Pizarro: 1571, pp. 139-140.

determinó enviar a un grupo de hombres, sinó que él mismo fue a la cabeza de veintiocho guerreros y cargueros. El papel que desempeñaron, en Lima ya, fue el de criados, mensajeros y muchachos de mano. En todo ello se desempeñaron muy bien. Guacrapáucar, por su lado, fue con cuarenticinco lurinhuancas, de los cuales murieron cinco. No sabemos si iría el Apo Alaya Chuquillanqui. La segunda persona que comandó a los veintiocho jatunsausinos fue Yauri. Cusichaca afirma que ellos, en el "*Valle de Ica. . .pelearon hasta que desbarataron al dicho Almagro*". Pero este dato es discutible (213).

BATALLA DE HUANCAYO

Manco Inca derrotado en el Cuzco, se refugió en Vilcapampa. Allá se dio cuenta perfecta de que gran parte de su fracaso se debía a la alianza de los huancas con los españoles. Por lo tanto, se propuso castigar aquella actitud considerada por él como una traición. Para ello se aprovechó de la enemistad entre Pizarro y Almagro. Mientras éstos pelearan entre sí, él utilizaría el tiempo para atacar el Huancamayo. Con tal objeto alistó un ejército de seis mil guerreros cuzqueños, a quienes los puso bajo el mando del célebre capitán Llanqui Yupanqui. Todos ellos salieron de Vilcapampa en dirección a Viñaque, en el curacazgo de Quinua. De allí tomaron el camino de los incas en dirección al valle de Jatunmayo. Así fueron como pasaron por Acopampa, paucará, Parcos y llegaron al tambo de Acos, donde descansaron. Merecían, pues, un reposo después de marcha tan larga. Les era necesario recuperarse, porque de Acos debían lanzarse al valle de los huancas. La intención que traían era la de masacrar a la población entera, echar fuego a todas las casas y colcas del valle y, finalmente, talar todos los sembrados y bienes muebles e inmuebles de los llamados por él "*traidores*". Con esos deseos, tremendamente terribles, avanzaron rumbo al norte.

Efectivamente, invadieron el valle de los huancas, y a su paso por las quebradas y punas del sur mataban a los que hallaban, quemaban casas y asolaban chacras. Pero los huancas, veteranos ya en esta clase de ataques, a pesar de que en aquellos momentos no había ni un sólo español a quien pedirle apoyo, decidieron por sí solos organizar su defensa. Los curacas de las tres sayas —Jatun-

213 Guacrapáucar: 1558, f. 4r.— Cusichaca: 1561, ff. 3v, 14r, 60v.

sausa, Lurinhuanca y Ananhuanca— se pusieron en pie de guerra y salieron al contraataque. Solamente el curaca de Jatunsausa logró poner en movimiento a ochocientos ochentitrés guerreros. Lo mismo hizo el de Lurinhuanca, quien movilizó a mil cuatrocientos treintitrés hombres. E igual sucedió con el de Ananhuanca, aunque las cifras de éste no las conocemos todavía.

Cada curaca principal salió a la cabeza de sus guerreros, inclusive el desafortunado Apo Alaya Chuquillanqui, cuyos territorios fueron los más sufridos con el ataque de los cuzqueños.

Mientras Llanqui Yupanqui avanzaba en dirección al valle, los huancas en masa se dirigían a la parte sur del mismo para darles el encuentro. El choque entre tan poderosos enemigos se llevó a cabo en los campos, plazas y calles de la pequeña llacta de *Huancayoc*, actualmente Huancayo. Y en ella, el capitán Llanqui Yupanqui fue asesinado por los huancas. La derrota fue completa para los cuzqueños. Ellos fueron muertos a granel y los pocos sobrevivientes, en retirada, retornaron sobres sus pasos. Cusichaca dice que "*no dejaron la vida a ninguno*" pero otro indígena manifiesta que "prendieron e mataron algunos solamente" (214).

De todos modos fue un triunfo. Pero a pesar de la victoria huanca, en la batalla de Huancayo murieron ochentiocho lurinhuancas y los cuzqueños se llevaron como botín a ciento veintiún mujeres. Mil trescientos cuarenticinco guerreros de esta misma saya pudieron salvarse para cantar su *jailli* de victoria.

La fecha en que sucedió esta batalla, se puede deducir gracias al párrafo 21 del *Memorial de los Capítulos* de Cusichaca. Dice que los cuzqueños vinieron mandados para que, "quemasen sus. . .chacras". Pues bien, la época de la chacras en el Huancamayo, cuando los sembríos están en toda flor, son los meses de enero, febrero, marzo y abril. En un día de aquel cuatrimestre del año de 1538 debió de haber ocurrido la batalla de Huancayo. Además, en abono de nuestra hipótesis, don Baltazar Canchaya —uno de los testigos de la *Información* de Cusichaca— dice que fue "*luego después que el dicho Alonso de Alvarado pasó por el dicho Valle de Xauxa*" a Lima. Y eso fue en el primer trimestre de 1538 (215).

214 Cusichaca: 1561, ff. 3v, 4r, 14v, 46v.
215 Guacrapáucar: 1558, f. 4v.- Guacrapáucar: 1560, f. 6r. Cusicchaca: 1561, ff. 3v, 4r, 46v.

BATALLA DE PUTUTO

La derrota sufrida en Huancayo por las tropas cuzqueñas, en marzo o abril de 1538, es verdad que fue la causa para que los huancas se sintieran con fuerzas suficientes para atacar y defenderse por sí solos. Pero también es cierto que no amilanó a Manco Inca. Al contrario, la reacción de este jefe fue tremenda. Armó otra expedición para cobrarse venganza y castigar muchos delitos de los huancas, según la opinión de los cuzqueños. Delitos que consistían: 1) por haber *traicionado* al Imperio, aliándose con los españoles, y 2) por haber humillado al ejército de los orejones en la batalla de Huancayo. Para Manco Inca, los huancas merecían un duro y ejemplar castigo.

Esta vez Manco no designó un capitán sino dos; pero, en cambio, disminuyó el número de soldados a cuatro mil. Los jefes fueron los capitanes Colla Túpac y Anco, dos príncipes de sangre imperial. Todos venían con más indignación que en la primera oportunidad: asolar los territorios de los huancas, principalmente el valle. Venían por la misma ruta que la vez pasada.

Pero los huancas, igual que antes, sin esperar el auxilio de ningún español, se organizaron nuevamente para salir en defensa propia. Sólo de la saya de Jatunsausa salieron dos curacas: Manco Surichaqui y Apo Suchicat, a la cabeza de ochocientos sesentitrés guerreros bien armados con hondas y lanzas.

Esta vez los cuzqueños consiguieron sobrepasar Huancayo, pues llegaron hasta Pututo, lugar que queda en el actual distrito de Sicaya, en la parte que da a Chupaca. La batalla fue tan cruel como la de Huancayo. Colla Túpac invadió a sangre y a fuego el territorio huanca. Asesinó gente, quemó casas y asoló pueblos y chacras a su paso, capturó mujeres y niños, saqueó colcas y ganados. No quería dejar ni rastros de la nación ni de las sayas que tanta desgracia estaban causando al Imperio, debido a su alianza con los españoles. Como la vez pasada, es ésta, la zona más afectada fue la de Ananhuanca, y también la de Lurinhuanca (216).

La batalla de Pututo la ganaron los huancas. Los cuzqueños fueron derrotados y fugaron a todo correr. Sin embargo y a pesar del triunfo y de los esfuerzos indecibles hechos por Alaya Chuquillanqui, Guacrapáucar y sus guerreros —los más afectados en esta

216 Guacrapáucar: 1560, f. 6v.

invasión— para recobrar el botín saqueado por Colla Túpac y por Anco, les fue imposible. Sucedió que muy a tiempo ya lo habían puesto a cobro.

Pero los dos capitanes cuzqueños sí fueron presos, y luego asesinados. En general la masacre fue total, debido, seguramente, a que los huancas los acorralaron, encerrándolos en un círculo, al estilo de un *chacu*. El párrafo 22 del *Memorial de los Capítulos* dice que "*les prendieron y mataron a los dichos ingas e a toda su gente*", y en otra parte aclara "*e con la dicha victoria (los jatunsausinos) volvieron a su tierra*".

En Pututo pelearon los mil trescientos cuarenticinco guerreros lurinhuancas sobrevivientes de Huancayo. De ellos murieron ciento cincuentiséis. También fueron muertas doce mujeres de la misma parcialidad o mitad (217).

BATALLA DE HUANCAMAYO

A pesar de los reveses de Huancayo y de Pututo, Manco Inca no escarmentaba. Al contrario, su ira contra los huancas iba creciendo en forma irreconciliable. Pocos soldados le quedaban ya a Manco, para proseguir esas campañas, pero estaba decidido a continuarlas, a jugarse el todo por el todo. Alistó y armó a tres mil guerreros cuzqueños refugiados en Vilcapampa, que salieron al mando del capitán Ylla Túpac, un auqui de gran prestigio. El avance y el ataque de Ylla Túpac a Jatunsausa fue casi sorpresivo, y no sabemos por cual ruta vendría. Pero lo cierto fue que a pesar de no traer sino la mitad de soldados de los que condujo Llanqui Yupanqui, logró avanzar hasta el puente de Huaripampa, a kilómetro y medio de la llacta. De todas maneras, el Apo Manco Surichaqui puso en movimiento a sus ochocientos guerreros, listos siempre para cualquier eventualidad. Se manifestaron en pie de guerra, bajo la capitanía de don Francisco Cusichaca. Los lurinhuancas pusieron en estado de alerta a mil trescientos cuarenticinco soldados y a ciento ocho sujetos de servicio: sesentiocho hombres y cuarenta mujeres. Los de Ananhuancas debieron enviar otra igual cantidad.

La batalla que se dio fue a orillas mismas del Huancamayo y junto al puente de Huaripampa. Murieron gran contidad de guerreros, tanto del escuadrón de Ylla Túpac como de los curacas

217 Guacrapáucar: 1558, f. 5r.— Guacrapáucar: 1560, f. 6v.— Cusichaca: 1561, ff. 4r, 14r.

huancas. Sucumbieron treinticuatro jatunsausinos y ciento ocho lurinhuanquinos: sesentiocho varones y cuarenta hembras. Pero los tres mil cuzqueños fueron desbaratados. Ylla Túpac no pudo ser cogido por los huancas, porque, huyó hacia el norte llevando a sus fracasadas huestes. Sin embardo, si bien los huancas ganaron en el campo de batalla, los derrotados, durante su fuga, les incendiaron mil casas y les destruyeron todas sus chacras de papas, maíz y quinua que pudieron encontrar en el trayecto de su escapatoria (218).

Como cosa muy excepcional, hubo un jefe huanca que prefirió enrolarse en las filas de los patriotas cuzqueños. Ese fue don Fernando Carhua Alaya, jefe étnico del ayllu de Sacra, perteneciente a la saya de Jatunsausa. Como héroe de la resistencia, integrando pelotones de guerreros patriotas, recorrió las provincias de Chaclla y Cajatampu, por cuyos despoblados, refugiándose en cuevas, asaltaba y daba muerte principalmente a los yanaconas y a todo indígena que permanecía al servicio del invasor español. De tales atracos obtuvo, desde luego, algún botín. Su deseo era el de no dejar con vida a ningún indígena que se hubiera declarado a favor de los conquistadores (219).

Después de su desastre en el puente de Huaripampa, Ylla Túpac se refugió en la selva de Ruparrupa, de donde salía a realizar asaltos y atracos en las tierras de los Chupachu y de Huánuco. Para echarlo Pizarro despachó a Gómez de Alvarado en 1539.. Efectivamente fue, le hizo una guerra y fundó la ciudad de León de Huánuco, la cual se despobló muy pronto. Pero después retornó Pedro Barroso y la repobló. Sin embargo, la fundación se acabó de asentar cuando Vaca de Castro envió a Pedro de Puelles. Para éste le fue muy fácil, porque Juan de Vargas y otros habían apresado ya a Ylla Túpac (220).

BATALLA DE COMAS

Las derrotas anteriores, sufridas por Manco Inca, sirvieron para que éste cambiara la ruta de sus operaciones. Se dio cuenta que los ataques lanzados por el camino imperial, vía de Viñaque, eran un fracaso. El y sus estrategas pensaron que sus asaltos debían ser encaminados por la selva alta de los huancas, territorios que casi colindaban con los de Vilcapampa.

218 Guacrapáucar: 1558, f. 5r.- Guacrapáucar: 1560, f. 6v.— Cusichaca: 1561, ff. 4r, 14v.

219 Espinoza Soriano: 1967b, p.3.

220 Cieza de León: 1553, cap. LXXIX.

Así meditado, puso en orden de batalla a cuatro mil soldados del Cuzco, y como capitán de ellos a Puyo Vilca. Los cuzqueños avanzaron por el río apurímac, al que lo cruzaron para entrar en línea recta a Ayna y a Surcopampa. De donde siguieron caminando y vadearon el Jatunmayo, el cual, por esos lugares, recién tenía el nombre de Mantaro. Así, continuando por las selvas altas de Pariahuanca y Acopampa, llegaron a Comas. Pero los huancas no estaban desprevenidos. Precisamente, los ayllus huancas residentes en Antamarca, Pariahuanca y Acopampa, les comunicaron a tiempo. De tal manera que cuando los cuzqueños arribaron a Comas, con el deseo de marchar sobre Jatunsausa, se dieron con la sorpresa de que un batallón de ochocientos sesentitrés jatunsausinos, otro de mil doscientos quince lurinhuancas y otros tantos ananhuancas, los estaban esperando. El capitán de los jatunsausinos era entonces Quiquin Canchaya, hermano de don Cristóbal Canchaya.

La batalla se realizó en Comas, y ella fue otro completo desastre para los cuzqueños. Huyeron despavoridos, dejando el campo sembrado de cadáveres. En la campaña se halló el joven Baltasar Canchaya; y murieron cuatro lurinhuancas (221).

BATALLA DE ANTAMARCA

El desastre de Comas fue la causa para que Manco Inca no confiara en capitanes subalternos. Muchas derrotas había sufrido, con las cuales la soberbia de los huancas aumentaba y la ira de Manco contra ellos también. Decidió entonces salir él mismo en una expedición militar. Tenía la esperanza que dirigiendo él mismo la campaña, iban a ser destruidos los huancas, esos huancas que tantas preocupaciones y humillaciones le estaban causando por cumplir su alianza con los españoles. Así fue como Manco marchó capitaneando cuatro mil guerreros cuzqueños.

Su avance lo realizó por la misma ruta que había seguido Puyo Vilca. Pero los huancas en esta oportunidad también tuvieron tiempo de informarse de todo lo que se hacía en contra suya, gracias a los avisos de los huancas de Pariahuanca y de Acopampa. De tal modo que se dieron suficiente prisa para juntar un ejército integrado por todos los ayllus de las tres mitades o parcialidades. De ellos, ochocientos sesentitrés fueron de Jatunsausa y mil cuatrocientos veinte de Lurinhuanca bajo la jefatura de Guacrapáucar.

221 Guacrapáucar: 1558, f. 5r.— Cusichaca: 1561, ff. 4r, 14r.

Marcharon en dirección al este, para dar encuentro a Manco Inca. El choque se suscitó en Antamarca. La batalla fue cruenta, y el sino fatal de Manco volvió en ella a patentizarse: fue derrotado por entero por las tropas huancas. Centenares de cuzqueños murieron aquel día, pero de los jatunsausinos apenas doce. Cuarenticinco hombres muertos y veintiún mujeres de servicio capturadas por los cuzqueños, fueron las bajas sufridas por los lurinhuancas. No sabemos las pérdidas de los ananhuancas. Manco tuvo que replegarse a Vilcapampa y a Huamanga, y los victoriosos huancas volvieron a sus sayas respectivas (222).

En Antamarca, los que más se lucieron por su valor fueron los de Lurinhuanca comandados por Guacrapáucar. Tenía que ser así, ya que esos pueblos y territorios pertenecían a ellos. Seguramente a su arrojo se debió que en aquella batalla murieran los más valientes guerreros de Lurinhuanca. Pero el esfuerzo y el sacrificio fueron recompensados, porque los incas huyeron vencidos (223).

Antamarca —actualmente Andamarca— es un pueblito de la selva alta. Queda a trece leguas de Comas, y es famoso por sus característicos y buenos pastos. Fue allí donde los curacas principales de Lurinhuanca, los Guacrapáucar, tenían sus chacras de ají. En 1538 fue saqueado por las tropas de Manco Inca; robaron los almacenes, quemaron el pueblo y asesinaron a sus habitantes, durante su fuga a Vilcapampa y a Huamanga (224).

BATALLA DE AUXIUVILCA

Retirado Manco Inca de Antamarca a Vitcos, pudo allí, después de dos meses de descanso, convocar nuevamente a un gran número de sus guerreros desbandados después de la derrota. Hizo llamamiento de más soldados en la provincia de Vilcapamapa; y llegó el día que en su ejército se contaron seis mil hombres.

Entonces un grupo de sus capitanes le aconsejaron fugar a Chachapoyas. Le aseguraban que en el pueblo fortificado de Llehuantu —actualmente Levanto— estaría bien defendido. Algunos leales chachapoyas también eran del mismo parecer.

222 Guacrapáucar: 1558, f. 5r.— Çusichaca: 1561, ff. 4r, 14v. 47r.

223 Guacrapáucar: 1560, f. 7r.

224 Guacrapáucar: 1558, f. 7r.— Stiglich: 1922, p. 87. Actualmente es un distrito de la provincia de Concepción. También tuvo gran figuración en la rebelión de Juan Santos Atahualpa.

Y, en efecto, Manco también lo decidió así. Salió de Vitcos y llegó a pueblo de Oroncoy —actualmente Ongoy—, donde descansó algunos días para gozar de las fiestas que le ofrecieron lo chancas. De Oroncoy tuvo que salir, porque doscientos españoles le persiguieron hasta ese punto. En la cruel batalla que se produjo, la victoria la obtuvieron los cuzqueños, quienes, después de desnudar y saquear a los castellanos muertos y heridos celebraron su triunfo con un estruendoso *taqui*. Acabado el jolgorio meditaron continuar su camino a la fortaleza de Llehuantu. De paso, ya que forzosamente tenían que caminar por el Valle de Jatunmayo, Manco quiso aprovechar esta última oportunidad, para atacar, y si fuera posible, arrasar a los ayllus huancas. Para Manco, sólo así sería posible vengar la *traición* que le habían hecho, aliándose con los españoles.

Con su ejército, triunfante en Oroncoy, emprendió su marcha hacia el Valle del Jatunmayo. Avanzaban con una furia indescriptible, decididos a teminar con todos, a devastar todo, absolutamente todo lo que fuera o perteneciera a estos huancas aliados de los invasores europeos. Apenas se detenía y descansaba el ejército cuzqueño, lo suficiente para dormir y otras necesidades vitales. El avance de la expedición era por el amplio y recto camino de Acostampu. Pero lo cierto es que marchaban con tanta furia y determinación, que lograron llegar al valle y penetrar en éste con un brío incontenible.

Cuando Manco Inca, a la cabeza de su poderoso ejército de cuzqueños, llegaron al pueblo de Llaxapallanca, tuvo la ocasión de ver y de conocer una vez más y mucho mejor que antes el campo de maniobras, donde los huancas, aliados de los cristianos, habían derrotado varias veces a sus soldados. La ira que sentía Manco Inca en aquella oportunidad no la dejó ocultar ni por un solo instante. Así fue como se propuso poner en obra el castigo más cruel y ejemplar. Su orden de exterminio y asolamiento fue difundida en su campamento castrense, y ella, muy pronto también, se extendió por toda la región huanca. Manco había ordenado incendiar todos los pueblos, derribar todas las casas, matar a la totalidad de los huancas, arruinar sus templos y santuarios, principalmente el de Huarihuilca. Nadie iba a ser perdonado, ni siquiera las mujeres, ni siquiera los niños, ni siquiera los viejos. ¡Iba a ser el juicio final para los huancas! Manco había meditado mucho. Por eso, los huancas, éstos que se habían aliado con los españoles para destruir el Imperio de los Incas, sólo merecían el exterminio total.

Los huancas, al conocer la terrible declaración de guerra emitida por Manco, quien, con una furia rayana en la ferocidad se venía sobre ellos, se pusieron a la defensiva. Lo primero que hicieron fue despachar un veloz mensajero a Lima, para pedir refuerzos a los españoles. ¡El aprieto en que se veían no era para menos!.

Manco Inca y sus tropas habían entrado por Llaxapallanca. Cruzaron el valle de sur a norte, talando, en su ruta de sesenta kilómetros, todos los sembrados, derribando y echando fuego a todas las casas, y matando a todo huanca que caía en sus manos, ya fuese mujer, ya fuese niño, ya fuese anciano. Era la invasión más espantable hasta entonces vista por los habitantes del valle. Ni Cápac Yupanqui, cuando los conquistó en 1460 se había portado tan brutalmente como ahora lo hacía Manco Inca. La situación era veraderamente desesperada. Los seis mil guerreros cuzqueños habían ya cruzado el valle, y habían llegado a las inmediaciones de la llacta de Jatunsausa. La venganza de Manco iba a ser apocalíptica.

Según Tito Cusi Cupanqui, cien españoles acudieron en defensa de los huancas; pero en las *Informaciones* que éstos hicieron en 1560 y en 1561, se aclara que no fue así. De todos modos parece que Manco tuvo noticias de que un grupo de castellanos ayudaban a los huancas para rechazar a los cuzqueños. Sin embargo, Manco no se arredró, sino que continuó en su marcha hacia Jatunsausa; quería llegar a ella para destruirla íntegramente. En el trayecto de Llaxapallanca a Jatunsausa, en muchas refriegas tuvo que enfrentarse a los huancas, quienes aparecían para hostilizarlos por ambos flancos. Gran número de muertos hubo en esa avanzada, sobre todo en el campo huanca. Los soldados de Manco, cada vez que lograban poner fin a la vida de un huanca, decían: " ¡ayúdenles vuestros amos!". Los *amos* de los huancas eran, pues, los españoles.

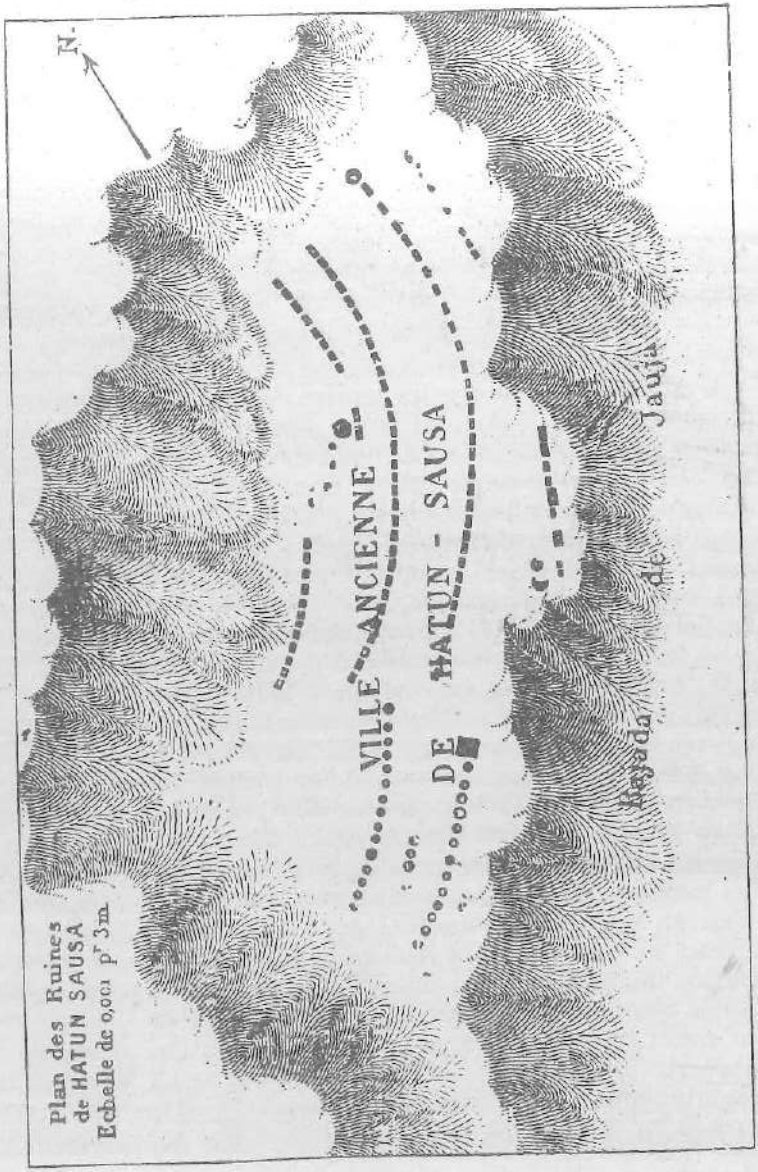
Pero Manco cruzó el valle, de largo a largo, y llegó a las cercanías de la llacta de Jatunsausa. ¿Por qué a Manco los huancas no le presentaron, durante el trayecto, un definitiva batalla? ¿Por qué le dejaron el paso libre hasta Jatunsausa? ¿Fue una medida estratégica? ¿O es que en realidad Manco pudo rechazar toda agresión desde Llaxapallanca hasta Jatunsausa? Son cosas que no la sabemos; quizá no la sabremos nunca. Pero lo cierto es que el inca, a la cabeza de su poderoso ejército llegó y asedió a la llacta de Jatunsausa.

Los huancas, sin embargo, en el colmo de su desesperación y en una actitud asombrosamente heroica, porque de ello dependía la muerte o la vida de su grupo étnico, resolvieron morir pero derramando su última gota de sangre. Todos los curacas huancas se pusieron en movimiento; los mensajeros cruzaban y recruzaban por los caminos más ocultos convocando a los patriotas para defender a su nación, amenazada otra vez por el imperialismo del fenecido Imperio. Así pudieron congregar a un gran número de guerreros, entre los cuales hubo ochocientos sesentitrés jatunsausinos y un mil quinientosún lurihuancas. Como siempre, desconocemos la aportación de Ananhuanca, todos ellos, con sus curacas como capitanes, se enfrentaron a los cuzqueños, quienes habían ya tomado la llacta de Jatunsausa y la estaban saqueando, destruyendo y quemando.

Los huancas atacaron a las tropas de Manco, descendiendo a Jatunsausa por las faldas del cerro de Axiuvilca, que es el que se halla al noroeste de la actual villa Sausa, y en cuyas laderas estaban erigidas docenas de colcas. Los de Manco no esperaron ser asaltados en las calles ni en las plazas de la llacta. Salieron, arma en mano, para enfrentarse contra sus enemigos. Por eso el choque bélico se llevó a cabo en las faldas del Axiuvilca. Los huancas lucharon como nunca, valerosamente y decididamente porque del triunfo o de la derrota dependía la continuidad histórica de la otrora poderosa nación huanca. Los cuzqueños, por su parte, también se batían con igual brío porque de ella, de Axiuvilca, dependía sus futuros triunfos o sus futuras derrotas; porque vencidos los huancas, los españoles perderían forzosamente a sus más estratégicos, bravos y fieles aliados. He aquí porque la batalla de Axiuvilca "*fue la más reñida e porfiada que los indios de Xauxa tuuieron con los dichos ingas*". Pero tan resueltamente peleaban los huancas, ayudados, además, por maniobrar en la parte alta del cerro, que los cuzqueños fueron vencidos. Centenares de ellos dejaron sus cadáveres regados por las faldas del Axiuvilca; y Manco Inca se vio obligado a replegarse con sus soldados hacia el sur. De los huancas también murieron unos y fueron capturados otros. Por ejemplo, de la parcialidad de Jatunsausa sólo sucumbieron treinticinco. Lurinhuanca perdió treintiún hombres y ciento cuarentiún mujeres: los primeros, muertos, y las segundas robadas y llevadas como prisioneras (225).

Derrotado Manco Inca, poco tiempo tuvo que permanecer

225 Guacrapáucar: 1558, f. 5r.— Cusichaca: 1561, ff. 4r, 4v, 47v.



Ubicación de las colcas o almacenes en el cerro que queda a espaldas de la ciudad incaica de Jatunsausa, donde se llevó a cabo un recio enfrentamiento entre huancas y cuzqueños comandados por Manco Inca.

en Jatunsausa. Lo escasamente necesario para descansar, apeándose de su caballo, juntamente con otros capitanes suyos, agotados también y además heridos. Así transcurrió la tarde y pasó la noche. Pero llegó el nuevo día, y con él había pasado ya el gran cansancio producido por la batalla del día anterior. A pesar de todo, les era imposible continuar hacia el norte; tampoco se sentían con fuerzas suficientes para atacar de nuevo. De hacerlo, hubieran sido derrotados otra vez. Por su parte, los huancas se preparaban para perseguirlos y exterminarlos.

LA DESTRUCCION DE HUARIHUILCA

Manco Inca, ante su desastre se vio obligado a dar la orden de retirada. El y sus tropas volvieron por el camino por el cual habían entrado y avanzado al Jatunmayo. En su repliegue, Manco volvió a masacrar, quemar y asolar todo cuanto podía. Pero al llegar a Chilca, lugar colindante con Huancayo, no tomó la vía de Llaxapallanca; ordenó caminar por la ruta de Chanchas-Huayucachi. ¿Por qué eligió esta vía? La prefirió porque quedaría, después de su derrota, por lo menos inferir algún daño de alcance moral y espiritual a los huancas: destruir el Santuario de Huarihuillca y hacer añicos el ídolo del famoso oráculo y dios venerado por esta nación.

Huarihuillca queda, en efecto, más cerca al camino de Huayucachi que al de Llaxapallanca. Por eso Manco Inca, después de descansar algunos momentos en el pueblo del ayllu de Huayucachi, ordenó a sus soldados las profanación definitiva de la huaca. Y así fue: la invadieron, y rascaron la tierra hasta desenterrar por completo al ídolo de piedra negra, el cual estaba cubierto hasta los hombros, desde que Valverde dispuso sepultar el Santuario en 1534. También, por orden de Manco, fue saqueado el tesoro que tenían acumulado los sacerdotes, como producto de las ofrendas de los fieles y devotos peregrinos. Los yanaconas del templo, tanto hombres como mujeres que servían en la limpieza, acarreo de leña y preparación de las comidas para el clero, fueron vilmente asesinados por los cuzqueños en el mismo sagrado recinto. Hasta que por fin, una gruesa soga fue echada al cuello del ídolo que representaba al dios más estimado y de más confianza de los huancas. Halándolo lo sacaron fuera del santuario y lo llevaron arrastrándolo por un sendero tortuoso que corría —y aún corre— por las laderas de un cerro pedregoso. Los sacrílegos cuzqueños vadearon el río Chanchas; cruzaron la llacta del ayllu de Huamanmarca, y

entraron a la otra del ayllu de Huayucachi. Por todo el camino los cuzqueños lanzaban groseros improperios contra los huancas y contra el dios Huarihuillca. Así fue como Manco Inca quería demostrar que era todavía el Zapa Inca o único señor del Perú, a pesar de sus fracasos cntinuos.

De Huayucachi continuaron en su retirada hacia el sur. Seis leguas caminaron, o sea treinta kilómetros, hasta que arribaron a Acostampu, donde los cuzqueños vociferaban, dirigiéndose al ya desportillado ídolo de Huarihuillca:

> — *¡Veís aquí la confianza que tenían aquellos guancas deste ídolo, al cual tenían por Viracochán! ¡Mira en qué han parado él y ellos y sus amos los españoles! (226).*

Y mientras los huancas, después de su victoria, continuaban en su persecusión contra Manco Inca, éste, desde Acostampu seguía al sur, a Viñaca, cerca de Huamanga. De manera que cuando sus perseguidores llegaron a Acos, lugar que queda al norte de Los Ancaraes, ya no lo encontraron. El ídolo de Huarihuillca, completamente quebrado y desfigurado por el largo arrastre a que fue sometido —desde Huarihuillca a Acostampu— fue arrojado al río Jatunmayo. Así acabó el célebre oráculo, el cual, por más de ochocientos años había dado toda clase de respuestas a las preguntas de sus fieles huancas y otros peregrinos venidos desde lejos, según referían los ancianos.

La de Auxiuvilca fue, pues, la batalla más sangrienta que los huancas tuvieron en toda su historia. Ambas versiones, tanto la de los huancas como la de los cuzqueños, están concordes en manifestar la violencia y la crueldad del encuentro. La drástica refriega duró dos días, en los cuales Manco Inca peleó con una gran lanza y como jinete en un buen caballo. Pero según la versión cuzqueña, ¿quién fue el verdadero ganador?.

Aquí es donde la crónica de Tito Cusi Yupanqui nos puede poner en duda. La versión más antigua, la de 1560, dejada por los mismos curacas de Jatunsausa, señalan la derrota rotunda de Manco y la victoria feliz de los huancas. Sin embargo, la tradición cuzqueña transmitida por Tito Cusi, diez años después, en 1570, indica lo contrario. Inclusive afirma que las tropas de Manco mataron a cincuenta españoles mientras que otros tantos fugaron a "uña de caballo", perseguidos durante una buena distancia.

226 Tito Cusi Yupanqui: 1570, p. 88.

Es necesario aquí, hacer un análisis crítico. La *Información* de los curacas de Jatunsausa se halla respaldada por varios declarantes indígenas y españoles, algunos de los cuales fueron testigos presenciales de la batalla. En cambio, Tito Cusi Yupanqui refiere su historia a base de relatos que escuchó en su niñez y adolescencia. El no fue testigo del encuentro, ni tampoco tuvo testificadores que ratificaran sus aseveraciones. Pero Hay un argumento más poderoso todavía: el que Manco, seguidamente de la briosa batalla de Auxiuvilca, no prosiguió su marcha al norte, a Llehuantu, como era su intención; tampoco incendió a los pueblos ni exterminó a la nación huanca. Para Manco sucedió todo lo contrario, porque tuvo que retroceder hasta Huayucachi, pueblo que queda al sur de Llaxapallanca. ¿Cómo es que retrocedió el vencedor? ¿Por qué no fue a Chachapoyas? ¿Por qué no incendió ni masacró? Todo indica que la explicación de Tito Cusi Yupanqui es falsa. La verdadera versión es la que han dejado los curacas de Jatunsausa y de Lurinhuanca,(227).

ENTREVISTA CON PIZARRO

La victoria de Auxiuvilca, tan caramente ganada por los huancas, los hizo reflexionar. No podían permanecer solos para hacer resistencia a los cuzqueños. Era necesario una ayuda extraña para poder sobrevivir y arrojar al invasor del Cuzco. Además, si bien era verdad que los huancas querían recobrar su libertad, también era cierto que se hallaban metidos en ese lío

227 Guacrapáucar: 1560, f. 7v.— Cusichaca: 1561, f. 15r.— Tito Cusi Yupanqui: 1570, p. 86. En la crónica de Tito Cusi hay muchos errores de carácter histórico-geográfico. Vamos a citar uno: dice que Acostambo dista veinte leguas, o sea unos cien kilómetros de Huayucachi, pueblo que queda al sur de Huancayo. Luego dice que en Acostambo permaneció Manco Inca todo un año, descansando de sus campañas guerreras. Pero, para colmo de confusiones, afirma que Acostambo no es otra cosa que Viñaca. Son pruebas de que Tito Cusi no conoció el territorio que formó parte del imperio de sus antepasados, y que en su mente se le había hecho una mezcolanza los sucesos históricos de la conquista.

Acostambo está a trejinta kilómetros de Huayucachi, siguiendo por el antiguo camino de los incas. Ahora es un distrito de la provincia de Tayacaja. En cambio Viñaque queda en la provincia de Huanta, y es célebre porque en ella están las ruinas de Huari, una ciudad del Primer Imperio Andino (600-1200 d. C.). Manco Inca además nunca pudo permanecer un año en Acostambo, porque ésta era la zona más transitada por los españoles en sus viajes de Lima al Cuzco y viceversa. Acostambo está en la ruta de Jauja a Vilcas.

por haberse aliado con los españoles para destruir el Imperio de los Incas. He ahí la razón del porqué los curacas de Jatunsausa, de Lurinhuanca y de Ananhuanca decidieron enviar a Lima sus embajadores ante Pizarro. Viajaron un grupo de "principales", o sea de curacas, quienes llegaron al Palacio del marqués y conversaron con él. Gracias a la afabilidad con que los recibió, los embajadores le informaron de la totalidad de los triunfos huancas, desde la batalla de Huancayo hasta la de Auxiuvilca. Como prueba y demostración le hicieron un regalo indiscutible: le presentaron tres cabezas, las mismas que habían sido decapitadas a tres jefes cuzqueños en las batallas en que fueron muertos. Ahí le enseñaron las cabezas, con el pelo muy corto y el cutis pálido, cadavérico y patético. Pizarro debió ver con satisfacción y también con repugnancia las cabezas de los caudillos cuzqueños que quisieron echarlo del Perú. Por todo eso debió felicitar muy placenteramente a los embajadores huancas. Eran las cabezas de los capitanes Llanqui Yupanqui, muerto en la batalla de Huancayo, y los de Colla Túpac y Anco, muertos en la de Pututo.

Pero no solamente fueron relatos de victorias los que contaron los embajadores. También le refirieron sus profundas desesperanzas en cada ataque que resistieron, en cada vez que les robaron sus mujeres y asolaron sus casas, colcas y chacras. Las palabras de emoción y de angustia con que los embajadores relataron la batalla de Auxiuvilca, debieron ser desgarradoras, ya que en ella pelearon no sólo para defender al pueblo español, sino más que todo para conservar la continuidad étnica de su gloriosa nación.

Los huancas ya no podían defenderse por sí solos. Requerían auxilios de los conquistadores. Ahora, ambos se necesitaban para conservar lo ganado y para continuar existiendo en convivencia. Por eso le pidieron que enviara a Jatunsausa una guarnición de españoles, para que colaborara con los huancas en la guerra contra Manco Inca. Pizarro comprendió la situación; pero no tenía muchos soldados para defender a sus aliados. Por eso decidió enviar solamente a dos jinetes bien armados, uno de ellos mulato morisco y el otro un negro, quienes llegaron a Jatunsausa, donde fueron recibidos gloriosamente. Les colmaron de atenciones y de víveres (228).

228 Guacrapáucar: 1560, f. 7v.

El astuto Pizarro mostró mucho pesar por los daños y ataques de que habían sido víctimas los huancas. Pero al mismo tiempo que agradecía y despachaba al morisco y al negro como auxiliares de los aliados, incitaba a éstos para continuar en la lucha heroica a favor del Imperio español. Efectivamente, a Jerónimo Guacrapáucar, de Lurinhuanca, le envió un mensaje en el que decía:

> *que pelease como valiente él y sus indios e que se vengasen del dicho Manco Inga que estaua sobre Guamanga (229).*

Según Valverde, el factor Illan Suárez de Carbajal, hombre muy diligente y gran amigo de Pizarro, fue uno de los enviados a Jatunsausa para ayudar a los huancas. Afirma que lo hizo a pedido de los mismos embajadores y que se desempeñó muy bien (230). Pero en la *Información* de Cusichaca se aclara que fueron un morisco y un negro solamente.

BATALLA DE PAUCARPAMPA

Mientras los huancas de Jatunsausa se sentían un poco serenados, gracias a la presencia de los dos jinetes bien armados enviados por Pizarro, Manco Inca no se dormía en Vilcapampa. Reorganizó su destrozado ejército, reclutó otros más y a la cabeza de diez mil guerreros dio la orden de avanzada hacia el noroeste. Venían nuevamente para atacar a los huancas, para asolarlos, para desaparecerlos del escenario histórico y geográfico en el cual vivían. Ahora sí que iba a ser el fin de esta pobre gente. Por lo menos así lo pensaba Manco Inca. Pero los huancas, vivos y estrategas como siempre, gracias a los rumores que se propalaban como un rayo por todas partes, se propusieron hacer lo mismo, pero contra Manco y su gente.

Los tres curacas huancas convocaron a sus soldados. El de Jatunsausa reunió a ochocientos setentitrés hombres, el de Lurinhuanca a mil trescientos cuarenticinco y otro tanto el de Ananhuanca. Y así todos marcharon hacia el sureste, en dirección al curacazgo de Tayacaja, pues por ahí venían Manco y su ejército. Los guerreros huancas llevaban en su delantera a su negro y a su morisco, mejor dicho, a sus dos *auxiliares españoles*.

El encuentro de los cuzqueños con los huancas fue en las llanuras de Páucarpampa o Páucarbamba, pueblo ubicado en la se-

229 Guacrapáucar: 1560, ff. 7r, 7v.— Cusichaca: 1561, ff., 15r, 47v, 58r, 58v.

230 Valverde: 1539, p. 327.

rranía de los territorios de la provincia de Tayacaja. Estaba a catorce leguas más allá de Cochangará y en él beneficiaban coca (231).

El desastre de los cuzqueños en esta batalla también fue total. *Desbarataron y mataron toda la gente* dice el párrafo 28 del *Memorial de los Capítulos*. "*No quedaron vivos más que tres*", dice en otra parte. De los huancas murieron pocos: dos jatunsausinos y otros dos de Lurinhuanca (232).

El mensaje de Pizarro, incitativo para masacrar a los de Manco Inca, fue bien escuchado. Por eso en la batalla de Páucarpampa, fue Guacrapáucar quien más se distinguió para derrotar a los cuzqueños (233).

OTRA VISITA DE PIZARRO

Después de la batalla de Las Salinas, Pizarro llegó a Jatunsausa, procedente de Lima. No venía a inspeccionar el valle ni a examinar las cuantiosas pérdidas sufridas por sus aliados huancas. Su paso era transitorio; él iba al Cuzco para ver la situación en que habían quedado sus hermanos luego del sitio de Manco Inca, y después visitar el Collao.

Sin embargo, fue recibido apoteósicamente por los huancas, quienes le proveyeron de toda clase de víveres y de servicios. Jatunsausa le dio doscientos sesentiséis cargueros y doscientos sesentiséis guerreros bien armados. Los curacas le acompañaron hasta Huamanga y los guerreros hasta el Cuzco. Para españoles y para auxiliares tuvieron que preparar vituallas. Lurinhuanca le proporcionó cuatrociento quince soldados y cuatrocientos quince cargueros para que defendieran la causa española y la independencia huanca. De ellos, en la campaña, sólo murieron dos (234).

Fue en julio de 1538. Pizarro no salió de Jatunsausa sino cuando supo la muerte de Almagro (235).

Desplazados los incas del escenario político del Perú, para los españoles auxiliados poderosamente por miles de guerreros andinos, empezó otra historia política, económica y social. En el terre-

231 De la Guerra y Céspedes: 1584, p. 93.
232 Guacrapáucar: 1558, f. 5r.— Cusichaca: 1561, ff. 4v. 48r, 14v.
233 Guacrapáucar: 1560, f. 7v.
234 Guacrapáucar: 1558, f. 5v.— Cusichaca: 1561, ff. 4v, 15v, 16r, 48r, 58v.
235 Berlanga: 1539, p. 162.– Espinel: 1539, pp. 362-363.

no arado por los auxiliares, los astutos peninsulares echaron las semillas para la formación de otra sociedad: la colonial. Y destruidas para siempre las viejas estructuras incaicas, los ingenuos y desgraciados auxiliares, todos quedaron encerrados en un círculo de hierro que agravó críticamente su vida social con las mitas, con los servicios personales, con el yanaconaje, etc.

Así murió un Imperio y brotó otro, que a cambio de la predicación evangélica los explotó despiadadamente en latifundios, obrajes, minas, lavaderos, trapiches y en otras industrias de consumo. Pero la historia prosiguió su camino. Y así, en medio de todo lo malo que implantó el régimen feudal y señorial traido por los conquistadores no se dejaron de producir logros de gran resultado: el mestizaje, las nacionalidades modernas y la organización del Perú para la historia futura.

Después que Manco Inca se retiró, definitivamente ya, a Vitcos, Pizarro creyó oportuno fundar una ciudad que quedara en el camino que unía a Lima y el Cuzco, vía de la sierra, distancia enorme que no tenía una villa intermedia de descanso, a pesar de que era una de las más transitadas debido a la actividad comercial de aquel entonces. Además, pensaba que los rebeldes de Vilcapampa, por estar cerca al camino de la zona de Quinua, asaltarían y matarían a los españoles transeúntes. Para remediar ese inconveniente se propuso erigir una ciudad en el centro de esta ruta. Así mandó trazar la ciudad de Huamanga, a la cual le dio por términos desde la provincia de Jauja hasta más allá del puente de Vilcas. Como los tres encomenderos de las tres parcialidades de los huancas vivían en Lima, protestaron del cambio. Pensaban que los vecinos de Huamanga iban a quitarles sus tributarios. Pero Pizarro acabó con las quejas, ordenando que los citados encomenderos escogieran Lima o Huamanga para vivir, ya que en ambos les prometió repartimientos: sí era en Huamanga, les dejaría con sus huancas; si era en Lima, les daría otros (236).

ENTRADA EN RUPARRUPA

Acabada la refriega de la conquista y producida la muerte de Almagro el Viejo, para los huancas no terminaron los compromisos contraídos en la alianza. Había acabado la lucha por la posesión de la costa y de la sierra; pero ahora comenzaba la campaña

236 Herrera: 1615. Déc. VI. Lib. VI. Cap. VI.

para descubrir, conquistar y poblar la Selva. Los invasores españoles se sentían atraídos por los sueños muy dorados acerca del Oriente peruano. *Su acalorada y ambiciosa imaginación, ubicó por esos lugares —dando crédito a infantiles rumores— a países miliunanochescos, tales como El Dabaibe y El dorado.* Así mismo, los caudillos españoles se veían hasta obligados a fomentar y organizar expediciones en dirección a la selva. Esa era la única puerta que hallaron, por entonces, para "desaguar" las ciudades de infinidad de vagabundos y de aventureros, ávidos de riqueza y bienestar, para quienes ya no quedaban encomiendas. Era necesario descargarse de aquel inmenso problema, enviándolos a buscar oro, plata y encomiendas en otros lugares.

Así fue como después de la batalla de Las Salinas, más de mil seiscientos soldados españoles quedaron en el Cuzco. Para Hernando Pizarro fue necesario esparcirlos y darles algún trabajo en conquistas y en descubrimientos, porque encomiendas vacantes ya no quedaba ninguna para con ellas premiarles los servicios. Además, no sólo eran los soldados que habían servido con él desde el comienzo, sino también centenares de almagristas derrotados que llevó consigo al Cuzco. Pensaba cómo deshacerse de ellos; y muy fácil fue la salida que halló: los encaminó a diversos puntos para que descubrieran, conquistaran y buscaran riquezas.

Pedro de Vergara partió a la conquista de Los Bracamoros. Alonso de Mercadillo fue a los Chupachu y a Ruparrupa, y Pedro de Candia preparó una jornada a la región fabulosa de Ambaya, situada en el actual departamento de Madre de Dios. Todos fueron despedidos por Hernando Pizarro, quien veía con gusto cómo centenares de españoles dejaban el Cuzco en pos de nuevas conquistas. Para él significaba menos problemas socio-económicos de los que creaban los pretensores de encomiendas. Luego, Manco Inca se refugió y metió en Vitcos, en forma prácticamente definitiva. Sólo Ylla Túpac siguió alterando la tierra de Ruparrupa y de Huánuco. Ylla estaba al mando de un ejército de orejones y también de otros habitantes, oriundos de la zona de los Chupachu.

El capitán Mercadillo, que fue enviado a las selvas orientales de Ruparrupa, para cumplir su misión viajó del Cuzco a Jatunsausa, a donde llegó con sus soldados colmados con la ilusión fantástica de El dorado. Varios días permanecieron en la tierra de Manco Surichaqui, aprovisionándose de víveres. Y cuando llegó el día de marcharse, capturó y llevó por la fuerza a trescientos quince varo-

nes y a sesenticuatro mujeres de Jatunsausa, los unos como cargueros de la expedición, y las otras como cocimeras, lavanderas y concubinas de los expedicionarios. Esto, por cierto, ya no era una alianza, sino prepotencia con el vencido, con el engañado.

Y así se los llevaron. Los españoles a caballo y los huancas a pie, soportando pesadas cargas de víveres, armas y ropa. En la jornada murieron todas las mujeres, y de los hombres huancas sólo retornaron cuatro para contar la historia de la entrada a sus paisanos de Jatunsausa. Era el año de 1539. Ellos sirvieron de guías en la selva, de buscadores y recogedores de alimentos cuando les fue necesario, y también de intérpretes (237).

El huanca, por lo tanto, ss había transformado en un ser indispensable para los descubrimientos y conquistas. Por esa razón comenzaron a ser conducidos a todas las excursiones descubridoras y pacificadoras de la selva. Cieza de Leon escribe al respecto:

> *Hernando Pizarro había nombrado por capitán para ir a poblar e descubrir a los Guancachupados [sic] a Alonso de Mercadillo. E como llegó a Xauxa el gobernador, aprobando lo que su hermano había hecho, le mandó que luego se partiese, y él lo hizo así, mandando primero a Lope Martín a la ciudad de Los Reyes a q' le trajese gente de socorro. Y él, tomada licencia del gobernador, con la gente que allí tenía se partió luego, e anduvo hasta que llegó a la provincia de los Chuchupachos [sic], e la halló alzada ella e la de Bombón, e Tarama e los Atavillos, porque Villatopa andaba hecho tirano con muchos de los bárbaros que le seguían, e hauía arruinado muchos pueblos de estos indios, e a otros puestos en voluntad para que moviesen guerra contra los cristianos e se levantasen contra ellos. Como el Capitán Mercadillo vido que tan alboratada estaba la tierra, comenzó a hacer la guerra a los naturales e con ellos tuvo algunas peleas, e le dio alcances que los constriñó a le venir de paz algunos de ellos. Y estos que le salieron de paz al capitán Mercadillo le proveían de bastimento e de le servir a él e a los españoles. Allí acordó aguardar a Lope Martín que era ido a la ciudad de Los Reyes (238).*

237 Anónimo: 1539, p. 116.— Cieza de León: 1554c, p. 391.— Cusichaca: 1561, ff. 5r, 40v.— Herrera: 1615. Déc. VI. Lib. I. Cap. VII y VIII.

238 Cieza de León: 1554c, p. 389.

Pero la entrada de Mercadillo a Ruparrupa no sólo fue un desastre para los pobres huancas, para quienes la alianza comenzaba a extralimitarse. También fue una ruina para el mismo caudillo; porque, fracasada la expedición, sus mismos soldados lo apresaron y lo retornaron a Jatunsausa. La desbaratada hueste de Mercadillo, con neurosis de derrota, se vino de Huánuco a Jatunsausa, destruyendo todo lo que les era posible. Por eso, cuando se acercaban al valle de Jatunmayo, los huancas temían un asolamiento. Para evitarlo, les salieron al encuentro, para recibirlos pacíficamente y brindarles gran cantidad de aviamientos.

En Jatunsausa ya, a pesar de todo lo sucedido, los curacas huancas le volvieron a proveer para el viaje de ellos a Lima: trescientos quince cargueros y víveres de toda especie, tanto para su estancia como para la marcha a la capital de la Gobernación. A Mercadillo lo llevaban preso sus mismos subalternos para presentarlo y entregarlo a Pizarro (239).

Todo eso se debió tener en cuenta para que en las Leyes Nuevas de 1542, se haya querido poner remedio al desorden implantado por los españoles con los auxiliares indígenas que acostumbraban llevar en sus expediciones descubridoras. Se les prohibió sacar ni un sólo hombre de las tierras descubiertas y conquistadas, salvo tres o cuatro para intérpretes. Se fijaron penas muy severas a los contraventores, las cuales, como ocurría siempre, nunca se cumplieron. La parte pertinente de aquella Ley dice:

> *Porque una de las cosas en que somos informados que ha habido desorden, y para adelante la podría haber, es en la manera de los descubrimientos. Ordenados y mandamos que en ellos se tenga la orden siguiente: Que el que quisiere descubrir algo por mar pida licencia a la Audiencia de aquel Distrito o jurisdicción, e teniéndola pueda descubrir e rescatar, con tal que no traiga de las islas o Tierrafirme que descubriere, indio alguno, aunque digan que se lo venden por esclavos y fuese así —excepto hasta tres o cuatro personas para lenguas—, aunque se quisieran venir de su voluntad, so pena de muerte (240).*

239 Guacrapáucar: 1560, f. 7v.— Cusichaca: 1561, ff. 5r, 16r, 48v.
240 Cieza de León: 1554d, p. 352.

BATALLA DE MAYOMARCA

Pero si bien los capitanes españoles —como Mercadillo— abusaban de la alianza hispano-huanca, Pizarro trataba de disimularlo. Por lo menos éste llamaba a los huancas solamente cuando los cuzqueños con Manco Inca ponían en peligro u hostigaban a los conquistadores. Así fue en 1540(?), cuando Manco bajó de Vilcapampa y se concentró con diez mil guerreros en la provincia de Los Chancas — vulgarmente conocida como Andahuailas—. Como Manco castigaba duramente a los chancas, porque ellos también se habían aliado ya con los españoles, Pizarro decidió atacarlo, derrotarlo y arrojarlo de la provincia, que un siglo antes había sido la más acérrima enemiga del Cuzco, cuando éste era apenas un reino pequeño.

Pizarro, como siempre, quería vencer y masacrar a los cuzqueños apelando a la alianza con lo huancas. Así fue como despachó un chasqui desde Abancay, según parece, demandando a los curacas huancas el material humano para esta campaña. Y tales señores, como siempre acostumbraban hacerlo cada que el gobernador se ponía de por medio, solícitos prepararon sus escuadrones. El Apo Manco Surichaqui envió doscientos sesentiséis guerreros, los cuales se pusieron bajo la capitanía de Quiquin Canchaya, hermano de don Cristóbal Canchaya. Lurinhuanca mandó cuatrocientos dieciocho soldados para pelear al lado de Pizarro, y Ananhuanca debió hacer otro tanto. Todos partieron un buen día, rumbo al sur, hasta que otro buen día,ambos ejércitos, el hispano-huanca y el cuzqueño, chocaron en Mayomarca, un lugar montuoso en el curacazgo de Los Parija, en la actual provincia de La Mar (Ayacucho). Por allí acostumbraba salir Manco Inca a realizar incursiones contra los cristianos y los chancas. En la batalla, los jatunsausinos *"pelearon como valientes y esforzados indios"*, y lo hicieron tan bien que gracias a ellos Manco fue derrotado. El atribulado inca no tuvo más remedio que huir, y para siempre, a las selvas de Vilcapampa.

Muy pocos fueron los huancas que se salvaron en Mayomarca; de la saya de Lurinhuanca, principalmente fueron muertos casi todos. En cambio, los de Jatunsausa sólo tuvieron que lamentar cinco fallecidos (241).

241 Guacrapúcar: 1558, f. 5v.— Cúacrapáucar: 1560, ff. 7v-8r.— Cusichaca: 1561, ff. 48v-49r.

OTRO MATIZ DE LA ALIANZA

Así pasó el tiempo, y cada que un capitán, solo o con acompañamiento de soldados, cruzaba el valle rumbo a cualquier sitio, siempre era recibido amablemente por los curacas huancas. Bondad que no consistía solamente en la posada sino también en la comida, ropa, bebida y cargueros. Así sucedió, en 1540-41 (?), cuando el capitán Rodrigo de Salazar fue de Quito al Cuzco en una oportunidad. Pero, las consecuencias de la alianza, no terminaban aún.

Con el asesinato del marqués, en junio de 1541, para los aliados huancas comenzó otra etapa de su historia entreguista hacia la política española. Desde entonces no iba a ser únicamente ya la proveedora de víveres y de guerreros a los servidores directos del rey de España, sino también iba a ser el refugio de docenas de *leales* que buscaban un escondite seguro de las amenazas y acechanzas de una serie de rebeldes, quienes empezaban a levantarse contra el monarca y contra sus representantes en el Perú. Pero hubo todavía algo más grave para los huancas: los rebeldes saqueaban sus colcas y capturaban a sus hombres y mujeres para llevarlos quién sabe a dónde.

Así fue como, al producirse el asesinato de Pizarro, volaron como un rayo de Lima a Jatunsausa el capitán Rodrigo de Mazuelas, Caravantes y otros. Ellos eran los encomenderos del valle de los huancas, y se venían para estar entre sus tributarios y no andar mezclados en las contiendas civiles que ensangrentaban Lima y luego todo el Perú. En Jatunsausa, como lo acostumbraban los huancas, les dieron comidas y les brindaron comodidades. Mazuelas llegó en compañía de un Salcedo.

El Apo Manco Surichaqui murió el mismo mes y año en que fue asesinado Francisco Pizarro. En el curacazgo de Jatunsausa le sucedió su hijo don Francisco Cusichaca, quien rigió los destinos de su saya hasta después de 1565 (242).

SUCESOS ENTRE 1549 A 1554

En 1539 la provincia de Jauja pertenecía ya a dos ciudades de fundación española: Jatunjauja y Ananhuanca a Huamanga y Lurinhuanca a Lima. Tarma y Chinchaycocha, en cambio, pasaron a depender de la de Huánuco(243). En 1543 los encomenderos eran:

242 Cusichaca: 1561, ff. 5r, 16v, 52v.
243 Vega: 1582, f. 82.

de Ananhuanca, doña Inés Muñoz, viuda de Francisco Marín de Alcántara; de Lurinhuanca, Lorenzo de Aldana; y de Jauja, Gomes de Caravantes y Rodrigo de Mazuelas. De Tarma y de Chinchaycocha continuaba siéndolo Alonso Riquelme(244).

Después del asesinato de Francisco Pizarro, los huancas siguieron colaborando con los españoles para asentar el colonialismo. Contribuyeron, por ejemplo, contra las insurrecciones de Diego de Almagro el Mozo, Gonzalo Pizarro y Francisco Hernández Girón y también en muchas expediciones de descubrimiento y conquista hacia la selva. En las rebeliones de Pizarro y de Girón especialmente tuvieron una participación descollante como espías, cargueros y proveedores de alimentos, guerreros y mujeres. Para muestra he aquí la relación de lo que dieron los de Jatunsausa solamente al pacificador don Pedro de la Gasca en 1548:

Después desto vino el presidente Gasca a estos tambos con gente de guerra e le dieron lo siguiente:

1. *Primeramente trescientas y veinte e una libras de cobre.*
2. *Iten. Le dieron quinientas picas que las tenían hechas con carpinteros indios.*
3. *Iten. Le dieron cuatro mesas con sus bancos.*
4. *Iten. Le dieron seis sillas de caderas.*
5. *Iten. Le dieron once bateas.*
6. *Iten. Le dieron diez palos para toldos.*
7. *Iten. Le dieron ciento e treinta estacas.*
8. *Iten. Le dieron ciento y setenta e tres ovejas de la tierra.*
9. *Iten. Le dieron ocho corderos.*
10. *Iten. Le dieron ciento e cuarenta e un puercos.*
11. *Iten. Le dieron veinte e dos vestidos de cumbi.*
12. *Iten. Le dieron tres frezadas.*
13. *Iten. Le dieron seis mil e seiscientas e diez e seis hanegas de maíz.*

244 Vaca de Castro: 1543, p. 446.

14. *Iten. Le dieron ciento e sesenta e cinco hanegas de quinua.*
15 *Iten. Le dieron ciento e sesenta e siete hanegas de papas.*
16. *Iten. Le dieron sesenta pares de alpargatas.*
17. *Iten. Le dieron treinta paras de ojotas.*
18. *Iten. Le dieron treinta e cinco aderezos de cauallos, jáquimas, cabrestos y cinchas.*
19. *Le dieron doscientas e treinta e ocho ollas grandes.*
20. *Iten. Le dieron mil e duscientos e veinte e cuatro chamelicos y porongos.*
21. *Iten. Le dieron cuatrocientas e sesenta e tres gallinas.*
22. *Iten. Le dieron tres mil setecientos y treinta huevos.*
23. *Iten. Le dieron quinientas e cincuenta e cinco perdices.*
24. *Iten. Le dieron cuatro mil e ciento e diez cargas de leña.*
25. *Iten. Le dieron siete mil e doscientas e treinta cargas de leña menuda.*
26. *Iten. Le dieron seiscientas e treinta e dos cargas de caruón.*
27. *Iten. Le dieron veinte e cinco mil y cuatrocientas y dos cargas de yerua.*
28. *Iten. Le dieron cinco mil e cuarenta e cinco cargas de paja.*
29. *Iten. Le dieron dos mil e treinta e dos cánros de Chicha.*
30. *Iten. Le dieron dos mil e quinientas e diez cargas de fruta.*
31. *Iten. Le dieron ciento e diez libras de sal blanca.*
32. *Iten. Le dieron al dicho presidente doscientas e veinte e cinco cargas de pescado.*
33. *Iten. Le dieron al dicho presidente al tiempo que partió de los tambos para el Cuzco dos mil e quinientos y veinte e seis indios e indias.*

Para sus cargas dellos llegaron hasta Guamanga e otros a Andaguaylas e otros a Abancay y Cuzco y en el valle de Xaquixaguana pelearon cuarenta y tres indios deste repartimiento con los cañares e ingas (245).

En 1548, el año del triunfo de La Gasca sobre Gonzalo Pizarro, Alonso Riquelme seguía siendo encomendero de las dos extensas provincias de Chinchaycocha y de Tarma, de donde recibía tributos de dos mil mitayos o padres de familia. De Jatunjauja continuaban siendo Rodrigo de Mazuelas y Gómez de Caravantes, quienes disfrutaban de 800 tributarios. En Lurinhuanca, Lorenzo de Aldana percibía las rentas de 2,500 cabezas de familia; y en Ananhuanca, Antonio de Ribera —segundo marido de doña Inés de Múñoz—, estaba beneficiado con 1,700 tributarios (246). Pero por cédula del 1º de setiembre de 1548, La Gasca dividió la extensísima encomienda de Alonso Riquelme, concediendo la de Chinchaycocha al capitán Juan Tello de Sotomayor (247).

Terminada esta tercera guerra civil, motivada por el ansia de los encomenderos que tomaron como instrumento político a Gonzalo Pizarro, hacia 1549 la economía ganadera de los chinchaycochanos sufrió mermas considerables. En dicho año el número de cabezas de ganado de llamas y huanacos eran ya escasísimas. Vicuñas y pacos montaraces sólo quedaban en las alturas. El vaivén continuo de las tropas, ya rebeldes, ya leales, cada cual con sus respectivos auxiliares y yanaconas no habían hecho otra cosa que saquear los bienes de producción andinos hasta casi agotarlos (248).

Pronto, en 1549, por disposición de La Gasca los huancas fueron repartidos entre dos órdenes doctrinantes: los franciscanos y los dominicos. Lurinhuanca y Jatunjauja fue dada a los primeros lo mismo que la *provincia de Bombón*. Ananhuanca, en cambio, fue entregada a los dominicos, al igual que gran parte de la provincia de Tarma (249).

Por entonces era provincial de los franciscanos el padre Luis de Oña. Por su recomendación la Iglesia y el convento más suntuoso lo edificaron en el pueblo de *La Purísima Inmaculada Concep-*

245 Cusichaca: 1561, ff. 22r-22v.
246 Anónimo: 1548, p. 222.
247 Salazar Vera: 1963, pp. 58-59.
248 Cieza de León: 1553, cap. LXXXIII.
249 Venido: 1607, pp. 7-8.

ción de la Reina de los Angeles de Achí, cuyo largo nombre fue desde un comienzo abreviado, quedando sólo como *La Concepción*, que actualmente es la capital de la provincia de su misma denominación. Para emprender la campaña de adoctrinamiento católico, los franciscanos se vieron obligados a levantar ocho iglesias y casas más en otros pueblos huancas de su jurisdicción. En dicho año, la *feligresía* indígena de Jatunjauja y de Lurinhuanca estaba calculada en 30,000 personas (250). Lo que indica que merma desmedida del material humano, víctima de epidemias y de alianzas audaces y nefastas.

Por otra parte, fue en Ananhuanca donde una familia de españoles implantaron los primeros obrajes. Sucedió en la década de 1550, en que don Antonio de Ribera el Viejo, el encomendero, instaló uno én Llaxapallanga —o Sapallanga— y otro en La Mejorada (Pilcomayo). Doña Inés Múñoz, su viuda, para dar impulso a su taller, ya que la demanda de ropa era enorme entre la población nativa, quienes la empleaban eminentemente en ritos y ceremonias quemándola o enterrándola con sus muertos, hizo traer de España al maestro tejedor Felipe Segovia Briceño Valderrábano, el que llegó con su hijo, también tejedor de oficio. Dicho *técnico* debió arribar a Sapallanga a fines de 1559; (y en 1565 era ya dueño del obraje de La Mejorada. El que instaló los tornos y urdideras en esta fábrica fue el chupaquino Cristóbal Callavallauri, el que traicionó a sus paisanos delatando la rebelión del Taquioncoy en 1565) (251).

Simultáneamente, para facilitar el tráfico de comerciantes, soldados, funcionarios coloniales y viajeros en general, en la época del primer marqués de Cañete —1552— fue construido un puente de piedra, cal y canto sobre el río Jatunmayo, llamado ya río de Jauja por los españoles, entre un punto equidistante entre Sausatambo y Parco Sus restos, en ruinas, todavía subsisten (252).

Como vemos, poco a poco, los "*conquistadores del Perú*" estaban poniendo bajo su servicio las fuerzas y bienes de producción de sus aliados. Se había iniciado, pues, la etapa del colonialismo español en los Andes.

Por último, en 1554 nuevamente la participación de las tres sayas huancas iba a ser decisiva en la derrota y captura de Francisco Hernández Girón.Tuvieron una actuación tan brillante que merecieron ser inmortalizados por Guamán Poma de Ayala en un di-

250 Córdova y Salinas: 1653, p. 117 y 989.
251 Silva Santisteban: 1964, pp. 139-140.
252 Bueno: 1764, p. 35.

bujo especial. En él se puede ver cómo el Apo Alaya Chuquillanqui, señor de Ananhuanca, asistido por Guacrapáucar, por Cusichaca y otros huancas más, tiene maniatado al insurrecto al igual que a los secuaces de éste que se habían rebelado para afianzar los servicios personales en el Perú. He aquí las palabras del propio Guamán Poma:

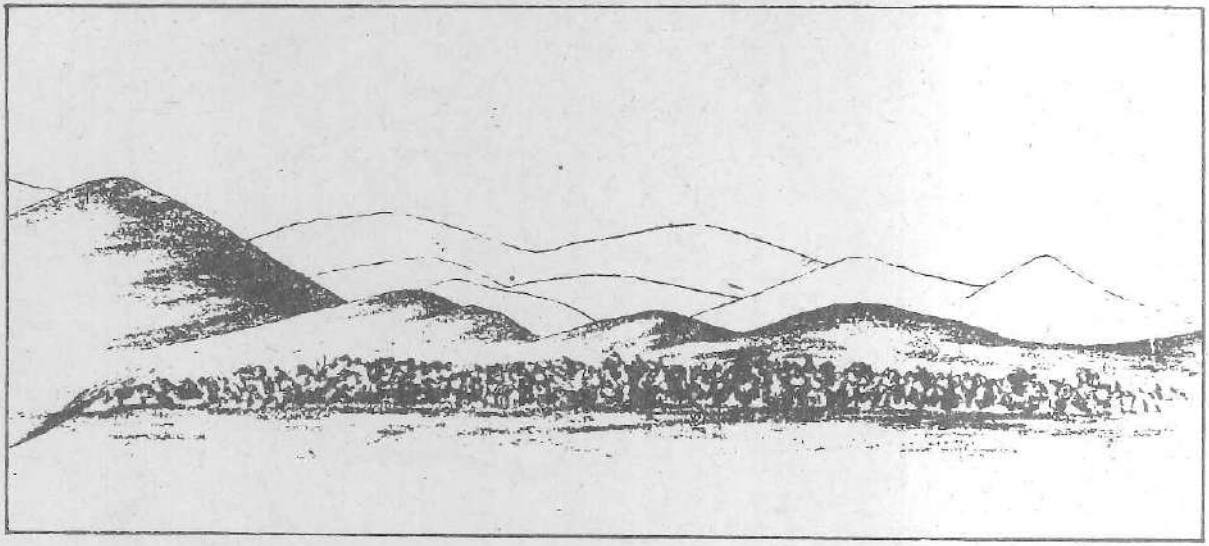
> Fin de la conquista. *Apo Alanya Chuquillanqui, hananguanca; Apo Guacrapáucar, luringuanca; Cusichac, xauxa, prendió a Francisco Hernández Girón con los dichos sus seis capitanes que le halló muy pobre, sin armas ni pólvora ni peloto, questauan en una choza chuclla de llamamichi. Y le prendió como a mujer, se entregó a las manos de los indios guancas del ualle de Xauxa. Y dallí les lleuaron a la ciudad de Los Reyes de Lima. Llegado fue sentenciado a cortar la caueza de Francisco Hernández y a los demás ahorcados y cuartezados. Y se hizo justicia en ellos y lo pusieron las dichas cauezas con los demás traidores y se ejecutó en ellos. Y así se acabó la rebelación contra la Corona Real (253).*

253 Guamán Poma: 1615, ff. 433 y 434.

Los caciques de las tres sayas o distritos de la nación huanca, según un dibujo de Guamán Poma de Ayala (1615).

Cuarta Parte

LAS CONSECUENCIAS



Paisaje de la margen izquierda del Jatunmayo, hoy valle del Mantaro.

LA CONSTANTE FIDELIDAD HUANCA

De lo que los huancas dieron e hicieron a favor de los españoles, no solamente quedó confiado a la memoria. Todo lo apuntaron cuidadosamente en sus quipus en forma tan minuciosa y asombrosa que, en 1558 y en 1561, demostraron no haber *"en ellos fraude alguno"* (254). Pedro de Alconchel, un viejo conquistador y testigo en la *Información*, manifiesta su fe segura en la validez de aquellos cordones anudados, sobre todo cuando se refieren a la contabilidad. Nunca dudó de la certeza y seriedad, porque él mismo lo había examinado y comprobado muchas veces. Casi lo mismo dicen Alejos de Medina y otros españoles, testigos de la mencionada Probanza (255).

Todos los curacas rivalizaron en fidelidad hacia la nación española. Cada uno de ellos se sentía convencido de haber servido más que los otros, con más amor, con más antigüedad, con más fidelidad. Por ejemplo, Guacrapáucar, dijo en 1560:

> *Desde el día que entraron los cristianos en este Reino hasta el día de hoy no ha habido ni hay cacique que haya servido a Su Majestad ni a los cristianos con tanto amor ni que sea tan antiguo en servicios ni tan señalados como [los que] el dicho don Jerónimo (Guacrapáucar) ha hecho e con tanta Felicidad...*
> *No hay cacique en todo este Reino que haya servido a los cristianos con tanto calor ni de tan antiguo [tiempo] (256).*

Y sin embargo de tantos auxilios proporcionados a los españoles desde 1533, año en el que llegó Pizarro, hasta 1554, fecha en la cual fue derrotado Francisco Hernández Girón, los huancas no eran recompensados con privilegio alguno. Ni siquiera se insinuaba, por parte del Gobierno español, para remunerarles tan cuantiosos

254 Cusichaca: 1561, ff. 8v, 59r, 63r.
255 Loc. cit.
256 Guacrapáucar: 1560, f. 10r.

gastos. De lo rancheado o robado, era ya mucho peor. Habían sufrido enormemente; sus pueblos habían sido incendiados en varias ocasiones; sus chacras taladas y sus ganados consumidos, sólo por haber favorecido a los cristianos (257).

Pero el colaboracionismo de los huancas no acabó en 1541 ni en 1554. Continuó a través de la Colonia y de la Emancipación. Los auxilios que los huancas dieron a Canterac, cuando éste trasladó su Cuartel General a Huancayo —desde 1821 hasta el 6 de agosto de 1824— fueron ingentes. Siempre fueron unos fieles cumplidores de su promesa a España: "*fidelidad perpetua*". La fidelidad se acabó el día de la batalla de Junín y cuando Canterac y su ejército huyeron al sur perseguidos por Bolívar, quien ocupó el valle el 12 de agosto de 1824.

Los huancas cumplieron maravillosamente su pacto de *alianza* y de *confederación* con los castellanos. Nunca quebraron la obediencia ni la lealtad al invasor, mientras éste dominó. En medio de una pacificidad asombrosa se dedicaron a obedecer y a servir a los capitanes, a los gobernadores y a los virreyes españoles, siempre y cuando éstos lo hacían a nombre del rey. El celo y la minuciosidad con que atendían a los españoles, sólo es comparable al mismo celo y minuciosidad mostraba por los chachas y cañares, otros célebres aliados del invasor, y de quienes hablaremos y publicaremos sus *Informaciones* en otra ocasión (258).

Los huancas nunca se rebelaron contra los españoles, como sí lo hicieron otros indígenas de diversas provincias. Su pacificidad ante los cristianos siempre fue notoria. La sumisión de ellos frente al invasor era proverbial. Su obediencia a los jefes de la conquista llegó a rayar en la ceguera, pues hacían todo lo que les era mandado y ordenado (259). Las frases más gráficas sobre esta realidad nos las dejó Alonso Pizarro de La Rua. Los huancas dice, son

> *indios que siempre acuden a lo que las justicias de su Majestad les mandan e demás desto son* indios muy domésticos *amigos de españoles a los cuales hacen buen tratamiento pasando por sus tierras e sin hacer agravio a nadie e que no ha oído decir ni tiene otra cosa en contrario (260).*

257 Cusichaca: 1561, ff. 26v, 8r, 62v.
258 Ibid. ff. 8v, 58v, 59v.
259 Ibid. f. 35r.
260 Ibid. ff. 69, 70r.

Por eso, lo que el inca Garcilaso de la Vega escribe respecto a los yanaconas que ayudaron a los españoles en el sitio del Cuzco, podemos muy bien aplicarlo a los auxiliares huancas:

> *Para curar las heridas, como para todas las demás necesidades, fueron de gran provecho los* indios domésticos, *que también traían yerbas para curarlas como para comer; que según al principio dijimos, hay muchos de ellos grandes herbolarios. Viendo esto esto decían los mismos españoles que no sabían qué fuera de ellos según estaban dasamparados sino fuera por el socorro de estos indios que les traían maíz y yerbas, y de todo lo que podían haber para comer y para curarse y lo dejaban ellos de comer porque lo comiesen sus amos, y les servían de espías y atalayas para avisarles de día y de noche con señas y contraseñas de la determinación de los enemigos. Todo lo cual atribuían también a milagro de Dios, viendo que aquellos indios en su misma tierra y contra los suyos propios se mostrasen tan en favor y servicio de los españoles. Demás de la Provincia divina, también es prueba del amor y lealtad que atrás dijimos, que aquellos indios tienen a los que les rinden en la guerra; que como todos estos eran rendidos en ella en las batallas y rencuentros pasados --por su natural inclinación y por su malicia, demás de la voluntad divina— tenían aquella fidelidad a sus amos que murieran cien muertos por ellos (261).*

Pizarro no solamente confió, pues, en la ayuda de Dios ni en su valor, sino, más que todo, en la colaboración de miles de auxiliares indígenas. Españoles e indígenas estaban interesados en derribar el poderío de los incas. Si es que el Imperio, a pesar de toda su potencia, cayó en un instante, se debió al divisionismo interno que lo estaba minando desde hacía tiempo. Para muchos cronistas, el divisionismo principal era el existente entre los dos hermanos pretendientes al trono. Pero ello no es totalmente verdad. Hubo algo más: el divisionismo y la rivalidad profunda entre los grupos étnicos que integraban el Tahuantinsuyu.

Ahora podemos comprender que las jactancias de Hernando Pizarro, respecto a que diez jinetes españoles eran suficientes para

261 Garcilaso de la Vega: 1616. Segunda Parte. Lib. 2o. Cap. 25, p. 126.

destruir un Imperio, son meras baladronadas. Es una de las muchas vanaglorias de los conquistadores. Pizarro en el Perú como Cortés en México, sólo pudieron vencer gracias a las alianzas que pactaron con los señores étnicos (262).

La fama de los huancas, como servidores de los invasores, se hizo tan popular que los españoles muchas veces no necesitaban ver sus obras para creerlas. Los testigos en las *Informaciones* de 1560 y 1561, cada vez que se les hace una pregunta acerca de servicios que no vieron, siempre manifiestan su seguridad frente a ellas. Por ejemplo, Hernando Durán dijo el 11 de octubre de 1561:

> *que cree e tiene por cierto este testigo que los dichos indios del dicho valle de Atunxauxa darían para la dicha Jornada* [*de La Gasca*] *las municiones e armas que tuviesen porque lo tienen de costumbre e lo han fecho todas las veces que se ha ofrecido (263).*

Otra vez, el testigo Francisco Cansino manifestó:

> *que cree e tiene por cierto que los dichos indios del dicho valle de Atunxauxa le darían las picas e comida que la pregunta dice* [*a Celis*], *porque tienen de costumbre los dichos indios de siempre servir muy bien a los servidores e Capitanes de Su Majestad (264).*

Y Ribera el Viejo, declaró en otra ocasión, refiriéndose a una pregunta que le hicieron respecto a los auxilios que los jutansausinos dieron a Vela Núñez: que

> *pasaría como en la pregunta se declara, porque los dichos indios de Xauxa siempre han servido muy bien a los españoles servidores de Su Majestad e se han mostrado muy celosos del Real Servicio (265).*

Y por último, no solamente los jatunsausinos sino "todos los demás indios guancas tenían por amigos a los españoles" asevera Diego de Sandoval, un soldado de Alonso de Alvarado en 1537 (266).

TRATO DADO A LOS AUXILIARES

Los auxiliares y aliados peruanos, entre ellos los huancas, también pasaron las mismas peripecias que sus colegas los mexica-

262 Hernando Pizarro: 1533, V. p. 86.
263 Cusichaca: 1561, f. 34v.
264 Ibid. f. 40v.
265 Ibid. f. 66r.
266 Guacrapáucar: 1560, f. 23r.

nos de Tlaxcala, Texcoco y otros lugares de Mesoamérica. Les destruyeron Jatunsausa, les saquearon el templo de Huarihuillca; pero nada de eso les importaba. La libertad valía mucho más que todo lo malo que los españoles y los cuzqueños perpetraban. Además, Jatunsausa, fundada por los incas, no era nada frente a Tunanmarca, la capital huanca arrasada y despoblada por Túpac Inca. Huancas, cañares y chachas desempeñaron en el Perú el mismo papel que los Tlaxcaltecas en México: pelearon y murieron a favor de los españoles, y como los Tlaxcaltecas, recibieron también algunos privilegios.

Los Huancas, como otras naciones andinas, siempre deseaban servir al rey solamente. En ciertos casos, inclusive dejaban a sus amos por haberse éstos rebelado contra el monarca. Huancas, cañares y chachas no sólo iban tras los españoles cargando armas, víveres y fardos de ropa. Las cuadrillas de auxiliares, cuyo número no bajaba casi siempre de cien hombres, llevaban, asimismo, las mercaderías con las cuales comerciaban los soldados; y en hamacas y en andas conducían a los perros y a las mancebas de los conquistadores. Así deambulaban de Lima a Jatunsausa, y de Jatunsausa a Huamanga y a Huánuco, etc. Como vemos, los gastos y el esfuerzo hecho en auxilio del español, en última instancia no corrieron a cuenta de los curacas, aunque éstos fueron los autorizadores, sino que todo cayó sobre los hombros de los tributarios o trabajadores. Ellos tenían que abandonar a sus familias para acudir tras los cristianos. Las pobres mujeres tenían que ir con sus hijos y con sus trastos sobre las espaldas. Y cuando las comidas se les acababan en los caminos, tenían que caminar con el estómago exhausto. De cada expedición a tierras exteriores retornaban desnudos y hambrientos; y a veces ya ni regresaban. Los españoles explotaban en la forma más cruel a sus más fieles amigos y aliados. Guacrapáucar y Cusichaca lo dicen repetidamente, aunque no para acusar sino para enorgullecer a su pueblo y con ello ganarse las simpatías de Felipe II.

Pero los huancas también, para no ser menos que sus socios los invasores, en las batallas y saqueos no desdeñaban el pillaje. En todos los combates entre españoles, los indígenas auxiliares del bando vencedor, terminado el encuentro, se dedicaban a despojar a los vencidos y también a liquidarlos. En la batalla de Iñaquito, por ejemplo, los auxiliares de Gonzalo Pizarro, observaron dicha conducta. Y ¿qué otro provecho sacaban los auxiliares y aliados

étnicos de las batallas, en las cuales peleaban a favor de los españoles? Pues, muy poca cosa: apenas el unto de los muertos para curar las heridas recibidas en el mismo combate, costumbre que la aprendieron de los cristianos en la batalla de Las Salinas (267).

La acusación que lanzó Diego de Almagro el Mozo, respecto al trato inhumano que los soldados españoles daban a los auxiliares, no es exagerada, porque se halla respaldada por otros informes coetáneos. Los llevaban portando las excesivas cargas, pero encadenados, y a los que se desmayaban por los caminos les cortaban la cabeza, sin quitarles la collera. En las *Informaciones* de los curacas de Jatunsausa se habla del encadenamiento de los auxiliares huancas, aunque no dicen nada acerca de si fueron asesinados. Pero si con los huancas no ocurrió esto último, sí sucedió con otros procedentes de distintas provincias. Almagro el Mozo escribe al respecto:

> *Lo otro digo, que usando las dichas tiranías consentía [Pizarro] a los dichos soldados llevasen indios en cadenas con cargas excesivas, los cuales viendo el aparejo que hallaban de tiranizar e hacer mal en el don Francisco Pizarro, a los indios que se cansaban les cortaban las cabezas por no les quitar las collera; e desta manera quedaban los caminos llenos de hombres muertos, por cuya causa se despoblaron en perjuicio de sus amos, e fue tanta la tiranía e malinidad, que es la mayor lástima y crueldad que jamás se vio ni oyó, e por tal lo acuso (268).*

Por es Cieza de León, la palabra más serena del siglo XVI, quien nos la deja mejor explicada, denunciando y perdonando al mismo tiempo:

> *Querer encarecer los grandes males y daños, insultos e robos, vejaciones e malos tratamientos que a los naturales con estos movimientos se les hacían, es nunca acabar si por orden los hobiese de contar; porque no se ha tenido en más matar indios que si fueran bestias inútiles y que Cristo, nuestro Dios por ellos como por nosotros no se pusiera en la Cruz. Y si los capitanes*

267 Almagro el Mozo: 1540, pp. 304, 335, 345.— Herrera: 1615. Déc. VIII. Lib. IX Cap. XVII.
268 Almagro el Mozo: 1540, p. 278-279.

querían poner algún remedio en evitar tan gran daño no eran parte, porque como en los alborotos e guerras civiles que ha habido, los soldados siempre han ten (d) ido al robo e aprovechamiento e vivir libremente, en queriéndoles corregir se amotinaban, pasándose de un campo a otro, o se quedaban por los pueblos si no les dejaban seguir su propósito. Y, a la verdad, también podremos en alguna manera relavallos de culpa por ser la tierra tan áspera y falta de bestias, que muchos iban a pie por no tener en qué ir a caballo; e también hay algunos despoblados que conviene, por el mucho frio que en ellos hace, llevar tiendas y mantenimientos, y como con moderación esto se hiciese yo no culparía el servicio de los indios. Mas, pues, los lectores conocen lo que yo puedo decir. No quiero sobre ello hablar más, que si uno tenía necesidad de un puerco mataba veinte, que si de cuatro indios llevaba doce; y, hablando más claro, muchos habían que sus mancebas públicas llevaban en hamacas, a cuestas de los pobres indios (269).

Y así transcurrió el tiempo, y poco a poco se fue operando el hecho más decepcionante de la historia andina. Aunque las Ordenanzas y Leyes españolas pregonaban la libertad del indígena y su igualdad con los demás hombres desde el punto de vista cristiano, la verdad es que las nuevas diferencias, siempre a favor del invasor, se tornaban cada vez más irritantes. Como sucede con todas las potencias imperialistas y conquistadoras, las razones materiales que les impelen a realizar estas invasiones armadas, dieron origen a la desigualdad económica profunda entre conquistadores y conquistados. También dio origen a una serie de desniveles y perjuicios raciales, sociales y políticos. Sucede pues que los invasores ordenaron y organizaron el mundo andino a favor, concentrado la propiedad territorial, acaparando cuantiosas fortunas, tomando el control de las posiciones directoras y creando una organización administrativa bajo su mando. Así la división entre españoles e indígenas y la explotación de éstos quedó asentada y hasta legalizada. Desde luego, que de todo este caos, los menos perjudicados fueron los huancas, precisamente porque defendieron parte de su libertad apelando a su alianza con los españoles. Pero de todos modos, la encomienda (1534) y el repartimiento de mitas

269 Cieza de León: 1554d, p. 169.

mineras (1572) quedaron implantados en la nación huanca, gracias a los cuales el robo y la expoliación sentó sus reales en agravio del pueblo que tanta ayuda había brindado a los invasores. Las sayas huancas fueron entregadas a tres encomenderos, cuyas fortunas crecieron ingentemente como consecuencia del trabajo de sus antiguos aliados y a la fertilidad del Valle del Jatunmayo. Los encomenderos pedían los tributos en forma indiscriminada hasta 1549. Y si bien en esta fecha se elaboró la primera tasa tributaria para los huancas, en la práctica, los mayordomos y calpisques, continuaban en gran parte las costumbres implantadas en 1534: obtención de más tributos del señalado.

Sin embargo, el tributo y la mita no eran, por lo menos hasta 1572, las principales causas de la merma del material humano entre los huancas. La asombrosa disminución de los pobladores se debía, preponderantemente, a la alianza que sus curacas celebraron con los españoles. Cieza de León, en 1548 ya se dio cuenta de que la población huanca había disminuído enormemente. La causa, dice, son "*nuestros pecados*"; y los *pecados* eran la fatiga y el abuso a que fueron sometidos en virtud de la alianza. Quince años habían transcurrido desde la conquista, y "falta la más gente dél" asegura el Principe de los Cronistas (270).

Después de la conquista y de las guerras civiles, los huancas, pues, habían disminuído en forma alarmante. He aquí el cuadro: (271).

	TRIBUTARIOS DE:		
Época Incaica. Censo de	Jatunsausa	Lurinhuanca	Ananhuanca
WAINA CAPAC (1520?)	6.000	12.000	9.000
CENSO DE TOLEDO (1572)	1.200	3.500	2.500
DIFERENCIA	4.800	8.500	6.500

Pero ¿la alianza hispano-huanca es en verdad la única causa, para que la población haya bajado, en cuarenta años, en un número de diecinueve mil ochocientos tributarios de dieciocho a cincuenta años? No cabe duda que fue la principal, pero no la única. También se debió a las guerras civiles entre Huáscar y Atahuallpa. Sin embargo, repetimos, la merma casi masiva tuvo su origen en la alianza. En primer lugar, en el ejército de Huáscar se enrolaron

270 Ibid. p. 54.
271 Vega: 1582, p. 82.

a centenares de huancas, los cuales casi nunca regresaron porque sus huesos quedaron en los campos de batalla, sobre todo en la de Yanamarca, que fue una verdadera masacre para los huancas. Pero de todas maneras, la pérdida del material humano no fue tanta.

En cambio, con la llegada de los españoles la disminución de la población huanca se acentuó en forma alarmante. En virtud a la alianza hispano-huanca, desde 1533 hasta 1571, los curacas tenían que proporcionarles centenares y hasta miles de hombres y mujeres, ya en la calidad de soldados, ya en la de yanaconas y también en la de concubinas. La mayoría de todos los cuales ya no regresaban a sus ayllus: fallecían lejos o se quedaban como yanaconas en otras provincias (272). Este sistema duró hasta 1571, año en que el virrey Toledo todavía llevó un escuadrón de huancas al sur del virreinato, a Charcas, para que lo auxiliaran contra los chiriguanas. De allí no volvieron jamás.

Pero veamos otras cosas que nos demuestran que los aliados huancas, a pesar de su gran colaboracionismo, no fueron bien tratados por los españoles, como lo merecían. Cada vez que a los huancas se les solicitaba el *auxilio*, para ellos era el anuncio de una futura crisis social y económica; porque los centenares y hasta miles de cargueros que salían con los capitanes españoles ya no regresaban casi en su totalidad. Quedaban lejos, convertidos en yanaconas de los españoles o muertos en los campos de batalla de las Entradas a la selva. Sin embargo, la tasa tributaria no bajaba, ella se mantenía constante en perjuicio de los que quedaban en el valle, porque tenían que pagarla por muertos y ausentes. Era un gran agravio, sobre todo después de la rebelión de Girón (273).

También desde 1533, los mitmas yauyos de Lurinhuanca dejaron de servir en las mitas de caminos, puentes y tambos. Por orden de su encomendero Antonio Picado, se dedicaron a trabajar y a tributar sólo a este español y a sus herederos. Así permanecieron hasta 1564, año en el que Guacrapáucar alcanzó una cédula real para reparar el daño, previa averiguación. Asimismo, los encomenderos les exigían que las piezas de ropa de cumpi y de abasca del tributo, fueran tejidas con laboriosas figuras y colores. La solicitaban así, porque éstas tenían más salida y por lo tanto mejor precio en el mercado indígena. Era un trabajo arduo el de tejer ropa con figuras de colores; pero tenían que darla ante las amenazas bestiales de los encomenderos, sobre todo del de Lurinhuanca (274).

272 Loc. cit.
273 Loc. cit.
274 Real cédula. Monserrate, 31-I-1564. AGI. Lima, 569. Lib. 11, f. 116v.

Hasta 1564 los encomenderos del valle habían organizado e implantado haciendas ganaderas, principalmente de vacunos, ovejunos y porcinos. Los terrenos para los pastos los adquirían apropiándose de las tierras que habían sido del Estado Inca, de la religión y hasta de los particulares. El transtorno introducido por los encomenderos causaba conflictos con los indígenas, porque éstos no cosechaban todo lo que sembraban, ya que las ovejas y vacas de los encomenderos se metían en sus chacras. Muchas veces el ganado de los encomenderos arrasaba los productos sembrados en los terrenos comunales, en donde cosechaban para el pago de la tasa. En esa forma, los huanças tenían que comprar el trigo y el maíz que tenían forzosamente que dar al feudatario. El desorden social se agudizaba cada vez más en el valle de Huancamayo. Mientras que centenares de hombres y mujeres salían y no retornaban jamás, otros forasteros de provincias colindantes llegaban en grandes multitudes. Venían porque en tierra ajena, en calidad de foráneos, eran liberados de mitas y de servicios personales, venían para pagar menos tributos. Pero éstos llegaban, y unos se hacían de tierras y otros no, pero en general pagaban un tributo inferior al de los originarios (275).

Don Jerónimo Guacrapáucar, en Tuna o Tunán mandó levantar una iglesia dedicada al santo de su devoción: San Jerónimo. Para construirla, el viejo curaca ordenó que los lurinhuancas proporcionaran su trabajo, cuya paga consistente en comida y chicha, corrió a cargo del mismo Guacrapáucar. De manera que, según los patrones culturales del valle, fue Guacrapáucar quien costeó el edificio. También a cargo de él corrió la compra de ornamentos e imágenes, especialmente una, la de San Jerónimo, talla de madera del Siglo XVI que aún existe. Justo la iglesia de San Jerónimo fue levantada por Guacrapáucar en un terreno que él donó en Tuna. Lo que fue motivo para que los franciscanos que los doctrinaban dieran el nombre de San Jerónimo de Tuna o Tunán al pueblo cabecera de Lurinhuanca. La iglesia, por consiguiente, siempre fue considerada propiedad del curaca, hasta que un buen día los misioneros franciscanos se apropiaron de ella, la hicieron iglesia parroquial y a sus terrenos y cuartos adyacentes los erigieron en convento. Y para colmo de arbitrariedades, prohibieron que en ella se enterraran difuntos lurinhuancas si antes no pagaban un grueso emolumento por derechos de entierro. Así correspondieron los franciscanos la comida, la acogida y posada que les brindaba don Jeró-

275 Real cédula. Monserrate, 31-I-1564. AGI. Lima, 569. Lib. 11, ff. 113v-114r.

nimo Guacrapáucar (276).

Mientras tanto Lorenzo de Aldana, primer encomendero de Lurinhuanca, saqueaba y robaba a sus anchas en el valle. Cosa general y común y además fácil en el Perú por lo menos hasta 1549, año hasta el cual los encomenderos cobraron el tributo sin tasa ni medida. Por cierto que Aldana, antes de morir se arrepintió y quiso restituir a los lurinhuancas lo malhabido. En tal sentido, por disposición testamentaria, donó "*en pago*", cierta cantidad de ganado ovejuno y de dinero en efectivo. Los dejó como bienes comunales, para que con su renta pagasen el tributo. Pero pasó el tiempo, y los que se aprovecharon del legado fueron los doctrineros franciscanos de Lurinhuanca. Ellos se adueñaron y explotaron aquellas rentas. Más, éstos nunca se arrepintieron y, por lo tanto, no tenían intención de restituirlas jamás (277).

LAS PRIMERAS ACLARACIONES

Los huancas estaban convencidos que la conquista sólo fue posible gracias a la alianza que ellos celebraron con Pizarro, alianza que se mantuvo firmemente casi a través de toda la colonia, más que todo hasta 1666. Los gastos que demandó la asistencia, hasta 1541, los huancas los habían efectuado como consecuencia de la alianza con Pizarro pero una vez asesinado éste, los desembolsos los comenzaron a realizar por autorización de los gobernadores, virreyes y audiencias. Don Jerónimo Guacrapáucar reclamó una vez en 1554, previa presentación de cuatro *pedimentos* los cuales contenían la relación de los gastos, pero la respuesta fue someterlo a consulta del Consejo de Indias. Y ahí quedó todo. Por eso, los tres curacas principales de la nación huanca, inmediatamente de la derrota de Hernández Girón, se preocuparon por escribir al rey de España, dándole a saber sobre la cooperación de las tres sayas en la derrota definitiva de los gironistas. En resumen le manifestaron en uno de sus memoriales:

> *que los dichos indios [huancas] de las tres parcialidades le siguieron y pelearon muy bien, y fueron gran parte para que el dicho Francisco Hernández y otros secases suyos fuesen presos (278).*

276 Real cédula. Monserrate, 31-I-1564. AGI. Lima, 569. Lib. 11, ff. 114r-114v.

277 Real cédula. Barcelona, 7-II-1564. AGI. Lima, 569. Lib. 11, ff 123r-123v.

278 Real cédula. Barcelona, 7-II-1564, AGI. Lima, 569. Lib. 11, f. 112r.

Se debe a este primer reclamo para que la princesa-gobernadora, por real cédula dada en Valladolid el 5 de setiembre de 1555, ordenara hacer a los huancas toda clase de mercedes, siempre y cuando éstas pudieran ser hechas. El Consejo de Indias determinó que el premiarlos era una medida de justicia. En fin, pues, la princesa-gobernadora de España y de Las Indias recomendó en forma muy especial a la Audiencia y a los virreyes del Perú, para favorecer, galardonar y dar privilegios a los huancas de las tres parcialidades. Toda gratificación, dispuso, debía hacerse como recompensa y premio a la ayuda prestada para derrotar a Francisco Hernández Girón. El Consejo de Indias, por otro lado, y la misma princesa-gobernadora, pidieron un informe detallado acerca de la alianza huanca, pormenorizando los méritos de cada una de las parcialidades. En España ya, el mencionado Consejo de Indias determinaría cuál de las sayas aparecería como la más benemérita, para, de conformidad a esa realidad, dispensarles las prerrogativas "*en pago de ello*" .Todo esto, sin perjuicio de las mercedes que con anterioridad les hubieran otorgado las Audiencias y los virreyes del Perú (279).

Sin embargo, la cédula de Valladolid, aunque llegó a Lima no fue cumplida en todas sus partes. No obstante de haberse escrito los informes en 1558, no se otorgó ningún pago ni retribución. Por eso, en aquel año, los tres curacas huancas volvieron a reclamar. Los señores de Jatunsausa y de Ananhuanca, mediante apoderados especiales, presentaron a la Audiencia unas *Memorias* que contenían los gastos realizados por los huancas en la guerra de Hernández Girón. Habían sido víveres, ganados y armas que dieron por orden de los oidores, de Meneses, de Portocarrero, de Juan Tello y de Juan de Mori, previa promesa de pago. El curaca de Lurinhuanca, en cambio, exhibió su *Memoria* pormenorizando los gastos desde 1533, año en que llegó Pizarro. Pero él, como los otros señores huancas, solamente pedía la restitución de lo desembolsado durante la rebelión gironista. Por consiguiente, solicitaron la tasación y el pago de ello. Pero los oidores en su fallo del 15 de julio manifestaron no poder resolver nada mientras el rey y el Consejo de Indias no contestaran a una consulta que le habían hecho al respecto. Los tres curacas eran don Jerónimo Guacrapáucar, de Lurinhuanca; don Cristóbal Alaya, de Ananhuanca; y don Alvaro Cusichaca, de Jatunsausa. Los apoderados fueron tres huancas de

279 Real cédula. Valladolid, 5-IX-1555. AGI. Lima, 567. Lib. 8, ff. 105v-108r.

sus repectivas sayas: don Alonso, don Pedro y don Gaspar (280).

Como los años continuaron pasando y llegó el de 1560, y aún no obtenían ningún privilegio por los servicios prestados para destruir a Girón, los tres curacas huancas decidieron hacer, ante la Audiencia de Lima, sendas *Informaciones* sobre el apoyo dado a los españoles, desde 1533 hasta 1554. Con ellas meditaban viajar a España para pedir la justa recompensa. Uno de los primeros en arribar a Lima, para tal objeto, fue don Felipe Guacrapáucar, quien hizo las gestiones en nombre de su padre, el viejo don Jerónimo Guacrapáucar. Fue entre el 21 y el 26 de agosto de 1560. Después, en 1561, la realizó don Fancisco Cusichaca, curaca de Jatunsausa. No sabemos la fecha exacta en que debió ser redactada la *Información* de Ananhuanca, porque ésta se ha extraviado, pero es posible que haya sido también en aquellos años.

EL VIAJE A ESPAÑA. LOS PRIVILEGIOS

Terminadas las *Informaciones*, Cusichaca y Apo Alaya escribieron sendas cartas a Felipe II, adjuntando a ellas las copias autorizadas de sus respectivas *Probanzas*. Cusichaca y Apo Alaya no viajaron a España; no debió ser por falta de dinero, porque ambos eran ricos, sino por asuntos personales que desconocemos; quizá porque no hablaban bien el castellano. Esa debió ser la causa para que en Lima encargaran a don Felipe Guacrapáucar sus *Informaciones* y *pedimentos* para llevarlos al rey. En cambio, don Jerónimo Guacrapáucar, curaca de Lurinhuanca, decidió el viaje de su hijo don Felipe. Felipe Guacrapáucar navegó a España en 1562 o 1563, llevando la *Información* sobre los servicios de su padre y de su parcialidad, y también, por encargo de Cusichaca y de Apo Alaya, las de Jatunsausa y Ananhuanca. Su intención era presentarse ante el mismo Felipe II, con el único fin de:

> *dar [le] noticia de los grandes y señalados servicios que don Jerónimo su padre hizo a Vuestra Majestad.*

en el Perú, gracias a cuyo socorro fue posible el sometimiento del Imperio de los Incas al yugo del Imperio español. Cusichaca parece que era menos ambicioso que don Felipe Guacrapáucar. Poco fue lo que pidió a Felipe II: 1) Adjudicación de la encomienda de Jatunsausa al rey, después de la muerte del último encomendero.

280 Guacrapáucar: 1558, ff. 1r-2r.

2) Liberación total de tributos al curaca-principal de Jatunsausa y a su descendencia. Se cuidó de no solicitar la exención para los curacas de huaranca ni de pachaca. 3) La realización de una *revisita* y de una *retasa*, debido a que la realidad geo-económica había variado desde 1549 año en el que se la hizo por primera vez. 4) El privilegio especial para que los curacas de la saya de Jatunsausa ocuparan siempre los lugares más preeminentes en la procesión de Corpus Christi y en los demás actos públicos. 5) Liberación total, para los jatunsausas, de las mitas de tambos y domésticas cumplidas en Lima. 6) Adjudicación integral de los tambos de Jatunsausa y de Julca a la comunidad de Jatunsausa. 7) Una cédula especial para que los curacas de su saya pudieran recoger y retornar a sus pueblos a los indígenas huídos o que salieron en misión política y no volvieron jamás. Y 8) Una restitución justa, previa tasación, de los gastos que habían hecho en beneficio de la Conquista y de la corona real de Castilla, desde 1533 a 1554. Pero don Francisco Cusichaca era previsor. Pensó que pedir el pago de todo era verdaderamente utópico. Por eso reclamó solamente que la devolución comprendiera, por lo menos, desde los gastos realizados a partir de la llegada de La Gasca, en 1547. Posiblemente porque, desde aquella fecha, sus desembolsos fueron mucho más crecidos que los anteriores (281).

Don Felipe Guacrapáucar salió, pues, rumbo a España. Fue llevando la *Información* de su saya de Lurinhuanca y las de sus colegas de Ananhuanca y de Jatunsausa. Viajaba decidido a obtener mercedes y privilegios. Iba convencido de que el rey jamás esquivaría a sujeto de tantos quilates y porque llevaba el mensaje de una de las naciones andinas más leales a España.

En España ya, don Felipe olvidó a sus colegas de Jatunsausa y de Ananhuanca. Todas sus preocupaciones y andanzas se dirigieron a demostrar los méritos y servicios del viejo curaca-principal de Lurinhuanca, a cuya saya y etnía pertenecía don Felipe. Y, en un acto de evidente egoísmo y personalismo, apenas entregó al Consejo de Indias la carta escrita al rey y la *Información* de Cusichaca. En cambio, la de Apo Alaya la escondió, y no se sabe qué fin le dio. Es posible que la haya destrozado, porque nunca fue entregada al Consejo de Indias. Hecho que nos sugiere que los servicios de los auxiliares y aliados de Ananhuanca debieron ser superiores a los de Lurinhuanca y a los de Jatunsausa. Debió esconderla, para evi-

281 Cusichaca: Carta-prólogo a su información de 1561.

tar que los Apo Alaya consiguieran las mejores recompensas. He ahí la razón de porqué don Felipe Guacrapáucar regresaría de España cargado de mercedes, incluso con un Escudo de Armas.

En España, don Felipe Guacrapáucar presentó la carta y la *Información* de su padre, las que fueron leídas por los ministros del Consejo de Indias. Como recompensa al gran auxilio dado por su padre y por su saya de Lurinhuanca, pidió las siguientes cosas: 1) Título de alcalde mayor del Valle de Jauja. 2) Título de encomendero del repartimiento de Lurinhuanca, por una vida según parece. 3) Declarar a Lurinhuanca encomienda del rey, después de su fallecimiento por cierto. 4) Facultad para nombrar anualmente dos alcaldes ordinarios, dos regidores y un alguacil, con jurisdicción civil hasta la cantidad de doscientos pesos, y en lo criminal para hacer informaciones y apresar delincuentes para su remisión a Lima. 5) Título de propiedad, para él y para sus descendientes, de todas las tierras baldías y sobrantes de la Comunidad de Lurinhuanca, con facultad para disfrutarlas y arrendarlas (282).

Como vemos, don Felipe Guacrapáucar se había olvidado ya de sus coterráneos de Ananhuanca y de Jatunsausa. Para comprobar sus asertos exhibió al rey su *Información*, donde muy nimiamente constaban los servicios de su padre, desde 1533 hasta 1554. Su propósito era de los servicios de los Guacrapáucar y de los lurinhuancas no descaecieran jamás de la memoria histórica del Imperio español. Le preocupaba que algún día pudiera olvidarse que se debió a don Jerónimo Guacrapáucar el triunfo de los españoles sobre los incas. Y, desde luego, de paso, quería también obtener algunas recompensas materiales y formales para acrecentar el prestigio señorial de su persona (283). Los del Consejo de Indias, al informar al rey acerca de los grandes gastos y decisiva ayuda hechos por Lurinhuanca a favor de los castellanos, desde 1533 hasta 1554, dieron su opinión favorable para agraciar con privilegios de carácter económico y heráldico. En tal sentido, Felipe II, en una cédula fechada y firmada en Monzón el 26 de setiembre de 1563, autorizó asignar a don Felipe la renta de seiscientos pesos anuales, de por vida. Asimismo, ordenó dar y asignarle en la circunscripción de Lurinhuanca algunas extensiones de tierras, en calidad de propias, para dedicarlas a la labranza. Los seiscientos pesos debían sacarse del primer repartimiento indígena que vacara en el Perú.

282 Guacrapáucar: Carta-prólogo a la información de 1560.
283 Loc. cit.

Como se ve, el primer triunfo de don Felipe Guacrapáucar en España no fue en beneficio de su abnegado padre ni de los ayllus de su saya, los verdaderos perjudicados con la alianza hispano-huanca. Todo fue en beneficio suyo. Pero una cosa le denegaron, ésta y todas las veces que lo pidió: convertirlo en encomendero de Lurinhuanca (284).

Luego don Felipe Guacrapáucar, el 31 de enero de 1564 consiguió siete cédulas reales más en beneficio propio. En primer lugar, logró autorización para poder buscar libremente los tesoros escondidos por sus antepasados. Mejor dicho, alcanzó licencia para catear minas y excavar tumbas y huacas de la antigüedad andina. Se comprometió a pagar al rey los quintos ordenados por ley. Otra merced que logró don Felipe, el 31 de enero de 1564, fue para que los mitmas yauyos que vivían en el Huancamayo, y principalmente en Lurinhuanca, volvieran a mitar en los tambos, caminos y puentes de la región como lo habían hecho en la época de los incas. Lo que no pudo obtener fue que los mitmas yauyos fueran incorporados y tasados como tributarios suyos. Pues aunque el rey ordenó realizar una averiguación al respecto, la Audiencia de Lima dictaminó en el sentido de que dichos mitmas pertenecían a la provincia de Yauyos y no a la de Los Huancas. Tampoco pudo sacar autorización para que los mencionados mitmas, de no ser considerados como tributarios suyos, fueran echados del valle (285).

Tanto era el egoísmo, la egolatría y la envidia de don Felipe Guacrapáucar que, en España, hasta falseó la verdad. Se hizo pasar como curaca principal de Lurinhuanca; cuando, en realidad, el liderazgo titular pertenecía a don Jerónimo. Mintió también cuando pretendió engañar al Consejo de Indias de que los mitmas yauyos habían estado bajo el dominio de los Guacrapáucar en la época del Imperio Inca. Y como si hubiera sido un hijodalgo español, aunque en el mundo andino sí lo era, Guacrapáucar conquistó el privilegio de ser encarcelado, en caso de delinquir, en el Cabildo de cualquier pueblo o ciudad, y no en las prisiones públicas. Así consiguio un honor propio de los nobles castellanos. Así se precavió del agravio y afrenta que podría recibir al ser metido con delincuentes comunes. También alcanzó una cédula que ordenaba estudiar y resolver el problema creado por los *forasteros* radicados en el valle, ya que éstos, a pesar de tener tierras no tributaban como los huancas. Don

284 Real cédula. Monzón, 26-IX-1563, AGI. Lima, 568. Lib. 10, ff. 446r-446v.

285 Real cédula. Monserrate, 31-I-1564. AGI. Lima, 569. Lib. 11, ff. 111v-112r.

Felipe pidió igualarlas la tasa, o en su defecto devolverlos a sus territorios de origen (286).

Otra real cédula que obtuvo fue la del 7 de febrero de 1564, por la cual se ordenó y obligó a los doctrineros franciscanos de San Jerónimo de Tunán, para que enterraran gratis a los difuntos de Lurinhuanca. Fue el mismo día que, en una segunda cédula, se ordenó a la Audiencia de Lima, para hacerles justicia a los lurinhuancas, devolviendo a la Comunidad el ganado y el dinero que les había legado su encomendero Lorenzo de Aldana, que lo estaban usufructuando los franciscanos (287).

Otro punto importante que don Felipe logró fue una cédula del 31 de enero del mismo año, para que los lurinhuancas sacados y llevados por los españoles a la fuerza o como resultado de la alianza, a diversas regiones, y que habían quedado en otras provincias, fueran traídos de nuevo al Valle. Esta cédula fue muy importante, porque de otra manera era imposible el retorno, ya que los españoles de Charcas y del Cuzco, que los habían convertido en yanaconas, no consentían el regreso. Sin embargo, la cédula dejó una salida para su incumplimiento: autorizó la vuelta solamente de aquellos que lo desearan. Y, por cierto, que casi nadie quería, porque en tierras lejanas, en calidad de yanaconas, sus amos les pagaban el tributo, y en condición de agregados y forasteros, abonaban un tributo mucho menos que en sus tierras de origen. Pero en Barcelona, mediante la real cédula del 14 de marzo de 1564, se amplió y se rectificó la del 31 de enero referente a los huancas ausentes del valle de Lurinhuanca. Se ordenó a la Audiencia de Lima para que compulsivamente obligara a los ausentes a regresar a sus ayllus. En caso contrario dispuso disminuir la tasa del curaca don Jerónimo Guacrapáucar (288).

Otra cosa lograda por don Felipe Guacrapáucar, fue la real cédula autorizando a los huancas de Lurinhuanca, y obligando al encomendero del mismo, dar y recibir, respectivamente, la ropa del tributo, en tejido bueno pero sencillo, es decir, sin adornos ni colores (289). Pero uno de los triunfos más importantes de don Felipe, porque ello iba a redundar en la historia social del valle del Jatun-

286 Real cédula. Monserrate, 31-I-1564, AGI. Lima, 569. Lib. 11, ff 112r. 112v. 114r. 114v. 115r. 115v.
287 Real cédula. Barcelona, 7-II-1564, AGI. Lima, 569. Lib. 11, ff. 112r. 123r. 123v.
288 Reales cédulas. Monserrate, 31-I-1564, AGI. Lima, 569. Lib. 11, ff 113v.— Barcelona, 14-III-1564, AGI. Lima, 569. Lib. 11, f. 141v.
289 Real cédula. Monserrate, 31-I-1564. AGI, Lima, 569. Lib. 11, ff. 113v. 114r.

mayo hasta hoy, es una real cédula del 31 de enero de 1564. Se refiere a la supresión y prohibición de haciendas en el valle que ahora llamamos del Mantaro. Sin embargo, la razón que se adujo para ello no fue la alianza hispano-huanca, sino el abuso de los encomenderos, quienes, a pesar de recibir una buena cantidad de tributos, usurpaban las tierras y hacían trabajar en ellas a los indígenas. La prohibición se refiere a las haciendas ganaderas, las únicas que implantaron los encomenderos en aquella época (290). Otro documento manifiesta la inconveniencia de repartir tierras a los españoles, para formar haciendas en el valle del Huancamayo, debido a la escasez de ellas y a lo superpoblado de la región (291).

EL ESCUDO DE ARMAS

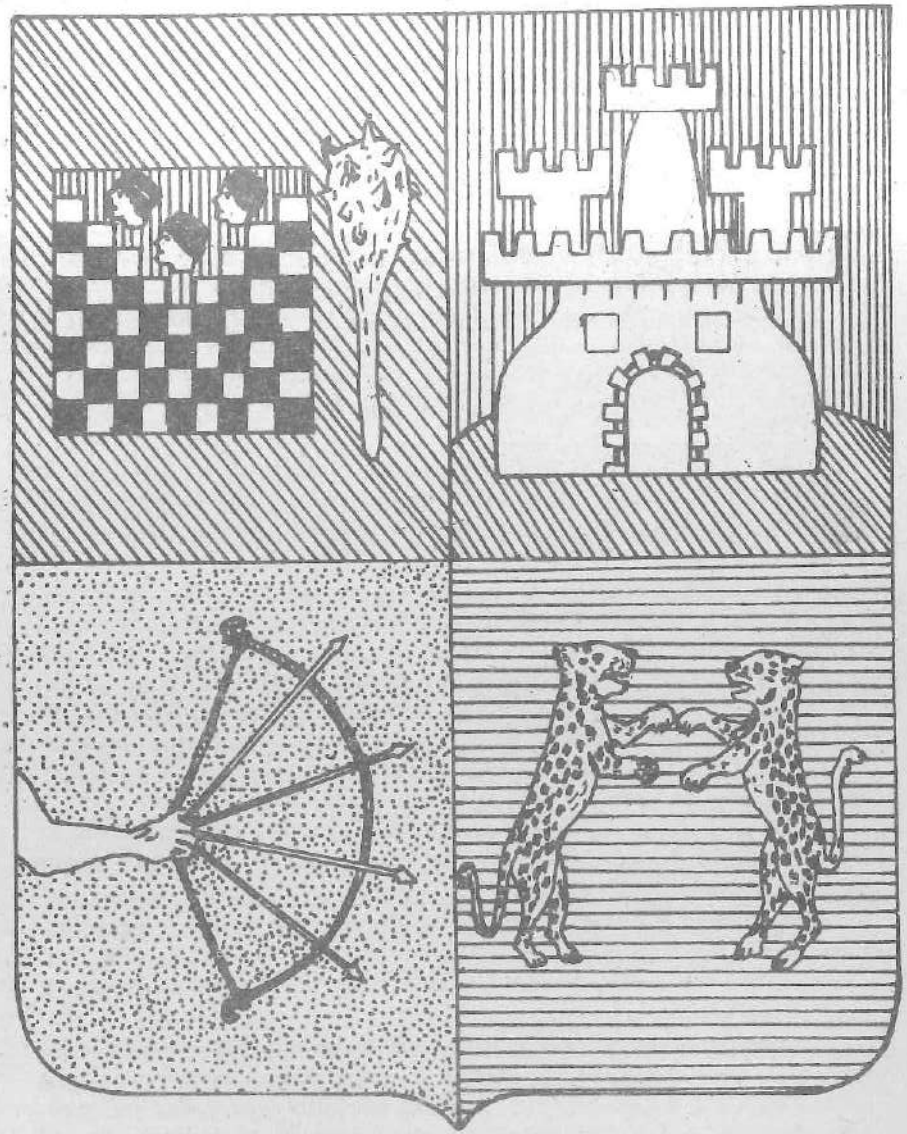
Empero, de todo lo conseguido por don Felipe Guacrapáucar en España, nada debió llenarle de más satisfacción personal, de acuerdo a la mentalidad social de su tiempo, que el Escudo de Armas que el mismo Felipe II acordó dispensarle. Fue un blasón, en cuyos colores, figuras y metales quedaba "perpetua memoria" de los grandes servicios prestados por los curacas y los pobladores de la saya de Lurinhuanca y de toda la nación huanca. Servicios y alianza sin los cuales Pizarro habría tardado mucho tiempo en destruir el poderío del Cuzco. Tan brillante bondad y lealtad mostrada por Lurinhuanca en servicio de los españoles, fidelidad nunca mermada desde entonces, merecía la más plausible honra para los descendientes de ese don Jerónimo Guacrapáucar, que juraban y rejuraban seguir el ejemplo de su antepasado entreguista a España.

Aquel galardón tan importante, tan codiciado por la totalidad de los conquistadores, pero en verdad muy pocos lo conseguían, fue, pues un Escudo de Armas. ¡Un Escudo de Armas para don Felipe Guacrapáucar y para la saya de Lurinhuanca! Pero, en realidad, un Escudo de toda la nación huanca, porque allí está bien resumida y brillantemente representada la alianza y la confederación hispano-huanca.

El Escudo fue otorgado mediante una real cédula firmada por Felipe II en Barcelona, el 18 de marzo de 1564. Allí autoriza que su campo esté dividido en cuatro partes: 1) En la primera, en la alta de la mano derecha, hay como figura un broquel o adarga en forma cuadrada, jaquelada de plata y negro. En la mano derecha

290 Real cédula. Monserrate, 31-I-1564, AGI Lima, 569. Lib. 11, ff. 114r. 114r.

291 Auto de la Real Audiencia. Lima, julio de 1565. Archivo Flores de Jauja.



El escudo que concedió el rey Felipe II a solicitud de don Felipe Guacrapáucar, cacique de Lurinhuanca. Allí se representa y simboliza toda la alianza hispano-huanca (1564).

de esta figura cuadrada un campo colorado, el cual viene haciendo una punta en medio. En este campo colorado las tres cabezas cortadas de orejones cruzqueños. Luego, junto a la adarga jaquelada, una porra de color natural, es decir, de madera. Todas estas figuras, descansando sobre un campo verde. 2) En la segunda parte o cuarto, ubicado en la parte alta de la mano izquierda, como figura hay un castillo de plata sobre un campo rojo; pero el castillo descansando sobre un campo verde. 3) En el tercer cuarto o cuadro, ubicado en la parte de abajo y hacia la mano derecha, como figura hay un brazo desnudo de un huanca empuñando un arco y cuatro flechas, de color natural. Todo sobre un campo de oro. 4) Y por fin, en la cuarta y última parte, dos jaguares o tigres americanos, puestos en salto, o sea de pie, ambos de color natural y peleando el uno contra el otro. Todo descansado sobre un campo azul (292).

Cada figura, metal y color tienen un significado. Cada uno de ellos resumen la historia de la alianza hispano-huanca, desde 1533 hasta 1554, y que los curacas prometían mantenerla constante e invariable para siempre jamás.

La adarga jaquelada no es sino un escudo de cuero jaquelado, con el cual los huancas defendieron sus cuerpos en su lucha contra los incas de Quito y del Cuzco. La porra simboliza el arma poderosa con la que los huancas ampararon a los españoles, dando cumplimiento a la alianza. Las tres cabezas cortadas, son las de tres orejones o auquis del Cuzco, capturados y muertos en las batallas en que los huancas derrotaron a los capitanes de Manco Inca. Son en realidad, las tres cabezas que los embajadores de los curacas huancas entregaron a Pizarro en 1539. El campo verde significa la más profunda y pura fidelidad profesada por los huancas a favor de los castellanos.

El castillo de plata sobre el fondo rojo eterniza la confederación de los huancas con el reino de Castilla, confederación que descansa sobre un campo verde, o sea el color de la más constante y auténtica fidelidad.

El brazo desnudo, no es sino uno de los miles de brazos huancas, que arrojaron armas a diestra y siniestra contra los enemigos de los aliados. Y por fin, los jaguares en salto y en plena pelea representan el enfrentamiento valiente, vigoroso y decisivo de los huancas contra los enemigos del rey de España: Quisquis, Manco In-

292 Real cédula. Barcelona. 18-III-1564. Paz y Melia: 1892, pp. 272-273. Cúneo-Vidal: 1925, pp. 139-140.

ca, Almagro el Mozo, Gonzalo Pizarro y Francisco Hernández Girón.

García Garrafa, en términos heráldicos, describe al Escudo alcanzado por don Felipe Guacrapáucar, con las siguientes palabras:

> *Escudo cuartelado. 1º de sinople, con una especie de broquel o adarga jaquelada de plata y sable, que tiene en su parte superior un triángulo de gules, con tres cabezas de indios al natural, puestas dos y una, y que está adiestrada de una porra de guerra de su color. 2º de gules, con un castillo de plata, terrasado de sinople. 3º de oro, con un brazo desnudo moviente del flanco diestro, que tiene en la mano un arco con cuatro flechas de su color. 4º de azur, con dos tigres al natural rampantes y afrontados (293).*

Don Felipe Guacrapáucar regresó al Perú en 1565. Llegó a Tuna lleno de presunción y recargado de mercedes sólo para él. ¿Qué cuenta daría a los curacas de Jatunsausa y de Ananhuanca? No lo sabemos pero debió darles razones de peso, falsas por cierto, porque los Cusichaca y los Apo Alaya no volvieron a reclamar nada.

Como hemos visto, las recomepensas fueron más de carácter local y personal y no de índole territorial en general. Unicamente el curaca-gobernador y los habitantes de Lurinhuanca fueron los beneficiados. Sin embargo el Escudo de Armas es un blasón para toda la nación huanca, ya que en sus figuras, colores y metales se representó, a perpetuidad, la historia de la alianza hispano-huanca desde 1533 hasta 1554. Otra cosa que no debemos olvidar es esa real cédula que prohibía la implantación de latifundios en el territorio de los huancas. Es sin duda el mejor galardón ya que a raíz de ella, nadie pudo implantar aquí las servidumbres feudales y personales.

LOS GUACRAPAUCAR DE TUNAN

Don Jerónimo Guacrapáucar era un hombre de gran personalidad. Su prestigio como buen administrador y gobernante de su saya de Lurinhuanca era notorio en todo el valle y aún en Lima. Tenía fama de prudente y sabio, piadoso y caritativo, de amigo y gran servidor de los españoles. Se cuenta que en 1559, el visitador Damián de la Bandera hizo un arancel fijando los precios de los productos indígenas que se vendían en los tambos del valle, con el objeto de evitar los continuos robos cometidos por los viajeros

293 García Garrafa: 1931. T. 39, pp. 120-121, 139-140.

españoles. Y se afirma que don Jerónimo arrastrado por su gran amistad hacia los invasores, dispuso su incumplimiento. El ordenó no venderles, sino regalarles todo lo que pudieran a los conquistadores. Así fue como logró el mote de caritativo (294). Don Jerónimo Guacrapáucar gobernaba como curaca principal a los lurinhuancas desde mucho antes que llegara Francisco Pizarro. Por aquel entonces se le llamaba el Apo Manco Guacrapáucar. Pero un sacerdoce español, que parece fue Fray Vicente de Valverde, al bautizarlo en 1533 o quizá en 1534, le llamó Don Jerónimo. El residió siempre en el pueblo de *Tuna*, y en 1565 aún estaba vivo.

Don Felipe Guacrapáucar era uno de los muchos hijos del Apo Manco Guacrapáucar. No sabemos si primogénito o segundón, pero sí conocemos que él no era el heredero del Curacazgo de Lurinhuanca. Sobre Felipe Guacrapáucar tenemos más datos biográficos que acerca de don Francisco Cusichaca. Nació en *Tuna*, y cuando llegaron los españoles era todavía un niño. El capellán del ejército invasor lo cristianizó, hacia 1534, y le dieron el nombre de don Felipe. Adolescente ya, se casó con una hermosa mujer de la misma parcialidad. Su matrimonio fue celebrado según los ritos de la iglesia católica. Fue educado por los misioneros franciscanos de Lurinhuanca, quienes le infundieron un profundo amor a Dios y a los doctrineros españoles. Por eso, en todas las visitas que se hicieron en Lurinhuanca, siempre salió con su reputación bien parada. Su cristianismo era tan grande que llegó a rayar en el fanatismo. Se cuenta que a los lurinhuancas que hallaba haciendo el servinacuy, los hacía castigar severamente, obligándolos a casarse por la iglesia católica (295). Al regresar de España y al morir su padre, hacia 1565, fue nombrado curaca-gobernador de Lurinhuanca, es decir, curaca interino, mientras el titular reunía los requisitos legales para tomar la posesión del cargo.

Don Felipe regresó al Perú en 1565, para vivir nuevamente en su tierra de *Tuna*. Precisamente cuando el virrey Toledo pasó por el valle del Huancamayo, haciendo su visita general, en 1570, don Felipe Guacrapáucar fue denunciado por Rodrigo Cantos de Andrada ante el virrey. Fue acusado de ser el tipo más pleitista de la región, motivo por el que a todos sus lurinhuancas los traía ocupados en ir y venir de Lima: viajes y juicios en los cuales gastaba las rentas comunales y aun las particulares de los huancas. El doctor Loarte, alcalde de Corte, fue quien vio el proceso.

294 Guacrapáucar: 1560. f. 10v.
295 Ibid. f. 15r.

El resultado fue una sentencia tremenda para don Felipe: destierro del valle por diez años a una ciudad o villa de españoles, en donde no debía realizar ninguna querella judicial contra nadie ni a favor de nadie. En caso de contravención, se ordenó hacerle cumplir el destierro en Panamá. Tal sentencia fue pronunciada el 24 de noviembre de 1570, en el pueblo de La Concepción de Achí.

Pero don Felipe, en lugar de acatar la sentencia, puso demanda contra ella para defender su derecho y justicia. Lo que fue causa para que Toledo despachara una real provisión, conminándole a viajar a Panamá. Y algo más: dispuso meterlo en la cárcel pública de Lima, mientras llegara un barco para llevarlo al norte. Se prohibió a los carceleros y a las autoridades de Lima y de Panamá dejarlo ir a España por segunda vez. Tal disposición la dio Toledo en el Cuzco, el 13 de marzo de 1571.

Sin embargo, don Felipe Guacrapáucar continuó defendiéndose y oponiéndose al virrey. Así pasó el tiempo, entre pedidos, memoriales y traslados llegó el 20 de diciembre de 1572, y hasta ese día don Felipe no era embarcado a Panamá. Por el contrario, la Audiencia dio una sentencia señalándole por cárcel la ciudad de Lima,bajo la condición de no salir de ella (296).

El virrey Toledo siempre protestó frente a la actitud de la Real Audiencia, y en tal virtud escribió una vez al rey de España:

> *A un don Felipe,indio del valle de Xauxa, que estando en él tuve información de delitos que había hecho y que era perjudicial para los indios, que por vía de buen gobierno mandé desterrar y que fuese llevado a Tierra firme ,oyeron en el Audiencia haciendo pleito lo que yo [había] proveído y un año ha, hasta agora le tienen sin ejecutar lo por mí proveído (297).*

Pero don Felipe parece que continuó en Lima. No hay indicios de que haya sido llevado preso a Panamá. Y ocho años más tarde lo volvemos a encontrar en Lurinhuanca, siempre ejerciendo el cargo de curaca-gobernador, pues el titular lo era don Carlos Limaylla. Justamente, el 10 de mayo de 1582, estaba en el pueblo de Santa Ana de Sincos, sirviendo de intérprete en la *Información* que realizaba el corregidor Andrés de Vega, sobre la etnografía y

296 Papeles sobre don Felipe Guacrapáucar. 1570-1572. Archivo General de Indias, Lima, 1638.

297 Carta del virrey Francisco de Toledo al rey Felipe II. Potosí 20-III-1573 Levillier: 1924; V. p. 64.

ecología de la *provincia de Xauxa*. Don Felipe fue llamado, en esa oportunidad, no sólo porque era un "indio ladino" sino también porque estaba considerado como el más hábil, puesto que, inclusive, hasta había residido en España. A don Felipe le dieron las *instrucciones* por las cuales debía hacerse la *Descripción de Xauxa*, para que las leyera y supiera contestar en el momento dado. Fue el mismo año en el cual los curacazgos de Ananhuanca y de Jatunsausa estaban regidos por don Hernando Viza Alaya y por don Francisco Apo Cusichaca, respectivamente (298).

Don Felipe Guacrapáucar, hijo del Apo Don Jerónimo Guacrapáucar, ocupó el curacazgo de Lurinhuanca en calidad de gobernador solamente, o sea de curaca interino. Lo ejerció mientras duró la enfermedad e imposibilidad del verdadero curaca titular, don Carlos Limaylla. Don Felipe era precisamente hermano de don Carlos.(299) El virrey don Luis de Velazco mediante real provisión expedida el 2 de diciembre de 1598 le dio el título de *cacique-gobernador* de Lurinhuanca. Dicho documento se guarda en el archivo de la Comunidad de Sincos (Jauja). Es la última noticia que tenemos de él.

NOTA FINAL

No sabemos qué pensaría Francisco Pizarro al verse dueño del Perú por obra y gracia del señorialismo andino. Sin duda que su triunfo lo achacaría a muchas cosas: alianzas, caballos, perros, armas, pólvora, etc. Pero para él, como fiel reflejo de su época, todo fue por la ayuda de Dios y por el valor de sus huestes. He aquí porqué el poeta Del Castillo imaginó en boca de Pizarro las siguientes palabras, que recogen la versión de los cronistas de la conquista:

Pizarro (al cadáver de Atahualpa:)

Humíllate, monarca peruano,
bajo el noble estandarte castellano.
Rendidos todos. La bandera hispana
triunfante miró sobre el alta roca;
tras tanta pena y amargura insana
al fin su dicha el corazón la toca.
Ya desde hoy, ¡oh! Virgen peruana
mi esperanza cesó de ser loca;
Ya desde hoy tu suelo sin mancilla
pertenece al monarca de Castilla.

298 Vega: 1582, pp. 78-80.
299 Ibid. p. 79

Guerreros españoles, en la historia
indeleble una página narraremos,
es la página que traza nuestra gloria,
es la que siempre conservar debemos.
Mas, antes de cantar nuestra victoria,
al que todo lo puede gracias debemos.
Inclinad la rodilla castellanos,
dando gracias al Dios de los cristianos (300)

Como vemos, los españoles, productos típicos de la mentalidad del siglo XVI, es decir, señorial también, soslayaron la ayuda de sus aliados étnicos. Sabían muy bien que sin el auxilio de ellos habrían fracasado. Sin embargo, arrastrados por su complejo de señorialismo, ya que ellos también vivían en medio de ese esquema mental, siguieron, engañando y engañándose, sobre todo con el cuento de que un sólo español era suficiente para arruinar a un batallón de soldados andinos. Fue una valentonada evidentemente falsa y muy propia de ellos.

Pero pese a todo y sobre todo, el Imperio de los Incas cayó en poder de los castellanos. ¿Qué dirían de esto los orejones del Cuzco, los únicos patriotas, los únicos con idea imperial? Seguramente lo que el viejo tío del inca Garcilaso le contestó a éste antes de 1560.

> *— Creo que te he dado larga cuenta de lo que me pediste y respondido a tus preguntas. Y por no hacerte llorar no he recitado esta historia con lágrimas de sangre derramadas por los ojos, como las derramo en el corazón, del dolor que siento de ver nuestros incas acabados y nuestro Imperio perdido (301).*

Los líderes huancas por su lado, también reconocen aunque en forma indirecta el gran dolor y la gran desesperación que sentían los auquis del Cuzco frente a la caída de su Estado Imperial. Don Felipe Guacrapáucar y don Francisco Cusichaca enumeran capitanes heroicos y batallas luctuosas —¡que constituyen una extraordinaria revelación histórica!— que denuncian la preocupación lacerante de la aniquilada clase dirigente cuzqueña ante los aliados étnicos y el ocaso de su aparentemente inconmovible Estado, en contraposición a los huancas, quienes nunca se arrepintieron de su confederación con Francisco Pizarro.

300 Del Castillo: 1871, pp. 78-79.
301 Garcilaso de la Vega: 1609, III, p. 113;

CONCLUSIONES

1. Desde los primeros años de la conquista del Tahuantinsuyu por los españoles hasta nuestros días existe una constante preocupación por descubrir las causas que determinaron la destrucción del último Imperio Andino. Cuatro han sido las teorías fundamentales para explicarlas: a) el providencialismo; b) la superioridad racial y cultural de los europeos; c) el absolutismo exagerado del Estado Inca; y d) el señorialismo de los curacazgos andinos.
2. En nuestro tiempo, el análisis de las fuentes escritas dejadas por los vencedores y especialmente por los vencidos y colaboracionistas evidencian que el Imperio de los Incas fue derrumbado brevemente como resultado de las alianzas celebradas por diversos señores étnicos de los Andes con los invasores castellanos, en quienes veían a sus libertadores.
3. Sucede pues que los curacazgos andinos absorbidos militarmente por los cuzqueños, veían en éstos a una clase explotadora, depredadora, usurpadora y abusiva, de la que querían ansiosamente liberarse. Muchas rebeliones y motines ocurridos desde los tiempos de Pachacútec hasta Atahuallpa así lo manifiestan.
4. Al arribo de las huestes hispanas no existía en el Tahuantinsuyu unidad nacional ni idea imperial en la masa campesina y popular. Eran una multitud de naciones o curacazgos que se sentían diferentes los unos de los otros; pero todos avasallados y dominados por el Cuzco, para cuya burocracia, militarismo y clero no querían trabajar. Por tales motivos, subterráneamente minaban los cimientos políticos ,económicos y sociales del último Imperio Andino. Los curacazgos ansiaban liberarse con vehemencia.

5. Entre los grupos étnicos o curacazgos más conspicuos como aliados y auxiliares de los españoles figuran las cañares, los chachas, los chancas, los caracaras, cierto sector de cuzqueños y otros. Pero de todos ellos los que descollaron fueron los huancas.

6. Cada uno de los curacazgos anteriormente mencionados, y otros también, han dejado informaciones y probanzas que son verdaderas crónicas donde revelan dramáticamente cómo la propia población andina fue la que destruyó el imperio político, social y económico de los incas para entregar sus bienes y fuerzas de producción a los españoles.

7. La alianza de los huancas fue la más sobresaliente debido a la ubicación geográfica equidistante y estratégica entre Cuzco-Vilcabamba y Lima, es decir, entre la capital del Imperio en ruinas y la capital colonial que estaba en plena formación.

8. He aquí porqué las batallas más numerosas y más decisivas se llevaron a cabo en el territorio huanca, en los que el enfrentamiento fue siempre entre los aliados hispano-huancas contra la aristocracia andina del Cuzco únicamente. Muchos encuentros bélicos fueron sólo entre huancas y cuzqueños; y en tales situaciones cada triunfo huanca significaba una victoria más para el imperialismo y colonialismo español del siglo XVI.

9. Durante los años de la conquista del Tahuantinsuyu y décadas posteriores, el colaboracionismo de los huancas en la dación y entrega de guerreros, armas, víveres, vestuario y criados fue increiblemente cuantioso y determinante. Las informaciones de los curacas don Felipe Guacrapáucar y don Francisco Cusichaca demuestran que los huancas subvencionaron a los aliados para destruir el Imperio incaico.

10. Sólo en una ocasión el pueblo huanca trató de esquivar y resistir los pactos de la alianza. Fue en 1536, es decir, cuatro años después de una intensa lucha aliancista y cuando ya prácticamente todo el territorio nuclear del Perú estaba ocupado por lo invasores. En aquella oportunidad, en una expedición del ejército aliado hispano-huanca comandado por Alonso de Alvarado contra el Cuzco, tanto los españoles como los señores étnicos los llevaron amarrados con sogas.

11. Los huancas, como las demás etnías andinas confederadas con los españoles, acabada la refriega de la conquista corrieron igual suerte que cualquier nación invadida por una potencia colonialista e imperialista. Pero a partir de 1563 y 1564 los huancas,seguidamente de demostrar con testigos fidedignos su participación heroica, decidida y decisiva en la caída del Imperio Andino, alcanzaron privilegios de carácter formal, material y heráldico.

12. Pero de todos los privilegios concedidos por la monarquía española a la nación huanca, porque sus resultados aún pueden verse y sentirse ahora mismo, lo más importante es una real cédula dada en enero de 1564 prohibiendo la implantación de estancias y de haciendas en el área huanca.

13. A raíz de la cédula antes citada, tanto en la época colonial como ahora en el valle del Mantaro no hay latifundios y, en consecuencia, tampoco servidumbres personales ni relaciones de explotación *(pongos, mitayos, arrendires, semaneros, yanaconas, etc)*, las que sí fueron instituidas en las demás provincias étnicas del Perú. La tierra entre los huancas fue dejada para los ayllus nativos. He aquí la razón del por qué existen hoy gran cantidad de *Comunidades* en esta parte del Perú.

14. La etnía o nación huanca desempeñó en el Perú el mismo papel que les tocó cumplir a los tlaxcaltecas en la conquista del Imperio de Monctezuma. Los primeros decidieron la pronta caída del Imperio de los Incas aquí y los otros la de los aztecas en México.

15 Lo manifestado en el presente libro, dedicado exclusivamente a exponer y a analizar la alianza hispano-huanca, son puntos totalmente inéditos basados en fuentes directas y de primera mano dejadas por los propios huancas y por los propios españoles.

BIBLIOGRAFIA

ACOSTA, José de
1590 *Historia natural y Moral de las Indias.* En: B.A.E. Tomo 77, Ediciones Atlas. Madrid. 1964.

ALAYA, Cristóbal
1558 *Memoria de las cosas que don . . . cacique e indios dieron a los capitanes y gente de Su Majestad en la guerra contra Francisco Hernández.* AGI, Lima, 205.

ALIAGA, Jerónimo de
1534 "El Ayuntamiento de Jauja al Emperador. Jauja, 20 de julio de . . ." En: *Cartas del Perú,* por Raúl Porras Barrenechea, pp. 124–131. Ediciones de la Sociedad de Bibliófilos Peruanos, Lima, 1959.

ALMAGRO EL MOZO, Diego de
1540 *Acusación contra don Francisco Pizarro a S.M., por . . .* En: CDIAI. Tomo XX, pp. 217–356. Madrid. 1873. Imprenta del Hospicio.

ALVARO, Don
1558 *Memoria y relación de lo que yo . . . cacique de los indios de Caravantes gasté con los capitanes de Su Majestad en la guerra de Francisco Hernández y diferente della.* AGI. Lima, 205.

ANONIMO
1534 "Noticias verdaderas de las Islas del Perú . . . Se vende en Lyon en la casa de Francisco Juste delante de Nuestra Señora de Confort". En: Raúl Porras Barrenechea. *Las Relaciones Primitivas de la Conquista del Perú.* pp. 69–78. París, 1937.

1539 *Relación del sitio del Cuzco y principio de las Guerras Civiles del Perú hasta la muerte de Diego de Almagro.* 1535–1539. En: 1º Col. de Lib. y Doc. ref. a la Historia del Perú. Tomo X (segunda Serie); pp. 1–133. Lima, 1934.

1548 "Relación de los sucesos del Perú con motivo de las luchas de los Pizarro y los Almagros, hasta la pacificación realizada por el licenciado La Gasca". Levillier. *Gobernantes del Perú,* Tomo II, pp. 389–418. Madrid, 1921. Sucesores de Rivadeneyra.

1565? *Apu Inca Atawallpaman.* Elegía quechua anónima. Recogida por J.M. Farfán. Traducción de José María Arguedas. Juan Mejía Baca & P.L. Villanueva. Editores. Sf.

ARCINIEGAS, Rosa
1941 *Francisco Pizarro. Biografía del Conquistador del Perú.* Segunda Edición. Editorial Nascimiento. Santiago. Chile.

ARCHIVO GENERAL DE INDIAS
1555-1573 Sección Audiencia de Lima. Legajos 205, 567, 568, 569 y 1638.

ARCHIVO FLORES DE JAUJA
1570 *Expedientes sobre tierras comunales de los huancas y los mitmas yauyos.* Sin
1600 Catalogar.

ARGUEDAS, José María
1957 "Evolución de las comunidades indígenas". En: *Revista del Museo Nacional*, Lima-Perú. Tomo XXVI; pp. 78–181.

BARRIONUEVO, Francisco de
1634 "Carta de . . . al Emperador. Panamá, 8 de abril de . . .". En: *Cartas del Perú*, por Raúl Porras Barrenechea; pp. 105–106. Lima, 1959.

BERLANGA, Fray Tomás de
1535 "Carta de . . . al Emperador. Panamá, 22 de febrero de . . .". En: Raúl Porras Barrenechea: *Cartas del Perú*; pp. 154–156. Lima, 1959.

BERMEJO, Vladimiro
1942 *Vida y hechos del conquistador del Perú don Francisco Pizarro*. Arequipa-Perú. (Talleres Graficos Portugal).

BORREGAN, Alonso
1565 *Crónica de la Conquista del Perú*. Edición y prólogo de Rafael Loredo. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Escuela de Estudios Hispano Americanos. Sevilla, 1958.

CABELLO VALVOA [sic], Miguel
1586 *Miscelánea Antártica donde se describe el origen de los indios occidentales deducido desde Adán y la erection y principio del Imperio de los reyes ingas de el Perú* . . . Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Facultad de Letras. Instituto de Etnología. Lima–Buenos Aires.

CABILDO DE JAUJA
1534 Vid Jerónimo de Aliaga.

CALANCHA, Fray Antonio de la
1639 *Crónica Moralizada del Orden de San Avgustin en el Perv, con svcesos egemplares en esta monarqvia* . . . Barcelona . . . Pedro Lacavallería.

CALVETE DE ESTRELLA, Juan Cristóbal
1567 *Rebelión de Pizarro en el Perú y vida de don Pedro Gasca*. En: B.A.E. Tomo 167; pp. 227–409. Madrid, 1964.– Tomo 168; pp. 1–157. Madrid, 1965.

CIEZA DE LEON, Pedro de
1553 *La crónica del Perú, nuevamente escrita por . . . vecino de Sevilla*. En: B.A.E. Tomo 26; pp. 349–458. Madrid, 1947.

1554a *Del señorío de los Incas*. Prólogo y notas de Alberto Mario Salas. Ediciones Argentinas Solar. Avenida de Mayo 153. Buenos Aires, 1943.

1554b *Tercera Parte de la Crónica del Perú*. Capítulos publicados por Rafael Loredo en el *Mercurio Peruano*, Revista Mensual de Ciencias y Letras, Lima, 1943–1958.

1554c *Guerras Civiles del Perú* . . . Tomo Primero. *Guerra de Las Salinas*. Madrid, sf. Administración: García Rico y Co. Desengaño, 29.

1554d *Guerras Civiles del Perú*. Por . . . Tomo Segundo. *Guerra de Chupas*. Madrid, sf. Administración: García Rico y Co. Desengaño, 29.

COBO, Bernabé
1639 *Fundación de Lima*, escrita por el Padre . . ., de la Compañía de Jesús. Año de . . . En: B.A.E. Tomo 92; pp. 277–460. Madrid, 1964. Ediciones Atlas.

CUNEO–VIDAL, Rómulo
1925 *Historia de las guerras de los últimos incas peruanos contra el poder español.* Por . . . individuo de número del Instituto Histórico del Perú, Académico correspondiente de la Real Academia de la Historia de España. (1535–1572). Casa Editorial Maucci, Calle de Mallorca, 116. Barcelona.

CUSICHACA, Francisco
1561 *Probanza de servicios fecha en la Real Audiencia que por mandado de su Majestad reside en esta ciudad de los Reyes destos Reinos e prouincias del Perú a pedimento de don . . . e don Diego Eñaupari y de don Cristóbal Canchaya, caciques del repartimiento de Atunxauxa de lo que a Su Majestad han seruido en el tiempo de las alteraciones causadas en estos Reinos y conquistas y descubrimientos dellos.* AGI: Lima, 205.

DEL BUSTO, José Antonio
1964 "La marcha de Francisco Pizarro de Cajamarca al Cuzco". Separata de la *Revista Histórica*, Tomo XXVI. Lima–Perú.

DEL CASTILLO, Rafael
1871 *Pizarro, Conquistador del Perú.* Drama en un prólogo y tres actos, original y en verso de D . . . Estrenado con extraordinario [sic] aplauso en el teatro de novedades la noche del jueves 6 de julio de 1871. Barcelona, Imprenta de "El Porvenir", de la viuda Bassas, a cargo de J. Medina, Talleres, 51.

DE LA BARRA, Felipe
1948 *El indio peruano en las etapas de la Conquista y frente a la República.* Ensayo histórico-militar-sociológico y con proposiciones para la solución del problema del indio peruano. Lima–Perú.

DE LA GUERRA Y CESPEDES, Francisco
1584? "Relación de los pueblos que hay en la provincia de Xauxa y distancia dellos y las leguas que hay de uno a otro". En: *Relaciones Geográficas de Indias.* Tomo I; pp. 90–94. Madrid. Tipografía de Manuel G. Hernández. Libertad, 16 duplicado. 1881.

ENRIQUEZ, Martín
1582 "Probanza del Gobierno y Costumbre de los Incas en tiempo de su gentilidad, hecha en el Cuzco a 18 de marzo de . . . por el corregidor don Pedro de Córdova Mejía, al tenor de la Instrucción enviada por S.M. al virrey don . . .". Levillier: *Gobernantes del Perú.* Tomo IX; pp. 268–288. Madrid, 1925. Sucesores de Rivadeneyra.

ESPINEL, Manuel de
1539 "Relación hecha por el tesorero . . . al Emperador. Lima, 16 de junio de . . .". En: *Cartas del Perú,* por Raúl Porras Barrenechea; pp. 344–367. Lima, 1959.

ESPINOSA, Licenciado
1533 "Carta del . . . al Emperador. Panamá, 10 de octubre de . . ." En: *Cartas del Perú,* por Raúl Porras Barrenechea; pp. 66–75. Lima, 1959.

ESPINOZA BRAVO, Clodoaldo Alberto
1964 *Jauja Antigua.* Lima–Perú.

ESPINOZA SORIANO, Waldemar
1963 "La guaranga y la reducción de Huancayo. Tres documentos inéditos de 1571 para la etnohistoria del Perú". En: *Revista del Museo Nacional.* Lima. Tomo XXXII, pp. 8–80.

1964a *Pedro de Cieza de León.* Biblioteca Hombres del Perú. Tomo XII. Segunda Serie. Editorial Universo. Lima.

1964b "Datos históricos sobre el anexo de Nuestra Señora de la Asunción de Huamanmarca". En: *La Voz de Huancayo.* Huancayo, 29 de mayo.

1964c "La verdadera fundación de Jauja. Día de Santa Fe de 1565". En: *Revista Educación.* Facultad de Educación. Universidad Nacional del Centro. Huancayo. No. 1, pp. 45-61.

1965 "Hiarihuilca, la 'catedral' de los huancas". En: *El Tiempo.* Huancayo, 29 de agosto.

1966a "Tunanmarca, capital del reino Huanca". En: *Correo.* Huancayo, 1o. de julio.

1966b "El antiguo nombre del Mantaro". En: *La Voz de Huancayo.* Huancayo, 26 de marzo.

1967a "Los señoríos étnicos de Chachapoyas y la alianza hispano-chacha. Visitas, informaciones y memoriales de 1572–1574". En: *Revista Histórica.* Organo de la Academia Nacional de Historia. Tomo XXX, pp. 224–333.

1967b "Las crónicas de Jauja y la batalla de Huancayo. 1538". En: *Correo.* Huancayo, 25 de abril.

1967c "El escudo de los huancas". En: *Correo.* Huancayo, 10 de junio. Reproducido en el mismo diario, el 28 de julio del mismo año.

1969 *Lurinhuaylla de Huacjra: Un ayllu y un curacazgo huanca.* Publicaciones de la Casa de la Cultura. Huancayo. Talleres de la Voz de Huancayo.

1971 "Los pueblos más antiguos del valle del Mantaro. Santa Fe de Jatunjauja. San Jerónimo de Tunán y Santiago de León de Chongos". En: *El Serrano.* Lima. No. 254 y 255.

1972a "La batalla de Auxivilca". En: *Correo.* Huancayo, 1o. de enero.

1972b "Huarivilca y el primer imperio andino". En: *Correo.* Huancayo, 1o. de junio.

1972c "Tarmatambo, la ciudad de los andenes". En: *La Voz de Huancayo.* Huancayo, 15 de diciembre.

1972d "Reducciones, pueblos y ciudades". En: *Pueblos y Culturas de la Sierra Central del Perú.* Ediciones de la Cerro de Pasco Corporation. Lima.

1972e "Los huancas, aliados de la conquista. Tres informaciones inéditas sobre la participación indígena en la conquista del Perú. 1558–1560–1561". En: *Anales Científicos de la Universidad Nacional del Centro del Perú.* Huancayo, No. 1, pp. 1–407.

ESTETE, Miguel de

1533 *La relación del viaje que hizo el señor capitán Hernando Pizarro por mandato del señor gobernador, su hermano, desde el pueblo de Caxamalca a Parcama (Pachacamac), y de allí a Jauja.* (Incluida en la crónica de Francisco de Jérez. Vid. B.A.E. Tomo 26; pp. 338–343. Madrid, 1947).

1535? *Noticia del Perú,* de . . . En la Col. de Lib y Doc. Ref. a la Hist. del Perú. Tomo 8 (Segunda Serie). Lima, Imprenta y Librería Sanmarti y Ca. 1924.

ESTEVE BARBA, Francisco

1946 *Descubrimiento y Conquista de Chile.* Por . . . profesor de la Universidad de Madrid. Ilustrado con 255 grabados en el texto y 28 láminas. Salvat Editores, S.A. Barcelona.

FERNANDEZ DE OVIEDO, Gonzalo
1557 *Historia Natural y General de las Indias.* En: B.A.E. Tomos 117–121. Ediciones Atlas. Madrid, 1959.

FERNANDEZ EL PALENTINO, Diego
1571 *Primera y Segunda Parte de la Historia del Perú que se mandó escribir a . . . , vecino de la ciudad de Palencia.* Contiene la Primera, lo sucedido en la Nueva España y en el Perú, sobre la ejecución de las Nuevas Leyes y el allanamiento y el castigo que hizo el presidente Gasca de Gonzalo Pizzarro . . . En: B.A.E. Tomo 167; pp. 1–236. Ediciones Atlas. Madrid, 1963.

1571 *La Segunda Parte de la Historia del Perú* que escribió . . . vecino de la ciudad de Palencia. En: B.A.E. Tomo 164; pp. 237–384, y Tomo 165; pp. 1–131.

FROMM, Erich
1963 *El miedo a la libertad.* Versión y presentación de la edición castellana: Gino Germani, director del Instituto de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Editorial Paidós, Buenos Aires.

HERRERA, Antonio de
1601-15 *Historia General de los hechos de los castellanos en las Islas y Tierra firme del Mar Oceáno,* por . . . Publicada por Acuerdo de la Academia de la Historia. Madrid, 1934–1957. (17 volúmenes).

GARCIA GARRAFA, Alberto y Arturo
1931 *Diccionario Heráldico y Genealógico de apellidos españoles y americanos.* Por . . . Tomo Treintinueve. Salamanca. Imprenta Comercial Salmantina. Prior, 19. Madrid, Litografía de Forung. Santa Engracia, 6.

GARCILASO DE LA VEGA, Inca
1609 *Primera parte de los Comentarios Reales de los Incas.* En: B.A.E. Tomo 133. Ediciones Atlas. Madrid, 1960.

1616 *Historia General del Perú.* Segunda Parte de los Comentarios Reales de los Incas. En: B.A.E. Tomo 134 y 135. Ediciones Atlas. Madrid, 1960.

GONZALES RUIZ, Nicolás
1952 *Dos conquistadores: Hernán Cortés, Francisco Pizarro.* Por . . . Editorial Cervantes, Avenida Generalísimo Franco, 382. Barcelona.

GUACRAPAUCAR, Jerónimo
1558 *Memoria de los indios que yo don . . . dí al marqués don Francisco Pizarro desde que salió de Caxamarca.* Son los siguientes: AGI. Lima, 205.

1558 *Memoria y relación de lo que con los capitanes de Su Majestad gasté yo don . . . en la guerra de Francisco Hernández y diferente della.* AGI. Lima, 205.

1560 *Información hecha en la Audiencia (de Lima) a pedimento de don . . . [sobre los servicios de su parcialidad de Luringuanca y propios desde la llegada de Francisco Pizarro.* Lima . . .] AGI. Lima, 205.

GUAMAN POMA DE AYALA, Felipe
1615 *El primer nueva coronica i buen gobierno compuesto por don . . .* Université de Paris. Travaux et mémoires de L'Institut D'Ethnologie.– XXIII. (Codex péruvien illustré). París 191. Rue Saint-Jacques (5e). 1936.

HEER, Friedrich
1965 *Coexistencia, colaboración, resistencia.* Barcelona . . ., Pensamiento, No. 12.– Editorial Fontanella. Gráficas Frontis. Aribau, 230.

HOUSE, J. B.
1964 *Atahualpa, el hijo del Sol.* Editorial de Ediciones selectas. S.R.L. Buenos Aires.

GUTIERREZ FLORES, Fray Pedro (?)
1571 *Copia de carta que según una nota que se hallaba en el Archivo General de Indias, y que hemos rectificado con otra que tenemos a la vista, dónde se trata el verdadero y legítimo dominio de los reyes de España sobre el Perú, y se impugna la opinión del padre Fr. Bartolomé de Las Casas.* En: CDIHE. Tomo XIII, pp. 425–469. Madrid, 1848. Imprenta de la viuda de Calero. (La carta aparece fechada en Yucay, el 16 de marzo de 1571. También es conocida con el título de *Dictamen sobre el Dominio de los Incas y daños que ha causado).*

JEREZ, Francisco de
1534 *Verdadera relación de la conquista del Perú y provincia del Cuzco, llamada La Nueva Castilla, conquistada por Francisco Pizarro, capitán de la sacra, católica, cesárea majestad del Emperador nuestro señor; enviada a Su Majestad por . . .* natural de la muy noble y leal ciudad de Sevilla, secretario del sobredicho capitán en todas las provincias y conquista de la Nueva Castilla y uno de los primeros conquistadores de ella. En: B.A.E. Tomo 26; pp. 319–353. Ediciones Atlas. Madrid. 1947.

LOPEZ DE GOMARA, Francisco
1552 *Hispania Victrix. Primera y Segunda Parte de la Historia General de Las Indias, con todo el descubrimiento y cosas notables que han acaecido desde que se ganaron hasta el año de 1551, con la Conquista de México y de La Nueva España.* En: B.A.E. Tomo 22; 155–563. Ediciones Atlas. Madrid, 1946.

KOSLING SCH. Gustavo
Sf. *El Perú conquistado.* Vol. II. Edición Ensayo. Talleres Gráficos de la Editorial Lumen, S.A. Pescadería, 133-137. Lima.

LEON–PORTILLA, Miguel
1964 *El reverso de la conquista. Relaciones aztecas, mayas e incas.* Por . . . Editorial Joaquín Mortiz. México.

LIPSCHUTZ, Alejandro
1963 *El problema racial en la Conquista de América y el mestizaje,* por . . . Editora Austral. Santiago de Chile.

LUMMIS, Charles F.
1907? *Los exploradores españoles del siglo XVI. Vindicación de la acción colonizadora española en América.* Décima quinta edición. Editorial Araluce. Av. J.A. Primo de Rivera, 392. Barcelona, 1959.

MANRIQUE, Luis
1945 *Francisco Pizarro, "Castús y Quichuas".* Editorial Juventud Argentina, S.A. Defensa, 355, Buenos Aires.

MELENDEZ, Juan
1681 *Tesoros verdaderos de Las Indias en la historia de la gran prouincia de San Ivan Bavtista del Perv de el Orden de Predicadores . . .* Roma, Nicolás Angel Tanassio. Tomo I.

MENA, Cristóbal de
1534 "La Conquista del Perú llamada La Nueva Castilla. La cual tierra por divina voluntad fue maravillosamente conquistada en la felicísima ventura del Emperador y Rey nuestro señor; y por la prudencia y esfuerzo del muy magnífico y valeroso cavallero el capitán Francisco Pizarro, Gobernador y adelantado de La Nueva Castilla, y de su hermano Hernando Pizarro, y de sus animosos capitanes y fieles esforzados compañeros que con él se hallaron". En: Raúl Porras Barrenechea: *Las Relaciones Primitivas de la Conquista del Perú;* pp. 79–110. París, 1937.

MONTAÑES, Toribio
1534 "Cartas de ... vecino de San Miguel, a Pascual de Andagoya. San Miguel, 13 de marzo de ..." En: Porras Barrenechea: *Cartas del Perú;* pp. 104–105. Lima, 1959.

MURUA, Fray Martín de
1616 *Historia General del Perú, origen i descendencia de los Yncas donde se trata, así de las guerras civiles suyas como de la Entrada de los españoles* ... Dos Tomos. Madrid, 1962–1964.

O' SULLIVAN BEARE, Nancy
1950 *Las mujeres de los conquistadores. La mujer española en los comienzos de la colonización americana. Aportaciones para el estudio de la transculturización.* Compañía Bibliográfica Española, S.A. Nierenberg, 4. Madrid.

PAREDES, Martín de
1534 "Carta de ... al tesorero Martín de La Puente.– San Miguel, 14 de febrero de ...". En: Porras Barrenechea: *Cartas del Perú;* pp. 99–100. Lima, 1959.

PAZ SOLDAN, Mariano Felipe
1877 *Diccionario Geográfico Estadístico del Perú.* Contiene además la etimología aymara y quechua de las principales poblaciones, lagos, ríos, cerros, etc., etc. Lima, Imprenta del Estado, Calle de La Rifa No. 58.

PAZ Y MELIA, A.
1892 *Sociedad de bibliófilos españoles. Nobiliario de Conquistadores de Indias.* XXII. 322. Láminas coloreadas.

PIANA, Luis
1951 "Memorias del inca Manco II. Los huancas aliados de los españoles y represalias de los incas. Ruinas pre-incaicas de Huancayo". En: *La Crónica.* Lima, Domingo, 27 de mayo de 1951; pp. 12-13.

PIZARRO, Hernando
1533 *A los magníficos señores, los señores oidores de la Audiencia Real de Su Majestad, que residen en la ciudad de Santo Domingo.* (Incluida en la Crónica de Gonzalo Fernández de Oviedo. Vid. B.A.E. Tomo 121, Vol. V; pp. 34–90. Ediciones Atlas. Madrid, 1959).

PIZARRO Y OFICIALES REALES
1534 "Carta del gobernador y oficiales reales de Nueva Castilla al Cabildo de Panamá.– Jauja, 25 de mayo de ..." En: *Cartas del Perú,* por Raúl Porras Barrenechea; pp. 112–117. Lima, 1959.

PIZARRO, Pedro
1571 *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú y del gobierno y orden que los naturales tenían y tesoros que en ella se hallaron, y de las demás cosas que en él han sucedido hasta el día de la fecha.* Hecha por. . . conquistador y poblador destos reinos y vecino de la cibdad de Arequipa. Editorial Futuro, José Evaristo Uriburo, 131. Buenos Aires, 1944.

PORRAS BARRENECHEA, Raúl
1941 *Homenaje a Francisco Pizarro.* Academia Peruana Correspondiente de la Real Española de la Lengua. Lima, . . . Gil S.A. Impresores.
1950 "Jauja, Capital Mítica. 1534". En: *Revista Histórica.* Organo del Instituto Histórico del Perú. Tomo XVIII. Entrega II; pp. 117–148, Lima–Perú, 1950.
1959 *Cartas del Perú.* (1524–1543). Publicado por . . . Edición de la Sociedad de Bibliófolos Peruanos. Lima.

PRESCOTT, Guillermo H.
1847 *Historia de la conquista del Perú. Con observaciones preliminares sobre la civilización de los incas.* Ediciones Imán. Buenos Aires, 1955.

QUINTANA, Manuel José
1861 *Vida de Francisco Pizarro.* Tercera Edición. Colección Austral: 388. Espasa–Calpe, S.A. Madrid 1959.

REALES CEDULAS
1555-64 *Los trece privilegios.*

RUIZ DE ARCE, Juan
1543? "Advertencias que hizo el fundador del vínculo y mayorazgos a los sucesores del". En: *Tres testigos de Conquista del Perú.* Colección Austral: 1168. Espasa–Calpe. Buenos Aires, 1953.

SANCHO, Pedro
1534 *Relación para Su Majestad de lo sucedido en la Conquista y pacificación de estas provincias de la Nueva Castilla y de la calidad de la tierra, después que el capitán Hernando Pizarro se partió y llevó a Su Majestad la relación de la victoria de Caxamalca y de la prisión del cacique Atabalipa.* En: Colec. de Lib. y Doc. Ref. a la Hist. del Perú. Tomo V. (Prim. Serie). Lima, Imprenta y Librería Sanmartí y Ca. 1917.

SARMIENTO DE GAMBOA, Pedro
1572 *Historia Indica. Por . . . Segunda Parte de la Historia General llamada Indica, la cual por mandato del Excelentisimo señor don Francisco de Toledo, virrey, gobernador y capitán general de los reinos del Perú y mayordomo de la Casa Real de Castilla, compuso el capitán . . .* En: B.A.E. Tomo 135; pp. 193–279. Ediciones Atlas. Madrid, 1960.

STIGLICH, Germán
1918 *Diccionario Geográfico Peruano y Almanaque de "La Crónica" para 1918.* Lima, 1918. Casa N. Moral. Pando No. 758.
1922 *Diccionario Geográfico del Perú.* Por . . . capitán de Fragata de la Armada del Perú. Lima, Imp. Torres Aguirre. (3 Tomos).

TEITELBOIM, Volodia
1963 *El amanecer del capitalismo y la Conquista de América.* Editorial Futuro, S.R.L. Buenos Aires.

TITO CUSI YUPANQUI INGA, Diego de Castro

1570 *Instrucciones del Inga don . . . para el muy Ilustre señor el licenciado Lope García de Castro, gobernador que fue destos reinos del Perú, tocante a los negocios que con Su Majestad en su nombre por su poder ha de tratar. La cual es esta que se sigue:* En: Col. de Lib. y Doc. Ref. a la Hist. del Perú (Primera Serie). Tomo II. Lima, Imprenta y Librería Sanmarti y Ca. 1916.

TRUJILLO, Diego de

1571 *Relación del descubrimiento del Reyno del Perú que hizo . . . en compañía del gobernador don Francisco Pizarro y otros capitanes desde que llegaron a Panamá el año 1530, en que refieren todas las derrotas y sucesos hasta el día 15 de abril de 1571.* Edición, prólogo y notas de Raúl Porras Barrenechea. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Escuela de Estudios Hispano-Americanos. Sevilla, 1948.

TOLEDO, Francisco de

1573 "Carta del virrey . . . al rey. Potosí, 20 de marzo de . . ." En: Levillier: *Gobernantes del Perú,* Tomo V, p. 64. Madrid, 1924.

VALVERDE, Fray Vicente de

1539 "Carta de . . . al Emperador. Cuzco, 20 de marzo de . . ." En: *Cartas del Perú,* por Raúl Porras Barrenechea; pp. 311–335. Lima, 1959.

VEGA, Andrés de

1582 "La descripción que se hizo en la provincia de Jauja por la instrucción de Su Majestad que a la dicha provincia se invió de molde". En: *Relaciones Geográficas de Indias.* Tomo I, pp. 79–90, Madrid, 1881.

VEGA BELLO, Juan José

1963 *La guerra de los Viracochas.* Populibros Peruanos, Juan Simón 1197. Lima.

1965 "Combate de Huayucachi". Por . . . En: *Correo,* Huancayo, 2 de agosto de 1965.

1966 "La victoria incaica en Jauja". En: *Correo,* Lima, 17 de mayo de 1966.

VOLSKI, Estanislao

1944 *Pizarro el Conquistador.* Editorial Claridad. Buenos Aires.

ZARATE, Agustín de

1555 *Historia del descubrimiento y conquista de la provincia del Perú, y de las guerras y cosas señaladas en ella, acaecidas hasta el vencimiento de Gonzalo Pizarro y de sus secases, que en ella se rebelaron contra Su Magestad, por . . . contador de mercedes de la Majestad Césarea.* En: B.A.E. Tomo 26; pp. 459–574. Madrid, 1947.

Historia del Descubrimiento y Conquista del Perú. Edición, introducción y notas de Dorothy Mac. Mahon. Universidad de Buenos Aires. Facultad de Filosofía y Letras. Imprenta López, 1965.

INDICE

Dedicatoria 5
Prólogo 7

Primera Parte

TEORIAS Y OPINIONES SOBRE LA CAIDA DEL IMPERIO. NUEVAS FUENTES DOCUMENTALES

Explicaciones sobre la caída del Imperio Inca 13
Otras causas de la caída del Imperio 18
Las fuentes 22
Validez de las informaciones 27
Noticias bibliográficas 30

Segunda Parte

LOS HUANCAS. LA ALIANZA. LAS PRIMERAS BATALLAS

¿Quiénes fueron los huancas? 35
Situación política, social y económica de los huancas a la llegada de los españoles 41
La alianza y los primeros auxilios 51
Chalcochimac en Jatunsausa. La entrevista con Ancamarca Maita 59
Chalcochimac y Hernando Pizarro 64
Auxilios en Pumpo 72
Batalla de Huaripampa 78
Honores a Pizarro 81
Batalla de Huayucachi 83
La fundación frustrada 86
Robos durante la permanencia de Pizarro 89
El sucesor y la muerte de Túpac Huallpa 92
Marcha al Cuzco 94

Tercera Parte

BATALLAS DECISIVAS

La guarnición de Riquelme 101
El frustrado asalto a Jauja 102
La batalla del Yacusmayo 106
El retorno del marqués 111
Batalla de Maricalla 114
Batalla de Chulcumayo 115
Primera batalla del Ushnu 116
Segunda batalla del Ushnu 120
El sitio de Lima 121
Expedición de Alonso de Alvarado 123
Batalla de Ayaviri 127
Expedición a Tarama y a Chinchaycocha 129
Batallas de Yuracmayo y de Comas 130
La ida de Alvarado 133
Los robos de la soldadesca de Alvarado 134

Batalla de Huarichaca 136
Batalla de Abancay 138
Batalla de Huancayo 140
Batalla de Pututo 142
Batalla de Huancamayo 143
Batalla de Comas 144
Batalla de Antamarca 145
Batalla de Auxiuvilca 146
La destrucción de Huarihuilca 151
Entrevista con Pizarro 153
Batalla de Paucarpampa 155
Otra visita de Pizarro 156
Entrada a Ruparrupa 157
Batalla de Mayomarca 161
Otro matiz de la alianza 162
Sucesos entre 1549 a 1554 162

Cuarta Parte

LAS CONSECUENCIAS

La constante fidelidad huanca 171
Trato dado a los auxiliares 174
Las primeras aclaraciones 181
El viaje a España. Los privilegios 183
El escudo de armas 188
Los Guacrapáucar de Tunán 191
Nota final 194
Conclusiones 196
Bibliografía 199

La Destrucción del Imperio de los Incas, se terminó de imprimir el 24 de setiembre de 1986. Amaru Editores S.A. Jr. Canta 633-1. La Victoria. Teléfono: 314258.

¿Por qué fue destruido el secular y poderoso Imperio de los Incas? Las respuestas han variado, pues se ha atribuido la causa de esa conmoción histórica a la valentía y astucia de un puñado de españoles, a la cobardía de masas indígenas ante las horrísonas armas de fuego o ante los monstruosos centauros que los acometían vertiginosamente, a las luchas intestinas entre la nobleza de sangre comandada por el débil Huáscar y la nobleza de mérito acaudillada por Atahualpa, a la desintegración latente del Imperio que se hizo patente a la llegada de los invasores españoles.

Hasta ahora ninguna causa ha sido probada fehacientemente en forma documentada como la única, la principal o la causa determinante. En este libro, el serio y destacado historiador sanmarquino Waldemar Espinoza Soriano, con un manejo hábil de documentos inéditos y un acabado conocimiento de los cronistas de la conquista, analiza la fundamental debilidad interna del Estado Inca, donde los quechuas habían impuesto su dominio a sangre y fuego sobre cerca de doscientos reinos, que aparentemente resignados esperaban una oportunidad histórica para rebelarse. Cañares, chancas, chachas, caracaras y huancas, para no citar más grupos étnicos, aceptaban contra su voluntad el autoritarismo despótico de los cuzqueños. A la llegada de los españoles, se aliaron a ellos y colaboraron decisivamente en la destrucción del Imperio, que a la postre resultó en su propio sometimiento al conquistador español. La intervención de los huancas en este sentido es ilustrada y probada detalladamente en el libro.